



Salvador Garmendia

LOS PEQUEÑOS SERES

LOS HABITANTES

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Salvador Garmendia (1928-2001) Narrador, ensayista, cronista, guionista, articulista y diplomático. Integró los grupos literarios Sardo y El Techo de la Ballena, libretista de radio en donde adaptó clásicos de la literatura, también fue guionista de cine y TV. Director de la revista *Imagen*, asesor literario de Monte Ávila Editores, colaborador de *El Nacional* y *El Sábado Ilustrado*. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura (1973), Premio Juan Rulfo (1989) y el Premio Dos Océanos (Francia, 1996). Es una de las figuras centrales que surge a partir de 1960, de su extensa obra mencionaremos: *Los pequeños seres* (1959); *La mala vida* (1968); *Memorias de Altagracia* (1974); *El capitán Kíd* (1989); *Un pingüino en Maracaibo* (1998) y *Anotaciones en cuaderno negro* (2004).

« *Las bailarinas.*

George Segal. 1971.

Museo de Arte Contemporáneo Armando Reverón, Caracas.



78

Los pequeños seres

Los habitantes

SALVADOR GARMENDIA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Los pequeños seres

Los habitantes

SALVADOR GARMENDIA



Índice

- 13 Nota Editorial
- 15 Los pequeños seres
- 133 Los habitantes

Nota Editorial

En algún momento de nuestra historia reciente, salió a relucir Salvador Garmendia como un auténtico renovador de la literatura venezolana. En parte –y sobre todo– se le atribuyó ese mérito por el hecho de haber sacado la narrativa de la confrontación civilización-barbarie, del medio rural y del idealismo civilista propios de la novelística del maestro Rómulo Gallegos. No es que nadie le hubiese dado peso al ámbito urbano antes que él (lo hicieron –por citra solo dos nombres– Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona), pero en *Los pequeños seres* (su primera novela, publicada en 1958) aparecen la ciudad y lo que podríamos llamar “el sistema” como dos protagonistas antagonistas de los personajes humanos, quienes no se destacan por cultivar mayores virtudes ni están movidos por proyectos civiles. Son, como lo sugiere el título, seres disminuidos por su condición de asalariados o de burócratas alienados y sin mayores perspectivas, cosa que no se percibe, por ejemplo, en Doña Bárbara o Canaima.

Esa irrupción de lo urbano como espacio de alienación y apocamiento de la gente fue, precisamente, el primer rasgo en el que la crítica identificó la ruptura de Garmendia con la tradición narrativa, a lo que se le suman el tratamiento del lenguaje y el desarrollo de los personajes. Su forma de contar posterga o minimiza la acción viva y casi cinematográfica características de otras búsquedas; se toma tiempo para armar diálogos más lentos y reflexivos, aunque sin rebuscamientos, como se aprecia al inicio de *Los pequeños seres*: “No es nada increíble que haya muerto.

Lo extraño es más bien que no le hubiera acontecido antes, quién sabe cuánto. Ese hombre estaba agobiado por la carga de su propio cuerpo. Debió haber muerto de cansancio o de la ya total y libertadora imposibilidad de moverse, que fue como un último relajamiento de sus fibras, bajo el peso de las masas recargadas y casi insensibles del cuerpo...”

Otro elemento renovador que ya se anuncia en el fragmento que hemos citado es la fuerza que cobra en el relato la conciencia del cuerpo y de las miserias emocionales de los personajes. La novela no los juzga moralmente ni los califica; los retrata psicológicamente: muestra cómo se sienten y cómo piensan y va cargando el ambiente con el eco de sus voces y con detalles como la penumbra, un suspiro, un objeto que cae. Las relaciones entre los personajes están marcadas por un sentimiento de incomodidad, de acoso o de sospecha, y todo eso se va volviendo tan objetivo como la hora del día: “Lo he observado como acostumbro hacerlo con todo el mundo cuando llego a un lugar. Los pequeños detalles son muy importantes: la manera de cruzar la pierna, el modo de fumar, la voz. Usted era tímido... (Mateo cruzó la pierna silenciosamente debajo de la mesa, cuidando de que el individuo no se impusiera de la maniobra. Se sentía atenazado por el pecho, asediado por pequeñas agujas frías que lo herían debajo de los brazos, en el cuello, bajo las costillas).

El propio Garmendia llegó a admitir cierto exceso en el estilo que lo hizo brillar como una figura que venía a darle una nueva vida a la narrativa, confesó que “un afán de modernidad” los llevó —a él y algunos compañeros de generación— a asumir “una vaga actitud cosmopolita”. Pero ello no opaca, entonces ni hoy, la calidad y el impacto de su esfuerzo. Esta edición conjunta de *Los pequeños seres* y *Los habitantes* ofrecen la oportunidad de constatarlo.

Los pequeños seres

Es increíble que haya muerto —dijo y en seguida advirtió que la voz se quedaba flotando en el aire del cuarto como si nadie la hubiera absorbido, porque sin duda Amelia ya no estaba allí. Habría salido por la puerta entreabierta, cuya hoja en declive veía reflejada en la claridad del espejo, y él se hallaba solo en el cuarto, luchando todavía por acabar el nudo de la corbata. Sin embargo, no volvió la mirada para asegurarse de ello ya que temía encontrarla a su lado, fuera del marco de imágenes inclinadas y en aquel momento se sentía dominado por la necesidad de pensar y, sobre todo, de poder hacerlo solo, en voz alta, con toda libertad.

Al momento brotaron las palabras y retuvo la voz en su interior todo cuanto le fue posible.

—No es nada increíble que haya muerto. Lo extraño es más bien que no le hubiera acontecido antes, quién sabe cuándo. Ese hombre estaba agobiado por la carga de su propio cuerpo. Debíó haber muerto de cansancio o de la ya total y liberadora imposibilidad de moverse, que fue como un último relajamiento de sus fibras, bajo el peso de las masas recargadas y casi insensibles del cuerpo... La hoja del escaparate cayó en el fondo del espejo. Se desprendió de lo alto y quedó suspendida en el aire, ocultando el plano inclinado del muro. Amelia estaba allí.

—Se mueve detrás de mí. Hace un momento hubiera jurado que no estaba, aunque en realidad no la vi salir. Debo ser precavido y no permitir que me sorprenda...

Pero entonces apareció la figura del difunto jefe y toda la escena del despacho privado. Sus ojos se abrieron, una vez más, sobre el sillón de cuero y la maciza figura del hombre en el momento justo en que elevaba lentamente el brazo por encima del borde del escritorio y la mano caía con la calma de una hoja húmeda sobre la cigarrera de marfil, cubriéndola casi por completo y luego, cuando aquella misma mano, ahora encogida a modo de una raíz nudosa, describía un arco muy pausado llevando hacia los labios el cigarrillo que era apenas visible entre los dedos —cada uno de ellos tan grueso y redondo como un embutido— y, por último, mientras sorbía la brasa con fuerza y el humo bajaba por el labio inferior tenso y colgante, de un color violeta oscuro de carne descompuesta...

—Hace apenas tres meses, lo vi en el despacho del Director General, el día en que fui a recibir mi nombramiento de Superintendente. Se encontraba hundido en el sillón, vuelto un poco hacia un lado. Uno de sus muslos había logrado trepar a medias sobre el otro y esa maniobra, sin duda, lo forzaba a mantenerse de costado. Lo oía hablar en roncros intervalos descargando la voz por el conducto húmedo y pedregoso de la garganta y me pareció que, en lugar de palabras, emitiera breves golpes de tos. Fue evidente que, en ese momento, no hacía ningún caso de mí a pesar de que yo quedaba convertido, desde esa misma tarde, en su más inmediato subordinado en el departamento de Pedidos y Reservaciones.

Al final de la entrevista, cuando todo parecía concluido, se afirmó sobre los grandes bordes del sillón y presionando con todas sus carnes —hasta la robusta vena del cuello se infló amenazante— fue incorporándose, primero hasta quedar en vilo sobre el asiento —los codos en ángulo— emitiendo un pujido profundo y luego, tras el último impulso, hasta enderezarse por completo sobre sí mismo. Sonrió y me estrechó la mano. Noté entonces —creo que por primera vez— que era

increíblemente pequeño, de estatura mezquina y apoplética y tan lleno de tosquedades e imperfecciones, que semejaba un juguete de goma aporreado por todas partes.

En muchas ocasiones anteriores lo había visto —a través de meses y años— siempre sentado detrás de su escritorio de Jefe de Sección, y siempre se había mostrado cohibido y enjuto ante él, pues le parecía que de aquella forma abultada, recargada de sólidas carnes y un tanto vacía de expresión, emanaba alguna sensación de fuerza temeraria o de poder. Quizás le temía a un estallido de carácter que lo haría temblar todo a su alrededor y no podía perder de vista las pulsaciones de su cuello pulposo: aquella masa de carne irritada que temblaba con breves y cansadas intermitencias y que, sin embargo, debía guardar alguna corriente de contenida energía. De pie se volvía tan pequeño que perdía toda posible dignidad.

—Tenía un aire glotón y saludable. Sin embargo, está muerto en este momento. Pronto lo veré reposar en la urna, sumido en la expresión blanda y atontada de los muertos recientes y su cuello estará por primera vez inmóvil, colgando aún rojo sobre los pliegues de la manta.

—Nunca me dijiste que tu jefe estuviera enfermo... —dijo ella, de pronto a su espalda—, ¿cómo pudo morir así?

Mateo se estremeció de pies a cabeza. De nuevo se encontró frente a su propia cara en el espejo, dotada en ese instante de una expresión inmóvil, aunque llena de vivacidad. Podía notarse que pensaba y que, en sus adentros, emitía su discurso con una voz tan alta como para ser escuchada en el exterior —a pesar de sus labios inmóviles—, que sin duda podía ser escuchada por quien, como ella, estuviera todo el tiempo en el cuarto, detrás de él.

No había salido y la sintió brotar por su derecha como si fuera una aparición repentina y no un ser vivo. Tranquila, sin embargo, acarreado

consigo un aire ajado y apacible de estar en la casa, de moverse entre las cosas más indiferentes y conocidas, sin detenerse a mirarlo siquiera, ya que seguramente no había oído nada.

—No pudo oír nada. Solo estaba pensando —se dijo Mateo.

—¿Dices que padecía del corazón? —preguntó. Ella era real y todo volvía a tranquilizarse. Las cosas regresaban a su edad, a su sitio. El cuarto, recogido en sus hábitos retornaba a un tiempo sosegado, una quietud de muchos años, de mucho tiempo ido y por venir, y a Mateo le pareció que ya no había presente sino la inmovilidad de las cosas llenas de un tiempo apaciguado y simple. En el desmoronamiento silencioso que ocurría en su interior, formas y palabras rodaban y desaparecían por un inesperado declive.

Quiso, sin embargo, recuperar lo perdido y reanudó sus pensamientos, ahora en voz muy baja, para sí solamente, a ratos oyéndola hablar más cerca o más lejos, a un lado o detrás de él, sin aguardar respuesta a sus frases, cortando los finales con ahogos asmáticos.

—Ten cuidado con esta tarde lluviosa... (ella no era propiamente una mujercita frágil —a pesar de su estatura infantil— pero, en cambio vivía asediada de pequeños achaques y fatigas y se preocupaba por la salud ajena con una especie de altruismo egoísta). —Si te lloviznas en el cementerio...

Era en efecto una tarde lluviosa como Amelia había dicho. Reinaba un cielo solitario y gris, de cúmulos pesados, sin presagios. Los árboles de la avenida simulaban cansancio y penuria como el aire mismo que los envolvía y las posturas indolentes de las fachadas convenían en alguna pálida semejanza con filas de retratos de antepasados.

Cruzaban por la ventanilla del vehículo pesadas mansiones rodeadas de jardines ociosos y árboles comprimidos en sus costados. Se las veía pasar o detenerse con las interrupciones de la vía y entonces mostraban sus balcones cerrados, sus columnas, sus frisos blancos y hacían pensar en interiores huecos, galerías despobladas, cancelas de cristales amarillos y faldones colgantes de cielorraso, en salas espaciosas sin ruido de pisadas.

Si pudiera encontrarse de nuevo en su cuarto se sentiría mejor. Allí era agradable pensar y hablar a solas, mientras que en el interior del automóvil todo era rígido y angosto. Quizás pudiera reconstruir el momento anterior, eliminar todo lo ocurrido después: la sucesión de breves actos que lo condujeron hasta la situación presente y verse de nuevo instalado ante el espejo. Amelia, por supuesto, estaría allí y su sola presencia era un obstáculo, pero en seguida le pareció que ese detalle carecía de importancia, pues ya había ocurrido muchas veces y estaba acostumbrado a soportarlo: ella aparecía menuda entre los muebles, delineada en cualquier postura indiferente, bien inclinada sobre algún objeto o de pie en el vano de la puerta y de inmediato toda la realidad vecina se instalaba alrededor de ella: la mesa, los sillones, el muro

recibían el toque de una realidad vegetativa y la edad reaparecía en las superficies, la memoria volvía a resentir los contornos con el desgaste de codos y espaldas mil veces apoyados en los mismos sitios. Lugares señalados por las pisadas, bordes raídos por el roce, otros ángulos donde se doblan las rodillas y otra vez el arabesco del florero, la débil figura de porcelana que la mirada vuelve a recoger en el instante de recobrar sus facultades y girar en contorno, sobre las superficies conocidas, hasta el lugar donde ella acaba de aparecer. Un momento antes, Antonio, desde el interior de su cuarto recitaba su lección de matemáticas alargando un mismo tono sin flexiones, sobre el cual venía a desprenderse a intervalos el torrente metálico del grifo que Amelia abría en la cocina. Su figura silenciosa cruzaba por la luz de la puerta, las manos empapadas, el cabello en desorden, circulando en un pequeño mundo aparte donde repartía holgadamente su existencia. Entonces él se levantaba de la mesa del comedor y se dejaba conducir hasta el vestíbulo donde los oscuros sillones reposaban vacíos... mas ahora estaban ocupados por animados visitantes que accionaban y cruzaban las piernas o doblaban los cuerpos y extendían los brazos hasta los ceniceros, mientras él hablaba a su más próximo vecino, vertiendo una locuacidad convincente que era la atracción de todas las miradas. A su espalda, se propagaba el rumor de la fiesta. Se veía a sí mismo multiplicado en medio de todos los grupos, se hallaba en todas partes rodeado de pecheras blancas y espaldas desnudas... El difunto jefe estaba tendido en el medio de la sala. Los invitados se despojaban de sus sonrisas al salir de la fiesta para penetrar en aquel lugar. Algunos acudían a ofrecerle su pésame palmeándolo en la espalda o se mostraban compadecidos de su inmenso dolor... También Amelia parecía compadecerse de él mientras lo miraba fijamente desde el sillón opuesto. La realidad partía otra vez de ella extendiéndose a su alrededor.

—Ahora puedo hacerla salir —se aseguró Mateo y la vio en efecto desaparecer por la puerta entreabierta. Bien seguro de encontrarse solo

y entregado a sí mismo —mientras el automóvil rodaba por la oscura avenida— comenzó a pensar con todas sus fuerzas.

—De esto hace tres meses. Regresaba a la casa trayendo conmigo el sobre con el nombramiento. Solo tres meses. Estaba cansado. Era una tarde clara de fines de marzo... Soportaba una sensación de agobio después de aquellas horas fatigosas, colmadas de acontecimientos desiguales y, sobre todo, después de la entrevista que tuvo lugar en el despacho del Director General... “le felicito en nombre de la Compañía, señor Martán, es usted un hombre de provecho..., quince años de trabajo”. Y él entre tanto no encontraba un sitio donde fijar los ojos y miraba arriba y abajo, viendo a intervalos la mano pesadísima que descendía sobre la cigarrera de marfil y, en seguida, la suave cabellera plateada del director contra la luz de la ventana, una luz de marzo cortando las superficies blancas de los muros y las azoteas. Fue pasado en seguida a su nuevo escritorio. Era el mismo salón rectangular —Pedidos y Reservaciones— que desde ahora comenzaría a mirar desde otro ángulo. Nada había cambiado en aquella sala de paredes lisas y frías carentes de textura. Los escritorios se alineaban en la misma simétrica distribución de dobles filas que su mirada había recogido el primer día. Los tres ventanales del fondo, provistos de persianas de cristal, reprodujeron desde entonces el único paisaje de líneas rectas y secas superficies de las azoteas, repartidas en planos desiguales contra un cielo a veces muy vivo y azul y otras fríamente blanco y desteñido. En los días de verano, el sol hería las superficies acentuando la precisión de las líneas y los planos en una desnudez hiriente que recrudecía la fatiga de aquella visión uniforme. Más tarde, los lentos días de lluvia, las mañanas borrosas, en que el cielo parecía cubierto por una sucia lona, contribuían a destruir un poco el trazado geométrico, se esfumaba la identidad de ángulos y perspectivas, los detalles, las manchas, las grandes peladuras, la innoble desnudez del ladrillo perdían su precisión bajo las capas de aire, hasta que todo el

conjunto alcanzaba cierto mimetismo, alguna leve posibilidad de imágenes, no del todo acabadas, lo que permitía detenerse sobre ellas alguna vez. Desde su nueva ubicación, todos los rostros conocidos de los viejos compañeros del departamento parecían haberse cambiado por parientes suyos, extrañamente parecidos a ellos y solo en cierto modo diferentes, quizás menos gastados por las miradas, semejantes al revés no usado de las cosas. El cansancio, la precipitación de tantos acontecimientos nuevos le pesaba sobre todo el cuerpo y sobre la mente y el ánimo y no pudo mostrar el debido entusiasmo frente a Amelia en el momento de darle la noticia. Ella recibió el sobre que le extendió diciendo apenas: —Toma, entérate. Y oyó su grito obstruido por un grumo de asma en el momento en que Antonio apareció por la puerta del comedor, la franela amarilla marcando el movimiento rítmico de los pectorales y la pelota de fútbol entre las manos, levantada a la altura del hombro, en el gesto contenido de lanzarla sobre ellos. Fue mejor un rato después, en el vestíbulo, a salvo ya de todo lo ocurrido, confortado por el aire sedante del atardecer y esa sensación de alivio que proporciona la constancia de un día muerto, suplantado al fin por la otra faz de la noche que empieza a anunciarse con lentitud. Amelia, ovillada en el sillón, tensa, haciendo galopar sus pequeñas manos de uñas azulosas sobre las rodillas, sin poder agotar un trino de falanges que se reproducía de uno a otro dedo como ordenado por la vibración acelerada de sus nervios, no había dejado de hablar. Luego se agregó Antonio, la piel del rostro brillante por el ejercicio de toda aquella tarde, golpeando la pelota contra el piso y mirándola subir y bajar, diciendo entre tanto frases cortas que más bien parecían formar parte de una conversación inconexa que estuviera sosteniendo consigo mismo, dentro del círculo de energía, de transpiración y de esfuerzo que siempre lo rodeaba. Aquel debió ser un día memorable. Terminaba de escalar una brillante posición. Estaba convertido en un Jefe: la afirmación de un hombre próspero ante

quien se abría sereno el porvenir, el éxito. El hecho no podía ser más contundente... —a los veinticinco años comencé de auxiliar de oficina en la Corporación. Ahora, a los cuarenta, recibo un nombramiento de Superintendente que me coloca a un paso del puesto directivo. Llegaré a ser Jefe de Departamento, como este señor que acaba de morir...

Una corriente de aire húmedo entraba por la ventanilla del automóvil. A su derecha se deslizaban lentamente las escenas fugaces de un parque: viejos árboles de troncos carcomidos entre los setos nuevos recortados con gracia y las suaves pendientes de grama. En torno a un estanque jugaban niños rubios vestidos de vivos colorines y en un banco charlaban las cuidadoras con sus uniformes encalados y sus brazos rollizos y fuertes de campesina. Pasó una hilera de cipreses descoyuntados y en seguida se restableció el fondo inmóvil, duro de las fachadas: balaustradas, terrazas, altas verjas. Mateo se dejaba envolver por la penuria del atardecer... —de esto hace tres meses. Este hombre era rollizo y saludable. No pensaba en morir. Todo parecía entonces tan natural. Las cosas ocurrían sin disturbios, pasaban. Yo era algo. Mi vida... Ahora se han detenido de repente...

—Cuando yo te conocí, tu mamá ya había muerto. Me hubiera gustado conocerla...

Amelia está sentada al borde de la cama, arrimada a la luz de la mesa de noche que se esparce alrededor de ella —más viva sobre la blancura de sus muslos— y se disipa en la penumbra. Apenas la cubren las piezas de ropa interior. Sobre el blanco mate de los muslos apoya un cofre de latón dorado que rebosa de pequeños objetos frágiles: son recuerdos de familia, fotografías de otros años, viejas postales. A veces le acerca alguna, volviendo un poco el torso hacia él sin apartar la vista del fondo del cofre donde sus dedos producen un murmullo menudo de viejos papeles y cuentas de hojalata y

le dice: —“¿Te acuerdas de esto?” —“Mira, éste eras tú” y emite una risita de ardilla que le hace temblar la garganta como si bajo la piel se moviera un pequeño animal. Mateo levanta un poco la cabeza de la almohada y se ve a sí mismo, entre los dedos de Amelia, largo y desteñido, con veinte años menos, embutido en un estrecho flux de paño desvaído. Tiene enlazada por el talle a una mujercita risueña que se esconde bajo un gran sombrero de paja. La risible falda corta le hace ver todavía más pequeña y muestra los bulbos pronunciados de las rodillas. Al fondo se disuelve el paisaje del malecón: molduras, barandales, un uvero raquítrico, figuras desvanecidas bajo un quitasol... —“es de nuestra luna de miel, ¿te acuerdas?”. Pero Mateo no dice nada y pone en libertad los rígidos tendones de la nuca para caer de nuevo sobre la almohada. Se queda mirando las caderas redondas, la curva del elástico que se ha salido de su sitio y dejado en la piel una marca rojiza. Bajo la transparencia de la tela se insinúa la hendidura perpendicular que divide las carnes... un surco tibio donde resbala la yema del dedo. Al momento, un calor ascendente le llega a la garganta provocando un nudo de espesa saliva. Ella ha sacado del cofre el hilo de un collar de cuentas y trata de enhebrar algunas tomando apoyo sobre la superficie achatada del muslo. Al inclinar el torso para fijar la vista, círculos macizos, profundos le cruzan el vientre y las caderas. —“Su carne debe estar todavía dura y calurosa —piensa Mateo—. Quizás si no estuviera ahora tan cerca... si hiciera algún movimiento de aceptación... o se tendiera de espaldas en la cama con la cara del lado de mis pies y toda esa parte carnosa amontonada aquí cerca, a mi costado...” El aliento comienza a golpearle en los labios. Dobla las rodillas en un intento inacabado de ponerse de costado, mientras el impulso de levantar los brazos y ceñir la cintura es, a la vez, una fuerza paralizante que lo priva de toda acción... —“si ella se diera cuenta ahora, en este mismo momento... si comprendiera... esta podría ser la ocasión, quizás... de nuevo...” Algo va desplomándose dentro. El latido de su cerebro comienza a derretirse. Ella prosigue suspensa en la tarea de enhebrar la cuenta. Toda su

vida gravita en la punta del hilo que tiembla y tropieza al borde del estrecho agujero. La curva de su espalda es como un muro frío donde la breve llama se ha consumido. —“Si ella llegara a pensar también que no debía tocarla más...” —“Mira...” Se vuelve nuevamente y le muestra ahora una fotografía de Antonio a los cuatro años, desnudo en una tina: Es un muchacho gordo de cara alelada. Parece el reyezuelo de un país de bobos (—“se acabó... es como si hubiera soplado dentro... puedo estar tranquilo...”). Después están hablando de lo mismo, de lo mismo de siempre, cuando ella recurre al cofre de las fotografías... —“Antonio se parece un poco a papá” —dice Mateo—. *En cierto carácter, por supuesto. En la energía... Es un muchacho enérgico, resuelto... Papá nunca pudo estar conforme con su profesión de barbero, a pesar de que no le iba mal. Él era un hombre emprendedor. Recibía catálogos de todas partes... me gustaría que hubiera quedado alguno para mostrártelo, una cosa curiosa. Esos señores con bigotes enormes... esos sillones tan cargados de adornos. Páginas y páginas cubiertas de navajas finísimas y fumadores gordos como cebollas. Todo eso está perdido. Si hubieras conocido el salón. Largo y lleno de espejos. Papá con su bata parecía un gran cirujano. Una alemana gorda como un tonel hacía el manicure. Se reía con unas carcajadas tan fuertes que parecía que iban a arrastrar todo: sillones, personas, espejos. El seno le temblaba como un cargamento flojo. Me acuerdo de todo... (Amelia hace preguntas. Él las responde a veces. Otras prefiere seguir adelante contando. Está sentada sobre las rodillas —según su costumbre— semidesnuda, tranquila) —yo estuve a punto de ser también barbero. Pero eso ya no es una profesión. Si él hubiera sido más precavido no nos hubiera dejado en la ruina, nunca pensó en que se iba a enfermar y todo se acabaría en unos meses. Él era un roble: “Yo soy un roble”, nos decía... Un gallo de cría como los que teníamos en casa. Yo te he hablado de eso: la casa. Era una verdadera casa. Uno se despertaba por la mañana oyendo cantar a los gallos y se contestaban desde muy lejos en la madrugada. Eso es algo que no he vuelto a sentir: las madrugadas. Despertarse y sentir la*

madrugada... (Y, en sus adentros, otra voz va suplantando las palabras. Los recuerdos espejean en silencio, levemente excitados, sin que lleguen a cobrar la claridad y el orden del discurso y solo logran hilvanar retazos, posibilidades. Todo se queda sin decir) —en otra época papá hubiera llegado a ser un gran médico, pero las dificultades de estudiar... Aún así nos recetaba a todos en la casa y discutía con Tío Andrés. ¡Eran dos caracteres tan diferentes! Mi tío tenía grandes conocimientos, todos inútiles: cosas de historia natural, de botánica, de astronomía. Yo he debido guardar sus libros. Eran un tesoro. Papá lo decía: “Andrés, tienes un tesoro... inservible” ¡Dos hermanos tan diferentes! Tío Andrés... el pobre. Papá era un roble: —“¡Un roble!”, —“¡Un roble!”... No comprendo cómo un organismo tan fuerte como el suyo pudo quedar así: un despojo... pero fuerte todavía, en la enfermedad... cuando se enfurecía... (—¿Acaso yo sé algo? Estoy inventando una historia. Personajes. Papá era un personaje. Quizás yo me parezca más a Tío Andrés. ¿Por qué?... ¡Cómo pasa el tiempo!)... Ya no hablan. El fluido tierno de la noche pasa sobre los cuerpos, borra las palabras. Todo se vuelve hacia adentro.

—Ellos no han pasado. No han muerto. Todo continúa en su lugar, allá, imparable: la gran casa, los muebles de mimbre, las maderas labradas, la vajilla del comedor y las copas alargadas como tallos de lirio. Papá se eleva, más alto que todo, por sobre los sillones de fríos pasamanos y los gordos señores tendidos. Cuellos y rostros cubiertos de espuma. Los otros barberos, dóciles e insignificantes (el menor de todos apenas alcanzaba la altura de los sillones y solo tenía una verruga roja en la nariz siempre a punto de desprenderse. Su verruga delante de él y únicamente, siempre, su nariz irritada delante de mis ojos, tan cerca que yo podría levantar la mano y apretársela. La verruga temblaba. Muchas veces la tenía pegada a mis dedos, viva, moviéndose, sin poder deshacerme de ella) amuelan las navajas, manipulan en el aire las livianas tijeras con rápido movimiento de alas... Voces roncas, poderosas —la más alta es la de mi padre— disputan bajo los almendrones del corral. Los cuerpos calientes de los gallos pasan de mano en mano. Dedos

cargados de sortijas palpan las carnes ásperas, tensas, paralizadas de terror... y yo entre las rodillas de mamá. Yo, sentado en el quicio de la cocina, la cabeza metida entre las piernas, impulsando con el dedo un hilo de agua turbia... Pero ya yo he saltado. He sido despedido de allí. Esta otra vida. Aquello debe —debía— continuar en su lugar. No tiene por qué haberse muerto y acabado...

El automóvil frenó con brusquedad y el impulso lo lanzó contra el asiento delantero. Por el vidrio del parabrisas el día se espulga sobre las casas que parecen más viejas y encallecidas como trajes de fiesta de encajes arruinados y grandes ojales vacíos. La tarde era aún más oscura.

En el grupo que se había formado junto a la entrada del comedor, voces y respiraciones tropezaban en medio de un olor ácido de cuerpos. Se hablaba a grito contenido y los timbres se mezclaban en una aguda afinación de falsete.

—Yo sé lo que digo, señores —susurró alguien, comprimiendo la voz en la garganta—. Este año las cosas van a ser distintas.

Una mano desconocida había caído sobre el hombro de Mateo y persistía allí, provocándole una sensación aplastante. Mientras todas las bocas hablaban en confusión, la mano se agitaba en el hombro, con pausas de inercia y movimiento, siguiendo el ritmo de las palabras de su dueño a quien no era posible distinguir en el amontonamiento de las voces. —¡Lo mismo de siempre! —chilló una vocecita impotente que trataba de abrirse paso por entre la muralla de hombros—. ¡El año pasado hablaban de remoción de directiva!... —Y se vio asomar una cara pequeña y huesuda, bajo la cáscara de un cráneo seco y despoblado. Luego, los hombros se movieron y la visión desapareció por completo.

—¡El problema no está en la Directiva!

Una figura pequeña y robusta de tez amoratada colocó la frase en la punta del dedo y la sostuvo a la altura de la frente.

Otro dedo apuntó en el aire.

—¡Está en la Directiva!

—¿Usted cree? —La figura robusta se encogió de hombros.

—Ese es mi criterio.

—Pues yo conozco los problemas de la Compañía.

—¡Y yo también! —El hombrecito apareció de nuevo como una astilla entre dos hombros.

—Nadie se lo niega, Rodríguez, pero...

—SEÑORES...

La palabra golpeó a Mateo en el oído. Sonó con fuerza repentina y desapareció en seguida semejante a la cuerda de un piano que se rompe.

La mano le dio tres palmaditas suaves en el hombro.

—Mientras no exista autonomía, todo seguirá igual.

—No. No es cuestión de autonomía, como usted dice. Hace falta criterio y renovación.

—Renovación.

—Y criterio. Sobre todo criterio.

—Es que yo tengo informes. No hablo por hablar. La falta de autonomía...

—Todas esas fallas están en la directiva.

—Shhhhiit...

Los hombres se miraron entre sí, desconcertados. En silencio los ojos indagaban de dónde había partido aquel sonido falso. Por último, alguien anudó el tema.

—Vamos a discutir esto con calma, ¿no les parece?

—Óiganme bien: yo tengo informes sobre el particular. Cosas de buena fuente.

—Cada uno tiene su manera de pensar.

—¡Pues hay quien peca de ingenuo en estas cosas!

—¿Yo?

—No he dicho eso...

—...¡au-to-no-mía!

Ahora la mano se había cerrado y golpeaba con el dorso en el hombro de Mateo como recalcando unas sílabas enérgicas. En seguida resbaló y se prendió en su brazo. El dueño del objeto animado apareció allí mismo, a su lado y era un individuo muy alto y huesudo, de nariz afilada de cuervo, cuyas aletas pálidas palpitaban ligeramente a cada frase. —¡Yo tengo informes confidenciales! —clamaba agitando la nuez y lanzando su perfil agudo contra los demás—. ¡Yo sé lo que digo!

Aquellos eran hombres como él. Compartían un mismo nivel de prosperidad y de rango: superintendentes, ejecutivos, jefes de sección. Algunas voces lo interpelaban por su nombre: “señor Martán”, “amigo Martán” o “Martán”, simplemente. Otra vez oía decir: “¡Mateo!” y se volvía queriendo diferenciar algún rostro en medio de la proximidad de formas y perfiles en movimiento. Después todos comenzaron a encender cigarrillos. Alguien dio fuego a un habano, largo como un tallo y el aire se hizo espeso y perfumado. Los rostros se esquivaron tras el humo verdoso que se escurría por hombros y cabezas propagando formas inarticuladas, anillos y pólipos gomosos dispersados por nuevas acometidas. Mateo se escurrió hacia el interior del comedor.

El lugar era espacioso y tranquilo. Frescos de colores pálidos, habitados por criaturas imaginarias, hablaban de un tiempo liquidado: escenas campestres, siestas bucólicas bajo una flora amanerada que se extendía en ramajes lánguidos sin clima y sin aire. Desmayo de túnicas rosadas, bajo racimos de cera y colas disecadas de aves del paraíso. Arriba, sobre el blanco costroso del cielorraso, volaban traseros de ángeles en torno de guirnaldas y dorados medallones.

No estaba solo. Un grupo de mujeres hermosas o muy viejas —distinguía cabelleras resacas, manos linfáticas oprimiendo diminutos

pañuelos— se agrupaban sofocadas dentro de sus atavíos negros y hablaban entre sí, incansables, en medio de las coronas de flores que abundaban por todas partes.

Sus voces contenidas con esfuerzo, silbaban escurriéndose por entre los resquicios de las coronas.

—Es mejor habituarse a esa idea.

—Sí.

—Todos tenemos que morir.

—¡Qué calor!

—Pero la pobre está desconsolada.

—¿Qué edad tendría?

—¿Él?

—Era mayor que ella.

—Era un hombre fuerte.

—¿Él?

—¡Qué calor!

—Eso estábamos comentando.

—¿Cómo?

—¡Qué calor!

—¿Qué edad tendría?

—¿Él?

—Por lo menos cincuenta años.

—¿Él?

—¿Cómo?

—Sí.

—Era mayor que ella.

—Sí.

—Yo me asfixio.

—La pobre está desconsolada.

Mateo hizo un esfuerzo para no escucharlas. Olía a esperma y a agua de lavanda y el aire comenzaba a teñirse de la tonalidad verdosa que emitían los vidrios de un cancel. Los paneles de cristal rugoso compartían una rejilla de madera muy tupida que miraba hacia un patio interior. Se acercó a ella. Hundió los dedos en los intersticios y aspiró una bocanada de aire húmedo. Sus pestañas tropezaron contra los bordes de la madera y, por una de las rendijas, divisó el interior solitario de la casa: un corredor alto —demasiado alto—, de pilares delgados y pisos relucientes, se extendía tras la angosta ranura. Sobre los mármoles, algunos muebles de mimbre parecían meditar en su vejez bien conservada, una vejez sin roces, fría y lustrosa como cuerpos de maniqués. Demasiados espacios claros, demasiado aire entre las cosas: aire apartado, estable, que no parecía haber sido nunca respirado y devuelto. La misma desnudez presentaba el jardín formado de piezas inmóviles. Una gruta de conchas marinas y una fuente cuadrada de azulejos que arrojaba agua por la boca de una máscara de fauno, se alzaban sobre los sarmientos. Las ramas cedían bajo el peso de las rosas abiertas, inmóviles, de una belleza intocada, prontas a desgajarse sin ruido en la soledad impasible.

Una voz, casi un grito, lo estremeció de golpe.

—¡Jesús! ¡Será posible!

Las mujeres continuaban hablando sofocadas.

—¿Ella? ¿La menor?

—¡Ciertísimo!

—¡Quién iba a creerlo!

Mateo miró con cautela por encima del hombro. En el ángulo borroso del ojo distinguió una espalda enorme, monstruosamente hinchada en sus costados. Lonjas de carne blanca salían por los resquicios de la tela, debajo de los brazos. Masas sobrantes expulsadas por la apretura del corsé. La axila apareció rugosa y todavía más blanca, regada de talco húmedo y se cerró enseguida formando glúteos blandos a ambos lados.

“—¿Acabarán de irse?” —Protestó irritado. Pero al momento un murmullo, como una oleada oscura, se elevó en el vestíbulo.

—¡El sacerdote! —Gritó una de ellas y se empujaron unas a otras para ganar la puerta.

Ahora comenzaba a sentirse muy cansado. Lo poseía por completo un deseo de abandono, de estar sentado en el vestíbulo como en tantas noches, descargado del peso de las ropas, sintiendo como único contacto, el roce fresco de la *robe-de-chambre* entre sus piernas.

Volver a encontrarse allí, como si nunca se hubiera movido de ese sitio. Al término de cada breve ciclo, siempre concluía en ese mismo punto de reposo: era la última exhalación del impulso que había precipitado el movimiento con la fuerza de un rápido golpe de mano sobre una rueda giratoria. Otra vez lo aguardaba aquella estación de calma, prolongada en un clima invariable donde siempre era él mismo, un poco más viejo cada día y siempre idéntico a la imagen de reposo que recogían los brazos del sillón. De espaldas a los rumores y las turbaciones de un tiempo ingrátido que había comenzado a desprenderse en trozos muertos, a disiparse en *mutis* y en largos entreactos oscuros y de frente a otro que, a su vez, se poblaba de huéspedes locuaces y excitantes. Amelia estaba allí y era otro aliento, la forma en reposo de un día diferente...

Ella permanece hundida en su sillón. La mitad de su rostro recibe el tono rojo oscuro que tiñe el cristal de la ventana. Él piensa y sus ideas

accionan en círculos tranquilos sobre aquel aire quieto. Luego parece que es ella la que habla... “—ahora que tienes un cargo tan importante... son quince años de trabajo... cuando Antonio nació... *Pero tú eras entonces muy distinto a ahora. Todas las cosas eran diferentes entonces. Era como si fuesen todavía frescas y cuando uno las tocaba parecían muy blandas y muy suaves. Eran nada más que superficie y no tenían nada por dentro. Ahora tú tienes los ojos muy hondos y fijos y cuando estás callado, como ahora, parece que hablaras por dentro. Recuerdo cuando tenías los ojos claros y vivos, muy visibles y no propiamente luminosos, sino como si acabaras de colocarlos en su sitio. Hasta en la oscuridad me era posible verlos cuando sorbías el cigarrillo y parte de tu piel ardía suavemente. Yo llevaba aquellas faldas tan cortas que usábamos entonces. Parecíamos niñas muy crecidas mostrando las rodillas blancas y el nacimiento de las piernas. Me hacía rizar el pelo cada semana...*

Parece aún más pequeña sentada sobre las rodillas. Pero quizás no hable. En realidad está tan callada que parece dormir. Él pone a circular sus pensamientos en aquella profundidad tranquila, tocada por el sosiego de la noche y deja de escucharla: —¿Qué decía Amelia?... La oí decir algo acerca de mi nuevo nombramiento. Es lo que más se dice en estos días. Quince años de trabajo. Ella recordaba los primeros tiempos, cuando yo obtuve mi primer empleo en la Corporación... *Ese es uno de los días más lejanos que existen: “¡Aquí!... ¡Aquí!”, repetía la voz aflautada de aquel muchacho frágil, de piel amarilla, que me trajo la ficha de empleo. Su uña larga y ovalada me mostraba la casilla apropiada y yo debí tardar un tiempo inmenso, obstruido por mil pequeñas dificultades, para llenar toda esa hoja cuadriculada que demandaba largas explicaciones a cada pregunta. El muchacho se movía de un lado para otro, registraba en las gavetas del escritorio o se inclinaba mucho sobre mí hasta rociarme la mejilla con su aliento de goma de mascar. Sonreía, mostrando entre las líneas de los labios*

sus dientecillos afilados, de un metal amarillento y deleznable, queriendo comunicarme algún valor. Al momento, sobre su rostro acudía un asalto de arrugas diminutas como rápidos trazos de lápiz y su cabeza de globo mal inflado parecía aún más puntiaguda... “Más abajo. ¡Aquí!”.

—...quince años transcurrieron después y ahora eso es todo lo que puedo recordar: ese único día con sus partes quebradas en trozos desiguales, donde se dividen y confunden los reflejos.

Y ahora ella habla de nuevo desde su distancia.

—Tú volvías casi siempre cansado. No teníamos aún esta casa y yo podía hablarte sin levantar la voz, desde la cocina, pues todo era muy pequeño y en donde quiera estaba el mismo aire. Nos medíamos en las puertas y a cada momento teníamos que rozarnos para no tropezar con las sillas y los armarios. En las esquinas y en los bordes de las cosas perduraban huellas dejadas por nosotros, sobre otras sombras ajenas, quizás muy viejas, recuerdo de antiguos inquilinos. Siempre tardabas mucho en dormirte. Te sentía desnudo, muy largo junto a mí. Eras un cuerpo joven que palpitaba y respiraba en el aire pobre del cuarto, impregnado de un olor agrio de paredes húmedas. Yo también era joven. Tenía las carnes dulces y la piel suave. Parecíamos muy grandes y muy jóvenes para compartirnos con equidad aquella casa tan pequeña, toda raída y maltratada. Tú llenabas la luz de la puerta. Dabas sombra a todo el cuarto y cuando entrabas de repente a la cocina parecías crecer y me asustabas...

—¿Usted por aquí, Martán?

Mateo se volvió al momento, sacudido por la repentina aparición de la voz encima de su hombro.

—¿Cómo le va? —dijo el tipo y lo palmeó en la espalda, asumiendo en ese ademán una actitud contrita como si estuviera saludando a un

deudo del difunto. Pero allí nadie podía comportarse de otra manera. (“¿Tendré yo esa misma expresión en mi cara?”, se preguntó Mateo). Cuando llegó —hacía un buen rato—, se vio rodeado de facciones patéticas que, no obstante todo su realismo, convenían en parecer involuntarias. Lo cercaron como para comunicarle una grave noticia. Los hombres se cruzaban de brazos sobre el pecho o enlazaban las manos a la espalda sin dejar de mover los pulgares en círculos y se acomodaban en grupos oscuros, susurrantes donde nadie sonreía. Las damas, en cambio, demostraban la facultad de multiplicarse en todos los sitios y parecía haber cientos de ellas, repetidas dentro de sus trajes negros de telas reseca por un largo encierro. Quizás también involuntariamente, exponían una curiosidad de fiesta de bodas: se acercaban a contemplar las coronas, se detenían ante los grandes cuadros del vestíbulo o tocaban el fino forro de lamé de la urna como si acariciasen una cola de novia.

Junto con la aparición del nuevo individuo, comenzó a esparcirse por toda la casa el olor grave del incienso y la presencia del difunto se puso por primera vez en evidencia, tal como si hubieran comenzado a pasarlo por las habitaciones. Ya el comedor estaba impregnado de esa emanación invisible y a un mismo tiempo reverente e impositiva.

—El cura acaba de llegar —comentó el individuo, mirando hacia el vestíbulo.

—¿Cómo?

Mateo lo había oído decir claramente: “el cura acaba de llegar” y, sin embargo, aturdido por sus pensamientos tan bruscamente sofocados en un instante y sin aviso alguno, no dejó de preguntar: “¿cómo?”, mientras se procuraba un esfuerzo para acomodarse a la nueva situación en la cual no deseaba por cierto encontrarse.

Su nuevo interlocutor pestañeó varias veces sobre sus ojitos redondos y claros de muñeco de vidrio y puso los brazos en jarras (lo que podía

ser un gesto habitual en él y que, sin duda, lo modelaba en la actitud más apropiada a su físico). Se hallaba en aquel momento tan derecho, tan bien colocado sobre sí mismo que Mateo pensó en la posibilidad de ponerlo a girar como un trompo, agarrándolo por los hombros e imprimiéndole un rápido impulso de torsión. “—¡Qué bien cuidado parece! ¡Qué saludable! ¡Cómo habrá hecho para conservarse tan fresco y tan rosado a través de los años?” —Era todo redondo, cubierto por una piel tersa, como el pellejo de una ciruela. “—Si se cayera se rompería en pedazos. Está hecho de pasta fina, una cáscara frágil tostada al horno, sonrosada. Vivirá rodeado de precauciones y cuidados. Si lo apretara con fuerza en las sienes, si presionara allí, usando las palmas de mis manos, comenzaría a sangrar. Está lleno de sangre espesa, roja...”

El hombre extendió un brazo en dirección a la puerta y repitió vacilante: “—el cura... llegó”... Una cruz dorada pasaba tambaleándose por encima de las cabezas reunidas. El cortejo entraba a la sala mortuoria: adelante los dos monaguillos vestidos de sotanas negras, polvorientos y pálidos sobrepellices de encaje, detrás, bajo el peso de grandes capas endurecidas por macizos arabescos, se movía el sacerdote, casi tambaleante, como un gran galápago sostenido sobre sus patas traseras. Una mano frágil, blanquísima, apretaba el ritual contra el pecho, bajo la colgadura de la estola. La otra, seca, mínima —una astilla prendida a la ancha bocamanga— se prolongaba en la cabeza de enano del hisopo. Dio la espalda y como un mueble venerable, cruzó la ancha puerta hacia la sala.

—Hace calor... —decía el hombre, mientras empleaba su pañuelo en la frente. Al retirarlo la piel brillaba roja, encendida. —Hace calor —continuó—. ¿Usted no tiene calor, Martán?

—Sí, tengo mucho calor.

—No se aguanta el calor.

Una mujer comenzó a llorar a lo lejos con un hipo corto, intermitente. Luego la voz del sacerdote gangosa y fina: *Fiat voluntas tua...* El hipo cobró aliento hasta convertirse en fuertes exhalaciones terminadas en un silbido trémulo. En silencio, dos mujeres cruzaron corriendo el vestíbulo y desaparecieron hacia la escalera y en torno a los dos hombres el aire estaba tan cargado de incienso que no había lugar para otra cosa.

—Yo no quisiera acercarme a la sala. Allí se muere uno de calor.

—De veras.

—¿Usted no viene?

—Luego... quisiera...

—Estas cosas se hacen por deber, Martán. A todos nos toca.

Hizo un gesto, volteando la palma de la mano hacia arriba (Mateo pensó: “tendido... inmóvil... para siempre”). Quizás el hombre no deseaba tampoco sepultarse en la sala asfixiante y comenzó a hablar en tono amistoso y confidencial.

—Es una lástima que este señor... pero, sin duda, esto lo favorece, Martán. El camino está abierto para usted. La Jefatura del Departamento, si se hace justicia. No se deje sorprender. Recuerde que hay una Junta Directiva. Las eternas maniobras. Ya sé cómo se manejan las cosas allí...

(“—Quiero pensar. Debo comenzar ahora mismo. Este hombre me interrumpe. No me parece tan frágil ni tan delicado como al principio. Quizás sea más fuerte que yo. Si le saltara a los hombros ahora, no podría moverlo. No se irá. Seguirá hablando”).

—...en otra oportunidad le diré ciertas cosas que le interesará saber. ¡No hay que dormirse! Es difícil verse sentado un día en esa silla, pero si usted trabaja con tacto lo conseguirá... ¡Vamos a la sala!

Lo tomó por el brazo para atraerlo consigo pero, inesperadamente, pareció cambiar de propósito y avanzó solo, casi con precipitación hacia el vestíbulo.

Mateo se sintió libre y aliviado, dichoso de poder regresar a sus ideas. Su necesidad de pensar seguía siendo apremiante: reconstruir mentalmente grandes trozos de vida, tiempos enteros donde se sucedieran acontecimientos notables, dignos de contar. Hilvanar una historia completa o muchas pequeñas historias, provistas de principio y de fin, por donde se pasearan personajes y cosas y en cuyo centro debía figurar él como el más lógico personaje de la trama. Pero los hechos, las situaciones que lograba aislar en un momento, no se avenían a su propósito y, en cambio regresaban continuamente hacia ellos mismos como atraídos por una cuerda elástica. Incidía interminablemente sobre cualquier detalle —un acto, un rasgo, una mirada. Abrir una puerta, bajar una escalera, cruzar la calle—. Las piezas sueltas se ordenaban de cien maneras, como las figuras borrosas de un boceto que se repiten, con leves trazos diferentes, a cada nuevo intento y ninguno de los modelos inacabados que lograba componer al azar, le aseguraba una autenticidad, siquiera un confortante parecido con algo que pudo haber ocurrido alguna vez. Siempre, mientras recomponía las partes de alguna de sus tramas, nuevas imágenes lo acometían por los flancos y ante lo excitante del hallazgo todo lo demás se diluía en el acto, perdidas toda su veracidad y su intriga. Los vagos personajes antes delineados, escapaban por foros de sombra para dar lugar a la acción nueva. Todo recuperaba un orden momentáneo, las figuras acometían sus partes ágiles, impulsivas y no tardaban mucho en desvanecerse, desarraigadas de su insegura realidad. —Y aún es inútil pensar —se dijo—. Volver sobre las cosas desechadas: el pasado sigue ocupando su lugar. Quince años de empleado en la Corporación, escalando posiciones y sueldos... (“—Usted llegará allí, Martán, —insistía López, el empleado de Contabilidad, doblando su cuerpo flaco y astillado sobre el escritorio, mientras su dedo nudoso de gallo viejo señalaba la puerta del despacho privado: “Jefe de Departamento”). —Otros, sin embargo, no se han molestado en subir. Se establecieron en sus peldaños

sin esfuerzo y allí permanecen, disponiendo para sí de algún pequeño mundo ordenado y tranquilo, compuesto de hábitos y privaciones. Allí está Krause, el viejo suizo. No se ha movido de su puesto de facturador. Lo sorprende a veces, cuando alza sus ojos azules de animal sumiso y se queda mirando el cielo imperturbable de la ventana. Ha abandonado en ese momento toda actividad y está distraído en su solitario peldaño. No mira a los otros, sus compañeros de ocho horas al día, que prosiguen indiferentes y atareados en sus puestos y parece alcanzarlo algún recuerdo inmóvil de tarjeta postal. A mi derecha, la señorita Méndez, tiesa como un atado de ballenas, frunce su cara rosada de alfiletero mientras lanza rápidos picotazos a la máquina de escribir. Los he estado mirando desde hace años —interminables años— y nunca hemos llegado a fatigarnos de tantas miradas y tantos gestos repetidos, pues cada uno habita su escaño solitario, sin permitir que otro se acerque demasiado...

Notó que estaba solo en aquella enorme habitación. Los frisos habían empalidecido y sus contornos eran liquidados por la sombra que crecía en los rincones. Comenzaron a entrar de prisa como disciplinados figurines, los empleados del servicio funerario, muchachos delgados de piel mustia, metidos en uniformes azules y viejos. Se echaron las coronas a los hombros y, con la misma prisa, desaparecieron hacia el salón.

Por el vestíbulo se deslizaba en círculos un susurro apagado de gargantas, un siseo de suelas en movimiento, mezclado a los olores fuertes del incienso y las flores cortadas. Luego el murmullo se fue haciendo menos perceptible, se repartió en grupos aislados y acabó de borrarse por completo en una atmósfera de silencio forzado.

El cortejo avanzó hacia el jardín, empujado por el muro de negras espaldas. Mateo fue de los últimos en el grupo y, por sobre los hombros y las cabezas, siguió con la vista las cornisas doradas del ataúd que se movía como un animal lento sobre la superficie sinuosa de los cráneos.

Amelia permanece todavía en el cuarto. Recoge las ropas que han quedado regadas encima de la cama y en el centro de la habitación se detiene y oprime contra el pecho las piezas arrugadas que despiden un olor familiar: olor de cuerpo desnudo antes del baño, el mismo olor de él que le es tan conocido como el de cualquiera de las cosas y de los sitios de la casa. Como el olor de la cocina a cierta hora: el espacio de calma, después de la cena, cuando se ha terminado de lavar los utensilios y se oyen lejanos ruidos que cruzan la soledad de la tarde y desaparecen... y se alza el mantel como si se alzara el día entero para dejar establecida la noche. Todo alrededor se apacigua, se recoge en sí mismo. La casa se contrae entre sus muros. Es sola, es única y sus habitantes se sienten confortables e íntimos.

Amelia parece pensativa abrazada a las ropas sucias que acaba de tomar de la cama. Sin embargo, solo quiere recordar algo que debía estar haciendo ahora o que debía hacer luego. En ese instante, se diría que la vida del cuarto se ha detenido también con ella: todo se halla paralizado en su contorno y cuando decide no poder recordar lo que quiere y vuelve a ponerse en movimiento, todo recobra la actividad aparente. El cuarto se mueve de nuevo.

Abre la hoja del escaparate y se deshace de la carga de sus brazos. El olor se precipita y se extingue dentro de otro, más fuerte, que está allí dentro, inmóvil. Al volverse, mira hacia el espejo. Allí estaba él, hacía un momento y allí debe estar aún su otro olor: el que deja cada mañana, antes de salir, sobre el pomo arrugado de crema de afeitarse y el peine húmedo y el frasco de agua de colonia.

Piensa en el muerto. Ese señor que parecía tan robusto. Apenas lo había visto una vez durante una fiesta de aniversario: "Mucho gusto, señora". Su esposa era una mujer alta y seca de cabellos teñidos que decía a cada momento: "¡Querido! ¡Querido!". Alguien la arrastró por el brazo. —"¡Un brindis por la señora de Mateo!". Todas las caras parecían recalentadas al vapor. Cuánta gente se muere a cada momento, mientras que uno... ¿Qué

era lo que tenía que hacer?... Se ha vuelto a quedar inmóvil. —“Mateo va a coger un resfriado en esta tarde tan húmeda”... Pero no puede permanecer todo el tiempo allí, de pie, indecisa tratando de recordar lo que tiene que hacer. Por solo moverse se acerca a la cama. Se sienta primero en el borde y luego se deja caer lentamente sobre las almohadas. Debajo de su piel corre un hormigueo tenue. Las piernas le duelen levemente, casi dulcemente y va a empezar a sentirse muy cansada. Es agradable esa entrega de los músculos, el alivio de la sangre que empieza a retardar su marcha. La tiente el roce fresco del edredón, la superficie que cede a cada moldura del cuerpo.

Pero de nuevo la asalta la necesidad del movimiento. La acosa un glisando de nervios. ¿Cómo puede estar tendida así, sin hacer nada? ¿Y qué hacer si se levantara para hacer algo? No se puede pensar estando inmóvil. Mientras se anda y se trafica con objetos y hay un afán de terminar pronto y todo está retrasado, la mente se agita a su vez: se piensa sin que ello pese ni trastorne. Las ideas son livianas como hojas sueltas. Pero mientras el cuerpo se abandona al reposo y baja el peso de las carnes y casi se oye correr la sangre bajo la piel, la mente a su vez se ensordece, parece que todo fuera a olvidarse en un momento. Por eso es preciso levantarse y ponerse en acción. Que uno ande de un lado para otro a fin de que la casa viva y el día se mueva y adquiriera un impulso ligero que no cese hasta el anochecer. Eso habría que hacer.

El interior del automóvil negro, tenía adherido al lustre de los cueros un olor viejo e indolente de sala de espera. Mateo fue el primero en ocupar el vehículo y se estiró cuanto pudo en el cómodo asiento.

Una cara apareció en la ventanilla delantera y avanzó sonriéndole. Luego toda la puerta se abrió y dos cuerpos penetraron al interior, dejándose caer en el asiento. A su lado, también se abrió la puerta y alguien se instaló en el rincón.

La caravana se puso en movimiento. Avanzó con mucha lentitud por entre filas de curiosos, gente de una apariencia descolorida y huraña, rodeados de un aire irreal de personajes de ficción que abandonarían un momento su trama, para mirar aquella otra escena incongruente que se desenvolvía a su paso.

Uno de los dos hombres que habían entrado primero, se ladeó del todo en el asiento para mirar hacia atrás. Era un individuo voluminoso de cara colorada y jovial. Sin duda se había afeitado antes de salir y aún sufría las consecuencias de su barba rebelde: pequeños coágulos le sombreaban el cuello como si se hubiese ensartado con espinas. Dos hilos de sudor manaban del nacimiento de sus cabellos abundantes y gruesos. Sonrió.

—¿Qué hay, Martán?... ¡No lo había visto para felicitarlo por su nombramiento! Por fin le hicieron justicia. ¿Cuántos años?...

Antes de responderle lo reconoció: era el jefe de transporte en la Corporación, hombre tosco con fama de locuaz y bromista. (“—Es uno de esos individuos insoportables. Hablará durante todo el trayecto”).

—Quince años.

El otro se volvió mostrando un gesto de curiosidad. Lo mismo hizo el de la derecha y ambos se quedaron mirándolo a la cara.

—Es un buen tiempo. Yo tengo doce. Usted tiene dieciocho, ¿verdad, Rodríguez? —y golpeó en el hombro a su compañero de asiento—. Pero se cometen injusticias, yo lo sé...

Mateo no dejaba de mirarlo al cuello que semejaba carne viva, recién desplumada. Las puntadas negruscas de los poros. La piel dura y elástica. (“—Es un cuello de pechuga de ave que parece estar a punto de sangrar. Una vez agarré a una gallina desplumada, ya fría, con olor de sangre seca. Le apreté el vientre. Era como ese cuello, blando y asperoso. La dejé caer en el suelo y sonó como una piedra envuelta en trapos. Papá era un gran gallero. Esos animales de pelea abundaban en el corral. Se atacaban a veces, formando un remolino de plumas cárdenas y un ruido de uñazos sobre el polvo, en medio del círculo de espaldas formado por los hombres agachados. Los veía saltar, prendidos uno al otro, como acosados por un viento rabioso, las cabezas levantadas sobre gorgueras de plumas esponjadas, formando un solo cuerpo fulgurante... y temblaba en el fragor de los aletazos, un ruido áspero de furia que se partía en cortes de silencio o que languidecía al final con el agobio de los picos babeantes y las alas caídas. Las manos recogían del polvo un cuerpo palpitante, inflado todavía de sangre ardorosa, el pescuezo doblado como un vástago: un brazo inerte terminado en un grumo de hervores y líquido de córneas. Los hombres se reunían después, bajo el alero del traspatio. Las blusas blancas brillaban al sol como el encalado de las paredes, las velludas muñecas se agitaban, las manos ásperas bajaban sobre las cosas, firmes, hinchadas de venas y tendones. Las manos que empuñaban bastones, que contaban grandes monedas, que descansaban sobre las rodillas o se estrechaban entre sí, plenas de poder y rudeza, y Tío Andrés imprecaba a mi padre con su vocecita gangosa, protestando de aquellas crueldades. Yo lo escuchaba

metido entre las varillas de sus piernas, mientras unos dedos pequeños y nerviosos me torcían las orejas...

Las caras de los tres hombres aparecieron nuevamente, desiguales, extrañas en el pequeño espacio.

—“¿Es posible que me encuentre aquí, resumido a este momento casual, mezclado a un accidente que nadie hubiera podido prever y, sobre todo, entre personas que quizás no vuelvan a departir juntas en una ocasión semejante? Pensaba en tío Andrés. La casa. Aquellos señores que no volví a ver nunca. No puedo hacerme responsable de todo lo que pudo ocurrir entre estos dos momentos. Hay demasiado tiempo de por medio. Tantos accidentes imposibles de enumerar. Me agradaría meditar sobre esto alguna vez, porque...”

—Nadie mejor que yo conoce allí a la gente —decía el hombre del cuello desplumado—. En fin...

—Continúe. Dígalo todo. Estamos en confianza.

—No vale la pena mencionar nombres.

—Es la verdad. ¡Aunque a veces uno se indigna!

—¡Yo vivo continuamente indignado!

—Lo mejor es hacerse de la vista gorda.

—No. Yo no soy de ese parecer. Conmigo no van las injusticias.

—¡Hace bien!

—Conmigo tampoco, pero... ahí lo tienen... ese es el caso.

—¿Cómo?

—Todos tenemos que seguir el mismo camino. ¿Entonces?

—¡Si vamos a pensar con ese fatalismo! La muerte es una cosa...

—Dejemos eso. Lo que pasa es que las cosas no llegan a saberse. Ese es el mal. El mes pasado, en mi departamento, ¡oigan esto!, un señor, que no voy a nombrar, dio ciertas disposiciones en los talleres que...

—Yo sé a quién usted se refiere —interrumpió el solitario del rincón y se rodó hasta el borde del asiento. Los nudos de sus rodillas chocaron con el espaldar delantero y la hilacha negra de la corbata osciló como un brazo de trapo.

(—“Este hombre es casi tan alto como mi padre —pensó Mateo— pero carece de su perfil córneo y pronunciado. ¡Como si lo estuviera viendo! En cualquier postura, parecía siempre un retrato. Lo rodeaba como un marco invisible. La barbilla lanzada hacia adelante a semejanza de un espolón de navío. Su cara era una pieza de fina artesanía, labrada a filo de navaja, con esmero de ángulos agudos y bordes trabajados al tacto. Este rostro vulgar está cubierto de las imperfecciones más habituales. No podrá ser nunca una pieza legítima, aunque pretenda engañar con cierto pulimento falso”).

Los tres continuaban hablando a viva voz. Se intercambiaban frases validos de una destreza de jugadores. Un silencio incómodo cortó la charla de manera imprevista y el de adelante decidió volver al comienzo:

—Quince años es un buen tiempo para cualquiera. Una bonita cifra. Pero allí los ascensos son muy lentos. Nudo por nudo. Como por una cuerda...

A Mateo le agradó al momento la idea de la cuerda. Contar los nudos desde el principio. Repetir de esa manera la ascensión, fijando de paso los hechos más importantes. Pero una imagen acudió haciendo retroceder su propósito: se vio a sí mismo pendiente de la cuerda, desflecado en el aire, tratando penosamente de impulsarse...

El hombre gordo extendió el brazo por encima del asiento y lo golpeó en la rodilla.

—Nos preguntábamos si es usted casado.

—Sí, sí...

—Entonces somos de la misma especie. Hombre, ¡ahora recuerdo! —y se dio un rápido golpecito en la frente con todas las yemas de los dedos— Usted me presentó a su señora en aquella reunión de aniversario que tuvimos hace dos años, creo... Sí, hace dos años, ¡claro! Se acuerda, ¿verdad?... Por supuesto, tendrán familia.

—Sí, un hijo... Diecinueve años...

—Se comprende: esperando mejores tiempos... Pero usted tiene el camino hecho. Va derecho a jefe de departamento. —Tomó aliento y exclamó: —Y ¿qué les parece lo de la convención de transportistas?...

Aún estaban hablando cuando el automóvil se detuvo en una de las avenidas interiores del cementerio. Todos bajaron, maniobrando en el estrecho interior y, sin interrumpir su charla, se confundieron con la multitud que hormigueaba en torno de los coches.

Todo lo que su vista podía alcanzar ahora era un espacio solitario, dilatado en la multiplicación desordenada de pequeñas tumbas. Había perdido el camino y se encontraba desorientado.

Giró varias veces sobre sí mismo pero solo pudo percibir, en todas direcciones, el panorama inmóvil de las cruces: un mismo ademán inexpresivo de brazos cortados sobre la débil estatura de las malezas. ¿Cómo podía haberse alejado tanto sin darse cuenta? Era algo penoso caminar sobre aquel suelo blando y accidentado, mientras una lluvia indolente, casi imperceptible, se diluía en la atmósfera: caía en ella sin traspasarla, sin alcanzar el suelo y el aire se volvía más pesado.

Mientras caminaba, pisando las malezas espinosas que cubrían los senderos, trató de imaginar el círculo de figuras borrosas, sin formas en los rostros, la salmodia del sacerdote prolongada en oes ondulantes, el trajín de los empleados de la funeraria y solo una vez pensó en su escritorio de superintendente, frío y abandonado, presidiendo el gran salón vacío.

Subió a una colina, un hinchamiento de tierra boronosa, exprimida, donde solo crecían miles de rastreras flores amarillas y algunas cruces enanas y desde allí contempló la dormida extensión. Muy lejos blanqueaba el rastro de las estatuas, todo lo demás era un bosque inculto, arrasado, envolviendo el atrofio de las ruinas, tímidas elevaciones de ladrillo y hierro carcomido. Continuó su marcha, vadeando los lechos resquebrajados de antiguos túmulos, partiendo al paso cáscaras de ladrillos y maderas de lápidas.

En un principio pretendió llegar hasta los últimos límites posibles de aquel campo desierto, pero no tardó en convencerse de la inutilidad de su empeño. La comarca que se ofrecía a su visita era cada vez más inhóspita. Matorrales y yerbajos resecos se oponían al paso y la humedad creciente de la tarde calaba las carnes.

—Solo en vida de Tío Andrés he llegado a caminar tanto. Él era muy pequeño y muy frágil, todo formado de huesecillos débiles, con sus anteojos ovalados de montura de alambre y su cabeza como un gorro deshilachado. Sin embargo, nunca llegaron a cansarlo aquellas largas caminatas que hacíamos juntos por el monte. Pasábamos el puente y la ciudad empezaba a retorcerse por calles culebreantes, polvorientas, llenas de una multitud descolorida privada de toda intimidad. Podía verse al pasar el interior de las casuchas como trajes ruinosos vueltos al revés, la oscuridad que parecía desprenderse de tantas cosas mustias, apocadas, vilmente envejecidas en sus rincones. Los cuartos sofocantes, las camas revueltas, hombres semidesnudos que inclinaban las espaldas para pasar los huecos de las puertas. Yo me apretaba a su mano al bajar las aceras empinadas, andando más y más hasta que comenzaba a aparecer el cerro desnudo, la tierra viva por cuyas grietas bajaba el agua negra y así llegábamos al monte, casi sin darnos cuenta. Mirábamos atrás y allí estaba el barrio precipitado en la falda del cerro, inexpugnable, inmenso. Recuerdo que en verano, la tierra endurecida se erizaba de cardos semejantes a grandes verrugas pilosas. Por entre las malezas de tallos oscuros, cubiertos de espinas, aparecían muñones y clavículas que eran restos de maquinarias abandonadas de un hierro carcomido y amarillo. Porfiaban aún algunos tallos verdes y Tío Andrés se agachaba para ponerme entre los ojos una flor. Los delgados filamentos, cargados de polen, vibraban con el temblor continuo de sus dedos. —“Aprenderás a conocer esto, cuando sepas la Historia Natural”. Sus libros, ahilerados encima de la cómoda de su cuarto, tan viejos que los lomos descascarados olían a

madera picada y a él mismo que tenía para mí su propio olor a frasco de remedio y caja de tabacos, se inclinaban siempre un poco más cada año como un muro a punto de caer. Los pesados tomos de empastaduras venerables, se abrían crujiendo por dentro, por sus entrañas de cola reseca y las hojas de papel tostado pasaban sonando como sables y se detenían en láminas de colores desvanecidos. Allí se movía el dedo escamoso de Tío Andrés, su uña de marfil viejo recorría contornos, filamentos, alas... Otras veces seguíamos hasta el pie del gran cerro que crecía delante de nosotros con su lomo monstruoso. Era el lugar de los árboles ancianos, corroídos por leprosidades eternas y avanzábamos sobre yacimientos de hojas blandas. Ya sabía que llegaríamos al manantial. En aquella comarca de limos y fermentos, sustraída a los vientos, todo crecer se hallaba detenido bajo el agobio de pesos seculares. Precipitaciones de cuerpos parásitos envolvían los troncos: tendones, vísceras descarnadas adheridas a toda forma viva. Allí engordaban de succiones capilares y creaban abultamientos y jorobas protegidos por una piel correosa. Las articulaciones, podridas por la humedad, manaban humores gomosos cuyas gotas, fosilizadas en el descenso, eran finas estalactitas de un almíbar amargo. Raíces palmípedas circulaban entre las rocas que eran fértiles masas pobladas de cartílagos blandos, hongos y carne linfática de helechos. El comenzaba a hablar de las edades y los gérmenes, discurría con calor por entre los rápidos gestos de sus manos que no cesaban un momento de moverse y no le preocupaba saber que yo no entendiera sus palabras. Sabía, sin embargo, que estaba simplemente maravillado. Recuerdo la virtud extraña de sus dedos en ciertos momentos. Cuando me tocaban sentía sobre la piel una vibración fina, imperceptible. Creía que un pájaro se había posado sobre mi carne y la sensación persistía largo rato. Quizás de esa emanación provenía su arte especialísimo para cortar los tallos y las flores menudas y mostrarlos a los ojos extraños iluminados de sus misterios y sus gracias. El regreso tenía lugar a la caída

de la tarde, por los campos entristecidos de repente. Tío Andrés me llevaba de la mano y como yo me retrasara un poco mirando hacia atrás, tiraba de mí con inconsciente brusquedad, pues él caminaba entonces derecho, imperturbable, metido en sí mismo. ...Un hombre como él no he vuelto a conocer nunca. En alguna parte, por aquí, debe hallarse su tumba. Yo ignoro todo lo referente a su muerte pues todo eso ocurrió después de la desaparición de papá. Tuvimos que abandonar la casa. Los muebles fueron arrancados de sus sitios dejando lugares desnudos, limpios y como muertos. No todo fue arrancado por la borrasca. Las cosas más grandes e inútiles se quedaron allí para siempre. El jardín quedó intacto, fresco y luminoso a pesar de aquel abandono increíble. Recuerdo que en él era frecuente ver al Tío Andrés, confundido entre las ramas y las hojas, moviendo los brazos de la podadora con los gestos rígidos de un saltamontes. Nos fuimos a vivir a otro lugar. Apenas recuerdo lo de ese otro tiempo oscurecido, angosto, en la pequeña casa de paredes sucias donde fui a vivir con mamá. Guardo la impresión de un pasadizo estrecho entre dos muros y quizás algunas imágenes desprendidas, sin lenguaje, sin tiempo. Pequeñas atmósferas, comienzos de cosas perdidas que no se podrán reconstruir: las noches en el corredor enladrillado, el silencio sobre los viejos muebles de mimbre rescatados de su otra vida, demasiado grandes para tanta estrechez. Los cojines hundidos por el peso de la gente que no vivía ya... Tío Andrés nos visitó algunas veces. Parecía un extraño...

Se encontró sentado sobre un túmulo soportando una laxitud de derrota. Todo a su alrededor respiraba un aliento precario de ruinas, de muros agrietados y techos hundidos por el peso de muchas lluvias. Su cuerpo, cargado de humedad y cansancio, había renunciado al movimiento.

—Mañana —acertó a pensar—, tiene que ser mañana. El doctor An-túnez me espera a las nueve. Por lo tanto, no asistiré a la oficina. ¿Debo decírselo a Amelia antes de salir o esperaré hasta después de la visita, una

vez que conozca los resultados? Tres días he vivido bajo esta indecisión y todo lo que he hecho es exasperarme tratando de reconstruir no sé qué historia. El pasado. ¿Es necesario ahora? Lo que me ocurre puede ser reducido a los términos de un sencillo accidente profesional: una visita al psiquiatra. “Yo mismo lo visito cada año”, me dijo el jefe de personal. Sin embargo, desde hace tres días, no ha habido paz en mi interior. No he conocido un momento de sosiego. Debo hablarle a Amelia con toda naturalidad. Después de una sencilla explicación se quedará tranquila, no objetará nada. A pesar de que ella me ha sorprendido varias veces...

Esa certidumbre lo hizo sentir molesto. No podía olvidar que Amelia lo había sorprendido hablando a solas, golpeando el aire con sus gestos mientras dialogaba con invisibles personajes... Pero fue cuestión de situaciones, de momentos. Ella no hizo ningún comentario. Como si no lo hubiese visto y sin embargo lo había estado observando en silencio, atentamente. Recordó el ruido de las hojas secas, el contorno negro del ceibo contra la pared del jardín, el cielo alto y profundo. (Deliberadamente se había escurrido sin ser visto hasta aquel lugar oscuro y apacible detrás de la casa). Inesperadamente, en la mitad de un gesto, con una palabra detenida en la boca, descubría su figura pequeña, muy blanca, esfumada en el marco de la puerta. Algo se desplomaba en silencio, lejos, sobre una distancia increíble y entonces el vacío, la soledad, el latido de la conciencia volvía a él con una vibración dolorosa. Amelia daba la espalda y desaparecía hacia la cocina. La oía moverse entre el ruido de la vajilla. Lentamente regresaba a la casa y procuraba no hablarle en toda la noche. Otra vez se olvidaba de pasar el cerrojo a la puerta del cuarto de baño y de nuevo lo sorprendía allí, ante el espejo del lavamanos, en medio de la soledad estéril de los mosaicos y la porcelana, toda encendida la piel, los rasgos congestionados en mitad de algún diálogo inconsciente. Ella cruzaba a su lado con la cabeza baja, recogía algún objeto

y se alejaba pronto de aquel aire azaroso cargado de exclamaciones y gestos. Ahora debía hablarle de su entrevista con el jefe de personal:

—Estas cosas siempre ocurren, Martán y nada tienen de extraordinarias. Usted comprende, quince años de trabajo...”

El aire se había teñido de una niebla plomiza. Levantó la vista y se encontró ante el más solitario panorama de la tierra.

—Nadie se ha encontrado tan solo. Estoy fuera de todo paso humano. Sin embargo, todo acababa allí mismo, en algunas formas confusas que surgían de la niebla.

Las imágenes acudieron de nuevo. Como otras veces se deslizaban hacia adentro por un declive oscuro y se reproducían de sí mismas en rápidos fundidos que, por unos instantes, componían figuras híbridas: raros injertos animados de objetos y personas (como la visión del torso de su padre, que engastado al respaldo del sillón de barbería, formaba un solo cuerpo extendido mitad hombre y mitad porcelana). Comprendió que no podría pensar ordenadamente y quizás no lo necesitaba ya. Se sentía en cambio atraído por aquella ligereza de la mente que llegaba a provocarle una agradable excitación.

—¡Mateo!... ¡Mateo!...

Iba corriendo bajo los árboles con el cuerpo caliente, la respiración sofocada, persiguiendo el calor vivo de su aliento que tiraba de él como un deseo. El aire golpeaba entre sus hombros.

—¡Bájate de ahí!

—¡No corras tanto!

—¡Mateo!... ¡Mateo!...

Eran voces que llegaban de otro mundo y pasaban a través de él sin tocarlo. A su alrededor todo resplandecía.

—¡Dónde te has metido, muchacho!

La casa, desprendida de sus cuatro clavos comenzaba a girar. Nunca lo encontrarían. “Estoy muerto. Estoy muerto” repetían los latidos de su cuerpo inflamado. Los trozos separados emprendían el vuelo desprovistos de peso y consistencia. Flotaban por su cuenta los cuartos y los corredores. La casa deshabitada se había resquebrajado y sus pies se estrechaban hasta lo imposible sobre el único palmo de suelo que era sólido. Los ojos se adherían a la franja de luz en el ángulo de la puerta. Reaparecía después aturdido, ausente en medio de un círculo de alarma.

—¿Dónde estabas?... ¿Dónde te habías metido?

Pero aún no existía la certidumbre de aquellos rostros imperativos, aquel vasto suelo que parecía tan firme, los compartimientos inmóviles que recobraban su estabilidad y su fijeza sobre una realidad que parecía totalmente desprevenida.

En algún lugar oculto entre raíces, estaba la tierra pantanosa, negra, el barro tibio donde los dedos penetraban provocando un ruido de ventosas... y el juego interminable de los tejados, sus vetas rojizas bajo el sol. La gente silenciosa, inofensiva que circulaba en el ocio de los tranquilos interiores o desfilaba por las aceras llevadas de sus apuros y sus diligencias, sin imaginarse que eran observadas. La tibieza anhelante de los armarios abiertos en el sigilo de la siesta. Los corredores solos, las puertas entreabiertas preparando acechos y susurros: toda la casa latía en los instantes de una ansiedad secreta y envolvente. Techos, paredes, viejos muebles de pronto se agitaban, se conmovían suspensos en sus silenciosas posturas y aparecían transfigurados anunciando lo que acontecía en medio de ellos... En los últimos años, su padre se escapaba del cuarto: la figura alta y esquelética saltaba al corredor sacudiendo los brazos velludos y flacos. Los músculos temblaban desprendidos en sus bolsas de piel amarilla. Gritaba y pataleaba hasta quedar ahogado en el nudo de una tos rabiosa que parecía morderse a sí misma. Desde el rincón donde se refugiaba veía pasar la ráfaga de huesos y pelambre impelida

por el aleteo frenético de la camisa. Oía rodar las sillas y el mundo se derrumbaba bajo el estruendo... El mundo estremecido del cuarto por las noches. La caída de objetos luminosos en la sombra...

—Yo siempre lo he admirado a usted, Martán.

Le dijo de pronto el viejo López, la noche en que la preparación de un informe los retuvo largo tiempo a solas en el Departamento. Mateo levantó la vista del mazo de facturas y encontró la figura del empleado en actitud de absurda contemplación: el codo en la mesa, la cara hundida en el hueco de la mano y colgando de los ojos acuosos las antiguas gafas de frágil montura. En ese momento el reflejo de los anuncios luminosos lo dotaba de un halo incipiente de fotografía iluminada.

La frase, que Mateo oyó rebotar varias veces (yo-siem-pre-lo-he-ad-mi-ra-do-a-us-ted-mar-tán) en el espacio quebrantado de las ideas, enrarecido por el continuo fluir de las cifras, provocó en medio de ellos un vacío demasiado evidente, semejante al que crea la interrupción de un sonido en el que todo hubiera estado sumergido largo tiempo. Ahora estaban el uno frente al otro —y eso era cada vez más apremiante— en medio del pesado y duro silencio de todas las cosas, solos en el décimo piso del gran edificio, mirándose verdaderamente y por primera vez a las caras.

Dejó a un lado la pluma y preguntó, casi sin escuchar su propia voz, deseando, en cierta forma, adelantarse a los pensamientos del otro y todavía incapaz de calcular sobre lo que podría ocurrir entre ellos un momento después: —“¿Por qué?”. (En ese momento se le presentaba como un desconocido y no podía dejar de temerle en la soledad que los rodeaba) y el viejo repitió: “Yo siempre lo he admirado a usted, Martán”. El silencio parecía crecer inconteniblemente a cada interrupción de las palabras.

Mateo bajó la cabeza, acobardado y tímido a pesar suyo y comenzó a jugar con la pluma fuente.

Era cierto que el empleado más antiguo y quizás el más insignificante del departamento, nunca le había inspirado confianza o simpatía. Lo irritaban sus continuas miradas de soslayo, su total vejez ruinosa y polilenta de criatura de hospicio, su olor de cama de enfermo que percibía con repulsión cuando accidentalmente se le acercaba demasiado. Veía entonces que su aparente pulcritud, la austeridad de sus trajes oscuros de recio paño, acababa en los bordes roídos de la corbata, en la tosca puntada que cerraba la manga descosida o en los botones averiados de la chaqueta. Al hablar, la saliva espumeaba al borde de sus labios y entre los dientes carcomidos, innoblemente sucios y lo ofendía su aliento de tabaco húmedo, su voz oscura que parecía arrastrarse sobre una superficie rugosa.

Ahora, mientras le oía hablar, recordó el molesto incidente ocurrido una tarde en que, por entrar al departamento poco antes de las dos, lo sorprendió ocupando el escritorio de superintendente, desparramado en la silla giratoria con todo el varillaje de sus huesos, en desplante de Jefe que recrea su autoridad ociosa contemplando los escritorios vacíos.

—¿Sabe por qué lo admiro sinceramente? —decía López— Por su capacidad, por su inteligencia. Usted tiene un gran poder mental. Yo estaba aquí, en este mismo puesto, hace quince años cuando usted entró de auxiliar de oficina. Fui el primero en darle las indicaciones, ¿recuerda?... O quizás no. Yo en cambio no lo olvido y desde entonces lo he estado observando. (—“¿De veras?... Quiere decir que este hombre me observa continuamente. Me sigue los pasos. Se da cuenta de todos mis movimientos. ¿Con qué motivo? Lo he tenido aquí como un testigo. Es insólito que sea por su propia confesión que venga a percatarme de ello...”).

—Lo he observado como acostumbro hacerlo con todo el mundo cuando llego a un lugar. Los pequeños detalles son muy importantes: la manera de cruzar la pierna, el modo de fumar, la voz. Usted era tímido... (Mateo cruzó la pierna silenciosamente debajo de la mesa, cuidando de que el individuo no se impusiera de la maniobra. Se sentía atenazado por el pecho, asediado por pequeñas agujas frías que lo herían debajo de los brazos, en el cuello, bajo las costillas) (—“¿Qué tiene de particular mi manera de cruzar la pierna, por ejemplo? ¿Hasta dónde piensa llegar este hombre?”).

—...eso es lo que suele llamarse *psicología* —sonrió— una ciencia que no está en los libros. Se aprende con la concentración mental... —y se apretó el cráneo con todos los dedos: aquella caja ósea, vacía, sembrada de manchas grises donde aún se agarraban residuos de una pelambre seca y descolorida—. Toda la verdad está aquí... ¡aquí!... ¿Usted comprende?... Yo siempre he confiado en los hombres tímidos. Llegan primero que los más decididos y nunca se estancan. Pero eso usted triunfó. ¡Yo lo he visto ascender, he seguido sus pasos y un día lo veré entrar allí! —y señaló la puerta del despacho privado—. Cuando llegue, usted recordará esta conversación: “¡Usted me lo anunció, López! ¡Usted me lo dijo!”... y ojalá que entonces se acuerde de mí. ¡Yo conozco! ¡Yo veo las cosas que otros no ven! Sin moverme de aquí sé más que todo el mundo...

Continuó hablando, a veces en tono de misteriosa confidencia o de maravillosa revelación y otras exultante y discursivo. Intercalaba a cada paso (en medio de las observaciones más cotidianas y a veces cargadas de vergonzante pequeñez, sobre la incompetencia de los compañeros o la moralidad de las mujeres) encendidas lucubraciones referentes al poder mental, las secretas facultades humanas, la verdad. El poseía los informes más útiles para un Jefe, las mejores normas, los consejos. Sus

ojos empañados podían ver a través de las paredes y las puertas cerradas. Sus oídos percibían de lejos palabras susurradas durante las reuniones secretas de altos directivos, mas no por virtud de un poder mágico o sobrenatural sino únicamente por haber permanecido durante veinte años detenido detrás de su escritorio, observando, meditando en los poderes y las facultades humanas, en el tránsito de los signos zodiacales y las cábalas y las *enseñanzas* de lejanos siglos... A Mateo le sorprendió oírle decir, casi al descuido: “tengo nueve hijos”, pues siempre lo había imaginado soltero, cliente de ruinosos hoteles, visitador de prostíbulos disimulados en inexpresivas fachadas. Pero en cambio, había leído obras de una oculta y sinuosa sabiduría dirigida a cierta especie de hombre subrepticio, que pasaba de incógnito en modestas oficinas y laboriosas profesiones. Libros de cantos manoseados en cuyas tapas aparecía la mente humana despidiendo reflejos... Y pasaba las noches amontonando notas a lápiz, con su letra gruesa de palotes articulados, sobre las páginas de un libro de contabilidad...

Pero ya la figura familiar del escritorio se ha desvanecido o continúa allí solo en la forma de una realidad cada vez menos válida. Lo ve meditar, como un solitario paseante nocturno, por las despobladas plazas sorbiendo sus lentos tabacos baratos, observando los rostros más vacíos e impenetrables que se encuentra a su paso. Entabla una forzada conversación con el personaje más desprevenido. Urde fantásticos imperios de poder, donde la liberada energía humana ha creado una raza de hermosos gigantes, de asépticos atletas controlados por cerebros perfectos. Una pulcra humanidad de manos unidas y frentes levantadas —como la de las ilustraciones de sus libros de *ciencia*— que marcha (calmadas las mentes, domesticados los instintos) bajo la sugestión de una gran claridad que se desprende de lo alto.

Hasta que la noche viene a quedar delgada como un hilo, un hilo tenso que aún puede estirarse mucho más y en el aire vaga la única nota

de un sonido agudo y penetrante, siempre a ras de las cosas, nunca más alto que un hombre de pie que camina impasible frente a las ventanas apagadas, nunca más arriba del torso del hombre sentado en la plaza vacía. (La plaza ha sido arrasada por el soplo de la media noche. Es una extraña ruina intacta, en vela como un cirio recién apagado. Cada cosa en ella está inmóvil y como separada y a resguardo de las otras que son sus mudos semejantes. Un halo flota sobre las superficies encantadas por la claridad de los faroles).

Se puede ahora caminar sobre la acera (con todo el cuerpo, con el aliento y con el frío que anda bajo las ropas y con el pensamiento y el espíritu despiertos y no en fragmentos de piernas y brazos balanceándose y ojos que tropiezan en medio de agitadas y rápidas figuras), atento solo al ruido de las suelas, resonantes al fondo de las calles vacías como túneles. (Las hileras de fachadas no parecen resguardar cosa viva alguna, sino grandes recintos solos donde también percute el golpe rítmico de las pisadas). En las esquinas, a modo de ramajes torcidos y angulosos se propagan, arriba y abajo, otras calles y otras secas fachadas de colores perdidos, cortadas al descuido, bajo declives de techumbres oscuras y el follaje negro de algún árbol. Los focos brillan solitarios en la alta sombra y bajo los rayos de luz fría puede aguardarse un largo rato, mientras el silencio baja hasta los miembros y llena por completo el cuerpo del hombre que así queda sumergido en la noche, mezclado a su vaga y liviana substancia. El pensamiento y todo lo latente se van perdiendo lentamente...

La ciudad está sola y postrada. La altiva humanidad duerme y ya es apenas un aliento tibio y uniforme, unas formas entrevistas en la oscuridad, limitadas por el rectángulo de un lecho. Carnes abandonadas al reposo, cuerpos varados en un limo, donde a veces se mueven inconscientes como agobiados troncos.

—Vamos a cerrar. Es la hora.

Dijo una voz delante de Mateo y la niebla dio paso a una figura encorvada, colgada de ambas manos al extremo de un palo que se elevaba por encima de sus hombros.

Observó con curiosidad aquel rostro echado hacia adelante, el mentón puntiagudo sacudido por la succión continua de los labios en la boca vacía. Se levantó y echó a caminar seguido por el imprevisto personaje. Marchaba con torpeza ridícula, tropezando a cada momento con los cúmulos de tierra blanda.

Agarrado a los hierros de la gran reja exterior, un guardián lo esperaba para terminar su tarea. Apuró el paso sintiéndose ahora más reconfortado. Hacia la calle el aire era más claro. Veía moverse la ciudad más allá de las rejas. Pronto se encenderían las luces.

En el gran espejo brotaban inclinadas las sillas vacías. Arabescos de espaldares plateados, rodeaban en un duro silencio de muñecos de yeso las mesas igualmente desnudas y solas. En el silencio petrificado del bar los círculos de mármol y las caprichosas patas de metal, asentadas sobre pezuñas de animal fabuloso, componían una simetría de pequeños espacios desiertos.

Formas disecadas colgaban en los muros del amplio salón, objetos disonantes carentes de proximidad y parentesco: cortinillas, cristales, pasamanos agotados por la larga intemperie en aquel clima estéril, nunca renovado. Los mozos se movían sin ruido por el inmóvil decorado como figuras de tiza provistas de máscaras envejecidas.

Afuera, la noche de la ciudad se organizaba lentamente borrando un poco la rigidez de las altas fachadas bajo una capa de aire oscuro. Del otro lado de la calle, la plaza, con todas sus luces, comenzaba a parecer un gran juguete.

Mateo trepó a un taburete y pidió un coñac. Sentía la carne de las piernas atravesada por largas espinas. Bebió de un sorbo hasta la mitad de la copa y al momento corrió debajo de su piel una sensación fresca y tranquilizadora. La sangre aliviada le invadió a un mismo tiempo todo el cuerpo con la virtud de un tónico...

—...ese hombre fue muy terminante cuando dijo: “lo han visto actuar de una manera extraña, sufre crisis de ensimismamiento, habla a solas, gesticula... ¡Lo han visto!”. Eso es lo peor; me han visto. Muchos me

habrán visto en la oficina misma, en la calle... quizás Amelia, aunque ella no pudo haber dicho nada. Pero todo eso tiene que ver con algo muy lejano que él no sabe. Que nadie sabe. Los que me vieron ya no existen... Papá... Tío Andrés... Esos ya no viven y aquel era otro mundo, otra vida. La vida de otras personas. Algo completamente distinto que no tiene nada que ver conmigo, aquí. Entonces era YO en medio de una atmósfera de asombros, un espacio radiante y sin bordes. Solo yo poseía entonces el movimiento, la fuerza, el calor. Muy poco recuerdo de ciertas cosas. Me acercaba a los objetos, rozaba con los ojos y los dedos las superficies de la madera y del metal y descubría que estaban vivos, temblaban y resplandecían. También me agazapaba en las pequeñas sombras polvorientas, debajo de las camas, en los rincones donde nadie pisaba y allí escuchaba voces y rumores... Estaba en el jardín cuando, de pronto, atravesó el aire un rumor de risas contenidas. Al darme vuelta vi que todos estaban allí, en fila, cortados por la línea del pretil, los rostros desfigurados por la misma mueca de contenida hilaridad. Mi padre también, vistiendo la bata de cuadros desteñidos que colgaba de su cuerpo como de una astilla y Tío Andrés con uno de sus chalecos negros, tan pequeño que parecía un busto. En ese momento, en que mi hermoso mundo se desmoronaba y las perspectivas me empequeñecían de nuevo, los vi como odiosos e increíbles intrusos que, de manera inexplicable, habían logrado traspasar el límite e invadir mi dominio. Mi irritación, mi gran furor alcanzó apenas el momento de lanzarles una mirada fulminante, pues, de inmediato, me sentí acorralado por una atroz vergüenza y hui de aquel lugar, arremetiendo en mi carrera contra los planteles de flores. Acababan de sorprenderme hablando y gesticulando febrilmente. Fue un motivo de risa para todos, pero yo me escapaba corriendo cuando lo recordaban en mi presencia. Eso ocurrió hace mucho y ahora, es posible que... Yo estaba revisando una hoja de informes, totalmente ocupado en mi trabajo, cuando sonó el timbre del intercomunicador...

(—“Lo hemos estado observando en los últimos meses —comenzó el Jefe de Personal, un individuo enorme de huesos angulosos, dejándose caer en el respaldo de la silla giratoria—. Por eso lo he llamado ahora y espero que sea usted razonable”. Enlazó los dedos a la altura de la barbilla y prosiguió su discurso en un tono uniforme, impersonal: —“Voy a hablarle de algo que atañe a usted especialmente y en cierta forma a la Compañía. Le ruego que me escuche sin precipitarse...”).

—...Yo lo sospeché desde que recibí el llamado: “¿Quiere usted venir un momento a mi oficina, Martán?”. La voz carecía del acostumbrado tono oficial. Pretendía ser cortés y bondadosa con cierta afectación paternal: “Venga... hablemos un rato... no tiene nada que temer”, eso quería decir. Lo comprendí al momento y por eso me sobresalté. Comencé a desear con todas mis fuerzas que nada fuera cierto y el hombre se olvidara para siempre de su propósito: “No, Martán, yo no lo he llamado. Debe ser un error. Vuelva a su puesto”. Fui al despacho agarrado a esa idea tonta como a un borde sobre una pendiente...

(—“Por supuesto —decía el hombre de la silla giratoria—, no tenemos ninguna queja sobre su nuevo trabajo en el Departamento. Se desempeña usted muy bien en el cargo. Lo sabíamos... —Y se extendió en consideraciones acerca de la competencia de su subordinado. Ponderó en frases las virtudes de la constancia, la ideal evolución del ascenso que en él se había operado “de modesto auxiliar a superintendente y con firmes posibilidades para la jefatura del Departamento. ¡Un excelente porvenir!”. Concluyó elevándolo a una especie de símbolo del éxito y la conquista por el esfuerzo propio. —“Pero todo ese esfuerzo requiere un desgaste —fue la conclusión—. Aunque usted no lo note o se empeñe en ocultárselo a sí mismo, sus nervios se han debilitado. La tensión excesiva y constante ha conducido, por reacción, a un relajamiento —y separó los dedos como si estirara una sustancia elástica— que se hace

sentir a pesar de usted mismo. Es algo que lo toma de sorpresa en cualquier momento y le provoca estados de abandono, distracción, olvido... A usted...” Hablaba sin cesar, mientras el tiempo se extendía por todos sus costados, leve y vacío a semejanza de un globo que se hincha).

—...Ese hombre está lleno de imperfecciones. A medida que lo escuchaba, yo no podía dejar de mirar un dedo corcovado y flaco acurrucado entre los otros dedos largos y vigorosos, recubiertos de una pelambre rubia. Nunca se le podrá detallar de una sola ojeada. A veces es una cosa risible porque parece un gran muñeco desmontable, construido torpemente, con muchas fisuras y remiendos y piezas desiguales. Tiene una mancha negro-azulosa de corteza enferma que le cubre gran parte de la palma de su mano derecha. Es como si la hubieran rellenado de una materia distinta de la del resto de la mano. Quizás alguno de sus ojos esté recubierto de fibras blancas...

(—“Todo eso —proseguía la voz— no es sino la consecuencia de un estado depresivo general. El producto de un... —con un gesto palpitante de la mano buscó la palabra en el aire. Quería atraparla entre los dedos como si la viera revolotear ante él y castañeando los dedos completó: “¡déficit interior!”. Se había inclinado sobre el escritorio, las piernas muy abiertas bajo la mesa, los codos apoyados en los bordes y los dedos hundidos en ambas mejillas, de modo que la enorme espalda se extendía formando un amplio declive y la cabeza levantada quedaba encajada entre los hombros. —“Es posible que sufra usted últimamente estados de desconcierto, inseguridad, temor con respecto a sí mismo o hacia los demás. Por supuesto padecerá de insomnios, digestiones ácidas o cualquier otro desarreglo similar. Esas cosas...” Terminó por aconsejarle que visitara a un psiquiatra... —No se alarme mucho por eso —terminó el Jefe de Oficina—. No es nada insólito en hombres como nosotros. El doctor Antúnez. Ese es el médico que le conviene. Atiende

todos los casos de la compañía. Yo, personalmente, lo visito dos veces cada año. Comprenda: esto es algo tan necesario como... —Una vez más buscó algo en el aire, valiéndose de un gesto más amplio que aspiraba recoger toda una imagen, una frase rotunda y esclarecedora. Sonrió luego, dejando caer los brazos agotado por el largo esfuerzo de aquella plática: —“¿No se limpian periódicamente las cañerías? —dijo—. Esta también es una norma de higiene —y se golpeó tres veces en la sien derecha— ¿Comprende?”.

—...No me sorprendió esa conclusión. Creo que la esperaba desde el principio de la entrevista. O tal vez ya no esperaba nada. Me hallaba sostenido en el linde de un presente que se alargaba en todas direcciones sin resolución. Nada podría ocurrir con respecto a mí. Mientras él daba vueltas a sus circunloquios y sus frases, vi las primeras gotas de lluvia que reventaron en silencio contra la superficie de cristal. Una y otra golpearon y se estrellaron en seguida como si fueran frutillas aventadas desde lejos. El polvo absorbió en un instante el jugo amarillento y dejó apenas algunas huellas temblorosas en el vidrio. Luego un millar de ellas, a un solo tiempo, hicieron temblar el ventanal. Esa misma mañana, al doblar una esquina, había visto un sombrero hongo que rodaba por el borde de la acera. Se advertía una atmósfera de sobresalto.

Un viento cargado de polvo se enredaba sobre sí mismo provocando remolinos de papel. Después de la entrevista, cuando llegó la hora de salida, llovía aún con estruendo. El día se había achicado y uno podía envolverse en su humedad llena de desaliento. Nos encontrábamos apelmazados en el gran portal, detenidos por la masa de aire turbio. Cordeles de agua sucia y densa bajaban de las altas cornisas de los edificios y salpicaban con fuerza en la acera. Uno podía dejarse conducir fácilmente, sin ideas, por aquella monotonía del tiempo que apenas se sentía pasar muy lento. Todo era banal como el movimiento de las sombrillas de colores que goteaban por sobre las cabezas, parecidas a flores

de cera que hubieran comenzado a derretirse. Todo había pasado al fin. Era un alivio. Todo estaba concluido...

Detenido desde hacía un rato en el portal del edificio, en medio del grupo de sus compañeros, veía caer la lluvia, veía las fachadas más tristes y envejecidas bajo la pátina del agua. También la lluvia parecía ir desliendo los despojos del pasado. Las armazones podridas se hundían y desaparecían en la sombra... Cuando se dio cuenta de que había dejado de llover, el aire continuaba empapado y el día colgaba con el desgano de un viejo sobretodo. Las gradas vacías —las hermosas gradas de mármol verdoso—, quedaron aporreadas y tristes. Costras de lodo arruinaban los bordes junto a las huellas de muchos zapatos mojados. Fue el último en abandonar el portal. Cruzó a saltos la calle, esquivando los charcos brillantes y se dirigió al pequeño restaurante de la esquina. Nunca había estado allí antes y al entrar, lo recibió el olor vivo y excitante de las comidas que llenaba el estrecho recinto congestionado, activo...

—¿Cómo dice usted? —preguntó tratando de incluirse en la conversación.

Los cuatro comensales de la mesa vecina se levantaron a un tiempo, arrastrando las sillas y desaparecieron en el desordenado movimiento del salón.

—Digo, los pedidos de marzo. El lío de las facturas... Todos hablaban accionando con trozos de pan entre los dedos o algún bocado suspendido en el tenedor. Eran cuatro en la pequeña mesa y los rostros se movían sin tino. Las cejas, las mandíbulas, las barbillas subían y bajaban formando un leve ruido acuoso. El aire estaba cargado de vapor.

—...Lo que deseaba era encontrarme solo. Fui al pequeño restaurante con ese propósito. Creí poder dedicarme a pensar en el mediodía ya vaciado de ruidos y prisas, sentado en algún lugar desconocido donde todo hubiera sido usado muchas veces por innumerables seres

ocasionales que se iban sin dejar rastro de sí mismos. Poner en orden muchas cosas partiendo de algún punto determinado. Volver atrás y avanzar luego por entre grandes divisiones de tiempo, reconstruyendo al paso cada acción importante de manera que todo el conjunto mostrara una ilación y un sentido como ocurre con las escenas de un libro. No se llega a obtener un alto cargo en una gran empresa sin haber seguido un camino ordenado. Pero una vez que hube cruzado por entre las hojas de la puerta de golpe con su gran letrero descolorido —“Iris” Restaurant— que se partió en dos al atravesarlo por el medio, vi a los tres individuos en la mesa y uno de ellos se levantó y me llamó por mi nombre: “¡Señor Martán!”. Tuve que sentarme en medio de ellos. Al momento reconocí a dos empleados del departamento. El otro, que me fue presentado en seguida, pertenecía a una compañía de representaciones. —“La Expon Import Limited... ¿no la ha oído?... al frente... sexto piso”. Los finales de frase se esquivaban en el ruido inarticulado y el silabeo de las conversaciones vecinas. Una mesa vacía aguardaba tranquila junto a la gran puerta de la cocina y los mozos se deslizaban de perfil a través del batir de las hojas con los brazos cargados de platos rebosantes...

—“A mí, Contabilidad no me va a cargar sus errores, ¡señor! —gritó su vecino de la derecha, al tiempo que golpeaba la mesa con el cabo del tenedor. Un mozo de chaqueta blanca apareció en seguida y se inclinó sobre ellos.

—...Me rozó con su brazo. El paño colgaba del ángulo del codo meciendo sus extremos deshilachados, húmedos. La mano tocó el borde de la mesa. Dedos toscos, gruesos, señalados por grietas oscuras. Una mano de jornalero o de labriego... Me levanté antes que ellos y salí...

(Emergían formas nuevas en las fachadas: rápidas apariciones que creía ver por primera vez: capiteles, frisos, tejados, ángulos de estructuras imprevistas, solitarias en la altura de viejos edificios. Un trozo

de calle despedazada. Cascarones vacíos envueltos en el polvo y el estruendo de los compresores. Ruinas pálidas. Espaldas manchadas de cal que se doblan sobre las carretillas. Un lienzo de muro solitario donde persiste aún la pintura desvanecida de una sala y allí mismo el esplendor de los cristales, las frágiles estructuras geométricas, el brillo de lo nuevo opuesto a la edad resentida y reseca de otros techos y otras paredes grises, fatigadas, de una fealdad indolente. Bajo los arabescos de una cornisa, una hilera de gárgolas lanza débiles hilos de agua. Nudos de metal o de piedra toscos, ennegrecidos... y las ruedas chirriando en el asfalto brillante como una espalda. Como las espaldas chorreando agua. La mujer dando saltos, aleteando con las alas mojadas sobre los charcos y los papeles pegados a la acera. Las vitrinas oscuras... Una soledad inasible sobre cada forma que se desprende de la confusión y se detiene en la mirada).

Antonio ha regresado a casa poco antes de las seis. Ha tratado de no hacer ruido alguno al entrar y cierra con cuidado la puerta, pero olvida que a esa hora precisamente, la casa es más pequeña, se ha encogido dentro de sus paredes y un mismo ruido está en todas partes a un mismo tiempo. Cualquiera tropiezo, cualquier movimiento se esparcen, se dilatan en el aire uniforme, ligeramente oscuro. Por eso Amelia ha salido a la puerta de la cocina y lo ve pasar hacia el cuarto, un poco inclinado hacia adelante, el cabello revuelto, el perfil pronunciado como si todos los rasgos sufrieran la presión de un pensamiento oculto. Ella ha comenzado a decir cosas que él no escucha del todo, pues se halla tendido en la cama, boca arriba y la sangre recorre todo su cuerpo y lo inunda de un mismo calor. Hay una combustión en su interior, un sofoco de llamas apretadas en mitad del pecho y el vaho ardiente quiere escaparse por entre los labios, por los ojos, por los oídos que vibran sordamente... Él la arrimó primero al árbol y le llenó de aliento los cabellos, mientras le mordía un trozo de piel de la nuca donde una vena

gorda latía llena de líquido. Después la hizo caer sobre la pendiente de grama aplastándole los vestidos y las duras enaguas. Rodaron juntos hasta abajo y allí hundió todo el brazo por entre las telas ásperas y le tocó las piernas que ardían como piedras muy suaves puestas al sol. La vocecita la tenía adherida al oído repitiendo: “nos ven, nos ven, nos ven” y él levantó la cara y extendió la vista a ras del suelo y olió la grama machucada y la tierra un poco húmeda y también, más cerca, el olor de ella rezumante. Su olor interior que se esparcía un poco avergonzado, a pesar de ella misma y del miedo y la rojez que cubrían su cara. Sin embargo lo abrazaba fuerte por los hombros... y ya antes se habían besado muchas veces y frotado uno contra el otro a riesgo de ser sorprendidos en las aulas solitarias o bajo las escaleras o en los patios oscuros. Se levantó de pronto, lleno de decisión. Ella también se enderezó con aire humilde y afanado, tratando de arreglar sus vestidos cubiertos de briznas y arrugas. No hablaban. La abrazó por el talle y ella se sabía conducida a algo... “Espera”, le dijo y empujó la puerta de la caseta del jardinero. Adentro apenas había espacio para moverse. El techo era muy bajo y olía fuerte a abonos y a raíces. Carretillas e implementos de trabajo contra las paredes de madera. Un overol desteñido pendiendo de un clavo. Allí se tendieron nuevamente en la oscuridad, sobre la tierra seca y dura esta vez él desabrochó sus pantalones y maniobró con torpeza encima de ella que se dejaba hacer inerte, sin comprender por qué toda la exaltación y el deseo debían conducir a aquello que él buscaba quizás no muy seguro de sí mismo, no muy dispuesto a hacerlo o más bien convencido de la imposibilidad de realizarlo en el momento. Luego, todo comenzó a hacerse visible, nítido a los ojos de ella. Apoyó la mejilla en la tierra (en la otra estaba la piel gruesa y las protuberancias de una cara grande y huesuda que respiraba fuerte, las partes interiores de los labios húmedas y blandas, el choque resbaloso de los dientes). Miró las puntas del rastrillo con grumos de lodo reseco, la hoja carcomida de la pala, una línea de luz entre el muro de madera y el suelo: afuera el sol calentaría la grama, haría brillar los árboles. Pensó, inactiva,

que quizás él podría hacer lo que se proponía o lo que fingía estar haciendo —aunque ello parecía imposible y seguramente lo sería a pesar de todo—, si ella tratara de adecuarse un poco: “una flexión en las rodillas... separar los muslos... eso quedaría al descubierto y su cosa... pero aun así...” Allí mismo, detrás de la pared, las voces de dos hombres se detuvieron a conversar. Él se apartó de ella y quedó sentado en el suelo arreglándose los pantalones. Ella continuó quieta, con todos los vestidos en desorden y el vientre desnudo: su carne más secreta y más blanda expuesta y como profanada: roto todo el misterio y el temor que las mantuvo ocultas tanto tiempo. Cuando las voces se alejaron, Antonio se levantó y abrió la puerta: el sol le hirió los ojos con la certeza de un cuchillo. Dos figuras se perdían por un sendero bajo los árboles. Uno de los dos miró hacia atrás, el otro hizo lo mismo y ambos continuaron su camino. “Vete”, le dijo. Ella se había ya levantado. Parecía enojada, fría y como endurecida. “Vete tú adelante” y lo rechazó sin aspereza pero firme cuando trató de abrazarla... Y aún guardan sus manos el tacto de la carne tibia y secreta bajo los vestidos. El olor íntimo que parece haberse mezclado a su propio aliento. Comienza a llenarse de reproches: “¿Mañana lo haré?” “¿No se me va a escapar!”... Amelia aparece entonces en la puerta y dice: —“Tu papá va a volver tarde. Fue al entierro de su jefe. Puedes venir a comer, si quieres”. Pero él decide ir primero al cuarto de baño. Cuando el agua corre por todo su cuerpo comienza a sentirse de buen humor. Mira satisfecho su sexo empapado, chorreante, acaricia la pelambre humedecida de las piernas... “Ella tiene miedo, pero cederá. Le demostraré que no se puede jugar con eso”...

—¿A dónde me dijiste que había ido papá?

—A un entierro, hijo.

—¡Ab!...

El humo de muchos cigarrillos y el vaho dulce y espeso de los licores enturbiaban el aire. Todo el movimiento del bar —que ya estaba colmado de parroquianos— el gran ruido, la madeja de voces sofocada a intervalos por el rudo estallido de las piezas de juego, se encerraba en el ángulo del codo y el borde de madera de la barra y allí solo tenía lugar el juego de los pies bajo las mesas, fragmentos numerosos, dispersos bajo todas las mesas y el cruce de las piernas estiradas, encogidas, entrelazadas, dispuestas al azar en equis, en eles invertidas, en ves.

El movimiento desapareció de su vista. Todo el espacio quedó brusca-mente cubierto por una superficie gris y áspera, en medio de la cual se abría una ranura solitaria semejante a un ojo depilado, vacío, de inmóvil fondo blanco. Quiso incorporarse, pero un brazo cruzó por encima de su hombro y lo detuvo. Los faldones abiertos de una chaqueta oscilaron rozándolo en las mejillas. “Vogue Store. Madison Street. Nueva York, USA”, en las letras doradas de la etiqueta. Un sombrero de copa sobre dos bastones entrelazados. El aire era denso y tibio con olor de piel húmeda.

El brazo desapareció en seguida y el hombre que se alzó a su lado osciló un momento, levantando la botella de cerveza que acababa de tomar del mostrador.

—Perdone. —Se alejó tambaleante por entre las mesas.

—Está borracho. Beberá hasta quedar inconsciente y en cambio yo me siento perfectamente lúcido. Lo veo todo. Los detalles más pequeños

de las cosas. Los fragmentos. He estado bebiendo toda la noche, desde que salí del cementerio esta tarde y puedo seguir haciéndolo hasta el fin. Estoy sereno ahora, fuerte. Todo ha vuelto a estar tranquilo. Me parece que hubo un poco de farsa en esa escena del despacho con el jefe de personal. ¡Tanto me ha preocupado eso en estos días! ¿Por qué voy a alarmarme demasiado? En cuanto a Amelia, ya encontraré la manera de comunicárselo sin provocar accesos ni sospechas. Esperaré la hora más tranquila. El saloncito de recibo, como siempre... “No quiero preocuparte... después de muchos años de trabajo es cosa muy corriente... los trastornos nerviosos... ciertas tonterías”. Las palabras del Jefe. Debo evitar toda alusión a ciertas situaciones. Ella sabe que hablo a solas. Me ha visto muchas veces. “¿Tú crees que eso tiene importancia?... Yo mismo he sorprendido a muchas personas. El otro día entré a Contabilidad y Alfonso —el contador— se encontraba en lo mejor de una magnífica faena. Parecía estar pronunciando un discurso. No le hice ningún caso y salí...”. A pesar de todo, es una cosa corriente. Y de Alfonso, ¿quién iba a pensarlo? Conmigo no hay peligro alguno. Soy una persona equilibrada, consciente, ponderada. He conquistado una posición con mi esfuerzo, como todos lo saben... “¿Acaso no lo sabe usted? En mi departamento todos pueden dar fe de eso. Y me inicié desde abajo. Nadie puede reprocharme...”. Puedo ir mucho más allá. El mío es un caso interesante: “Verá usted, no es que yo quiera aburrirlo con historias, pero el mío es un caso interesante: cuando un hombre hace algo en la vida...”. ¡Pasan tantas cosas en una vida! Muchas se van quedando atrás, se dispersan y se van destruyendo y deformando. Con el tiempo uno mismo no las reconoce. De algunas solo queda el calor... un calor secreto. No es nada difícil recomponer todo el pasado. Ahora mismo... un día de estos lo hago todo de un tirón. Los asuntos se van hilando unos con otros... aunque siempre haya que arreglar ciertas cosas. No todo puede ser contado...”.

Ahora no podía apurar un trago más. La excitación que reinaba en la sala, el aire caliente, cierta aparente deformidad de los rostros que emergían en instantes llenos de lucidez, para desaparecer en seguida, sin ilación alguna, merced a un continuo y desacordado movimiento de imágenes y también un exceso de precisión, una casi descarnada realidad de los rasgos más próximos, lo envolvían en una confusión de aturdimiento.

Se aventuró a cruzar el salón, pero las cosas avanzaban hacia él. Grandes trozos se desprendían de sus lugares, aligerados de su materia y amenazaban con impedirle el paso. Sin embargo, el suelo seguía firme bajo sus pies y a medida que avanzaba, esquivando las mesas y arremetiendo contra ellas, cada obstáculo regresaba a su inmovilidad. Algo había alterado la posición de los muros. De seguir adelante en la dirección elegida, iba a tropezar con la pared del fondo. Se detuvo en medio del bullicio circular. Aguardó un poco a que todo volviera a su sitio y luego giró con lentitud sobre sí mismo. Lo asaltaron imágenes estrábicas, perfiles duplicados por reflejos numerosos, líneas de luz proyectadas desde el vértice de los bombillos que iba a perderse en la profundidad de los espejos y, al fin, descubrió las puertas de salida donde menos lo hubiera imaginado.

Al bajar a la acera dio un traspie que lo colocó de nuevo sobre sí mismo y se detuvo, alertado por el centelleo de las luces. Todo su cuerpo parecía latir provocado por una ansiedad confusa, mientras las cosas a su alrededor eran animadas y fluidas, dueñas de un poder comunicativo y una locuacidad incansable como la multitud en un gran salón de fiesta. Sobre la esfera de un reloj público, inmóvil en un asedio de reflejos y rastros, las manecillas vueltas al revés, señalaban una hora incomprensible.

—Todo está allá en su sitio —pensó rechazando fácilmente la idea de regresar a la casa—. Esto gira. Me parece un revés nunca visto.

Se desprendió de aquella puerta y pronto se vio arrastrado por el movimiento de la acera. Pero sus pensamientos se producían en evoluciones

más lentas, más serenas que toda aquella ebullición exterior de luces y formas yuxtapuestas. Se comprendía dueño ahora de su cuerpo, dominando sobre sus facultades, sin ser interrumpido por la excitación exterior. Allá lejos, Amelia hablaría continuamente con una abeja incrustada en las telas de la laringe y Antonio, cargado de músculos, rojo y despeinado, mostrando todas las facciones al vivo, debía descansar en un sillón exhalando en silencio un calor de energías consumidas bajo la piel ardiente, después de una tarde de fútbol. Estaría tibio todavía, tranquilo, como un leño recién apagado.

Caminaba por una amplia avenida, tendida serenamente bajo la transposición y el salto de las luces. Los tallos luminosos penetraban en el asfalto, las ruedas dejaban al paso estelas fosforescentes y entonces, vio avanzar a su encuentro a una figura de cuerpo entero, portentosamente real y animada. Se detuvo. La figura quedó paralizada.

—¡Esta es mi propia imagen! —Sonrió. En la otra cara los labios se plegaron sin gracia sobre las comisuras. —Soy yo mismo. Nunca podría mirar con tanta exactitud a un extraño. (Al momento tuvo conciencia de lo absurdo e histriónico de la escena que iba a tener lugar pero, no obstante, decidió prolongarla a sabiendas y obtener provecho de cierto humor divertido que lo animaba a proseguir). —Qué aislado y solitario parezco, detenido de improviso en medio de esta acera. Soy la única figura en relieve sobre una pantalla ilusoria. Siempre creí ser dueño de una apariencia muy común, recargada de naturalidad y ahora me encuentro provisto de detalles muy poco corrientes: nadie puede tener estos ojos hundidos, lejanos, con su punto de luz centrado en una gran distancia. Esta frente despejada y brillante que se extiende hasta el cráneo. Soy un personaje único y singular que nadie conoce. Otras personas quizás no adviertan estas diferencias. Yo mismo paso indiferente ante ellas cuando me asomo en el espejo y sin embargo...

Una mujer gorda, hinchada en sus costados por una parásita vegetación de paquetes de colores vivos, se interpuso entre él y la figura. Se agitaron los dibujos distorsionados de la tela prendida a los hombros carnosos y un trozo de piel rosada, manchada por la arenilla de las pecas, se instaló ante sus ojos. La forma de contornos quebrados en los salientes de la carga, desapareció al momento y flotó de nuevo el rostro en el fondo de la vidriera.

—¡Soy un personaje capaz de las más singulares transformaciones!

Ensayó un primer gesto: (Aquel juego imprevisto lo aislaba de todo. Lo divertía extraordinariamente. Podía no tener fin) en la frente contraída, tres arrugas horizontales acentuaron la profundidad de los ojos. El resto de la cara tomó una expresión grave y enérgica.

—Alguien debería verme así alguna vez. Poseo una expresión llena de carácter que puede impresionar a cualquiera. Es importante que la muestre con frecuencia ante ciertas personas.

La máscara severa desapareció al solo esfuerzo de aflojar las mandíbulas y dejar que la piel contraída corriera a lo largo del rostro. En seguida, la carnosidad de las mejillas se replegó sobre los pómulos y formó allí profundos semicírculos rechazados por los extremos de las comisuras. Dos filas de dientes desiguales se asomaron al borde de los labios.

—También puedo sonreír así, espléndido y jovial, bajo las luces de los *flashes*. Un hombre de éxito, en medio de un corro de admiradores: —“¡Cuánto me alegra su ascenso. Martán!”. —“¿Cómo se siente en su nuevo cargo?”. “¿Planes? ¿Proyectos? ¿Qué piensa del futuro?”. —“¡Ah, no tiene importancia! ¡Todo se arreglará fácilmente!”. ¡Esta figura admirable es capaz de todo!

La imagen salió despedida fuera del espacio, arrojada del marco por un impulso repentino y otras figuras se cruzaron dislocadas en el rectángulo luminoso que, tras un último movimiento oscilatorio, desapareció por

completo. En el hueco recién abierto al fondo de la vitrina, apareció de nuevo la mujer, acompañada por una empleada diminuta. La vidriera quedó cubierta de maniqués rosados y ligeras piezas de ropa interior... Más allá, nuevas figuras satinadas, con piernas frágiles, sonrisas inmóviles. Ademanos paralizados en una luz que arrasa las pupilas... Los faros imparten a la calle un resplandor bruñido, un brillo de hojarasca húmeda.

El animado tránsito de la avenida, los vehículos con sus interiores apacibles que pasean figuras sin rostro, cuerpos mutilados por la sombra, el activo germinar de la gente nunca sola sino en grupos, en grupos cálidos activados por un movimiento inestable y fugaz, la silenciosa actividad de los anuncios de colores sobre sus estructuras de metal, muertas durante el día y reanimadas por la noche, todo venía a crear una ilusoria vitalidad, el paso de una existencia compuesta de fragmentos intermitentes, visiones no cristalizadas como los perfiles y los surcos en una moneda de mil caras... y todo ello fluyendo de sí mismo, sin agotar su energía de artificio. Se descubría a veces —sobre la impávida oscuridad de un muro, en el vacío de alguna calle lateral flanqueada de sólidos portones— el gesto imperturbable de la noche que debía aguardar finalmente en algún sitio.

Andar. Seguir el declive de la acera. La cinta luminosa desaparece a su costado. Hay cada vez más sombra detrás de las paredes, en las grietas de las bocacalles, en algunos rostros lejanos.

—*Contamos pocos momentos de felicidad verdadera. La dicha se reparte en pequeños pulsos sobre esta corriente de los días que arrastra tantas cosas irreconocibles. Muchos días, muchas largas cadenas de días no nos pertenecen. Doblamos numerosas hojas en blanco sobre capítulos de tedio o de fatiga. Por las noches, nos extendemos sobre la espalda adolorida, la ciudad duerme encima de nosotros, sus moles se enfrían pesadamente, acariciadas por la sombra. Bajan todos los sueños a suspender los lechos, a bañar los*

rostros de un bálsamo que apaga las facciones y calma las expresiones y los rictus. En la oscuridad, danzan las imágenes liberadas de todo orden y todo sistema de razón. El tiempo se retuerce en pliegues y espirales. Los gestos se agigantan y esa nueva vida nos dota de poderes: nos reproducimos, nos duplicamos infinitamente. Somos ese otro ser y miles de seres. Pero no solemos ser felices...

Era ya muy tarde y caminaba por una calle estrecha e inclinada. Pasaban las hileras de fachadas agrias y displicentes, viejos y extenuados caserones de piel descascarada; ventanas de reja semejantes a máscaras descoloridas sin aliento ni ojos.

Deseó encontrar un sitio para descansar. Quizás una plaza desierta... Cruzó por una nueva bocacalle, un espacio aún más oscuro: olores agrios y adherentes emanaban de las aceras sucias y las puertas metálicas de los almacenes, corroídas por la oscuridad y la mugre parecían cerrarse para siempre sobre ruinas, despojos y cosas podridas. La noche había crecido y se mantenía impenetrable en su sitio por sobre las moles vacías.

Y al fin el banco y la quietud de una plaza desierta. Lo invadió una sensación reparadora de equilibrio al unirse a aquella superficie fría y consistente. Un pequeño mundo invariable, fijo en medio de la noche. Un límite estable que no se prolongaba más allá de sus bordes y donde era posible reposar al fin sin zozobras. La noche, que comenzaba en los bordes del banco y en las puntas de sus rodillas, se dispersaba indefinidamente.

Pensó que debería regresar a casa.

Amelia duerme en su pequeña cama de soltera. Es una niña y está completamente desnuda. Siente vergüenza de que la mirada de su madre, que la vigila desde el otro extremo de la cama, advierta el deseo que corre por dentro de ella, baja hasta sus muslos y les imprime un leve movimiento que es como un temblor interno de músculos. La sensación del roce le inunda

el vientre. Todo crece por dentro de ella. Ahora, a pesar de la mirada, no puede contenerse, aquello que la llena va a derramarse por todos sus huecos. Ha cerrado tanto los muslos que no cabría entre ellos un dedo y se da vuelta bruscamente para ponerse boca abajo, pero es su cuerpo de ahora el que se mueve sobre la cama ancha. Al girar, la superficie desaparece bajo su costado. Va a caer en la oscuridad y sacude los brazos que golpean en el lado vacío. Los pliegues de la manta reposan solitarios. La almohada brilla en la oscuridad hinchada y fría. Amelia se sienta sobre las rodillas en medio de la cama. Algo va desliéndose por dentro de ella; una fuerza se agota, se consume en medio de las carnes. Al momento la rodea la realidad apacible del cuarto, las sombras pesadas de los muebles, el ligero vapor que flota sobre la superficie clara de las paredes. Es un contacto blando y frío el de las plantas desnudas de los pies pegados a la humedad de los muslos. Se vuelve, se deja caer sobre el codo, alarga un brazo hasta alcanzar con las puntas de los dedos el pequeño reloj de la mesa de noche...

—“¡Antonio!” ... Lo sacude por los hombros lustrosos que salen de la manta. Él se mueve pesado en el marasmo del sueño como entre dos aguas y queda boca arriba, entreabriendo las hinchadas pupilas. Vuelve de un sueño denso y glutinoso que aún late completamente vivo entre sus sienas. —“Son las dos. ¡Tu papá no ha llegado!”. El cuerpo se endereza en la cama bajo la pesadez de los músculos, las piernas brotan por el extremo de la manta y queda sentado al borde, colgado del sueño. —“Me quedé dormida. Todavía no ha llegado”. Ha vuelto a cerrar los ojos. Duerme sobre sí mismo insensible y duro, la piel seca y caliente. —“Vuélvete a acostar...” Después se sienta sola en el comedor. No piensa. La noche entera está despierta. Comprende que su vigilia es demasiado débil para oponerse a toda aquella fuerza gravitante que pesa en la atmósfera y sobre la ciudad entera y reclinando la cabeza entre los brazos, se queda dormida.

Mateo se halla de nuevo en la recepción fúnebre y está adherido aún a la rejilla del cancel del comedor. A sus espaldas prosigue la escena mortuoria. Alguna facultad especial opera dentro de él y le permite darse cuenta de lo que va ocurriendo detrás, ya que no le es posible apartar la mirada de la ranura luminosa, en el vacío en que se encuentra suspendido.

—Estoy tendido en medio del salón, sobre un lecho de flores y moladuras de felpa. Mi cabeza reposa en la almohadilla y me han vestido de pies a cabeza —impecablemente— con mi mejor traje azul. Alguien ha enlazado mis manos a la altura del pecho, antes de que los dedos adquirieran una solidez de corteza y debe notarse claramente la señal blanca del anillo de bodas rodeando el anular. No volveré a moverme. La realidad se condensa en la rigidez absoluta de los miembros —brazos y piernas tensos— y el vacío de los párpados donde no existe nada ni aun la sombra que todos suponen. Una mosca gira por encima de mi cara. Pareciera atascada en el aire espeso de olor dulce. Languidece en fáciles descendimientos, caídas extenuadas que la llevan a desaparecer en el laberinto de los pétalos y desde allí se impulsa nuevamente, concentrando toda la energía de sus alas en un zumbido ciego. En algún punto permanece quieta, suspendida en el aire, en una aparente toma de aliento, pero su inercia está conmovida por un trémolo de vibraciones que hacen trepidar todo su cuerpo. Lo importante ahora es que no existo. Esto es algo que no puedo explicar con claridad. Percibo imágenes muy lentas, amplios desarrollos horizontales sobre un espacio

inmóvil, una profundidad serena donde navego sin esfuerzo. Pienso que en el fondo de mi cabeza los pensamientos, aun los más viejos, los que permanecieron como hongos secos adheridos a las paredes interiores, se han licuado y forman en el fondo un pozo turbio que a su vez comienza a filtrarse, mezclándose con los otros humores que resbalan por entre las fibras y los tejidos muertos. También obtengo la ilusión de un muro aclimatado a largas intemperies: marcas profundas aparecen, surcos sensibles a los dedos, transparencias y capas diluidas sobre otras vetas más antiguas que apenas se vislumbran. Pronto comenzaré a deslizarme sobre un plano inclinado...

Mientras permanece adherido a la reja, la corriente del tiempo circula a sus espaldas. El resplandor que emana golpea a ambos flancos de su cara, proyectando una fija luminosidad. Volver el rostro significaría ser arrebatado por la corriente y allí estaba también esa fuerza pendiente de sus hombros, incitándolo. Detrás, al fondo, sobre un espacio incalculable, proseguía el acto funeral.

He muerto después de treinta años de trabajo. Fui un Jefe de Sección. Veinte años estuvo aguardándome aquel compartimiento del octavo piso con sus muebles de cuero pesados y tristes y las brillantes superficies de color caoba. Me condujeron allí una mañana y en la atmósfera privada de ruidos aguardé el desenlace. Otros habían seguido ya ese camino, pues los brazos de la gran silla giratoria recibieron siempre cuerpos largamente abonados por dosis medicinales, apuntalados por la química y la terapéutica, podados y drenados muchas veces. Mi cadáver fue retirado del despacho cuando ya comenzaba a enfriarse. Eso es todo lo que sé por el momento. No me sorprende. Ahora mismo, es posible que otro hombre, en algún lugar, se encuentre ante el espejo de su cuarto porfiando con el nudo de la corbata y mientras los dedos se mueven volteando el trozo de tela negra, sus pensamientos toman de improviso algún cauce sinuoso y profundo. Una soledad sin bordes lo atrapa allí

mismo hasta hacerlo perder todo sentido. Ya no está en su cuarto. Los objetos familiares han enmudecido. Las pequeñas voces de la cama, del ropero, del muro acaban de perder sus facultades simples. Ahora lo protege de todo lo exterior un impenetrable secreto... y ni aun él mismo podrá explicar más tarde cómo ocurrió esa ruptura imprevista, ni señalar el punto exacto en que debió haber tropezado causando aquel desquiciamiento, ni tampoco entender cómo pudo, en otro momento, reunir los cabos sueltos y regresar, con tanta naturalidad, al orden y al movimiento. Todos los lazos se han restablecido. Los objetos recuperan su oficio, su acostumbrado parentesco y la voz de una mujer aparece de repente a su lado: —“Nunca me dijiste que tu jefe estuviera enfermo...”.

Ahora los empleados de la funeraria entran a recoger las coronas y se alejan hacia el salón levantando sus aros floridos sobre las cabezas de los invitados. El grupo murmurante se acerca a la sala. La atmósfera guardada allí se ha enrarecido: olores y alientos se condensan en un aire consistente, casi palpable y es como si gruesos pétalos obstruyeran los conductos nasales. Entre muchos rostros vacíos, reconoce los rasgos de Antonio vaciados de toda su energía. Su expresión es la de una compungida incredulidad. Algunos se aproximan al ataúd. —Antonio entre ellos—, las manos se agarran a los bordes brillantes y poco a poco lo levantan hasta colocarlo sobre los hombros.

—Van a sacarme de la sala. Han cerrado la tapa y la mosca queda presa en el oscuro interior. Agotados ya todos los ímpetus, se entrega a un vuelo resignado. Algunos puntos de luz atraviesan la negrura del muro. Se ocultan por momentos y luego reaparecen en sus mismos sitios, a medida que la caja avanza tambaleándose sobre la móvil superficie que la impulsa. Apenas se escucha el murmullo del mundo exterior. Sin embargo, algo evidente viene a golpear muy cerca, revelando la increíble proximidad de las paredes de la caja: es que alguien abajo ha cambiado de posición o es que hemos tropezado con algo. Ahora estaremos

cruzando la avenida del jardín hacia la calle (es el pequeño jardín de mi casa y Amelia aguarda junto a la reja, en traje de viuda. Se le ve tan pequeña en medio de las otras figuras que parece una niña) porque el aire se ha aclarado un poco y los puntos de luz brillan con mayor fuerza. Se oye un hilo de música lejana, apenas un trazado muy débil que se esfuma, semejante quizás a las últimas líneas de un dibujo que se ha borrado con el agua. Esta forma oscura se mueve lentamente.

Debe contener con todas sus fuerzas el impulso cada vez más sensible de volver la mirada, pues toda la realidad posible está en la reja y en el círculo fijo de sus ojos que siguen adheridos a la luz. La presión en los hombros se hace más sensible a medida que el cortejo avanza por la avenida del jardín y los empleados de uniformes azules abren las puertas del coche con el gesto de grandes lacayos que preceden el paso de un cortejo.

—Debo pensar activamente, rápidamente, concentrando todas mis facultades en este último acto impostergable. Soy un hombre equilibrado. Me he conducido con habilidad y cálculo en medio de un sinfín de acontecimientos complicados y de no menos confusas situaciones y, en un orden muy práctico, he llegado adonde otros no pudieron ni siquiera acercarse. Fui un Superintendente y más tarde un Jefe de Sección. Durante todo ese tránsito no he debido carecer de la natural afectación y los modales convenientes que se requieren para cruzar airoso por entre personajes pulcros que repiten sus acciones con prolijidad de detalles. Lo que se llama, en cualquier parte, vivir y moverse con tino yo he sabido hacerlo. Pero si recuerdo ahora cualquiera de mis días anteriores... después de todo no tengo mucha prisa. Ellos continúan afanados en el jardín y nada me impide, por lo tanto, pensar con toda calma mientras me mantengo en este sitio. Voy a elegir un día cualquiera y a reconstruirlo todo, detalle por detalle: abro los ojos a la mediana claridad del cuarto... (Antes, sin embargo —un momento antes— existió otra cosa más indefinida que toda la realidad palpable:

un lapso ambiguo, ingobernable, un aire turbio y diluyente que absorbe residuos del exterior y los transforma. Se proyectan allí trozos de vida a veces irreconocibles. Avanzan imágenes y voces que en un repentino acercamiento, nos tropiezan y se pulverizan sobre nosotros. Pendemos del aire como el equilibrista en la mitad del salto, aguardando la cuerda para asirse...) mi primera noción me advierte la presencia de un cuerpo que progresivamente se recobra y se hace visible. Todo el tejido de los nervios es recorrido por la fuerza de un solo contacto que los reanima y les devuelve su carga. Cada punto de piel se revela. Percibo la masa de los cabellos en la almohada, pegados al cráneo como algo postizo, la presión de las uñas, el contorno de todos los rasgos recargados por el sopor y la inexpresión del sueño. Los labios, todavía adormecidos tienen la consistencia de costras que se ablandan bañadas por el golpe del aliento. Todo por dentro se manifiesta a su vez y pone en evidencia desgastes y lastimaduras: un sabor agrio en la garganta, asiento de jugos fermentados durante el reposo, un quejido en cada articulación, en cada músculo que se distiende y recibe la acción del movimiento. Soy un cuerpo viejo y desgastado que ha despertado en muchos días anteriores, alertado por el brusco recobrar de la conciencia que, en un solo instante, se encuentra sitiada por la carga de todo lo pasado. El día está de nuevo conmigo. Soy un cuerpo viejo que ha despertado ya muchas veces... Pero, ¿es que puedo concluir mi propósito? Aun cuando pudiera suponerme de pie ya dispuesto a ir a la sala de baño, cada paso que diera hacia la puerta, hacia ese blanco fijo adonde apuntan mis ojos y mi impulso, tendría que ser sometido a una infinita elaboración de palabras, desde el movimiento de la articulación hasta el toque de las sandalias en el piso y lo que mi mente ha dicho o pudiera decir en esa sucesión de instantes y todas las implicaciones posibles entre el mal sabor de mi lengua y la manga deshilvanada del pijama y lo que mis ojos ven, la imagen del marco de la puerta y el ligero escozor del sueño

sobre la piel y la tirantez de la vejiga y... Agotado por tanto ir y regresar sobre el mismo punto, por tanto escape de conductos mínimos que se rompen y dejan derramar su contenido, mi empeño concluirá en un estado de agobio y de insatisfacción. Creo que agotaría toda mi vida en el empeño de narrar ese acto tan simple y mecánico de desplazarme a través del cuarto (con todo lo imprevisible que puede ocurrir antes de llegar a la puerta) y aún no acabaría del todo, pues una vez alcanzado el objetivo —si ello fuese posible— habría de volver la mirada hacia atrás, desconcertado y no tendría más remedio que volver a mi punto de partida, dándome cuenta de que nada había logrado con mi empeño y que todo lo enumerado era incompleto o falso. ¡Solo puedo confiarme en el azar! Aunque me sea penoso confesarlo debo admitir finalmente, que todo lo ocurrido hasta ahora a través de mi vida, no pasa de ser una yuxtaposición de contingencias absurdas de las que nunca podré extraer un total convincente y esclarecedor. Nada ha sido previsto. Jamás he tomado una determinación cierta. Ninguno de mis actos aparentes ha sido el producto de un examen capaz de anticipar todas o siquiera algunas de sus posibilidades. Cada acción está tan llena de interpolaciones y adherencias que termina por hacerse irreconocible... No estoy perdido, sin embargo, y lamento tener que morir en este momento, lo que me parece una amarga injusticia. Ahora sé que en ciertos momentos puedo detenerme, respirar profundamente, mirar a mi alrededor, erguirme y recibir una hermosa sensación de poder que todo lo compensa.

Pero los puntos de luz han desaparecido del muro. Todo se inclina. Parece que los torsos cedieran bajo el peso y dejaran deslizar su carga. Lo aguarda la emoción de un descenso que debe ser el fin. La fuerza que tira de sus hombros lo arranca en ese instante de la reja.

Amelia cruzó en silencio a los pies de la cama y fue a descorrer las cortinas. Mateo oyó el silbido de la cuerda junto a las primeras palabras de ella: “no quise llamarte temprano porque...” y al momento sus pestañas temblaron varias veces en medio de cristales astillados. Todo anunciaba un día maduro y luminoso. El sol entró en el cuarto soplando sobre fantasmas sin vigor, que se dispersaron al momento dejando una desnuda claridad. Él tuvo que darse vuelta bajo las sábanas buscando el aire turbio, el calor animal de la almohada que había adquirido la misma textura irritada de la piel. Así al menos podía sustraerse del sonido irritante de la voz, que antes de llegar a sus oídos, se ahogaba entre los pliegues de la manta.

Oculto allí, solo escuchaba algunos trozos de frases que parecían susurradas a su lado por un hilo de voz. El aire caliente de la cama lo envolvía. —“Avisé a la oficina que no irías esta mañana... ¿cómo puedes?...” Sus ropas reposaban amontonadas encima de la mesa de noche. Aquellos despojos ruinosos encarnaban toda la soledad, el cansancio y la amargura de lo pasado. Comenzó a sentirse débil y enfermo, impregnado por una tristeza de derrota y un deseo humilde de contrición.

Era inútil tratar de pensar. Alguna idea que de pronto lo asaltaba, huía con el mismo impulso que la había traído y una estéril vibración se restablecía de inmediato sobre el espacio hueco. Luego, todo se redujo a la forma dura de un vaso y a la espuma de la sal efervescente que coronaba el borde. El contacto frío de las burbujas estallando bajo sus

narices, salpicando la escama de los labios debía penetrar también a las carnes como el rocío de un fumigador, bañar las fibras magulladas, las grietas recién abiertas en el interior de su cuerpo.

—¡..tú no eres hombre de esas cosas —decía Amelia, mientras aguardaba junto a la cama sosteniendo el vaso manchado de polvo blanco— ...¡si me hicieras caso!

Pero estaba muy cansado para hablar, para oírla, para todo. Aun para seguir sentado al borde de la cama, descargando una mirada fría sobre los bloques desnudos de sus piernas. Por allí, bajo el blanco desteñido de la piel y los vellos pálidos, la sangre circulaba arrastrando limaduras punzantes. Marcas azules extendidas en suaves ramajes, enredos de hilos rojos o violáceos en las depresiones de las rodillas...

¿Cómo podría comer con la garganta obstruida por una película gruesa y aceitosa? Solo muy lentamente, las imágenes se restablecían sobre la tela blanca. Gesticulaban un momento y en seguida se escapaban por un extremo. A solas, apareció la figura de la vitrina —su rostro proyectado en el espejo— y trató de repetir la mueca de anuncio de dentífrico que entonces le había parecido tan elocuente y expresiva. Se acusó de ridículo y maniático, pero en seguida sonrió compasivamente recordando la escena. —“Pudieron haberme visto en la calle. Fue un espectáculo”.

Se había quedado inerte, sin masticar siquiera, observando los cuadros del mantel. Dos moscas vagaban despreocupadamente por los bordes de un gran trozo de pan. Una frase se presentó de improviso en su mente: “Estuve tendido en el ataúd del jefe, mientras me hallaba agarrado a la reja”. Meditó un poco. Era absurdo y sin embargo comprensible. —“¡Las cosas que uno es capaz de soñar!”. Una de las moscas se precipitó de sorpresa sobre la otra y ambas vibraron enlazadas en un rápido hervor de alas. Rodaron sobre la miga húmeda y fueron a caer al mantel

sin separarse. Mateo dio un manotazo muy cerca de ellas, cuidando, sin embargo, de no aplastarlas, a un tiempo asqueado y temeroso. Ambas huyeron velozmente.

—No debo inquietarme demasiado. Seguiré adelante. Ahora visitaré al psiquiatra. Me indicará un tratamiento. Por la tarde volveré a la oficina. Todo seguirá como siempre...

—Está bien que no quieras pasarte la vida en un consultorio —decía Amelia y la voz se alejaba y volvía del comedor a la cocina. Pero, ¿qué te importa ver a un médico alguna vez? A tu edad...

El aprovechó para levantarse e ir a arrojar por la ventana el trozo de *pancake* que retenía hacía rato en la boca sin poderlo tragar, —“...uno muchas veces está enfermo sin saberlo. Yo misma, el año pasado...”. Antonio apareció en el comedor, agitando una chaqueta de cuero sobre la armadura de sus hombros. Empezó a comer agresivamente. Los bocados crujían bajo sus mandíbulas y entre tanto hablaba, emitiendo frases entrecortadas. Decía algo de la Universidad. Se quejaba de una injusticia. Solo Amelia le respondía sin cuidarse ya de Mateo que había dejado caer los brazos sobre el mantel y miraba fijamente a la ventana.

Era un día muy extraño. Sus límites se proyectaban hacia contornos lejanísimos. Todo parecía distante, un poco fuera de la realidad. En cambio, delante de él, saltaban las imágenes de la noche anterior, cada vez más precisas.

Como algo inexplicable y remoto, como el susurro de una vida perdida que no podría alcanzarlo, se escuchaba el rumor uniforme de la ciudad.

Aquel doctor Antúnez, de quien le había hablado el Jefe de Personal la mañana de la entrevista en el despacho, parecía defenderse de su apariencia de hombre pulcro y la mansedumbre de su rostro rosado y amplio, con unos movimientos enérgicos y una mirada llena de cautela y suspicacia.

—“No me tomará de sorpresa —pensó Mateo—. Estaba resuelto a defenderse a pesar del temor que ya había comenzado a invadirlo en la calma acechante del consultorio. —“Este hombre parece muy seguro de sí mismo”.

El interrogatorio que se estableció por sobre la superficie aislante del escritorio, careció de toda propiedad excitante. Antúnez habló con la rutina de un tranquilo formalismo profesional. Su voz engolada saboreaba lentamente las palabras, parecía envolverlas en la lengua, insalivarlas, redondear cada sílaba y luego recibirlas entre los dedos para amasarlas con largos gestos discursivos. Pasó de soslayo sobre algunas referencias íntimas y a cada momento parecía indicar, como en una digresión confortante: —“No se preocupe. Pronto terminaremos con usted. Su caso no es nada especial”. En los detalles, se comportó con una autenticidad irreprochable a la que Mateo correspondió disciplinadamente: le tomó la presión arterial —acompañándose de algunos reflexivos movimientos de cabeza—, lo hizo acostar desnudo en un diván y le palpó las vísceras desplegando un tacto preciso de modelador de cerámica. Esta fue la prueba más exigente para la sensibilidad de Mateo. (Por otra parte, no pensaba en nada. Hasta las dolencias de su cuerpo se habían replegado —como los pensamientos— y solo esperaba el momento de marcharse). Al contacto de los dedos del médico, su piel se estremeció asaltada por una corriente de fiebre nerviosa. “Dese vuelta”. “Respire”. “Cuenta...”. Se agarró a los bordes helados de la cama.

De vuelta a la calma del escritorio, Antúnez concluyó extendiéndole un r cipe: —“Tómese unas vacaciones (pero ya Mateo sentía ganas de r irse de él y de manifest rsele en alguna forma muy sutil). Descanse un mes en un lugar tranquilo, de preferencia en la montaña. Supongo que cultivar  algún deporte suave (lo dijo con tal inflexión de evidencia en la voz, que Mateo se vio obligado a mentir asintiendo con la cabeza), la pesca por ejemplo, el golf, la natación... (—“Puedo nadar

como un pez, suavemente, bajo las aguas —comentó riendo para sus adentros—. Las bellas bañistas nadan bajo el agua, los rosados atletas... Nos encontraremos en una playa pública, nos reconoceremos y vendrá hacia mí con su figura sonrosada y blanda como un pastel de fresa. —“¡Hola, Martín! ¡Cómo le va! Esto es la vida ¿no le parece?” y me invitará a tomar un refresco bajo un toldo donde se amontonan las espaldas quemadas. —Comenzaba a disfrutar en grande de su burla. —“Este hombre es absolutamente falso. Ha estado engañando a todo el mundo en la Compañía” —y lo acometió un espíritu jovial, lleno de dinamismo. —“¡Hoy podré hacer grandes cosas!”) Mientras afuera el monólogo continuaba: —“...practíquelo sin abusar y sobre todo, lleve a su familia. Eso le transmitirá la sensación de seguridad y confianza que necesita...” (Las calles están cubiertas de sol: un sol de abril liviano y dócil con algunas nubes empolvadas. El viento da carreras sobre las aceras pateando algún sombrero, levantando los bordes de las faldas. —“Voy a caminar un buen rato hasta la hora de almorzar. Felizmente esto ha terminado. No volveré a ver más a este hombre...”) —...yo atiendo todos los casos de la Compañía, de manera que remitiré su informe con las recomendaciones habituales. Usted obtendrá el permiso necesario para...”

De pronto se encontró en la acera. Un grupo que avanzaba en dirección contraria mirando hacia la calle, lo aplastó contra el muro. Por un momento se vio envuelto en una confusión de espaldas, mientras la multitud se apelmazaba sobre él.

Arriba, por encima de las cabezas, dos piernas como tallos tubulares se movían sin flexiones, tías y vacilantes, sosteniendo un cuerpo desflecado de espantapájaros. Una chaqueta de colores vivos, un gorro puntiagudo, una nariz roja de payaso. Los bracitos sacudían una lluvia de cascabeles y lanzaban al aire nubes de hojas blancas. Un gran lomo redondo, bamboleante, venía detrás. A horcadas sobre aquella masa plegadiza la mujer, en malla de lentejuelas, saludaba en triunfo con un brazo levantado y más arriba, coronándolo todo, el temblor de las letras desteñidas, las grietas y las peladuras del cartel sobre la plataforma móvil animada por figuras de colores bañadas de polvos de arroz. Sonrisas prensadas en los rostros. Torsos desnudos. Reflejos de papel plateado.

“¡80 ARTISTAS, 120 FIERAS Y ANIMALES AMAESTRADOS! ¡LOS FAMOSOS HERMANOS ROBLES, ASES DEL SALTO MORTAL SIN RED! ¡SANDRA, LA HIJA DE LA MUERTE!”.

La voz inaudible del altoparlante hacía gárgaras confundida en el estrépito general y por último, la banda seguía a pie elevando las córneas dilatadas, los émbolos y los pistilos de sus instrumentos, soplando sin esfuerzo, sin hacerse oír, acallados por el bullicio.

Grupos de personas se mantuvieron después en las puertas de las tiendas y los almacenes comentando el desfile. Aparecieron en la acera empleados en mangas de camisa con lápices en las orejas, con cintas métricas colgadas del cuello, con delantales sucios. Un grupo de alegres dependientes ponía a girar en ágiles pasos de baile sus faldas anchas, abultadas de enaguas. Mateo recogió del suelo uno de los papeles que había lanzado el gran payaso y se lo llevó consigo.

“¡HOY, DEBUT! ¡GRAN FUNCIÓN DE ESTRENO CON TODA LA COMPAÑÍA!”

No obstante, el circo era más bien pequeño. El cono de la carpa, con su armazón desnuda de cuerdas y reflectores, ofrecía una impresión de ruina y de cansancio. El espectáculo parecía a punto de comenzar y ya en el redondel luminoso armaban una extraña tramoya de barras y cuerdas. Mateo encontró asiento en la localidad más próxima a la pista y se volvió un momento para mirar a su alrededor. Muchos asientos, a pesar de lo avanzado de la hora, permanecían vacíos. La escasa luz de los bombillos dispersaba sus rayos sobre los semicírculos escalonados de rostros y pecheras triangulares cortados por espacios de sombra. Se podían apreciar rasgos aislados, perfiles y contornos blancos, a veces la línea de una solapa o una mano asida a una baranda.

Mateo recibió una sacudida violenta y todo pareció girar. Los fragmentos rodaron en un asalto de reflejos y cuerdas y el respaldo frágil de la silla a la que acababa de asirse con ambas manos, se inclinó hacia adelante proyectando su cuerpo en el vacío. Todo volvió después, muy lentamente. Primero comenzó a sentir un surco doloroso en su frente, provocado por el filo de la madera, luego entreabrió los párpados —sus ojos pendían de las órbitas como globos de plomo— y por el borde brumoso de la chaqueta divisó, allá abajo, las piedras menudas y los

restos aplastados del monte junto al contorno negro de los zapatos. Pisaba en una tierra áspera y sólida, tierra de solar abandonado donde por mucho tiempo habían morado el monte y los insectos. Poco a poco levantó la cabeza. Se sintió desasistido de todas sus fuerzas. Un peso muerto colgaba de sus miembros. Y así estuvo un buen rato —carecía de toda medida de tiempo en aquel vacío indolente que lo rodeaba—, hasta que la bruma del mareo comenzó a disiparse y quedó pendiente de la luz amarilla de la pista.

El desfile se inició en seguida. Recorrieron el círculo brillantes figuras rítmicas, con resplandecientes vestimentas y carnes tersas y rosadas al desnudo, mientras una marcha de *tempos* vacilantes los seguía cojeando con su otra comparsa maltrecha de platillos y bombos, estremecida por golpes de hojalata y soplidos de cobre. Las vetas transparentes de un juego de luces los sumergía en penumbras rojizas, lilas y anaranjadas y en el centro de la pista, como una pequeña colonia de larvas, la *troupe* de enanos, apenas visibles por entre las formas atléticas (las musculaturas de espaldas triangulares y las bellas redondeces ceñidas de lentejuelas y papel plateado), se agitaba haciendo y deshaciendo piruetas.

Luego, ¡estaba allí! ¿Cómo explicárselo? Salió del consultorio cerca del mediodía... era lo único que podía recordar en ese momento bajo el desfallecimiento del mareo. Seguramente habría vagado toda la tarde, sin comer. Debió caminar mucho o quizás estuvo sentado en algún sitio. Retuvo un instante la imagen de una plaza bajo un sol estéril de mediodía: manchones de hojas secas en las avenidas desiertas, un gorgoteo de agua a sus espaldas persistente, igual, sostenido en una nota blanda de lodo y hojarasca; la fuente apagada sobre un charco de líquido azulado donde flotaban tallos enchumbados y, mucho más allá, los apartados contornos de la calle...

Algo crujió en medio del vacío con un sonido de cáscara rota.

—¡Lo he hecho! ¡Al fin lo he hecho!

Tuvo un estremecimiento y el impulso de levantarse y salir.

—Bastará una pequeña explicación. Todo se arreglará satisfactoriamente...

(Su sillón vacío en el pequeño *hall*. El aire lleno de sus pensamientos. La noche cavilosa reteniendo aún el polvillo del día que baja lentamente).

—No me moveré de aquí. No iré a ninguna parte.

Y comenzó a sentirse rodeado de una realidad resplandeciente donde seres y cosas compartían una aislada existencia, concertados en un círculo de suspenso a la espera de excitantes sorpresas. Allá lejos se amontonaban los despojos, las cosas liquidadas, las figuras sin vida. Al fin había dado la espalda. Ahora veía crecer la soledad en un surco profundo donde sus dedos podían reconocer texturas familiares, roces sentidos mucho antes en horas sin memoria.

—Se puede vivir años en secreto. Pensar, deliberar en la soledad y nadie se da por advertido. Pero hay cosas de las que uno no puede desprenderse a pesar de todo.

Yo me reconfortaba, muchas veces, diciendo: todo seguirá igual, los días, las acciones repetidas, las pequeñas sorpresas, pero no fue posible. Todo es una cuestión de tiempo. Cuando menos se espera llega el momento... Sin embargo, ¿qué he hecho verdaderamente?... He vagado toda una tarde y ahora me encuentro aquí...

—¡Los famosos hermanos Robles!... —clamó el anunciador en medio de la pista mientras giraba sobre sí mismo, sobre un enorme vientre ceñido por un cíngulo rojo y elevaba los brazos. Dos figuras rosadas cayeron en el haz de luz e hicieron un corto paseo recogiendo con los brazos extendidos la ráfaga de aplausos.

—Hubo un punto en que las cosas debieron confundirse y comenzaron a pasar de una manera, de cierta manera. Amelia, por ejemplo.

Recuerdo que su vida se hallaba distribuida en lugares humildes, pequeños, siempre bajo una penumbra achicada entre paredes bajas y muebles usados. Pero apenas retengo esos días de nuestro noviazgo. Algún domingo en el parque de diversiones. Las actitudes dignas y pacientes de sus familiares, gente opaca de una apariencia desgastada por cansancios y pequeñas limaduras interiores. Nos deteníamos frente a los puestos de confituras y yo distribuía bastones de colores y pesadas manzanas cubiertas de azúcar. Fueron días recurrentes, meses casi vacíos alterados por breves ráfagas de deseos, calentados por el vaho de promesas ardientes, hermosos planes y horas de extraña felicidad. A veces se abrían largos silencios en los que solo existía nuestra proximidad. Pero hay muchas cosas que he olvidado, muchos años vacíos antes de mi entrada en la Corporación. Miro hacia atrás y los días se aíslan unos de otros. Ahora solo podría reconstruir grandes escenarios, conjuntos visuales donde debí moverme y actuar. Me parece increíble que haya trabajado más de tres años en aquel almacén de Fuentes y Cía., Mayor de Licores. Muchísimos días se consumieron allí, hora por hora. Era entonces muy joven. En lo que suele llamarse la edad de las ilusiones, aunque ahora no tengo presente cuáles serían esas ilusiones de las que debí alimentar muchas en secreto. Mi madre murió en uno de esos años durante una navidad. Lo vendí todo para pagar viejas cuentas y honorarios médicos. (Ella era apenas un rastro débil bajo las sábanas, un leve abultamiento de vida en lo blanco del lecho. Su voz no trascendía más allá de su figura y había que inclinarse mucho sobre ella para escucharla. En los últimos días no conoció a nadie...) Aparecieron sombríos acreedores del salón de barbería de mi padre, gente de otra vida que mostraban facturas amarillas y hojas de papel sellado. (“Un sillón de barbería de lujo en hierro niquelado”, “dos espejos de cristal de roca en marco de Carey y consola de mármol”, “un juego de navajas inglesas con mango de azabache”...) Acudían a mí porque no habían querido molestar a la viuda.

Me desprendí del último centavo. Ni por un momento pensé en acudir al lado de mis parientes, gente retraída y ceremoniosa que odió siempre a mi madre. Viví solo.

Un grito corto recorrió en círculo los tramos de sombra. Sandra, la Hija de la Muerte, estaba en el aire girando como una ilusión óptica. Su cuerpo se estiró de pronto, temblaron todos los puntos luminosos de su traje de lentejuelas y quedó colgada de un trapecio. —Tres años trabajé allí. Era una calle estrecha congestionada de almacenes al por mayor. El de Fuentes era uno de ellos y no se diferenciaba en mucho de los otros: cavidades ventrales donde fermentaban poderosas digestiones de frutas, quesos y conservas. Retengo los fragmentos, los pedazos de aquel interior oscuro de paredes grasientas y estampas de antiguos almanaques que nunca habían sido desprendidos de sus sitios. Fuentes era un hombre silencioso de rostro huesudo provisto de una misma expresión insensible. Vestía de blanco y sus manos larguísimas de piel seca y brillante parecían detenerse sobre las cosas sin percibir su tacto. Eran viejas manos desgastadas por el uso, cuya fría vejez se asemejaba a los grumos de los tinteros, a los bordes pelados de los escritorios, al polvo de los mazos de facturas. El gran salón sin fondo se perdía en la profundidad de los depósitos, rejillas de madera cercaban los grandes escritorios, las pirámides de cajas y barriles ostentaban letreros en lenguas extranjeras: *Veuve Clicquot*, *Grand Cognac*, *Fine Napoleón*, reserva 1920, dos leones lenguados aferrados a las cajas de cerveza negra. Las armas de la Corona de Inglaterra. Proveedores de Su Majestad. Allí los días se escurrieron en el olor fermentado de los barriles de vino, en el gris de los libros de contabilidad, en el tacto correoso de las maderas...

—¡Atención, distinguido público!... —El anunciador giraba de nuevo sobre la curva de su vientre y agitaba las manos cargadas de sortijas. —Sandra, la Hija de la Muerte, ejecutará a continuación la prueba

escalofriante que ha electrizado a los públicos de París, Londres, Nueva York. ¡El milagro de la gravedad vencida! ¡El triple salto mortal... sin red!

La orquesta dejó oír un vals lento, un ritmo de fuelle marcado por los ronquidos del trombón. La atleta se mecía sentada en el trapecio y, de pronto, se precipitó hacia atrás. El vals se deshizo en mitad de un compás como si acabara de perder el aliento y comenzó a vibrar el parche. —La cara de consternación de Amelia... el jefe habrá llamado por teléfono esta tarde. Habrán visitado ya los hospitales, los periódicos, las comisarías. —“Pero, ¡si estaba en el circo!...” insisto tratando de sonreír y parecer tranquilo en medio de un círculo de alarma. —“Y ¿qué hacía usted allí?” ¿Qué hice por la tarde?... ¿Qué hice en toda la tarde? Hay unos informes sin firmar en mi escritorio. Mañana...

Algo lo arrojó hacia adelante. Una fuerza de muchos cuerpos precipitados lo sepultó bajo la baranda de tela que acababa de desplomarse sobre él. En la oscuridad oyó el alarido de la multitud y el tumulto de los cuerpos. Se incorporó difícilmente tratando de librarse de la masa de oscuridad y cuando encontró de nuevo el aire, una cara cayó en medio de sus ojos:

—Se desnucó. ¡Está muerta!

Pero el impulso embrutecido lo empujó de nuevo incrustándolo entre hombros y brazos. Corrió, tropezando entre las sillas despedazadas. La gritería era ensordecedora.

Las paredes de la carpa temblaban como una gran bestia. Sin explicarse cómo —aún se hallaba asustado, sin poder detener el balbuceo tembloroso de sus labios—, había escapado de la multitud. Aquel debía ser el compartimiento de las fieras a juzgar por el fuerte olor fecal y las formas oscuras de las jaulas pesadas de sombra. Caminó a tientas agarrándose al frío tenso de los barrotes, esquivando el ruido de la paja seca removida por cuerpos y pezuñas invisibles, hasta que las formas de los animales

comenzaron a revelarse en vetas de turbia claridad, como si en algunas partes la sombra se hubiera desteñido un poco. No había andado mucho cuando tropezó y cayó hacia adelante. Una prominencia áspera lo recibió en mitad de su caída y cuando trató de enderezarse, aquella forma desigual se conmovió dividiéndose en masas articuladas que lo despidieron bruscamente. Algo enorme creció ante él elevándose sobre largas patas nudosas. Mateo corrió asustado hacia una franja de luz que en el fondo bañaba parte de la pequeña carpa. Quería alejarse pronto de aquel lugar. Cruzó la cuchilla de luz y se encontró rodeado por numerosas figuras dislocadas que corrían de un lado para otro agitando faldones y capuchas. La multitud de espectadores pugnaba por invadir el sitio, pero era contenida por un piquete de policías que formaba una cadena de brazos. En otros sitios la lona de la carpa se hinchaba proyectando grandes abultamientos nudosos bajo el peso de la gente agolpada detrás. Ahora se encontraba en el campamento de los artistas. Abundaban los vagones, viejos y oscuros, abandonados entre las tiendas de lona blanca todas iluminadas por dentro como grandes lámparas. Piernas desnudas, torsos musculosos brillantes de polvo y sudor, se multiplicaban entre los rollos de cuerdas y el reguero de las tramoyas desarmadas —barras, aros, trípodes, paños de colores—, esparcidos por todas partes. El enorme triciclo del equilibrista descansaba, erguido sobre su gran rueda delantera, semejando una cerbatana de jardín. Mateo caminaba desorientado buscando una salida. Lo aturdían aquellos rápidos contrastes de rigidez y movimiento, de alarma y de abandono.

—Me he metido donde no debía —reflexionó un momento azorado—. Aquí ha pasado algo espantoso. Esa artista se desnucó al caerse del trapecio. Debe haberse matado. Yo, sin embargo, no la vi caer. Me di cuenta cuando caí sobre las sillas. Debo salir de aquí. Afuera se apagó el grito de una sirena y pronto dos blancos enfermeros se abrieron paso cargando una camilla. Las piernas, las espaldas, las nuca musculosas, las

cabezas rapadas de los atletas se amontonaron frente a la mayor de las carpas. Mateo se aproximó a su vez. Las sombras interiores se movían en la superficie luminosa, se partían en los ángulos o desaparecían hacia lo alto. Comenzó a oírse desde adentro de la carpa un llanto débil, continuo, tembloroso, un lloro histriónico que impuso el silencio, mientras los enfermeros volvían a aparecer con la camilla. Vio pasar a su lado el cuerpo blanco y tenso, semidesnudo. Brotaba por los cabellos rubios empapados un hilo de sangre mezclada con restos de polvos de arroz y grasa de maquillaje, que se extendía en una sombra densa sobre el busto.

Mientras avanzaba el cortejo, una pareja de ponis asustados, que debían aguardar su turno en el espectáculo, trotaban con sus monos a cuestras vestidos de rojo.

Estallaron las luces de los *flashes* sobre la cara gorda y congestionada del empresario. Su calva reluciente se hallaba cubierta de gotitas luminosas. Lo rodeaban rostros vulgares, audaces, voces sin matiz.

—¿Cuántos años tenía?... ¿Era hija de artistas?...

—¿Cuántas veces había hecho ese número?... ¿Tenía seguro de vida?...

La cara mofletuda del empresario brillaba ahogada de consternación. Mateo tuvo que huir precipitadamente cuando la cuadrilla se desprendió hacia él tratando de rodearlo. Las preguntas lo siguieron por entre los fogonazos del magnesio. Alguien tiró de su chaqueta haciendo saltar un botón.

—¿Era su amante?

Afuera la policía trataba de disolver los grupos. El altavoz gritaba algo inaudible. Corrió Mateo bordeando la carpa hacia la reja de madera que daba a la calle, hasta que tropezó con una cuerda tensa fijada en el suelo y cayó hacia adelante, golpeándose en la cara. Allí permaneció sin moverse, la mejilla pegada a la tierra, tratando de olvidarlo todo.

Una gran mancha gris, arriba, sobre el blanco, encima de su cuerpo, desnudo, inmóvil. Masas oscuras unidas en la ilusión, cada vez más precisa de una cara deforme y granulosa, provista de un solo ojo rasgado. Un bello ojo de maniquí. La nariz de perfil, recta y puntiaguda señalando una boca redonda de labios aplastados. Mateo inclinó la cabeza hasta sentir el contacto picante de la barba sobre el pecho desnudo y miró sus pies amarillentos, los nudos de venas oscuras reposando sobre un lío de sábanas. Más allá se extendía el rosado pálido del muro, que podía ser simplemente una capa de pintura vetada sobre el aire con un claro en el centro, recortado por el marco de la ventana. Por allí se asomaba un cielo plúmbeo, sin matices, vacío. Se dio vuelta para ponerse de costado y descansando la mejilla en el borde metálico de la cama —nunca se había acostado en un lecho tan duro y estrecho— observó distraído, ausente por completo de la realidad parásita que lo rodeaba en aquel cuarto ajeno, las nuevas figuras que se movían entre las vetas renegridas del cemento. Imágenes de caballos en fuga, grupas y belfos precipitados en carrera...

Se incorporó de pronto. La realidad del cuarto comenzaba a latir apresuradamente. Se vio desnudo, inerte en aquel espacio cerrado donde se aglomeraban objetos innobles, bañados en una soledad agria y paciente de lisiado. En la lámina de engrudo del tabique, pálidos recortes raídos por el tiempo. “El amor burla la aduana”. “Descubierto el negocio de la trata de blancas”. El olor reseco del tabique lo hizo pensar en los oscuros

baúles del cuarto de su padre, atestados de papeles biliosos y estuches vacíos donde se aglomeraba la polilla. “La foto nos muestra el último grupo de ‘artistas’ que ha venido a engrosar el ya...” Una de las muchachas de la fotografía —semidesnudas en un camerino de burlesque—, estaba señalada por una marca de lápiz. En la leyenda inferior habían subrayado el nombre de Elsa.

—¿Dónde me encuentro? —pensó deliberadamente en medio de la pesada calma del ambiente—. ¿Cómo he venido a parar a este cuarto?

Comenzaba a escuchar pequeños ruidos adyacentes: la succión el agua en un retrete, un grito de mujer, una carrera en el pasillo y comprendió que se hallaba en el vientre de una inmensa y sucia construcción atestada de compartimientos habitados. Pero no pudo reconocer el lugar. La ventana se abría a un paisaje estéril de azoteas atrofiadas que se prolongaban en desorden. Un leve temblor conmovía el muro, una vibración intermitente se trasmitía a los dedos, mientras arriba se sentía el crujido de la ciudad. Algún puente debía cruzar sobre aquel barrio, precipitado en la hondonada.

Se había puesto ya sus ropas totalmente sucias, cuando entró la mujer y se abrió la bata —un ropaje flácido de flecos colgantes—, mostrándose en una desnudez fría y tranquila.

—¿Todavía estás aquí? —le dijo sin mirarlo, con una voz mezcla de indiferencia y grito contenido y se inclinó para abrir el armario proyectando su trasero ancho y pedregoso—. ¿Qué esperas?... ¿No sabes qué hora es?... —Había elegido a manotazos las piezas de ropa interior y comenzó a vestirse en silencio.

Sentado al borde de la cama, Mateo hubiera deseado una explicación pero entonces recordó de golpe toda la escena del circo. Las imágenes se precipitaron hacia él, confundidas, como las piezas de un rompecabezas: las piedrecitas negras cerca de sus ojos, el olor rancio de la lona

y toda la noche encima de él con una presión suave y susurrante. Los ponis trotaban por entre las piernas fibrosas y los flecos de colores...

—¿Tienes un periódico? —preguntó, oyendo claramente su propia voz desde el pozo de sueño y de cansancio donde aún se hallaba sumergido. Pensaba en las luces de magnesio. (—“¿Era su amante?”). Ella se encogió de hombros sin responder. De repente estaba allí, carnal y visible, mostrando sus formas imperfectas, su piel marchita y seca del color de viejos papeles. El declive blanco de la espalda, carnes frías, privadas de aire, partidas por la nudosidad de las vértebras como la marca fresca de un látigo, salpicadas de pecas. Cuando se le acercó para darle el periódico, tuvo ante sus ojos la curva del vientre, surcada por un largo pliegue transversal. Una mirada, mezcla de desdén y sospecha, cayó de sus ojos redondos y aún hermosos, incrustados en su cueva de luz artificial.

—¿Qué hiciste anoche? —dijo—. Aquí no te puedes quedar.

Pero en realidad parecía poco preocupada. “Tragedia en el circo. ‘Sandra, La Hija de la Muerte’ paga su tributo al peligro” ... No estaba allí su fotografía. Quizás no le dieron importancia después. En cambio, aparecía el rostro atribulado del empresario: “El empresario, Giuseppe Motta, declaró consternado ante la tragedia: ‘Sandra se crio en el circo, su verdadero nombre era Amadea Lusato, tenía treinta y ocho años, yo la quería como a una hija’. Había una foto algo confusa de los camilleros acarreado el cadáver. En alguna parte, el reportaje hacía alusión a su persona en términos de intriga: “Un individuo desconocido que presenciaba de cerca la tragedia con el rostro visiblemente alterado, huyó entre la multitud al verse asediado por el reportero. Acribillado por los *flashes*, se negó a contestar las preguntas, permaneciendo en un misterioso mutismo. ¿Un amante desconocido? ¿Un anónimo admirador o un simple curioso? El silencio eterno de la artista pone un velo de misterio sobre este curioso incidente”...

Ella había terminado de vestirse y ya no parecía tener relación con el cuarto: era en cambio una figura de la calle recargada de colores vivos. Se miraron un momento en silencio. Sus labios despedían un reflejo grasoso.

—Voy a salir. Vete ya —dijo y salió en efecto dejando la puerta entreabierta.

El también abandonó el cuarto un momento después. Lo perseguían los ojos fijos de la mujer donde ardían las luces resguardadas bajo pantallas de colores en el foso de humo y de penumbra, las vigiliadas del alcohol, los rostros grávidos. “—¿Dónde la encontré anoche?”. Tenía que haber llegado hasta allí por calles bajas, contrahechas. “—¿Es que estuve en alguno de esos sitios? Debo haberla encontrado en la calle. Cerca del mercado. Estuve anoche en el mercado”. Mientras caminaba por el pasillo pudo darse cuenta de las verdaderas dimensiones de aquel vecindario aglomerado bajo un mismo techo. Los muros soportaban la carga de varios pisos compartidos por oscuras habitaciones, en torno a un angosto patio rectangular. Un eccema tenaz recubría las paredes y se prolongaba hasta las hojas de las puertas y las barandas de los pasillos. La tierra que afloraba en las heridas del encalado era tierra de ruinas y todo parecía tapizado de una cáscara enferma que estuviera a punto de resquebrajarse. Consultó su cartera. Como lo había supuesto, no sin cierta inquietud, le quedaba muy poco dinero, sin embargo tenía que desayunar en alguna parte, lejos del centro. El vacío de su estómago era cada vez más precario. Tuvo un poco de vértigo en la escalera de madera demasiado inclinada y respiró hondo tragando el denso olor a grasa que manaba de las paredes. Una atmósfera densa, aclimatada al encierro forzoso de pasillos y habitaciones sin luz, gobernaba bajo aquella redada de paredes y techos. Repliegue de vidas oscuras, envilecidas por la promiscuidad de los tabiques y el roce de los baños en común. La tela avejentada de las cortinas, no cubría el secreto de las pequeñas miserias empozadas en las habitaciones y la mirada que recorría en sesgo

las hileras de puertas, recibía visiones de penuria y desgana: carne desprovista de brillo y encanto, asomando bajo los bordes sucios de la tela, contornos sin color o colores envilecidos por el roce...

—Necesito pensar en mi situación —se dijo Mateo una vez en la calle.

El brillo impecable del sol sobre la palidez de las paredes, la gente, el movimiento, toda aquella estridente proximidad le traía una sensación de aturdimiento.

—¿Qué es lo que he hecho? —Quería pensar, pero los hechos se licuaban antes de haber adquirido forma en sus ideas: “¿qué hice ayer?”, “¿cómo pude encontrar a esa mujer después de lo del circo?”, “¿qué hice después de la visita al psiquiatra en la mañana?” Pero no llegaba a concretar el esfuerzo de hilvanar las ideas, complacido en la fácil escapada de cada pensamiento. Además, existía por sobre todo aquella proximidad llamativa de las cosas, la luz precisando contornos, la nitidez de las más lejanas formas visibles: el gran cerro cuadrículado por los ranchos. Todo detenido, fijo, enclavado en la luz como en la superficie espejante de una fotografía. En cambio las figuras interiores que quedaban un momento al descubierto, las momentáneas coherencias discurrían insensibles, difusas, y una ilusión de perspectiva parecía proyectarlas sobre un tiempo de años. Allí estaba ante sí, aquel día ya comenzado por otros, ya instalado en su actividad y su prisa, extendiéndose por todas partes.

La calle descendía en un fuerte declive que lo empujaba por la espalda. Aligeró la marcha todo cuanto le permitía el trazado arbitrario de la acera, para salir pronto de aquel barrio desconocido, cruzado de perfiles desiguales y superficies escalonadas, angulosas. Luego se encontró ante el panorama de una avenida. Entró a un café. Era un lugar barato untado de un vapor tibio y denso de frituras y restos de café con leche. Al sentarse, la superficie aceitosa del hule lo hizo pensar con repulsión en la comida: —“Debía irme a otra parte”... pero sus verdaderos

pensamientos reaparecían indolentes, ingrátidos, desprovistos de forma y materia: —“¿Habrán llamado a Amelia desde la oficina?... ¿Qué habrá hecho ella?... ¿Debo regresar ahora mismo!” Pidió algo y la pareja de chinos que emergía detrás del mostrador, recortados en un mismo aire de alelamiento, se movió para cumplir la orden. Uno de ellos se aproximó poco después —la cabeza amarilla y huesuda brotaba por el cuello de la camisa como un objeto disecado— y parecía acarrear detrás de sí un sueño indolente de siglos.

—Deben estar buscándome —pensó no sin cierta sonrisa interior, mientras masticaba lentamente el trozo de harina ácida—. ¿Qué pasaría si me sorprendieran aquí?...

—¿Qué te parece lo del circo?

Al oír aquello, el bocado se detuvo entre sus dientes. Volvió la cara y vio a dos hombres que hablaban, uno frente a otro en una mesa próxima.

—Dicen que se mató una de las artistas.

—Aquí cuentan el caso.

Uno de ellos extendió un periódico encima de la mesa y lo alisó con sus manos enormes manchadas de cal. El otro inclinó un poco la espalda y la franela se llenó de músculos.

—Oye esto... —Cuando comenzó a leer en alta voz, Mateo se dio cuenta de que no era el mismo periódico que había visto hacía un rato. El hombre pronunciaba con dificultad, empujando los trozos de palabras: “los... es...pect...adores con... consterna...dos vieron como la be... lia tra...pecista de die...ci...nueve años una linda i...taliana de mus... los na...carados se preci...pitaba al vacío en me...dio de un grit...o de... desga...rrador...”

—¿Cómo habrá quedado?

—Con los sesos afuera.

—Se reventaría toda por dentro.

—Aquí dicen que quedó muy bien: “el bello cu...erpo de la jo...ven es...taba in...tacto sobre la b...lancura de la ca...mill...a co...mo su...mido en un p...ro...fundo s...ueño”.

—¿Tú no viste al hombre que se cayó del andamio el otro día?

—Yo lo ayudé a recoger. Nadie quería. Le colgaban las piernas como trapo mojado.

Sacudió los dedos sobre la mesa y el otro comenzó a reír.

—Conocí a una mujer que tenía una sola pierna —explicó, echándose hacia atrás, empujado por sus carcajadas—. ¡Nunca había visto una cosa así!

La risa recorría las paredes correosas, signadas de viejas peladuras, se adhería a los labios de la bañista de piernas elásticas, que brinda su botella de refresco y más allá a la pelirroja embriagada sobre cojines espumosos y al joven corredor de automóviles y a la linda desvergonzada que se despoja de la última prenda mientras mira por encima del hombro a sus espectadores. La pared se ha llenado de ojos que guiñan hacia todas las mesas y de manos que provocan con gestos y grandes senos esponjosos, muslos entreabiertos, suaves carnosidades que parecen expeler su frescura en el artificio de los afiches.

La risa del hombre daba saltos convulsivos sobre las vocales.

—Caminaba dando brincos... ¡agarrándose de las ventanas!

Un dedo del otro recorrió la mesa con pasos de muleta y las carcajadas resonaron de ambas partes como grandes palmadas.

Mateo se levantó de la mesa. La luz le cerraba los ojos, lamía los niquelados de los automóviles. Polvo seco en el viento que levanta papeles. Ruido y oscuridad en las cavidades de los garajes. Vaho de los techos de zinc. Overoles grasientos. Las uñas de la excavadora chorreando residuos de demoliciones.

Recordó la estación abandonada del ferrocarril que tantas veces había visto al pasar y lo llamaba con su soledad de poblado desierto. —“No está muy lejos. Puedo ir andando”. Torció por una calle oblicua, sin sol. Al fondo, la perspectiva de una escalinata. Arriba, el sol de nuevo sobre la delgadez de las casas. Hileras de ropa tendida: cuellos yugulados, brazos colgantes... “¡un lugar tranquilo, lejos de todo esto!” ... como los terrenos baldíos. “Hubo uno, hace muchos años, cerca de mi casa. Por un boquete junto al gran portón se divisaba el monte, las piedras azules, terrones de cal, millares de caracoles muertos”. Todo allí es tranquilo, todo reposa inútilmente...

Como un crecimiento de espinas luminosas, se extendía a lo lejos la visión uniforme de la ciudad. De pronto era un panorama irreal, breve y fulgurante, temblando entre borrones de pestañas, invisible después en una lluvia de volutas rojas. Lo demás era una proximidad estática dominada por un silencio ya muy viejo, adherido como el óxido a las superficies y los bordes.

Había caminado rápidamente, estimulado por el deseo de encontrarse pronto en medio de un paraje acogedor, avenido a sus deseos de soledad y apaciguamiento. Allí las ideas iban a aparecer con la calma de mansas revelaciones. Se imaginaba caminando por dentro de sí mismo, entre cosas derribadas por el tiempo, mudas e inanimadas, evadidas de todo destino. Objetos inservibles, revestidos por una capa de óxido, estarían regados a sus pies dispuestos para recibir sus pensamientos con la indolencia de criaturas de cera. Todo estaría allí desprovisto de apremios y requerimientos. Pero una vez instalado en medio de aquel paisaje yermo, volvió a invadirlo la desilusión. La proximidad había roto el encanto. Era una soledad estéril y endurecida la de aquellos vagones carcomidos donde habitaban los lagartos. Una tristeza seca y magra la de aquellos objetos rígidos fallecidos sobre la invalidez de los

engranajes: las bielas atascadas, los resortes resecos, el cascarón vacío de las locomotoras criaban panadizos de hierba. Telarañas en las ventanillas, vagones rígidamente solos como costillares desenterrados. Quizás en otro tiempo, todo ese mecanismo estuvo alentado por el fragor y el aliento quemante de las calderas. Encajes y bolsos de mimbre espumeban en la boletería. Las ruedas eran objetos vivos, transpirantes entre explosiones de humo, silbidos de pistones... y en la precipitación de las ventanillas se movían rostros vivos, perfiles animados de una intensa y pasajera realidad.

El desierto camino de rieles crecía sobre la tierra ennegrecida por los restos del carbón de piedra, hasta perderse más allá en la fornida vegetación de bambúes. Las líneas negras surcan lugares agrestes, panoramas de nubes y viento. Silenciosos declives se propagan en la luz de mediodías inmóviles atravesados de vuelos... Miró las puntas de sus zapatos peladas por el polvo.

—Estuve tendido en tierra pegado a las lonas. La quietud de la noche, recobrada después del estallido, me cubría por completo. Escuchaba el llanto de la mujer aniquilado ya por la fatiga, débil, e innecesario en un silencio de gente que reposa sin dormir, sin atreverse a hablar, con los ojos abiertos al techo. Sentado ya, desplomado sobre mis articulaciones, comprendí que debía abandonar aquel lugar. En la compacta oscuridad que me rodeaba apenas podía ver el reflejo turbio de mis manos. Lejos, la sombra se espesaba en las moles de las tiendas y los carromatos... Luego, vine a dar a una calle desconocida para mí, de frente a una ancha plaza sin luz. Descansaban en un sueño agobiante los camiones con sus cargas de frutos. Las techumbres de zinc de alguna inmensa construcción. Altas rejas, guardando un patio solitario. Esqueletos de endebles construcciones esparcidas por todas partes con la apariencia de un campamento abandonado. Era la playa del mercado todavía en

reposo, mucho antes de la hora de abrir. Los hombres musculosos, de piel sombreada, circulaban entre los encerados. Los perros como rastro ansiosos en torno de las cavas. Una emanación de sangre seca, de repollos podridos, de melaza. Al borde de la acera, bajo el revuelo de las moscas, se empozaba una espesa resaca de envoltorios y cáscaras y frutas aplastadas. Creí que no iba a poder hacerme oír en el interior del pequeño bar, apretado de cuerpos. La niebla amarilla de humo y alientos acosaba el único bombillo pendiente del techo, en medio de un círculo de insectos. Había logrado hacerme un sitio al extremo del mostrador, cuando ella cruzó frente a la puerta. Los hombres se desprendieron a un mismo tiempo de sus sitios acarreado las tazas de café y las botellas de refrescos y cerveza. El resplandor de una cabellera rojiza brilló a intervalos por los claros del muro de gorras y chaquetas. Yo me hallaba encajado en la masa de hombres poderosos, asomado también a la calle y la vi avanzar a la sombra de los grandes camiones. Su figura se ampliaba en los tramos luminosos de la acera, flanqueada de pequeños bares ruidosos. De cada puerta brotaban ramajes de torsos palpitantes. Ella proseguía indiferente a toda aquella agitación y evitaba rozar cada obstáculo, deslizándose por entre las voces y los cuerpos. Caminábamos luego bajo pesados edificios rellenos de oscuridad y de sueño, frente a ventanas apagadas que hacían presentir la calma de los cuartos, el aliento de seres confiados al reposo. No dejaba de mirar el temblor de sus pechos blancos, comprimidos por el traje, prontos a dejar escapar sus masas blandas, livianas. Iban a caer de su altura como cabezas descoyuntadas. Mientras ella se desvestía en medio del cuarto, permanecí sentado al borde de la cama. La forma desnuda se encogió a mi lado y desapareció como una claridad que se apaga. Oí el crujido de los resortes a mi espalda. El mundo se hundía detrás de mí. Mi desamparo no podía ser mayor... ¿Qué pensará realmente Amelia? Habrá salido a buscarme. La casa estará desierta. Encontrarme allí ahora, pasearme

tranquilo por esa soledad. No acierto a imaginar la expresión más adecuada para el rostro de Antonio. ¿Qué estará haciendo cada uno en este momento?... ¿Qué estarán pensando? Yo no puedo estar más lejano. Este es el único momento en que nada pasa. Apenas ayer... y sin embargo no he hecho nada. En esta estación abandonada todo está muerto, yo no me muevo...

—Buenos días.

Un hombre vestido de uniforme azul y kepis con letras bordadas en oro (“Compañía Inglesa de Ferrocarriles”), apareció ante él. Tenía la apariencia sorpresiva de un dibujo recortado en una vieja hoja de revista. —Buenos días, —respondió, sin moverse de la plancha del furgón donde estaba sentado. El hombre comenzó a parecerle más real. Se había quitado el kepis, dejando al sol los cabellos encanecidos. La cara menuda y frágil mostraba toda la amargura de los huesos bajo una capa de harina tostada. Sin duda estaba hablando, pues la armazón del rostro se movía, cubriéndose de duras arrugas. Mateo solo observaba el interior de la raída gorra que el viejo sostenía con ambas manos, apretándola contra el pecho. En el forro de seda aún quedaban algunas letras amarillentas sobre los restos de una corona real.

—...si gusta le mostraré las oficinas. Yo tengo todas las llaves de los salones.

Atravesaron la ruinoso estación. En el corredor de espera las tablas crujieron. Un banco desolado recogía el aire paralizado entre sus brazos. El viejo agitaba un manojito de llaves e iba abriendo puertas a medida que penetraban en los salones. Todo había perecido hacía tiempo como las gavetas empolvadas de los escritorios y los estáticos letreros sin objeto y el péndulo decapitado del reloj de pared.

—Yo he vivido esto en otro momento...

—Usted debe tener esas escrituras —dijo el notario.

—Deben estar en alguna parte, —repetía Mateo mientras atravesaban las habitaciones e iban reconociendo cada lugar y cada cosa: “El cuarto de Tío Andrés, todavía su mesa de trabajo, algunos libros”... La mano resbalaba sobre una capa de polilla. Uno de los tomos abandonados, crujió al abrirse con sonido de madera astillada. “Este es el cuarto donde papá pasó la enfermedad”. Los dos altos copetes de la cama habían caído sobre el jergón arrastrando consigo los jirones turbios del mosquitero. El armario. —“¡Aquí pueden estar!”. Y se afanaron registrando entre los mazos de papeles que despedían su vaho de aire viciado. Se detuvo sobre una caja de tabacos llena de fotografías evanescentes. “Mi padre junto al sillón de barbería, frente al aro del volante de un viejo automóvil...”. Allí estaba empinando su cabeza de astilla labrada, sobre el péndulo del cuello, en medio de una seca vegetación de pajillas. El Tío Andrés, de pie ante un paisaje linfático de columnatas y florones, presentando en las manos un libro abierto. Grupos familiares. Parientes olvidados. De pronto el rostro de su madre en un óvalo negro. Una cara grave atenuada por el gesto paciente y sereno. “No he conocido nunca a esta persona. Esta colección de rostros, estas figuras pálidas... todo lo he olvidado. Debieron formar parte de un mundo donde yo no estaba. Pudieran estar todavía allí, viviendo y desgastando sus vidas o pueden haber muerto. Para mí siguen siendo desconocidos. Esta casa enorme, guardada por el polvo y los insectos jamás me ha pertenecido. Alguna vez recorrí estos lugares y a mi alrededor se tejía la madeja de historias, diálogos, situaciones. Yo cruzaba por en medio de ellas, me abría paso a través de los resquicios, me deslizaba por entre las piernas de los mayores sin ser advertido”... En el jardín, aún se entrelazan los sarmientos ahogados por el monte... —“Todo demasiado pequeño, un lugar estrecho y pobre, expuesto al aire, descubierto por todas partes, un espacio sin secretos. Otra imagen vaga dentro de mí: lugares apartados, cavidades

remotas donde latía siempre una extraña ansiedad”. Aún quedaban los escaparates con sus hojas abiertas, desnudos, llenos de aire... “Nunca he tenido nada que ver con este caserón destruido”...

—Este soy yo —decía el hombrecito y le mostraba con el dedo una figurita casi desvanecida, un rostro carcomido por la luz al extremo de un grupo. Era una postal muy gastada que mostraba un aspecto de la estación en años florecientes. Empleados y funcionarios de la compañía formaban grupo frente a la locomotora de vapor que parecía un juguete grande e inofensivo.

—Quien está conmigo es Dimitri, un maquinista de aquel tiempo. Es griego. Una excelente persona. Todavía suele venir a echar un vistazo y hablamos como hermanos, porque él lo tiene todo presente como si fuera ayer.

Y debió haber pasado mucho tiempo sobre esas maderas sin lustre, sobre esos pisos agrietados que soltaban la cáscara.

—Esto está en litigio desde hace diez años, por lo menos. La compañía se declaró en quiebra y desde entonces, hay un pleito. Pero esto ya no vale nada. Yo tengo que hacer guardia permanente aquí. A veces vienen los ingleses, inspeccionan las máquinas y los andenes, pero no preguntan nada. No sé qué irán a resolver al fin. Esta es una historia tan larga...

A Mateo le pareció que el tiempo pasaba por primera vez mientras hablaba el hombrecito. Comenzó a sentirse inquieto, con deseos de salir de allí de una vez.

—No sé si usted conoció la estación en aquellos años. El tren llegaba siempre a las cinco. Bajaban las señoras con sus cestas y sus sombrillas y los coches de alquiler esperaban en el andén hasta que se llenaban de refajos y sombreros...

Pero ahora empezaba a ser agradable. Era como esperar sentados en sillones alargados, bajo el descendimiento de la tarde, oyendo contar alguna lenta historia de años pasados con cierta reverencia hacia el tiempo que acaba sus tareas en silencio. Mateo lo escuchaba sin perder una sola palabra.

—...siempre tenía que tocar la campana varias veces para despejar la vía, porque la gente nunca llega a comprender ciertas reglas. ¿No oyó usted hablar de la famosa compañía de revistas de Mimí Delorme?... Bajaron aquí más de veinte muchachas y muchos caballeros delicados. Fue una cosa nunca vista. Yo apenas podía ver en medio de la confusión de plumas y cabellos rizados. Hablaban todos a un mismo tiempo, chillaban y reclamaban por todo sin darse abasto para bajar tantos bolsos de mano y tantos montones de ropas perfumadas que pesaban menos que la espuma. Madame Delorme era hermosísima como una postal y regañaba gritando a todo el mundo. Era una persona sin maneras pero tenía mucho carácter y nada le quedaba mal. Parecía una generala dando órdenes y empujando a las muchachas a los coches...

El hombrecito comenzó a reír y su cara se volvió más pequeña.

—...las empujaba por los fundillitos para meterlas en los coches, como si fueran montones de trapos. ¡Y qué cinturas tan delgadas! ¿Cómo podían tener hijos esas criaturas? No son mujeres para uno. Madame me dio una moneda francesa. Me han dicho que es valiosísima, pero yo nunca quise cambiarla...

Fue a buscar la moneda y regresó trayendo, además, un abanico de muchas varillas de carey sostenidas por un cordón rojo.

—Lo dejó aquí una de las muchachas —explicó—, no sé cómo. Yo quise devolvérselo, por supuesto y fui al teatro esa tarde. El portero me advirtió que estaban ensayando. ¡Qué de carnes al aire, señor mío! Unas carnes blancas que aturdían los ojos. Esas niñas lo mostraban todo sin

ninguna vergüenza y todas parecían de mal humor. Cuando me acerqué a Madame, no supe qué hacer. Se me enfriaron las piernas, tartamudeaba y no podía quitar los ojos de sus pechos que ya parecía que le iban a saltar del corpiño. Ella, sin hacerme caso, dio una palmada y arremetió como un viento por en medio de aquel palomar alocado. ¡Santo Dios!

Le oyó decir algo acerca del “descarrilamiento del año veintiocho”, pero cuando quiso ponerle atención nuevamente, ya el viejo se había ido. Se movía en una habitación contigua. Su cuarto, quizás. Aquella larga escena comenzaba a aburrirlo.

—Todos los periódicos se ocuparon del asunto —volvía a decir el viejo, mientras desplegaba sobre la mesa papeles envejecidos. Los caracteres eran apenas legibles bajo los pálidos fotograbados. Un grupo heterogéneo de lugareños, policías y empleados del ferrocarril posaba frente al cadáver de la locomotora, que yacía humildemente al pie de la montaña como si se hubiera echado a descansar. Pero Mateo prestó mayor atención a ciertos anuncios curiosos. Abundaban las fotografías de automóviles de la época: limusinas y coches descapotables con pretensiones de landó imperial. Los conductores en trajes de *sportman* tomaban poses orgullosas de raidistas frente a los mascarones de sus vehículos... Todo empezó a moverse. Los viejos autos temblaron despidiendo vapor. Madame Delorme ocupaba en su nido de polleras floridas, uno de aquellos asientos de felpa enseñando la liga, mientras a los costados desaparecían los elegantes ciclistas, enlazados en pleno aire en el momento de elevar sus gorras para el saludo.

La muchacha camina a su lado, cruzados los brazos sobre los cuadernos de apuntes y el texto de Derecho Romano. (Antonio la había alcanzado momentos antes, a la salida de la facultad y le dijo, volcando un tono vehemente y lleno de apremios “Tengo que hablarte. Es necesario que aclaremos nuestra situación. ¡Yo no puedo continuar así!” y ella lo acompañó sin

responderle, rodeada de reserva, apartada de todo como si el mundo entero contribuyera a su gran desengaño). Él se ve obligado a respetar su silencio, mientras oye que sus propias palabras suben a la garganta con el impulso de un vapor ardiente y allí se desvanecen, vuelven a lo profundo donde una materia densa, palpitante, indefinible debe estar formada de lágrimas o gritos o exclamaciones de sacrificio y arrepentimiento. Pero las tiradas de palabras fogosas, a pesar de su elocuencia abrumadora, se destruyen antes de volcarse al exterior, pierden en un instante toda convicción y todo patetismo. Al fin dice, sintiéndose realmente desdichado: —“Papá se fue de la casa. Parece que no va a volver. No puede ser un accidente, como dice mamá, porque ya lo hubiéramos sabido...”. Y sentados en la pendiente de grama bajo un arbusto, continúa hablando de lo mismo atropelladamente: “...no hay comprensión porque nadie sabe lo que pasa por dentro de uno. Papá es un hombre que ha sufrido mucho, yo lo comprendo así. Tantos años trabajando para sostenemos. Todos los sacrificios... la casa... No me ha faltado nada. ¿Y qué ha ganado? A ti eso no te importa. Tú piensas a tu manera. Los demás no valen nada. Prefieres quedarte callada. Piensas que la vida es muy fácil. ...Papá es un extraño en la casa. Yo mismo, ¿qué he hecho por él? ¿Para qué se vive así?! Es mejor estar solo aunque se diga que uno es un amargado. Yo voy a hacer lo mismo algún día. Lo peor del mundo es la incomprensión y el egoísmo... lo peor... Tú no dices nada. ¿Para qué? Piensas que tienes razón... a lo mejor te burlas... tú vas a ser feliz...”.

Ella juega con las hojas de la grama, junto a los bordes de su falda extendida y Antonio sabe que ya no encontrará resistencia, que todo el orgullo y la humillación han claudicado y puede obtener ya la sumisión completa, pero el impulso mismo que ha provocado el torrente de palabras acaba por exasperarlo y apoderándose de los cuadernos los arroja con toda su violencia contra el tronco de un árbol. Las hojas saltan despedazadas y sobre ellas pisa destrozándolas al levantarse y salir despedido con trancos inconscientes. Toda la sangre se reúne y golpea contra su cuerpo. Sin embargo, al detenerse al

borde de la avenida, el asalto histriónico retrocede. Aunque parecía impelido por una fuerza ciega, no deja de mirar arriba y abajo antes de decidirse a cruzar. Cambia de idea en seguida y lentamente comienza a caminar por la acera. Lucha contra el propósito de volverse o al menos de mirar hacia atrás solo por ver qué ha hecho ella: si continúa sentada bajo el árbol o si se ha levantado ya y camina en dirección opuesta a si viene hacia él. El aire apacible del mediodía lo ofende al penetrar con indiferencia a su interior y sofocar el fuego que por instantes se reaviva reclamando nuevos estallidos. Ladea un poco la mirada y comprueba que ella permanece en la misma actitud de hace un momento, ni siquiera ha levantado los ojos de la grama. —“¡Qué se vaya al diablo! ¡No me verá más nunca!”. Pero, un momento después, llega junto a ella. Se arrodilla en la grama, se deja caer boca abajo sobre su falda. Soporta unos instantes la presión molesta de una rodilla entre sus hombros, hasta que impulsándose con los codos ocupa el centro del regazo cómodamente. La tela fresca del vestido le acaricia la frente. Poco a poco las manos de ella se introducen en sus cabellos, bajan hasta los hombros y la espalda. El no tarda en incorporarse y decir: “Vamos. Es tarde. Tengo hambre”.

—¿Tú crees que tu papá vuelva esta noche? —pregunta ella, una vez en la acera. Antonio no responde al momento, pues acaba de ver ante él una piedra pequeña y redonda. Caee sobre ella, la vista clavada en el suelo, la acosa entre sus pies haciéndola saltar hacia arriba y, de pronto, da un grito de acometida y la ataca con la punta del zapato. La piedra se eleva y va a estrellarse en el follaje más cercano para caer después debilitada, bajo una lluvia de hojas tiernas.

Ella se siente arrastrada por el brazo. —“¡Corre! ¡Vamos a alcanzar el autobús!” y mientras cruzan la calle, repite jadeante su pregunta: “¿Tú crees que tu papá vuelva esta noche?”

—¡Claro que vuelve! ¡Volverá!

Este no es el mismo individuo —Reflexionó Mateo, en medio del estruendo del autobús que persistía en acelerar sus motores. El hombre seguía allí moviendo las mandíbulas.

—Hace tiempo salí de la estación. Estoy en pleno mediodía. La gente va corriendo a sus casas. ¡Cómo pude desprenderme del viejo...? Nada me importan estas pequeñeces. ¡Debo hacer algo!

El autobús partió con un último bramido metálico y en el claro brilló al instante la calle animada, constante, llena de figuras ligeras. El aire se había aclarado por completo.

—No se le ve muy bien, señor Martán. Cuídese —dijo la voz con toda claridad en el silencio que acababa de crearse—. El trabajo agota y ahora que tiene tantas responsabilidades...

—¿De dónde ha salido este individuo? —volvió a preguntarse, pero en el mismo momento lo reconoció: el empleado de la sección de artículos de escritorio y materiales. Acababa de salir de allí. Mateo pensó que entre todos los que hubieran podido encontrar este debía ser el más inofensivo: pulcro, meticoloso, limpio. Sus posibles veinte años se escurrían por la superficie de unos rasgos reblandecidos, fríos.

—Me trata con naturalidad, como si nada hubiera pasado. Es posible que mi ausencia no haya causado gran revuelo, al menos fuera de mi sección... —Muy pocas personas estarían enteradas del acontecimiento y sin embargo, en su casa reinaba la consternación. Amelia se había

hecho acompañar de su hermano Francisco, juntos habían recorrido ya muchas salas de espera, hospitales, comisarías.

Momentos antes —en un alarde de atrevimiento—, contemplaba desde la esquina de la calle la fachada tranquila, la reja del jardín entreabierta, la enredadera del muro.

¿Qué pasará allá adentro? —se preguntaba escondido a medias por el tronco delgado de una acacia—. Quisiera poder observarlo todo sin ser visto. Pasearme en este momento por entre mis cosas que reposan tranquilas, sosegadas en sus lugares de costumbre. Hablarle a Amelia como si yo fuera otra persona y saber lo que piensa, las cosas que dice. Despedirme después de una larga conversación, dejando alguna frase consoladora.

Un automóvil se detuvo ante la reja. Amelia descendió por la puerta trasera seguida por un hombre de edad madura. Era Francisco, el hermano mayor. Juntos entraron a la casa y el automóvil se alejó en silencio. Él era vendedor de artefactos eléctricos en un importante almacén. Sus ademanes cortos, interrumpidos por largos plazos de inercia que lo mantenían inanimado en su asiento, rodeado de un aire póstumo de retrato de difunto, trascendían a vejez doméstica y descolorida como alcoba de viudo. Eso lo aislaba de toda intimidad. En sus raras visitas se hablaba de los accidentes del oficio, de los falsos procedimientos de sus colegas para apoderarse de algún veinte por ciento y aludía una vez más a su mal retribuida afición por las loterías y las rifas domésticas. El ambiente no tardaba en hacerse pesado. Su presencia lo fatigaba todo: las palabras, las posturas, los gestos y él mismo decaía hasta quedar resumido al silencio. Con Amelia solía ser más expansivo. Se encerraban juntos en ciertas tardes tediosas del sábado y allí hablaban en voz baja, propagando alrededor de ellos un murmullo continuo que circulaba en vuelo bajo por entre los muebles. Una vez, Mateo los sorprendió sentados al borde la cama en una de sus pláticas. Creyó descubrir lágrimas en

los ojos del hombre, cuando levantó la cabeza para mirar hacia la puerta y él se retiró sin decir nada, conturbado por la molesta sensación de haber profanado una intimidad sellada por vergüenzas y penurias. Una atmósfera de soledad los resguardaba. Aquellos dos seres lejanos, vinculados por sus confidencias y sus tristezas no le pertenecían. Se encontró extraño, inoperante, aspirando un aire cargado de reservas. Hubo siempre un velo de secretos íntimos, tenaz y amargamente cultivados, en la vida familiar de ellos. La madre había obtenido el divorcio después de un proceso candente y el esposo solía hacer aún violentas apariciones que motivaban escenas y rencores. Pero Amelia hablaba poco de esas cosas y solo en las aisladas visitas del hermano se desahogaba a medias de sus oscuras interioridades.

...Fue lo mismo en los primeros tiempos. Los días lejanos detrás de la barrera, en el juego de los círculos cerrados. Ninguna cosa podía repetirse. Todo pasaba una vez solamente, para siempre. La casa vivía poblada de secretos, de palabras murmuradas, de silencios que cortaban las conversaciones al momento de aparecer él en medio de las reuniones de familia y sentirse cercado por una atmósfera tensa de furor apenas sofocado... Los crujidos del lecho inmenso cada vez que el enfermo se movía bajo las sábanas. Un fardo de huesos y piel ardiendo en fiebre. La tos. Bramidos nocturnos. Olía a orines en torno a la gran cama de copetes episcopales. La mano de piel seca y caliente, cargada de venas, todavía ancha y poderosa, lo ceñía por el brazo. “Pide la bendición”. La bendición, la bendición, la bendición... Y los arrebatos de rebeldía. Los gritos en el cuarto, el estruendo de los frascos estrellados, los golpes de bombo del cuerpo sobre la lona del jergón, clamando en un hilo de asfixia, un hilo de vida sujetando la armazón de venas y huesos. Los conductos obstruidos por donde el aire se escapaba silbando. “¡No estoy enfermo! ¡Hasta cuándo! ¡Déjenme en paz!” (Por la abertura de la puerta se escapaba una corriente de objetos menudos dotados de vida

y carácter que emanaban el mismo olor secreto a farmacia y cabece-
ra de enfermo: bulbos de cristal, cajas rellenas de columnas, arcadas y
ventanillas, frascos azules, trasfondos de algodón, gotarios y sierrecillas
de metal). Otras veces aparecía en el comedor, a mitad del almuer-
zo, gritaba y manoteaba como un gallo rabioso. (Y ya todos los viejos
animales habían muerto en sus jaulas. Los arrojaban duros al tonel de
basura, resecos por la peste o bien languidecían insensibles, comidos ya
por las hormigas, en el hipo de una muerte lenta, demorada durante
días y días). Tío Andrés corría a detenerlo y saltaba como un muñeco
lastimoso entre los manotazos y los bufidos del gigante esquelético. Las
sillas caían con estruendo... “Pide por la salud de tu papá” le susurraba
ella rociándole al oído. “Señor, te pido por la salud de mi papá. Señor, te
pido por la salud de mi papá. Señor...”. Pero el último punto dorado en
medio del altar brillaba como el centro de donde nacían todos los círcu-
los. La hostia redonda, cuya última partícula en el dedo gordo del sacer-
dote era aún demasiado grande. Un grumo de harina insípida pegado
al paladar, desgastándose lentamente en la saliva. Los labios apretados
y el pecho lleno de contrición. “Perdón, Señor. Perdón, Señor. Perdón,
Señor. Te prometo. Te prometo...”. Muchas cosas oscuras, lamentos
de vidas enfermas, gastadas, dolorosas, susurradas durante las visitas de
familia, gritadas con palabras feroces en las disputas. Y todo allí mismo
rozándolo, sacudiéndolo muchas veces con ráfagas de violencia y mie-
do, mientras el gran mundo palpitaba en el resguardo de los rincones,
entre los pequeños objetos: las ampollas vacías, las cajas de remedios, los
tubos de cartón corrugado...

Ahora Francisco venía a ayudarla en su trance. Los ve paseándose
libremente por la casa, comentando en alta voz sus secretos. Amelia se
extrema en confidencias largo tiempo vedadas: —“No estaba bien. Vi-
vía preocupado sin motivo. Los insomnios. Una vez lo encontré detrás
de la cocina...”. Ella debe conocer muchas cosas. Tantos años juntos...

Pero Antonio abría en aquel momento la reja. Lo vería. Cruzaba ya la calle moviendo los brazos enérgicos con su estudiado compás de atleta... “¡Futbolista! ¡Voy a ser futbolista!”, exclamaba durante las discusiones del almuerzo. Entonces le costaba imaginárselo. ¿Toda una vida para eso? Ahora empezaba a considerarlo ingenioso y burlesco. —“¿Tú sabes cuánto gana un centro delantero?” —protestaba en medio de las reconven- ciones de Amelia y no dejaba de mirar sus dedos que corrían sobre los cuadros del mantel imitando los movimientos de los jugadores en el campo.

Se sintió tentado de salirle al encuentro en mitad de la calle, abrazarlo y conducirlo luego por la acera, tomado por el brazo, mientras le hace oír un largo discurso: —“¿Tú sabes lo que es esta vida, hijo mío?... ¡Mira a tu padre! No hagas caso de los demás. Tu padre pudo ser un gran hombre y quizás lo sea...”. Pero se dio cuenta de su verdadera situa- ción (ya Antonio había subido la acera y avanzaba hacia él sin haberlo visto todavía) y se alejó precipitadamente de aquel lugar. Un poco más allá, fatigado por la carrera, se refugió en una farmacia. El empleado se aproximó al mostrador y él tuvo que salir de nuevo a la calle, sin correr, tranquilizado ya, deseando poder sentarse a reposar en algún sitio.

—...en la compañía no se hace justicia al empleado. Yo solicité un aumento el año pasado y fui amenazado de despido. Pero los que se dicen dirigentes sindicales... —A ratos volvía a escuchar la voz del hom- brecito, reticente y monótona, cuando sus oídos se abrían de nuevo al gran ruido exterior. —...¿no es verdad, señor Martán? Conservó en la boca abierta el gesto de la última sílaba, urgiéndole a responder con una mirada suplicante.

—Diles cómo te llamas, ¿no tienes lengua? Diles...

—Su padre se alzaba ante él, mirándolo desde la gran altura de sus hombros, a través de una sonrisa amenazante. —“¡Diles!” y alzaba con

gracia la navaja engalanada por un friso de espuma. Alrededor se prolongaban los reflejos de objetos dorados, el arabesco del mosaico, las vetas del granito en el gran salón rectangular henchido de vapores aromáticos, alcoholes y grasas perfumadas. Figuras móviles proyectadas en declive sobre los espejos, las filas de sombreros y chaquetas. Señores de vientres abultados y brillantes chalecos, transpirando en los sillones giratorios, bajo el calor de las toallas húmedas y los enérgicos masajes. “Corte de pelo. Barba. Masaje. Manicura. GRAN SALON DORE”.

En las sillas de mimbre, los clientes aguardaban sus turnos hojeando revistas picarescas, golpeando el suelo con sus bastones, manoteando en el aire, activados por interminables disputas acerca del comercio, la religión, la política; multiplicados por los innumerables espejos. Manos gordas, huesudas, húmedas, manos desconocidas y temibles le acariciaban los cabellos, las mejillas, le apuntalaban la barbilla haciéndole aspirar un olor fuerte de tabaco y obligándolo a levantar la cara roja de vergüenza. Voces y carcajadas lo hundían en lo profundo del sillón.

Alguna vez todo desapareció por completo. Pasaba frente a la puerta metálica cerrada para siempre, sin poder explicarse cómo y por qué había ocurrido todo aquello. ¿A dónde habían ido aquellos señores prósperos, joviales, locuaces, con los bolsillos llenos de dinero?...

¡Andar! las calles se suceden sin tregua, disímiles, cada una dispuesta para conducir la vida que bulle en medio de su cauce. Atravesar aceras rebosantes, mezclarse a las manadas impacientes que esperan para cruzar la calle, escurrirse por entre los cuerpos que obstruyen las esquinas. Moverse sin objeto en la estridencia y el fragor...

Al pie de enmohecidas escalinatas hay calles turbias donde la ruina muerde las paredes de viejos edificios: torpes construcciones agobiadas por la penuria y la estrechez de infinitos pasillos, tabiques y escaleras. Se asoman seres pálidos a los balcones: mujeres descoloridas, hombres con la camisa desabrochada que sacan a la calle el desgano de los cuartos angostos, la soledad de camas endurecidas, de mohosos aguamaniles, ropas viejas y espejos tachados de lunares. El ladrillo desnudo de las azoteas se cubre de una negrura antigua y allí se resecan al sol objetos sin oficio, restos de muchas cosas desechadas. Bajo los paneles de ropa tendida prospera el hongo de los lavaderos, las grietas jabonosas, la madera podrida, todo ello encima de tres pisos horadados por infinitos caminos de polilla, capas de papel engrudado, lona de cielorrasos. Contra las aceras se alinean los autobuses, los carros de viaje. Una voz agrietada vocea un itinerario. Cruzan interiores desnudos de gestorías y agencias de pasajeros. Mujeres llamativas en los almanaques. Tirado en la silla giratoria, los zapatos cruzados encima de la mesa dormita un hombre con la gorra en la cara y los pulgares en el cinturón. Cruza, bajo el aviso ceniciento de un hotel, una mujer de cabellos pintados y tez pálida, y arriba se escalonan los balcones con sus barandales orinosos

donde se secan las piezas de ropa. Allí todo tiene un sentido de vida pasajera, desarraigada, algo de lo que apenas se detiene por un breve lapso en los cuartos untados de miseria. Existencias sin rastro instaladas en un presente enjuto, bochornoso. O bien es el proceso monótono de las ventanas, de los mil balcones idénticos, las geometrías insensibles de edificios que envejecen sin nobleza. La atmósfera agobiante de los comercios al mayor, espaldas húmedas de los cargadores, calor y suciedad en las aceras... y las cuadras tranquilas, la vida sosegada en pacíficos corredores, en jardines inmóviles. Silencio sobre la limpieza despiadada de los mosaicos, sobre el ordenamiento de los tejados y las altas ventanas cerradas. Un aire de difunto envuelve las salas alfombradas donde fenecen retratos de antepasados. Y luego las plazas del bochorno y en ellas el silencio y la marchitez de los desocupados: figuras de desánimo que arrojan su vacío y su abandono sobre un lienzo de muro, palideces rodeadas de un aire detenido y ellas mismas como aguas estancadas, como objetos de desecho, aislados unos de otros, sin vínculo ninguno con la pauta acelerada de la calle que miran pasar desde el círculo frío de sus ojos o que tragan en un largo bostezo. El aire de todo un día, flota a la deriva sobre la ingravidez del tiempo, los penetra, infla sus estómagos desocupados como despojadas, estériles habitaciones. Parecen sordos al gran ruido: al grito de los pregoneros, al silbato del policía, al rugido de los motores y las maquinarias. Todo se precipita en la franja delgada del mediodía. El mediodía común, ruidoso y complicado: un lapso insoslayable compuesto por fracciones exactas, perseguidas por millares de ojos que miran las agujas en la muñeca o alzan la vista a los relojes públicos cuyas esferas flotan impasibles sobre el gran desorden. Brota en calientes bocanadas el murmullo de los restaurantes repletos. Las colas se propagan sinuosas al borde de las calles y son absorbidas sin cesar por los resollantes colectivos, en cuyo interior, la atmósfera caldeada por los cuerpos quema en silencio la otra emanación misteriosa, palpitante de

los pensamientos, las inquietudes y los deseos de cientos de hombres y mujeres amontonados y solos. Hasta que poco a poco todo comienza a aletargarse: las ruedas de la gran maquinaria giran desfallecidas, atascadas, próximas al desmayo. Comienza a condenarse una hora muerta, un plazo bochornoso y su vaho penetrante todo lo reduce al letargo. El sol abruma las aceras, corta las superficies y se palpa el sopor de todas las digestiones juntas, la combustión de los cuerpos estirados que expulsan el cansancio, el calor pegajoso del sueño antes de que se reanuden la actividad y el orden. (En cambio las últimas horas apenas existen, apenas se las puede fijar inestables, ambiguas, provocando la ilusión de un ligero plano inclinado y se las siente como un presentimiento, una posibilidad nunca aprovechada, obsedida de incitaciones. Su realidad insegura se rompe antes de asirla y de pronto aparece la noche sólida, serenamente establecida en sus luces y sus moles vacías). Pero el día está siempre vigente y es inútil tratar de detener un rostro, las fisonomías se confunden, se descomponen en fragmentos infinitos, fugaces. Sentimos el golpe de unos hombros, unas manos se agitan, distinguimos un rápido perfil. Brota de lleno un rostro, viene hacia nosotros, parece acometernos en medio de la confusión y es rápidamente suplantado por otro y este a su vez por el que acaba de desaparecer al extremo del ojo y en seguida centenares de rostros sucediéndose sin parar. Un fragmento de la multitud se desprende y desaparece por una grieta disimulada, una portezuela baja y angosta abierta en mitad de un gran portal. Acaba de penetrar a un aire denso, recogido bajo techos abovedados y muros poderosos que rodea la palidez de unos vitrales y el sueño inquebrantable de las columnas y los arcos. La soledad suplicante de los bancos, acoge figuras contritas. Las miradas alcanzan los gestos paralizados de las imágenes, penden de los mantos envejecidos, los dorados marchitos; pero los ruegos no llegan a turbar ese mundo de formas estatuarias, huecas, inclementes que se alinea con la palidez de flores secas en los muros del

gran cascarón. Parece que hubieran sido siempre viejas o que no hubieran tenido nunca edad, pues nacieron para eternizarse insensibles en un aire petrificado enmarcado por la penuria de los mantos, los cetros y las coronas. Las figuras humanas se reparten aisladas en las naves y los altares. La soledad les ha devuelto sus rostros, los ha vestido con sus viejos trajes, los resume en un compendio musitante de cansancio, penas, y esperanzas secretas. Son tan distintos ahora el uno del otro y parecen tan reservados y distantes como si fuesen un solo ser en el mundo o algún caso único e ignorado que no pudiera repetirse. Los rostros, la piel, los cabellos, las arrugas del traje revelan texturas, matices, profundidades plenos de una realidad desamparada que se cumple sobre ellos mismos, que es la presencia, el esquema, el modelo de sus vidas diferentes... En otro tiempo aquellos fueron recintos de secretos. Las colgaduras del altar mayor descendían de una altura infinita hasta las gradas de madera labrada. Los ángeles llameantes, los cristos musculosos y las madonas de lágrimas rojas aparecían a cada momento en sus pedestales, propagando las virtudes de sus ademanes de engañosa inmovilidad. Todo exhalaba una vida acechante, solapada ante la cual era necesario prosternarse, humillar la frente contra la madera de los bancos o el mármol de los pedestales, conteniendo un impulso de sublimidad que pugnaba por desbordarse, algo que era necesario retener con todas las fuerzas antes de que creciera demasiado... ¿Quién entonces podría atreverse a levantar una punta del manto bordado de oro de un Evangelista o a empujar con solo un toque temeroso, un ligero impulso de la mano la pezuña de bronce de un candelabro o a cortar el último hilo de esperma del ramo aún caliente que se adhiere al cirio? ¿Quién tendría el valor suficiente para cambiar apenas un poco la posición de la rodilla maltratada, mientras el sublime terror se expande y parece que al abrir los ojos nuevamente, el dedo levantado del Patriarca, solo ese único dedo que siempre estuvo enhiesto se inclina lenta pero visiblemente sobre su

antigua articulación...? ¡Andar!... Las visiones se cruzan, se confunden. El día avanza igual a miles de otros días, se inclina hacia los bordes de la noche debilitándose en un baño de una luz dorada que va cubriendo las paredes. Andar...

Las luces fragmentadas lanzan reflejos híbridos en las grandes corolas de las tubas y se prolongan hacia arriba, en intentos de vuelo que no van más allá de los primeros grados de la sombra, sobre el dorado de los kepis. Inciden en círculos elásticos, en rápidas evoluciones inconexas por las superficies de metal plateado y son tragadas por los tubos oscuros y luego expelidas en anillas de sonidos robustos. La banda toca un pasaje muy lento, herido por largas notas de clarinetes. A ratos, un bombo golpea por su base el andamiaje vacilante y lo hace estremecer con una vibración quejumbrosa. El aire que pasa a través de los tubos y las cañas parece a punto de languidecer y extinguirse. Un pequeño auditorio se mantiene tranquilo y reservado ante las gradas. Mateo, recostado al tronco de un árbol, mira fijamente a un perro que parece dormir, totalmente insensible, sobre uno de los escalones. La larga cabeza del animal —una criatura magra de pelambre estéril y carnes mortecinas— reposa, semejante a una osamenta vacía sobre el mármol herido también por los reflejos. Parece echado a los pies de un gran trono. Por un momento permanece inmóvil. Luego se estremece por dentro. El cuerpo se alarga en una convulsión y queda como desprovisto de carnes: solo un tejido seco recorre el contorno delgado de los huesos. Antes de acabar ese movimiento se endereza, da un pequeño salto y cruza enjuto por debajo del aire que está impregnado de sonidos. Ha salido por el último borde de las pestañas, pero en el círculo permanece fijo el trozo de escalón. Algo ha quedado allí del animal: una imagen traslúcida,

cada vez menos cierta, como un rastro de la figura que en un instante puede corporizarse y repetir la acción. Puede ocurrir eso continuamente, pues el perro no ha arrastrado toda su existencia detrás de sí. Una realidad transparente lo ha sustituido brevemente, hasta que un muro de pestañas y párpados oculta toda la realidad visible y restablece luego en las pupilas el espacio deshabitado por completo, el aire solo, limpio de toda huella sobre el mármol.

Unos rostros secos, deslucidos han aparecido a su derecha. Son molduras limadas por muchos años de intemperie, donde todo está ya fijado para siempre. Las orejas están pegadas a la piel, retorcidas como viejas conchas y es por esos conductos oscuros por donde penetra a los cerebros el aire denso de sonidos, el aire expelido por los tubos y las cañas. Todo el cansancio baja hasta sus pies que son pozos de sangre caliente, dos heridas frescas latiendo al unísono. Su cuerpo se halla desmembrado: los dos brazos inertes cuelgan separados del tronco, rellenos de carne pesada y solo la cabeza se alza de los hombros, viva y ardiente, traspasada por los ojos. Un reflejo hierde esos espacios húmedos y los proyecta en todas direcciones. Las córneas fundidas se dispersan en rayos oblicuos que van a estrellarse sobre los cobres y destrozan los mazos de faroles...

—¿Qué has sabido mamá? —pregunta Antonio desde la puerta de la calle y Amelia vuelve la cara estremecida.

—¡Me asustaste, muchacho!

Lo ve acercarse por el estrecho corredor y le parece que viniera hacia ella desde el fondo de su vida, desde que era un niño y crecía con el mundo a sus costados, cada vez más alto, más fuerte, cargado de venas y músculos y todo se abría para darle paso y ella siempre en el mismo sitio. Siempre allí, a la entrada del comedor, viéndolo venir hasta sentirlo cerca, alto y poderoso y oír su aliento y sentir su transpiración, la carne viva bajo la camisa.

¡Su cara ha cobrado un extraño valor!

—Si fueras un poco más delgado...

—¿Qué dices mamá?

—Nada.

Debía regresar —dice Mateo. Pero la idea se disipa en seguida. Sus pensamientos son livianos y frágiles.

—¿Qué significa todo esto? —se pregunta, pero en su cuerpo solo alienta el deseo del reposo. Descansar bajo sábanas limpias, tener los ojos abiertos al techo, sentirlo todo firme y seguro debajo de él. El cuerpo flácido, la cabeza vacía.

Un rayo parte de la varilla plateada del director. El brazo se eleva por encima de las anchas espaldas, el codo comienza a agitarse con movimientos rápidos, precisos y de inmediato las bocas de los clarinetes se empinan y parecen abrirse excitadas por la rápida acción de los dedos en el mecanismo de las llaves. Por los tubos y las espirales corren torrentes de aire. Un tropel de cascos de hojalata estremece las gradas. Mateo mira las letras blancas en el pizarrón: “Segundo Número: ‘Galopa’” y no puede mover de allí la mirada... Está bajo la gran carpa del circo. Las luces, las tramoyas de metal niquelado, el aparejo de las cuerdas, paños de terciopelo. Todo gira como un gran trompo de colores... y el hilo de sangre brota por los cabellos empapados... —“¿Qué haré ahora? ¿Qué puedo hacer?”... Un trozo de la calle se mueve a través de los claros de los árboles. Giran volutas de colores, círculos luminosos, rápidas fosforescencias que se avivan en el aire oscuro sobre sus articulaciones de metal y más arriba aún, la noche inmóvil, sólida, invariable. El cielo de un azul duro y quieto donde tiemblan algunas estrellas. Finas agujas se desprenden de la altura que se ha fundido al tope de los árboles. Las pequeñas estrellas desgarradas se precipitan hacia abajo o es él quien sube sin separar los

pies de la tierra. Sube cayendo de espaldas, arrastrando consigo el gran volumen de la tierra o solo un desprendimiento de ella como un trozo de cáscara liviana... Todo vuelve a caer en su sitio, se detiene sobre el espacio plano. Los árboles desgarrados por las luces, el trípode del pizarro y por último el rayado geométrico de los mosaicos, siempre igual a sí mismo, interminable. Sus zapatos cubren la mitad de un ladrillo, las puntas empolvadas, las trenzas deshechas... —“Debería arreglarme las trenzas...” Instantáneamente todo ha recuperado su estabilidad como sostenido por fuertes pilares. Afirma la espalda contra el tronco del árbol y con cuidado dobla una rodilla, inclina el torso, baja los brazos y con los dedos busca los extremos del cordón. La pierna fija es recorrida por rápidos temblores, el pie se encoge, se agarra con los dedos al interior liso del zapato sin encontrar apoyo. Ya tiene las dos puntas bien asidas. Tira de ellas y el tejido se cierra bruscamente, pero cuando comienza a formar el lazo ya no tolera el dolor de la espalda inclinada ni la tensión de la única pierna firme. Se deja resbalar por el tronco hasta quedar agachado completamente y al colocar la mano abierta sobre el mosaico el contacto fresco y apacible lo invita a tenderse a todo lo largo. Dejarse caer sobre aquella tersa superficie para escurrir todo el cansancio de sus miembros... cerrar los ojos al estallido de las luces... —“¿Qué estoy haciendo?”. (Una voz lejana comienza a llamarlo: —¡Mateo! ¡Mateo!)... Yo me tendía bajo los árboles, cerraba los ojos. El mundo era todo negro con pequeños globos rojos y uno comenzaba a remontarse... olía la tierra. (¡Mateo!... ¡Mateo!). Mamá venía a buscarme. Sus sandalias sonaban en las hojas secas. Pronto me halará por el brazo... me hará caer.. (“¡Mateo...!”). Me dejaba resbalar de la cama y quedaba tendido, desnudo sobre el cemento... Estaba acostado debajo del mundo. Mucho más abajo que todos ellos. Yo tendido debajo del mundo...

Dormir...

Los habitantes

Aurelia siente que su cuerpo se alarga y crece hasta formar un arco de materia elástica en el aire blanco y uniforme. Al mismo tiempo, sus pies han brotado fríos y desnudos por el extremo de la sábana, tropiezan contra los hierros flojos del copete y se produce un ruidito chirriante de bordes oxidados que ella percibe claramente, pero que en seguida se proyecta en el espacio hueco y se pierde como una piedra en el aire. Tampoco su cabeza se ha separado de la almohada, cuyas nudosidades se le incrustan debajo de la nuca.

Junto con el ruido, la luz realiza un nuevo intento por atravesar el muro sordo donde se ahogan todas las vibraciones exteriores. En ese instante, unos resplandores rojizos e intermitentes tiñen el aire blanco y parecen licuar las pupilas. Llega a sentir las pestañas entrelazadas, los bordes en carne viva que palpitan al intento de abrirse, mientras todo comienza a vivir, hormigueante, alrededor y encima de ella y la presión continua va achicando la zona del sueño hasta reducirla al solo volumen de su cuerpo. Lo demás se ha despertado totalmente: el corredorcito del recibo bañado por una sombra parda, el sol sobre las palmas del jardín que la brisa hace tropezar entre sí produciendo un breve ruido de uñas.

Aurelia se agarra con esfuerzo del sueño tibio y ondulante en el cual se mantiene aún inanimada como sobre una superficie gelatinosa. Entonces oye la voz de la madre, que viene atravesando el pasadizo entre el comedor y el recibo.

—¡Aurelia, Aurelia!—. La voz le parece tan real que le trae la conciencia de estar dormida parcialmente. Dios mío, ¿qué hora es? La ve avanzar con el delantal de flores amarillas, descosido en los bordes, y una gran mancha de grasa sobre el vientre. Los cabellos fibrosos, tensos, que demuestran haber sido muy largos, están recogidos en moño encima de la nuca y señalan un rostro despejado, de largas líneas que el tiempo ha podido deteriorar un poco, pero que sigue guardando cierta belleza humilde y vacía. Pero aquella figura avanza sobre un suelo falso que parece inclinarse y seguir hacia un rumbo que no es el suyo. Pasará muy lejos de la cama, sin tocarla.

Otra vez todo vuelve a ser blanco y tranquilo. El patio se mantiene por un momento inmovilizado, preciso en todos sus contornos; quizás demasiado verde, demasiado vivo y tranquilo, como resplandeciente.

—Sé que estoy acostada. Es muy tarde. Tardísimo. Las nueve... —En el gran reloj del Liceo las agujas señalan las nueve, las diez, las once. El murmullo crece como un hervor en sus oídos. Ve a Matilde y Raúl que suben corriendo una escalera; van al piso de arriba a besarse.

—Tengo que levantarme. Mamá me está llamando... Aunque la luz sigue allí mismo, palpitante, aquella tibieza que la envuelve es cada vez más grata. Le parece que tuviera dos cuerpos diferentes, uno de ellos flexible y sinuoso, más liviano que el aire y vuelve a remontarse. Empieza a pensar con una lucidez tranquila, con una lentitud armoniosa, como si las cosas resbalaran alrededor de ella, que si abre los ojos verá el techo con su color blanco mate, rayado por vetas arenosas y unos dibujos pardos e informes que crecen hacia las paredes: son manchas de humedad que el tiempo ha resecado y que llegan a simular, por momentos, panoramas de montañas coronadas por cabezas monstruosas de gigantes y pájaros. Sin moverse todavía, apenas tendiendo la vista al nivel del cuerpo, aras de la sabana que lo modela en surcos y pliegues profundos, estarán sus pies pálidos, demudados por la luz, ligeros, como si sólo

estuviesen llenos de aire, y la reja, toda descascarada y herrumbrosa, las varillas flojas que se mecen a cada movimiento del jergón. Al fondo, en la pared, sobresale la repisa del altar, forrada en papel verde, polvoriento, donde se amontonan flores, imágenes de bulto, un candelabro y una pequeña gruta de caracoles y conchas marinas que encierra la imagen de la Milagrosa. Encima de todo está fijado el cromo del Arcángel Gabriel.

La alcanza el olor de muchacho sofocado y la respiración alterada de Matilde que está a su lado, desgñada y evaporando después de haber corrido mucho bajo el sol y que la mira de cerca con la boca fruncida y los ojos chispeando en un círculo cárdeno, sembrado de puntos de sudor. Violentamente arranca el cromo y se lo pone delante de los ojos. Adheridos a la cañuela que cruje y se desmorona entre los dedos como un hojaldre, permanecen los grumos de esperma de las velas que parecen pólipos carnosos. San Gabriel tiene un rostro manso y redondo de perilla torneada, partida por una tersa ranura; cara de muñeco de porcelana. Dos alas, cargadas de plumas y cartílagos, están incrustadas en su espalda y lo mantienen suspendido sobre unas llamaradas que le lamen los muslos. Las plantas desnudas se posan sobre la escama de un dragón. Pero en ese rostro de cera coloreada, el negro de los ojos despiden una fosforescencia continua. A veces esos puntos la siguen por todo el cuarto o están sobre ella cada vez que se vuelve para sorprenderlos. Ha experimentado ese temor desde que era muy niña y por eso Matilde se enfurece con ella:

—¡Qué van a estar vivos, tonta; son ojos pintados!

—¡Míralos!

—Son pintaados —le grita, salpicándole la cara de saliva. La empuja por los hombros y ella resiste sin moverse, tercamente rígida. Cuando, al fin, Matilde quiere arrastrarla por un brazo, ella se agarra al copete de la cama; el hierro de las patas chilla en el cemento; ese ruido la aturde y

la atemoriza, pareciéndole que si resiste por más tiempo va a provocar un ruido ensordecedor y entonces se deja llevar flojamente hasta la repisa. Matilde descuelga la cañuela y se la pone delante de los ojos. Aun así, era peor: pegaba la nariz y los pómulos al cartón satinado que empezaba a crujir como hojalata y aunque las figuras se dividían en reflejos, los dos puntos seguían ocupando su lugar. Además, en ciertos momentos, todo el cuarto se llena de cosas extrañas. Y eso pasa aun a plena luz del día: algo detrás de ella, una figura de pie, apenas contorneada o una cara que asoma por encima de su hombro y que podría tropezar si se volviera de repente. En el postigo de la ventana se elevan y desaparecen bustos rígidos de rasgos incompletos o carcomidos. Se sienta en la cama y una figura extrañamente larga viene a tenderse detrás de ella: la cabeza está incrustada entre los hierros, los pies, desnudos y nudosos, sobresalen por el enrejado. Otras veces, pudiendo estar de pie ante el óvalo del espejo, desnudándose o terminando de vestirse, el cuarto se estremece, da la impresión de que fuera a desprenderse del suelo y a ladearse; una corriente pasa a través de sus pies; ella también va a caer de costado... La luz lechosa tiembla nuevamente encima de ella.

—No importa. Hoy es día de fiesta; nadie se ha levantado. Puedo quedarme todo el día, si quiero...

Se encoge debajo de las sábanas, cruza los brazos sobre el pecho y, de pronto, se encuentra boca arriba, los ojos totalmente abiertos, arropada hasta la barbilla.

Una claridad tibia y uniforme llena el cuarto. Un haz de luz, de un azul de humo, donde circulan virutas de talco, cae sobre la pared y refleja allí los calados con formas de círculos y corazones que componen el dintel de la ventana. Su pie dispersa el polvo luminoso y se instala donde la luz solar enfiebrece la piel y revela las sombras interiores de los tendones y los huesos. El pie se llena de un líquido rojo claro como

sangre licuada. Alrededor vuelven a agitarse las briznas; algunas chocan contra el fanal y desaparecen.

Abandona ese juego y permanece quieta bajo el zumbido adormecedor que le recorre todo el cuerpo. Le parece que no va a levantarse en todo el día... ha estado enferma largo tiempo y la gente que rodea la cama la observa mostrando caras compungidas y lejanas... como hace muchos años: la enfermedad. En la mesa de noche, donde ahora está una lamparita de tela plisada, se amontonaban frascos cuyos letreros se conocía de memoria. La cara del doctor es lo que recuerda con mayor claridad: redonda, limpia, colorada. Sus anteojos de montura cuadrada y unos dedos tiernos manchados de nicotina. Por el bolsillo de su camisa ve pasear una hormiga y lo extraño es que un hombre tan pulcro y cuidadoso como él no se dé cuenta y la espante. El animalito recorrió varias veces el borde, enroscaba el cuerpo como si quisiera trepar por el aire y, finalmente, se deslizó hacia el interior por el tubo de la pluma fuente. Mientras tanto, ella no podía moverse porque tenía los brazos rígidos, pesadísimos, parecidos a barras de plomo. Una ráfaga con olor de alcohol. La enfermera, levantando su cara bulbosa manchada de gris, observa al contraluz de la ventana cómo se va llenando la inyectora poco a poco. Su pecho se pronuncia como una muralla frisada con cal. Después la oye conversar en el corredor, contando historias con su voz potente y rapidísima que no se daba tregua. Pero ella estaba mejor; muy débil, aunque sin fiebre y se quedaba mirando, horas muertas, un solo punto de una cosa: un ángulo de la mesa de noche, un trozo de pared, con la mejilla pegada a la almohada y entonces iban apareciendo allí peladuras y manchas que semejabán siluetas de barcos, casas o paisajes. Se levantó frágil, más delgada que nunca. Debía sostenerse de los muebles y de los marcos de las puertas y el sol la enceguecía. “Esa muchacha, ¿nunca se va a desarrollar?”.

En efecto, es día de fiesta. Todo está muy tranquilo y nadie debe haberla llamado. Su mirada se estanca en el postigo abierto de la ventana, donde cuelga una hilacha roja de la bandera. Allí el cielo es de un azul extático y apenas se ven algunas nubes blancas, despedazadas, que se incrustan en los relieves de la montaña. Las calles cercanas deben estar vacías e inmóviles como en los domingos. Las banderas cuelgan frías y desanimadas y solo habrá actividad y bullicio en la plaza y la calle del mercado libre. En ese momento, por las avenidas de la plaza, cruzan hombres en mangas de camisa que llevan algún paquete o un periódico debajo del brazo. Las mujeres se balancean al peso de las bolsas y los muchachos corren por todas partes. Pasan hombres con el pecho desnudo y los pantalones manchados de barro. Otros dormitan en la acera, aletargados, indiferentes al ruido y a la multitud. Pero la plaza está sola, bañada por el sol y ella camina bajo los árboles sin nada que hacer. Lleva puesta una falda de gran vuelo, parecida a un vestido de Matilde y la tela es brillante y sedosa, color durazno. Pisa la hierba húmeda, las flores rojas que se pudren en tierra. Todo parece cubierto por una pesada floresta y aunque los tallos redondos y las hojas acorazonadas no llegan a rozarla, su contacto debe parecerse al de las flores de cera.

—Hoy es cinco de julio; nadie trabaja. El Liceo está solo... Tengo que levantarme.

2

Luis se encontró despierto por completo, mirando las manchas de humo del techo y los jirones de telaraña renegridos. Acababa de salir del sueño sin esfuerzo y apenas se sentía un poco aporreado, cansado, como si solo hubiera dormido unos instantes. Sin embargo, conservaba la sensación de una bola de estambre detrás de la frente que iba devanándose lentamente.

La penumbra gris, pesada, que llenaba el cuarto era la misma de cualquier hora del día, pues toda la luz entraba por una claraboya vecina al techo y que comunica con el patiecito trasero y la cocina. En ese patiecito, centrado por un inodoro, el sol solo caía de flanco por la parte alta de las paredes. Allí estaban la escalera de madera que subía a la platabanda, algunos objetos inservibles y los dos potes de basura desportillados.

Luis encogió las piernas, formando una pirámide con la colcha y las dos manos las cruzó en la almohada, bajo la nuca. Desde hacía rato le molestaban las ganas de orinar y, sin embargo, no hacía esfuerzo ninguno por incorporarse. Lo distraía, en cambio, verse empujando la puerta del baño, oyendo el sonido flojo de la aldaba, bostezando hasta hacer crujir las mandíbulas frente al espejito salpicado de motas de jabón; todo el piso, en torno de la regadera, es un círculo de humedad jabonosa. Luego, el agua, allá abajo, comienza a chirriar y a llenarse de espuma y el chorro a estrellarse contra la porcelana o a penetrar en el hervor de las burbujas.

—Está ocupado— pensó, oyendo a través de la pared la caída del agua y la voz de Francisco que entonaba una de las viejas canciones lentas y temblonas, las mismas que también solía cantar cuando bebía. Como de costumbre, comenzaba una estrofa, la interrumpía a la mitad, anudándole una serie de sonidos roncós parecidos a algún instrumento de viento y en seguida volvía con otro trozo de la letra:

*Corazones partiidos,
yo no los quieeroooo.
po po po po po po po...*

De un manotazo lanzó a un lado la colcha y quedó sentado en medio de la cama, abrazándose las rodillas desnudas. Le parecía escuchar a cada momento la voz de Emilio y se encontraba hablando con él un segundo

antes y reproduciendo trozos de conversación que estaban vivos en su memoria, como si la noche transcurrida y las horas de sueño apenas hubieran existido. Era como cerrar y abrir los ojos: todo estaba allí mismo, igual a cuando se ha abandonado una habitación y su imagen se queda fija en las retinas y va repitiéndose en fragmentos, continuamente. Él, del lado de adentro, apoyando un pie en el pretil de ladrillos rojos, el codo clavado en el muslo y Emilio en la acera, en mangas de camisa, hundidas las dos manos en los bolsillos.

Sus brazos se cruzaron al despedirse.

Oyó su propia voz diciendo:

—Entonces, mañana a las once; no te olvides...

—Sí, hombre, sí. —Y Emilio se alejó balanceando los hombros.

Desde la esquina, bajo la luz amarilla del foco, el brazo se agitó saludando.

Emilio insistía con frases como esta: —Tú sabes cómo es Raúl; no te busques problemas. Lo que debes hacer es hablar claro con tu hermana y prohibirle que se vea con él... —El porfiaba en que todo tendría que arreglarse mañana porque sí.

Raúl, en la acera alta, con sus pantalones azules y unas mangas a cuadros que salen de un suéter ceñido, los pulgares encajados en las pretinas y los otros dedos tamborileando en abanico bajo el vientre. Lo agarró por el bíceps duro y elástico. Las espaldas cuadradas de atleta.

—Es más fuerte que yo... —Mira, Raúl: salte para afuera. Vamos a arreglar este asunto. Su cara atontada, carnosa, sin expresión. —Lo puedo joder fácilmente... Se sentó desnudo sobre el borde de hierro. El sonido de la ducha, al interrumpirse de golpe dejó oír unos pies descalzos chapoteando en la humedad.

—Ya va a salir, por fin... —Lo apremiaban las ganas de orinar. Una bola de trapo en el bajo vientre. Sin embargo, se olvidó al momento

mirando sus pantalones extendidos sobre la silla. Flotaba un aroma caliente de polvo de café.

—Yo sé que te molestaste con nosotros. No lo hicimos de mala fe; tú sabes cómo son ellos... El Gato Justo, flaco y gesticulante, tirado sobre la pana, fingiendo un ataque de histeria. El Güero, abrazado al taco, meciendo el vientre, los ojos en blanco y la lengua presa entre los dientes, mientras la música pastosa de la sinfonola parecía adherírsele al cuerpo. Todo lo tenían preparado, seguramente, desde que los cuatro fueron a jugar al billar de Las Tres Potencias: Justo, él, El Güero y Raúl, que hasta entonces había permanecido abrazado a las puertas de golpe, mirando hacia la calle. Un momento antes vieron revolotear por debajo los bordes de unas faldas, unas piernas delgadas y secas, otras redondas, achatadas y las mismas medias blancas plegadas sobre los tobillos. Matilde iba en el grupo. Al notarlo, Justo y El Güero cambiaron un gesto de inteligencia. Entonces Emilio le lanzó una estocada a las costillas que le hizo fallar la carambola.

—¡Qué fue, coño!—, gruñó, protegiéndose con un brazo. Al encararse a Emilio, este se había adosado al rincón bajo el afiche de un anuncio de cigarrillos: el pie pegado a la pared, la mejilla descansando sobre ambas manos anudadas al extremo del taco. Los demás continuaban en lo mismo: Justo chillaba, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! y aporreaba la pana. El Güero seguía bailando lento y encorvado.

—¿Qué fue, pues? ¿Qué pasa?— Emilio, sin alterar la expresión dormida y burlona que tenía estampada en la cara, se llevó el índice a la nuca y, enseguida, extendió el mismo dedo hacia Raúl. El Güero, proyectando el vientre, empezó a bailar detrás de las nalgas filosas del Gato, que seguía tirado en la mesa chillando y al sentirse tocado se enderezó de un salto y lo acometió a puñetazos.

Raúl, que hasta entonces había permanecido, torso afuera, colgado por los codos de las puertas de golpe, giró hacia ellos sobre el extremo

del tacón. Era su manera habitual de moverse, lenta y gravosa. Quizás se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo a sus espaldas, especialmente de lo que aquellos dos querían insinuar con respecto a él y a Matilde. Los envolvió en una mirada que no podía llamarse amenazante. Sus labios, anchos y pulposos, unidos por una línea rosada como carne viva, parecían modelados en alguna cera blanda y colocados luego a flor de piel sobre la línea recta del mentón. También carecían de expresión sus grandes ojos apáticos, de un color claro transparente que a la luz, y vistos muy de cerca, podrían parecer verdes y estriados. Solo su frente plana, bañada por una madeja de cabellos ondeados, parecía albergar ideas fijas y obstinadas.

Luis le sostuvo la mirada. Quería lanzarse sobre él.

—Juega, juega— le insistió Emilio, poniéndole una mano en el hombro.

Más tarde, los dos se franquearon mientras caminaban solos rozando las rejas oscuras, aproximados por el silencio amarillento de media noche.

—Tú sabes cómo es Raúl. Tú lo conoces—. Emilio tuvo que insistir mucho para convencerlo a medias—. Él no toma las cosas en serio y mucho menos es capaz de echarle una broma a tu hermana. Lo que debes hacer es hablar con tu hermana y prohibirle que se vea con él, y sobre todo, que no vaya a su casa. No te metas en líos... Ya no se oía ruido alguno del lado del baño. Ahora Francisco hablaba en la cocina. —Hoy va a empezar temprano.

Mientras se ponía los zapatos, los oyó pasar frente a la puerta, rezongando. Lejos, batió la hoja del anteportón.

Sin darse cuenta, se olvidaba de todo. Comenzó a silbar mientras buscaba su cepillo de dientes en la mesita de los libros. Lo encontró bajo un cuaderno de Física. El vaso plástico, manchado de dentífrico, estaba boca abajo en medio de una sombra húmeda. Admiró con satisfacción sus banderines fijados en forma de estrella en la pared. Un día, podría

arreglar mejor su cuarto; en vacaciones, por ejemplo. Pasaría todo un día en eso, sin salir. Pero había demasiadas cosas inútiles amontonadas allí sin motivo: dos baúles de viaje, todos renegridos, y la cesta de mimbre deshilvanada, llena de ropa sucia. Un día iba a botar los baúles, la cesta y un flux negro, ruinoso y agujereado que colgaba de un gancho detrás de la puerta, llenándose de polvo quién sabe desde cuándo. Pensó en una de esas lámparas de mesa que tienen un tallo flexible que se inclina y se tuerce en todas direcciones y que proyectan solo un poco de luz sobre la mesa, mientras todo lo demás permanece oscuro y tranquilo.

—¡Aurelia!, —gritó Engracia desde la cocina —¡Aurelia!, —repitió, más cerca de la puerta. En las rendijas, chisporroteaba el sol vivamente.

Se vio, de pronto, enfrentado a Matilde: —Mira, Matilde, voy a advertirte una cosa... Como vuelvas a hablarle a Raúl... ¡Papá!— ¡El escándalo que va a formarse!

Dio un seco puñetazo a la mesa y salió enarbolando el cepillo de dientes.

3

La mañana, formada en un azul duro y pastoso como cera, se expandía a sus anchas en la amplitud del día de fiesta. Al fondo, detrás de los segmentos y los cortes bruscos de las platabandas y las ristras de ropa tendida, la montaña parecía abombarse, reluciente y compacta. Sus escarpaduras grumosas, entre manchas de un rojo ladrillo, se mostraban recién acabadas como si apenas terminaran de brotar.

Francisco paseó la mirada un momento por la fila de fachadas desiguales, de un solo piso, cortadas en ángulos y líneas rectas que bajaban escalonadas siguiendo la inclinación brusca de la calle. El declive solitario se hacía más pronunciado al llegar a la esquina, donde cruza la transversal y es allí donde comienza a elevarse rápidamente, entre dos

murallas desconchadas, vetadas de orín y rematadas por un pretil que sirve de protección a la acera. En la acera derecha, la más alta, se cruzan las puertas de golpe del botiquín: alguien acaba de salir, empujándolas con el cuerpo y se aleja, limitado hasta más abajo de la cintura por el reborde del pretil. Si no fuera por esa elevación de la calle, cuya curvatura detiene la mirada, podría verse perfectamente un arco de la plaza circular que ocupa la siguiente manzana y también una parte de la playa del mercado, invadida de tenderetes de hule; el muro rojo que cerca el gran patio interior y algo de las techumbres cóncavas de zinc.

Francisco hizo un rollo compacto con la bolsa de coletos, la colocó debajo del brazo, empujó la rejilla y nuevamente se detuvo, ahora en el borde del quicio.

Una mujer va apareciendo en ese momento, con intermitencias, en el punto más alto de la curva: primero el busto que a la distancia se revela ancho y bulboso; en seguida, el tronco, el brazo tenso por el peso de la bolsa de mercado que es lo último en aparecer y que imprime un fatigoso balanceo a todo el cuerpo. Viene ahora en descenso, valiéndose de la mano que hace resbalar en la pared para frenar el paso.

La cara de Francisco se contrajo, azotada por el sol. Al dar un paso hacia afuera, ha dejado atrás el aire ligeramente impregnado de un aroma áspero que producen las pequeñas plantas espinosas, de florecitas rojas que cubren casi toda la franja de tierra negra del jardincito. Los pétalos aterciopelados se quiebran fácilmente y sueltan unas gotas lechosas que penetran a las yemas de los dedos produciendo una sensación pegajosa. Lo mismo ocurre con los tallos y las espinas que son carnosas e inofensivas. Francisco, un momento antes, ha pellizcado uno de esos pétalos y ahora estriega inútilmente los dedos en el pantalón, pero el efecto persiste y parece extenderse a todo el resto de la mano. Entonces, vuelve sobre sus pasos, coloca el rollo sobre una de las pilastras que enmarcan

la rejilla y se mete por entre las plantas, cuidando de pisar en los claros de tierra blanda. Abrió la llave de agua y se frotó las manos. Siempre, de manera inconsciente, pellizca esas flores lechosas y después tiene que lavarse, como ahora. —Soy maniático como los muchachos— dice a media voz, igual que otras veces.

Aquellas son plantas rastreras y por sus tallos gordos y retorcidos circulan en desorden infinidad de hormigas negras, diminutas como polvo de hollín. Otra vez, esos pétalos tersos, que están al alcance de su mano, lo invitan a pellizcarlos y a ver brotar las gotas que en seguida se funden y cubren todo el borde fracturado. Esta vez no. Francisco sonríe de su travesura. Cierra la llave y advierte que sus zapatos han quedado salpicados de agua sucia.

—Sin un trabajo fijo no se puede vivir— musita, entreabriendo los labios, mientras va descendiendo por la acera. La semana anterior no había sido tan mala, después de todo, pues hizo dos turnos completos en el Transporte Municipal. Eran guardias que le daban sus antiguos compañeros, en las ocasiones en que se les aparecía por el terminal. En medio de los grupos, contrastaban sus ropas simples de paisano, de hombre desocupado, con las camisas de kaki y las gorras de lona de los otros. Él se manifestaba de buen humor, desenfadado, bromista, como si poco le preocupara su situación de desempleado. Al mediodía se reunían a tomar cerveza en un quiosco vecino cuyo propietario era un viejo hombre del oficio a quien un accidente le había cercenado el brazo. Allí pasaban unas horas vaciando botellas y los recién llegados se saludaban con ademanes de boxeo. Los anteojos “raiban” y las chaquetas de cuero abundaban en la calle polvorienta. Ramiro, el del quiosco, se preocupaba por su situación y en algún momento lo llamaba aparte, le acercaba su cara gruesa, taladrada por infinitas huellas de barros y sembrada de unos pelos tensos como espinas y a media voz, accionando con su única

mano donde siempre había un tabaco apagado, comentaba los malos tiempos. Poco a poco venían los ofrecimientos y así obtenía una o dos guardias de avance cada semana. Acababa aquellas jornadas mortalmente cansado y agobiado por el dolor de los riñones. ¿Cómo podía pretender un trabajo fijo en semejantes condiciones? Por otra parte existía el expediente levantado en la Compañía, donde se le declara inhábil por incapacidad física y se le dejaba cesante. Aquellos avances se debían a la complicidad bondadosa de los Inspectores, ya que, por otra parte, se hallaba en malos términos con la Compañía debido al incidente violento que, seis meses atrás, había precipitado su despido.

—Ahora solo falta que nos quiten la casa.

Esta reflexión lo detuvo como si hubiera aparecido un obstáculo a su paso. Vaciló, a punto de volver atrás. Si se apareciera el cobrador del Banco esa mañana... Engracia tendría que despedirlo como otras veces; No, señor; él no está. ¿Otra vez? ¿Hasta cuándo podía durar esa situación? La carta del Banco. Hoy es un buen día para contestarla si Luis... Recapacitó: —En un día de fiesta tampoco trabajan los cobradores. Mañana.

Hizo un nuevo alto en la esquina. ¿Subiría a la acera utilizando los escalones o tomaría más bien por la pendiente? Comenzaba a crecer por sí solo un murmullo denso y movedizo del que escapaban, como chispas, un grito, una llamada, el tañido repetido de una corneta o un motor que acelera.

Un cuerpo voluminoso se plantó frente a él.

—Señor López, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias.

—¿Cómo está su señora?

—Muy bien.

No la oyó acercarse a pesar de que sus chancletas golpeaban el piso como palmaditas. Era una mujer fornida, muy alta, con brazos pulposos cubiertos de sombras calizas y una piel recia, amorcillada. Se notaba al momento que no había tenido contacto con el agua esa mañana, porque la tez le lucía desteñida, parecida al reverso de una tela y el cabello tostado y ceniciento se expandía a su antojo como las fibras de un cojín cuando escapan por una rotura.

—Ayer vi a su hija por el centro. Venía del Liceo.

—¡Ah!, sí, cómo no. Ayer, ¿verdad? ¿A cuál?

—La menorcita. Cómo está de grande esa muchacha. ¿Cuándo se casa?

—Quién sabe. En cualquier momento, ¿verdad?

Sonrieron.

—Claro. Yo siempre voy a su casa, pero nunca lo veo, señor López.

Es que estoy muy enfermo. Salgo poco del cuarto.

—¡Qué calamidad!; doña Engracia me lo dijo. Las enfermedades son una cosa seria.

Ella poseía una voz aguda y melosa, propensa tanto al grito como a la risa. Francisco la oía entrar a la casa con frecuencia y pasar de una vez a la cocina hablando y riendo sin parar. Su manera corriente de vestir le acentuaba las protuberancias del cuerpo, especialmente del vientre y de las nalgas que se asemejaban a dos soberbias piedras sinuosas. La recordó saliendo una noche de su casa, comprimida por un traje morado, centelleante, de gran escote. Él la miraba, recostado a la reja y vio brillar su dentadura blanquísima cuando la saludó desde el otro lado de la calle.

—¿Va para el mercado, señor López?

—Debe haber mucha gente, ¿no?

—Eso debe estar imposible.

Hubo una interrupción mínima, levemente tensa, durante la cual Francisco ladeó la mirada, abandonándola sobre las fachadas cercanas. Un gran letrero se expandía en el frente de una larga construcción provista de puertas arrollables: *The Myke Shoes*. Como esa, abundaban en el barrio las fábricas de zapatos, así como las herrerías, los talleres y las reencauchadoras. Durante las horas de trabajo, en la oscuridad interior, se veían pasar los torsos blancos de los italianos, siempre desnudos hasta el cinto. De pronto, ella rompió a reír sin motivo aparente y repitió por dos veces: —¡Ah!, señor López. ¡Ah!, don Francisco...

No se le escapó que lo hacía por él, quizás por haberlo visto llegar, varias noches atrás, tambaleante, después de haber bebido mucho. Prefirió despedirse rápidamente. La algazara del mercado lo envolvió. Se le hacía difícil caminar, porque la quincallería menuda centelleaba por todas partes, cubriendo los mesones ahilerados. Había que deslizarse de costado por entre dos filas de camiones o cruzar por veredas abiertas entre aglomeraciones de patillas y plátanos. La multitud formaba una masa que se retorció frente a la puerta de acceso al patio principal.

Francisco anduvo un rato de puesto en puesto. La tierra y el lodo seco de las verduras le cubrían las manos. Cuando la bolsa estuvo casi llena, oyó el grito de una voz chillona a su espalda:

—¡Catire!

Y se dio vuelta.

—¡Caray! ¡Modesto Infante!

4

Aurelia permanece sentada al borde de la cama, inclinada, con los brazos metidos entre los muslos.

La música de un radio grita una frase conocida que pasa y se desmorona en algún punto lejano y vuelve todo el silencio del barrio, la gran calma del día de fiesta.

Su piel, en todo el cuerpo, es de un blanco harinoso, más claro en la parte del vientre y en el pecho; marcada, en partes, por finos tejidos de venas y un vello tenue, extendido en el contorno de los brazos y los muslos. Es un vello de apariencia frágil...

—Si paso la mano por encima, con fuerza, se desprende todo, vuela, se hace polvo. —Pensó en un polvito amarillo y seco.

Como mantiene la cabeza inclinada, parte de sus cabellos castaños se derraman sobre el abultamiento de los pechos. Mira aquellas masas sin vigor, exprimidas; sus puntas rugosas, color café con leche. Levantarse ahora, moverse, ir al baño... Debe inclinarse mucho y alargar el brazo para buscar las pantuflas bajo la cama. Lo intenta a medias y sus dedos rozan el polvo seco. Su bata está pendiente de un clavo, al lado de la peinadora. Levantarse; ponérsela. La bata tiene una rotura ancha, un desgarramiento encima del hilván. Los bordes gruesos de las mangas están también deshilachados. —Hace tanto tiempo... —Ella ha crecido mucho desde entonces. Ahora apenas le llega sobre las rodillas. Allí la piel es seca, estéril, mucho más tersa que la de los muslos; los huesos puntiagudos presionan la piel que tiene también color de hueso, rodeando un lunar azuloso, redondo: lo cubre con un dedo y al levantarlo aparece una sombra rosada que se achica y se esfuma rápidamente.

La bata era sedosa y fría por dentro y no ha podido dejar de usarla a pesar de su aspecto ruinoso y de las burlas continuas de Matilde. Se la trajeron en una navidad... ¿hace cuánto tiempo?... Estaban todos en el comedor, almorzando, cuando él llegó, de repente como siempre y sorprendiendo a todo el mundo. Sin embargo, Engracia decía en cualquier momento: “Francisco no dilata” y, en efecto, se aparecía a los pocos

días. En el patiecito, donde todos salían a recibirlo, ella comentaba: “Yo sabía que tú ibas a venir. Lo tenía presente”; y así era. “¡Papaíto!”, gritó Matilde, ahogada en un bocado, cuando oyeron sonar la corneta frente a la puerta. Todos corrieron gritando y tropezando entre los muebles y Engracia los seguía, secándose las manos en el delantal. Él entró, levantando unas cajas de colores. Su gorra de lona inclinada sobre la frente, la camisa de kaki manchada de grasa y las mangas enrolladas hasta más arriba del codo. La punta de un destornillador asomaba por el bolsillo de su camisa. En aquella época, él usaba hasta tres sortijas en cada mano: un rubí, una turquesa, un aguamarina, un azabache y otras piedras, todas montadas en oro o plata, de modo que, al accionar mientras hablaba, sus dedos entrechocaban produciendo un ruidito alegre de monedas y él se complacía en agitar los dedos continuamente y en golpear con ellos los bordes de las mesas y las sillas... —Me traje esta bata de lana y a Matilde un vestido de faraloes con un lazo en la espalda como se usaban antes. Tenían las etiquetas de una tienda de Curazao. El camión, como siempre, quedó parado frente a la reja y Matilde y yo nos empinábamos en el estribo para mirar adentro: la rueda negra del volante, el pomo de la palanca y los pedales manchados de barro seco. Detrás del asiento, había una imagencita de la Virgen en un aro de flores de tela. Papá se quedaba solamente dos o tres días en la casa. Eran días distintos: sus gritos estallaban de pronto por cualquier cosa. Hablaba siempre como si estuviera rodeado de motores y nadie pudiera oírlo. Por la noche, estaba sentado en el recibo, vestido de limpio, alegre, acabado de afeitarse. Tarareaba canciones, contaba cosas de la carretera, mientras mamá cosía un vestido en el diván, con la cabeza baja. Mandaba a Luis a comprar unas botellas de cerveza y Matilde y yo peleábamos por servirla en el vaso. La bebía por traguitos, paladeándola y se manchaba de espuma los bigotes, que entonces eran largos y duros como cerdas. Entonces él tenía mejor carácter que ahora y aunque lo oíamos

gritar y pelear por cualquier cosa y a veces hasta se nos venía encima cuando mamá se ponía las manos en la cabeza gritando “aplaca a esos muchachos, Francisco”, Matilde y yo nos contentábamos con ponernos a salvo en el cuarto, detrás del escaparate, tapándonos con los vestidos y la ropa de dormir de mamá que colgaba de la pared; o también arriba, en la platabanda y allí nos mirábamos a las caras, rojas, con los ojos chispeando y el pelo alborotado y teníamos que taparnos la boca con las dos manos porque la risa nos subía como hipo y se nos escapaba por entre los dedos por mucho que apretáramos. Ni nos desesperaba ni le teníamos miedo, quizás porque andaba siempre en sus viajes y se quedaba muy poco tiempo con nosotros y era como una persona extraña y curiosa que la gente del vecindario venía a ver a propósito y que hacía parecer la casa distinta por unos días... Luis entraba y salía sofocado y batía el anteportón. Oíamos la gritería de los muchachos que jugaban en el foco de la esquina, mientras Matilde y yo nos agarrábamos de sus manos y dejábamos pasar el tiempo mirando las manchas de la piel, las venas duras como cuerdas que se nos salían de los dedos y las coyunturas donde el dedo resbalaba y arrastraba la piel. No eran manos lisas y rosadas como las de nosotras, sino que parecían piedras marinas y al igual que esas piedras uno podía darles vueltas y examinarlas por todos lados y sentir los callos y las asperezas. También cambiábamos las sortijas de un dedo para otro o las reuníamos todas en uno solo; en fin, las dos nos pasábamos el tiempo divertidas con ellas...

Con una sola flexión de ambos brazos la bata se ajustó a su cuerpo. Cuando salió a la puerta del cuarto, el resplandor la dejó aturdida. El patio y el pequeño corredor quedaron calcinados y solo muy lentamente las cosas fueron recuperando sus contornos. Engracia comenzó a aparecer en la entrada del comedor: no tenía rostro todavía, salvo una mancha amoratada y movediza.

—Por fin te levantas, Aurelia. Matilde todavía está en la cama.

Aurelia pasó a su lado enceguecida. Las formas de los muebles eran indecisas todavía y estuvo a punto de tropezar contra una silla. Allí había siempre un olor húmedo y grasiento de restos fríos de comida. Dos moscas vagaban ociosas sobre el mantel de cuadros azules y blancos. En esa oscuridad vio aparecer a Luis. —Entra tú, entonces —le dijo, y se fue a lavar a la cocina.

Cuando cerraba la puerta, oyó estrellarse el chorro en el cemento del fregadero. El cuarto de baño era un espacio angosto donde apenas era necesario moverse pues todo estaba al alcance del brazo. El sol que entraba por una alta claraboya bañaba parte de las paredes, pero hacia abajo, en el zócalo húmedo donde la claridad no alcanzaba, la pintura formaba escamas con los bordes torcidos que nunca terminaban de caer. Hasta allí llegaba totalmente el silencio y la quietud del barrio. Un grito delgado de mujer pasó a lo lejos. Al momento, le penetra a los muslos el frío del aro y la presión gruesa y dolorosa del vientre comienza a desprenderse. Toda su piel se hincha al mismo tiempo, erizada como una pechuga.

—Matilde, ya Aurelia está en el baño —gritó Engracia detrás de la pared.

La gota que se desprende de la regadera, golpea en el piso y le salpica el lado comprimido del muslo con una lluviecita fina y cosquilleante. —Papá estuvo bañándose hace un rato. Siempre se levanta temprano—. Flotaba un olor a jabón y a cuerpo húmedo. Lo imaginó desnudo bajo el agua, cantando y dando saltos; la espuma desliéndose en la pelambre del pecho, entre las piernas... Raúl.

El olor seco y áspero de los ladrillos junto a sus narices y abajo los techos herrumbrosos, las azoteas enladrilladas y harapientas; ángulos de patios interiores y habitaciones atestadas de muebles. Contra el cielo, el paterío de las antenas de televisión, lanzando reflejos platinados.

Por una franja abierta en la pared, casi a la altura de su cara, puede ver gran parte del cuarto de baño de la casa vecina. La casa de Raúl. Oye el arrastrar de la puerta sobre el piso. Raúl aparece en el lado visible y empieza a desnudarse. Alguien la llama, a voces desde abajo; —Aurelia, Aurelia...; el grito recorre los cuartos, la cocina, llega hasta la escalera y ella se queda agazapada junto a la batea del lavadero, sin moverse. El piso es blando y resbaloso. Por encima de su cabeza, los tendedores se arquean bajo el peso de la ropa mojada. A veces una gota fría le da en la frente. En aquella cubierta de zinc huele siempre a lejía y el jabón revenido cría hongos gordos por todas partes. Cuando todo cesa, ella vuelve a asomarse por el boquete; aspira el polvillo áspero que levanta su propia respiración y, por unos momentos, su mirada se detiene en el panorama confuso de los tejados, las platabandas y los armatostes de madera. El torso de una mujer gruesa y sus brazos fornidos, se mueven detrás de la ropa tendida. Es mediodía. Ella acaba de subir corriendo la escalera casi vertical que sube del patiecito posterior hasta la platabanda. Los tirantes del uniforme le caen hasta los codos aleteando, la respiración le entreabre los labios y mientras sube los escalones de dos en dos, devuelve el tufo de los potes de basura que están arrimados al rincón.

Antes, los había alcanzado a mitad de la cuadra. Como siempre, Matilde y Raúl caminaban muy juntos por mitad de la acera y ella se impulsaba con un balanceo calculado que los hacía rozarse a cada paso. Se veía claramente que el brazo de Raúl, entre los pliegues del uniforme, le frotaba al descuido la pierna. Ella mantenía los suyos cruzados sobre el pecho, sujetando los libros. Vivían a solo una casa de por medio y en la reja se detenían unos instantes para darse la mano. Aurelia pasaba cabizbaja al borde de la acera y mientras tanto, las manos anudadas se despleaban muy lentamente sobre la reja. Era un juego lento; los dedos se escurrían retorciéndose, quedaban un momento paralizados y luego volvían a su lucha. Cuando Aurelia volteaba por última vez ya se habían

separado del todo, pero continuaban mirándose sonreídos y andando de costado.

Al entrar, ella lanza los libros al sofá y echa a correr hacia el fondo.

—Aurelia, ¿dónde está Matilde? Les he dicho que se vengan juntas—. El golpeteo de los tramos, apaga la voz de la madre. Allí estaba otra vez pegando la cara al boquete, esperando. La puerta del baño no tardaría en abrirse porque Raúl siempre entra a bañarse al mediodía, antes del almuerzo. A veces sorprende también a Irene, bañándose o sentada en el retrete... Irene es la hermana de Raúl, una mujer de mala fama que sirve de blanco a todos los comentarios de la cuadra. Aurelia se queda observándola, aunque con cierta curiosidad mezclada de temor; le parece que va a descubrir en sus carnes flacas y velludas alguna huella de su mala vida y, en efecto, parece haber algo en su desnudez que es diferente a la desnudez simple y natural de otras personas. Pareciera como si sus ropas fuesen algo postizo, inconsistente, de las que se desprende con gestos bruscos y audaces. Pero al poco rato se aburre de mirarla y maquinalmente fija toda su atención en la pilastra de cemento que sostiene la bañera de lavar. Las hormigas pasean por allí interminablemente, formando una raya sinuosa que es absorbida arriba por un agujero. Siempre están allí haciendo el mismo recorrido, al parecer inútil. Ella piensa que adentro, en la oscuridad húmeda, habrá una colonia de ellas y que millares morirán a cada momento; sencillamente dejarán de marchar y se desprenderán del muro cayendo al fondo jabonoso de la cañería. Otras se agregan a la caravana cuya marcha consiste en salir por una ranura en el piso, subir rápidamente y desaparecer de nuevo por el agujero superior.

Cuando vuelve a su puesto de observación, Irene ya se ha ido. Unas piezas de ropa interior cuelgan de la pared.

Por fin escucha el roce de la madera en el piso y Raúl penetra en el lado visible. Ya se ha quitado la camisa y mientras desabrocha los

pantalones silba tan fuerte que ella puede reconocer la melodía y a veces la tararea sin darse cuenta. El pecho blanco, musculoso. Los brazos largos y flexibles; está desnudo del todo. Acaba de abrir la regadera y da saltos rápidos sobre las puntas de los pies, avanzando y retrocediendo, mientras cruza a puñetazos los hilos de agua. Aún no ha entrado bajo el chorro. Entretanto, separa las piernas y manteniendo la cabeza gacha arquea los brazos sobre los pectorales y así aspira lentamente el aire y lo retiene un rato observando cómo se hincha y redondea cada músculo y la piel parece estallar la presión de las fibras y las venas. Luego, la musculatura va recobrando su nivel para crecer después en otra lenta inhalación. Repetía siempre esa gimnasia varias veces antes de bañarse. En ese momento, Matilde la llama desde abajo. Liberada ya de aquella laxitud de su cuerpo, despliega su andar recto y agresivo que le sacude la melena sobre los hombros como agitada por breves soplos. Pero, Aurelia sabe que la llama innecesariamente y no hace caso. En un momento se olvidará de ella.

Metido ya bajo los hilos de agua, Raúl empieza a frotarse el pecho. Ella apenas distingue una sombra entre sus piernas, de donde se desprende un chorro grueso que se estrella en el piso. La espuma se propaga por el vientre, turbia, desliéndose de prisa hacia los muslos.

A veces, también empieza a orinar directamente sobre el piso anegado, pero ella no distingue sino el volumen de los dedos sosteniendo algo y el chorro arqueado que penetra como trocitos de cristal en la lluvia de la regadera.

—Aurelia, ¿hasta cuándo? ¿Vas a salir?

Es Matilde. Aurelia se incorpora rápidamente. El aro se le ha pegado a los muslos. Tiene la garganta enronquecida.

—Ya voy —contesta y abre la llave del lavamanos. Al salir del baño, los vio enfrentados en mitad del pasadizo que bordea el jardín. No se

atrevió a pasarles por un lado porque la tormenta iba a estallar en ese mismo instante, propagándose a toda la casa, como otras veces. —Menos mal que papá no está—. La sangre le subió a la cabeza.

Luis sujetaba a Matilde por un brazo. Su cara, todavía brillantada por el sueño, parecía despedir vapor. Ella consiguió desprenderse y el impulso de la sacudida la lanzó de espaldas contra la pared.

—Déjame, ¿oíste?, —chilló entre dientes y trató de evadirse arrastrándose de costado. Él le cerró el paso nuevamente.

—No te vas a salvar ahora. Se lo voy a decir todo a papá.

—¿Qué? ¿Qué?

Saltó tratando de escaparse por el otro lado.

—Lo de Raúl, sinvergüenza; ¡lo de Raúl, nada menos! ¿No vas a saber? Se meten en la casa solos.

—¡Mentiras!

Otra vez la acorraló, ahora entre las hojas de las palmas que rebosan del jardín. De repente, lo golpeó en el pecho con ambas manos, pasó a saltos sobre las matas y ganó la entrada del comedor, roja, acezante, arreglándose el pelo que le caía en desorden por la cara. Luis siguió hacia el recibo crispando los puños.

Entonces sí se decidió a cruzar.

Al rato entró Francisco, que volvía del mercado y pasó directamente a la cocina. Dejó bajo una mesa la bolsa repleta y se dirigió a Engracia que estaba de pie frente a la cocinilla de querosén, las manos unidas sobre el vientre y la mirada fija en la leche que ya comenzaba a espumear por los bordes de la paila.

—Engracia, ¿sabes a quién me encontré en el mercado?

Luis lo oía desde su carro, mientras se anudaba las trenzas de los zapatos.

—¿A quién?, contestó ella.

Hubo un silencio, mientras Francisco volvía al comedor, abría la nevera e iba colocando dentro las botellas de cerveza.

—A Modesto Infante.

—¿Y quién es ese?

El quedó parado en la entrada de la cocina, cabizbajo, rascándose la nuca.

—¿Yo nunca te he hablado de Modesto, chica? Pues un amigo mío del oficio, de cuando yo trabajaba en la zona petrolera, hace años, figúrate. Nos estuvimos acordando de aquello..., —sonrió vagamente.

Entretanto, la capa de espuma se esponjó hasta rebasar el borde de aluminio y Engracia retiró la paila protegiéndose con una esquina del delantal.

—Teníamos una cantidad de años sin vernos. Figúrate que ni sabía que me había casado y que tenía hijos grandes. “¿Dónde te habías metido, chico?” ¡Ah, Modesto!... Él tiene una mujer por aquí cerca...

—¡Aurelia!—, llamó Engracia, que seguía dándole la espalda, mientras comenzaba a mezclar el café con leche—. Llámala para que me ayude a servir.

—¡Aurelia!—, gritó a su vez Francisco y fue a sentarse en una de las sillas del comedor.

—Modesto está entero; parece que los años no hubieran pasado para él. Sigue en la zona, pero ahora trabaja para las compañías y tiene buen sueldo.

Luis se puso en pie, contempló las puntas de sus zapatos bien lustrados, desprendió su camisa del respaldo de la silla y, antes de ponérsela, recapacitó:

—Le debía hablar ahora mismo de Matilde..., mejor no.

Lanzó la camisa sobre la almohada y salió.

5

Irene miró el relojito. Eran las diez y cinco y acababa de levantarse. Se hallaba sentada ante su tocador, dando el perfil al espejo y así evitaba en lo posible mirarse en él, porque estaba hecha una lástima. No tenía nada que hacer esa mañana y ni siquiera había comenzado a vestirse. La *baby doll* le transparentaba los senos pequeños y puntiagudos, de en medio de los cuales partía un camino de vellos muy negros que se internaban en el vientre, hacia abajo. El mismo vello, aunque más terso e inclinado, le cubría los muslos.

Pellizcó de los hombros del pajecito una brizna de clínex manchada de carmín y la figurita infantil pareció avivarse y sonreír con mayor fuerza. En sus uñas largas y afiladas el barniz color fresa comenzaba a agrietarse. Un olor de monte machacado flotó un instante alrededor de ella, como si se desprendiera de su propia piel y eso la dejó pensativa, absorta en el reloj. Le sonreían las cabecitas adheridas por las orejas. Dos brazos se fundían, enlazados y los otros levantaban la esfera de números romanos. —¡Qué importa! —pensó resueltamente y pestañeó.

Volvió a escuchar los quejidos cortos y anhelantes de María, tal como le ocurrió hace un rato, al despertarse y con tanta nitidez que parecían habersele grabado dentro y reproducir en cualquier momento.

Sus piezas de ropa interior blanqueaban como tela de araña, extendidas en la negrura. No había luna y por encima de ellos el cielo era negro y espeso. Ellos ya habían terminado y descansaban. Estaba empapada por debajo, pero no había dónde lavarse y las boronas y las hojas secas se le adherían a la humedad. Eso era desagradable, aunque de seguro que él no volvería a tocarla. Se notaba que tenía suficiente y estaba algo fatigado y sin ganas. Mejor. Aprovechando que no la miraba y que, en cambio, parecía absorto en fumar su cigarrillo tomando bocanadas lentas y aspiradas, se apoderó de sus pantaletas y se limpió un poco. Las

piedrecitas se le enterraban en la nuca y en la espalda. Casi le pareció sentir las de nuevo y pasó la mano por allí, mirándose luego los dedos. Las yemas estaban ligeramente arrugadas como si las hubiera metido un rato en agua jabonosa. Las pecas grises en el dorso las desfavorecían, pero eran, sin embargo, manos largas y persuasivas.

Si deja abierto mucho tiempo el frasco, el barniz se reseca. Mojó con cuidado el pincel, lo escurrió en el borde y empezó con la uña del dedo gordo.

Hubo un momento en que el aire enmudeció de repente y todo quedó invadido por una gran calma, a pesar de los gritos de María. El cielo parecía como el agua en el fondo de un tonel y algunas estrellas dispersas brillaban y desaparecían; no era posible fijar ninguna. Ella estaba absorta en la oscuridad. Olía a monte y a humedad nocturna, y a veces también a excrementos secos, pero eso mismo era también agradable y distinto. La tierra, junto a sus cabellos, encerraba un zumbido profundo y sereno que se expandía por momentos, cada vez que un vehículo cruzaba por la carretera y una claridad gris resbalaba sobre los matorrales. Entonces la vibración se le trasmitía a la cabeza y a la espalda hasta las nalgas como si la tierra cobrara vida. Increíble eso de estar desnudos, tranquilos, en aquella soledad.

Él es un paquete, un hombrazo. El pecho robusto, velludo y unos brazos largos, cargados de venas. Cada vez que sorbía el cigarrillo se le iluminaban, bañándose de un tono rojizo tostado, y partes del perfil aparecían también entre las gasas de humo blanco. María seguía gritando sin parar y los bultos pesados, desnudos, se sacudían y golpeaban la tierra. Soy flaca. Haló el vestido que estaba tirado allí mismo y se cubrió con él. Es un paquete, pero acaba muy pronto. María gritó más fuerte y apareció también la voz del hombre, ronca y acalorada. Él se incorporó sobre las palmas de las manos y los mandó callar con un ¡chist! enérgico,

pero ellos continuaron en lo mismo hasta terminar. Luego, él tiró el cigarrillo y la brasa fue a estrellarse lejos, despidiendo chispas. Ella, entre tanto, estuvo a punto de quedarse dormida. La pesadez del alcohol le cerraba los párpados, a pesar de que había bebido poco en toda la noche. Apenas unos cuatro *whiskys*, no completos. Dejaba que el hielo se consumiera del todo en el vaso y solo de cuando en cuando bebía un sorbo. A poco, el mesonero retiraba los vasos y volvía con un nuevo servicio. Por su parte, María y el hombrecito se divertían en grande. Bailaban con soltura, haciendo toda clase de figuras en la pequeña pista limitada por un lado de luz roja y volvían abrazados y alegres a la mesa. El techo del local simulaba un emparrado del que colgaban numerosos racimos de cera; unos faroles rojos sobresalían de los tabiques de madera rústica proyectados hacia el fondo en dos hileras de compartimientos. En la penumbra flotaban las chaquetas de la orquesta. El mesonero volvía siempre con nuevos vasos y él bebía casi tanto como el hombrecito, aunque jamás salía de sus casillas. Al bailar, la apretaba entre sus músculos sin decir palabra, tanto que ella llegó a sentirse cohibida y en una ocasión tuvo ganas de irse. Pensó, verdaderamente, en retirarse al automóvil a dormir. Él había venido contra su voluntad, atraído por el otro que estaba en su ambiente y disfrutaba en grande porque, en cierta forma, era igual a ellas. Pero él era ingeniero, un tipo de modales finos y calculados; las despreciaba. Solo a ratos le agarraba un muslo o le acariciaba la espalda con cierto gesto autoritario como si quisiera resarcirse del gasto y del tiempo perdidos. Pero era claro, a su vez, que tampoco le agradaba María y que quizás le gustaría mucho menos ella. Eso la halagaba, en cierta forma, pues era él quien pagaba y además habían venido en su automóvil hasta allí. Después de una hora o más de silencio interminable, en la que estuvieron mirando solamente a los vasos y al humo de las colillas aplastadas, él la invitó de nuevo a bailar, y desde ese momento el *whisky* debió surtirle efecto porque comenzó a

mostrarse excitado e impaciente; la besó con fuerza repentina, invitándola con insistencia a ir: —Vamos, vamos, vamos..., le soplabla al oído, como si no supiera decir otra cosa, mientras María daba salticos en la pista, castañeando los dedos y el pecho le temblaba como un racimo.

—Aquí, aquí; párate aquí —dijo detrás el hombrecito, palmeándole el hombro y el automóvil se detuvo en la cuneta.

—Vamos a esperarlos en el carro —dijo él levantándose. Su cuerpo desnudo se alargó, moldeándose en la oscuridad.

Acaba pronto y se cansa. De pie, desnuda del todo luzco demasiado flaca; en cambio, con la combinación estoy mucho mejor, tanto que él me abrazó así y me besó en la nuca. Cuando acabamos de vestirnos echó a caminar adelante por la pendiente hacia la carretera. No la ayudaba, ni siquiera volvía la cara y los tacones se le doblaban a cada momento porque la pendiente era muy inclinada. Todavía le duele un tobillo.

María y el otro llegaron después. María, que había bebido mucho, casi tanto como el hombrecito, reía a plenas ganas mientras escalaba la cuesta en carrera, despeinada y agitando los brazos. El pecho, suelto tras el vestido, pues debía haber olvidado el sostén, le temblaba otra vez, como un racimo. El hombrecito le dio alcance sin mucho esfuerzo; acudió dando saltos y abrochándose al mismo tiempo la camisa que aún le colgaba fuera de los pantalones, y al tenerla cerca le dio una nalgada sonora. Lucharon con las manos entrelazadas. Era un tipo de aspecto desagradable, bajito, pero fuerte y de cabellos y bigotes muy negros y espesos. Bebía, bailaba y se reía en exceso, pero María parecía estar encantada con él y se comportaba de la misma manera. Lo mejor de María es el culo, que se extiende formando dos anchos paréntesis; es redondo y lleno como un gran queso. Por lo demás, es gorda, pesada de formas, sobrecargada de hombros y senos. Su cara, redonda y satisfecha, se le llena de pintas de sudor cuando ha bailado o se ha agitado mucho, y el cabello castaño, rizado, se le viene a la frente y las mejillas.

El automóvil arrancó en la oscuridad. Adentro olía a *whisky* y a vómito, de cuando María se paró a vomitar en plena carretera. Ella sintió más sueño todavía y se arrimó a él, que estaba al volante. El perfil duro y metálico se recortaba en el claro de la ventanilla. Su camisa olía a monte machacado. Se portó cariñoso y hasta le pasó un brazo en silencio. Ella se acurrucó a su lado, sentada sobre las rodillas. Cerró los ojos. Oía, como entre sueños, el ruido uniforme del motor y se sentía arrastrada y sacudida por el aire; un ligero vértigo le entraba al estómago cada vez que el carro tomaba una curva.

María y el hombrecito, que era un tipo voraz e insaciable, comenzaron de nuevo en el asiento trasero. Les oía revolverse incómodamente, frotándose contra la tapicería. Un cuerpo tropezaba en el respaldo cerca de su cabeza y en la oscuridad creyó sentir que él los recriminaba fuertemente.

Por fin acabó de pintarse las uñas y sopló sobre la pintura húmeda. Tenía que darse ahora un buen baño para limpiarse y acabar de despertar. Por otra parte, el estómago le ardía como una peladura fresca. Iba a sentirse mal en todo el día.

—Irene —llamó la voz pesada del viejo desde su cuarto.

Ella, sin un gesto, se echó una bata de flores amarillas y fue a atenderlo. ¿Qué querría ahora? Por eso odiaba quedarse en la casa. Mientras pasaba al otro cuarto, recordó que había hecho una cita con María para encontrarse a las tres en el Gran Café, por donde ellos debían pasar a recogerlas. Él había aceptado sin mayor entusiasmo y solamente gracias a la insistencia casi frenética del hombrecito y la aprobación también exaltada de María. Ahora comprende que no ha debido aceptar aquello. El día se le presentaba vacío y fatigante y deseó que no pasara nada ni tuviera que hablar a nadie. Las tres. ¿Qué iba a hacer mientras tanto? El viejo se hallaba sentado al borde de la cama. La tela del pijama, gastada, casi transparente, le caía sobre el cuerpo semejante a un pellejo muerto.

—¿Qué fue, papá?

—Llévame mañana al hospital. Me estoy muriendo.

La voz temblona, que quería inspirar lástima, irritó aún más a Irene.

Este era su cuento de siempre. ¿Hasta cuándo? Irene contuvo el impulso de abandonar el cuarto bruscamente.

—Tú sabes que yo no tengo tiempo de hacer las diligencias. Estoy trabajando.

—¿Por qué no vas hoy?

—Hoy no puedo. Además, no me van a atender; es día de fiesta.

—¿Por qué no quieres mandarme al hospital? ¿No ven cómo estoy?

—Esa es manía tuya, papá. Aquí estás bien. ¿Acaso te falta algo?

—Llévame mañana al hospital. Eso es lo que deben hacer.

—Mañana no puede ser. Será otro día.

—Y si me muero aquí, ¿qué van a hacer?

—Deja eso, papá. ¿Hasta cuándo?

—Tú haces lo que te da la gana.

—Y ¿qué quieres que haga?

—Si me les muero aquí cualquier día, no sé qué van a hacer.

En ese momento Irene oyó los pasos de Raúl en el recibo y salió, llamándolo. Hablaron desde varios pasos de distancia, sin que él se volviera del todo hacia ella.

—Irene —llamó el viejo nuevamente.

—Ahora no puedo, papá; voy a bañarme.

—¿Por qué no vas?

—Y tú, ¿por qué no?

Raúl alzó los hombros y se alejó hacia su cuarto con lentitud.

6

En el comedor nadie había hablado una palabra, cuando Francisco dijo como si hablara para sí mismo:

—Bueno, este mes vence la hipoteca...

Luis y Matilde se miraron de golpe como si algo los hubiera pinchado por la espalda. Aurelia, que seguía estando pendiente de ellos, lo advirtió al momento y se sobresaltó.

Como de costumbre, los dos se hallaban sentados frente a frente. Luis, todavía en franela y ella también a medio vestir, muy inclinada sobre el plato. El vapor de la avena caliente le bañaba la cara. Rápidamente bajó la mirada y con un sacudimiento nervioso apartó las hebras de cabello que habían caído al plato.

—Se lo va a decir todo a papá ahora —pensó rápidamente Aurelia, mientras el corazón le palpitaba con violencia.

Sin embargo, todo volvió a tranquilizarse.

—En eso estoy desde hace días —continuó Francisco sin dejar de masticar. —¿Te acuerdas, Engracia, cuando te dije que tenía que contestar el oficio del Banco donde me amenazaban con los abogados? ¿Te acuerdas que se lo dije a Luis varias veces? Luis, tenemos que contestar ese oficio del Banco, es urgente. ¿Y qué ha hecho? Después dicen que yo hablo por hablar. El último plazo que tengo es hasta el doce. ¿Cuántos días faltan?

Ella observaba los cuadros del mantel, masticando sin entusiasmo. Se advertía el movimiento blando de sus huesos bajo la piel. Pero en ese instante, en lugar de los cuadros azules y blancos y las manchas de café con leche dispersas frente a su mirada, estaba viendo al hombre enjuto, vestido de marrón, que hurga en el interior de un maletín. Está viendo la cabeza ovalada y desierta y la tez roja, acribillada de granos y roturas.

—Suponte que hoy mismo se apareciera el cobrador —decía Francisco. —Bueno..., hoy es día de fiesta; esa gente no trabajará; pero suponte nada más que tocan ahora mismo y tú vas a abrir y resulta que es ese hombre. Yo tengo que salir, ¿no? No puedo pasarme la vida escondiéndome...

...le extiende una tarjeta cuadriculada.

—Mi esposo no está, señor. Vuelva mañana.

—Caramba, señora, ¿otra vez?

—¡Qué se hace! Uno quisiera pagar y no puede. Lo siento.

Al fin se iba, y Francisco asomaba la cara por la puerta del cuarto.

—¿Ya se fue? —Ella, sin contestarle, se metía en la cocina, pues en seguida comenzaba a caminar de una parte a otra e iba levantando el tono de la voz hasta que sus gritos se hacían insoportables. Tropezaba como aturdido entre los muebles y su furia percutía en sordas palmadas contra las paredes.

De algo se agarraba, por supuesto, para justificar aquel furor:

—¡Luis! ¿Dónde está Luis? —Y saltaba por fin a la acera, despeinado, gesticulante, gritando con más fuerza:

—¡Luis! ¡Luis!

Aquel alboroto acababa por atraer a los muchachos, que casi siempre estaban en el botiquín de la esquina alta, jugando al billar o a la maquina, y mientras él avanzaba hasta la media cuadra, enarbolando el puño contra ellos y gritándoles: —¡Vamos, sinvergüenzas; ya van a ver...! — Ellos seguían imperturbables, haciendo toda clase de gestos y piruetas, intercambiando puñetazos, cantando a gritos o haciendo braceadas de equilibrio en el filo del pretil. Alguno, con un salto de mono, lograba alcanzar el aviso que sobresalía de la pared: “Bar Las Tres Potencias. Bebidas heladas. Billares”, y el impulso del golpe lo dejaba meciéndose

pesadamente, mientras todos iban dispersándose sin prisa, balanceando los brazos.

Luis se acercaba después contrariado, molesto y lo reconvenía:

—Yo soy el que pago después, papá. Te pones en ridículo; ¿no ves?

—¿Y a mí qué me importan esos maricos?

Y discutían un rato, manoteando en mitad de la acera. Los vecinos se asomaban a las ventanas. Engracia observó un momento su perfil sinuoso, el rasgo empecinado del entrecejo, partido por un profundo surco vertical. Ya la nariz empezaba a afirmarse, gruesa y ganchuda como la de su padre, y su pelo emanaba un resplandor cobrizo. Era, sin embargo, el perfil de un muchacho: una piel tersa, cincelada; la carnosidad infantil del mentón y los labios. Mientras untaba el pan en mantequilla, sus movimientos demostraban agresividad y desprecio por todo cuanto lo rodeaba. Lo que deseaba, por supuesto, era terminar de una vez y pararse de allí.

—...Tenemos siete días de plazo —los contó, tecleando en el mantel—; saltamos el de hoy que es fiesta... quiere decir que el miércoles de la entrante semana va a volver. Debemos ocho mil bolívares, más los intereses atrasados. ¿Qué vamos a hacer, ajá? —Volvió sorprendentemente la mirada hacia Luis, sosteniendo una tensa interrogación en el arco de las cejas.

—¿Qué vamos a hacer?

Luis sumergía el pan engrasado en el café con leche, y cuando el líquido amenazaba con derramarse en el platillo, alzaba el trozo y lo mantenía así un momento, goteando sobre la taza. La línea amarilla de las cejas regresó a su sitio y por un momento dominó de nuevo el silencio. —...se lo habrán dicho en el Liceo los muchachos. Allá todos lo saben. El novio de Matilde, dicen, y las muchachas se reúnen para comentar, se ríen y se golpean con los codos, mientras ellos suben corriendo al

piso de arriba. Se besan de noche en el zaguán. Yo los oigo detrás de la puerta. Le suenan los vestidos, la respiración. Si papá los encuentra un día o si Luis llega a decírselo... —¿Podría suceder ahora mismo!— Pasó un instante por la mente de Aurelia la visión de Raúl desnudo, frotándose el pecho. Era como si no hubiera salido aún del baño y aspirara la humedad tranquila, el olor dulce de moho y jabón de tocador, el frío de la porcelana en la espalda... delante de ella tan cerca que podría alcanzarla con la mano, la puerta cerrada; la pared allí mismo, separándola de todo el mundo y ella hablando tranquila, pensando en cualquier cosa...

Un golpe metálico sacudió la mesa. Aurelia se entregó a masticar a prisa, hundiendo la barbilla. Francisca acababa de descargar la mano en la mesa y empezaba a gritar: —Hace días que he debido contestar ese oficio, ¿verdad? Es una amenaza de embargo, nada menos. ¿Tú sabes lo que es eso, Luis? ¿Y tú, Matilde? Que nos quitan la casa, que nos dejan en la calle, ¿comprenden? y si no lo he hecho es por culpa tuya, Luis —recalcó enrostrándolo con el tenedor. —Te pedí que lo hicieras. Te lo rogué y tú como si nada. Como si le hablara a esa pared. Tú prefieres andar de vago con esos, ¿verdad? Por algo perdiste el año en el Liceo, ¡sí, señor! Tengo que decirlo: perdiste el año por flojo y sinvergüenza. No sirves para nada... Luis suspendía el trozo empapado y a punto de desmoronarse ladeaba la cabeza tratando de apresarlos entre los dientes, cuando Francisco dio aquella palmada que hizo saltar los cubiertos y temblar los vasos. Parte de la miga fue a parar al fondo de la taza.

—Te dije muchas veces que me ayudaras, ¿no es así? A ti te consta, Engracia. ¿Qué te cuesta hacer eso? No es ningún trabajo para ti. Yo te dicto lo que tienes que poner y tú lo escribes a máquina, tranquilamente. Eso es todo. Por ejemplo: señores tal y tal..., yo soy un hombre de trabajo..., o, en mi condición de padre de familia sin recursos... cualquier cosa. ¿Qué cuesta escribir una carta? ¿Qué dificultad tiene eso para ti, que has estudiado? Por algo pasa uno los años en un colegio.

Yo, no. Yo no tuve instrucción, claro; pero aquellos eran otros tiempos y la vida se llevaba de otra manera, mientras que tú tienes un porvenir por delante... Empezaba ya a sosegarse y a hablar en un nuevo tono mesurado:

—Yo tengo que recurrir a cualquier cosa para evitar que nos quiten la casa un día de estos... y esto no lo hago por mí, sino por ustedes. Esta casa es de ustedes, aunque el Banco le importe un carrizo todo eso. Nos la quitan y ya está, ¡en la calle! Quien tiene la culpa de todo es la Compañía. No había derecho a despedirme en esa forma y mucho menos a negarme lo que me correspondía por varios años de trabajo. Yo soy un profesional. Mi único capital ha sido siempre el trabajo. Llevo treinta años detrás de un volante...

Tuvieron que escuchar de nuevo la historia del despido: después de seis años en la Compañía Municipal de Transporte, la enfermedad de los riñones le impidió trabajar, según ellos; aunque en realidad venía padeciendo en silencio desde hacía tiempo. Lo condenaron a un cargo de fiscal, a su parecer denigrante. Significaba pasar horas interminables metido en una garita de madera del terminal, manchándose los dedos de tinta, tolerando impertinencias y reclamos. Desde el principio le fue imposible soportar semejante inactividad, pasarse el día entero atado a una silla, contemplando las torpezas y el desorden de los demás. Por otra parte, se sabía cercado y zaherido a todas horas por la envidia, la hipocresía y el menosprecio de sus compañeros, a quienes tildaba de advenedizos e incompetentes. Terminó discutiendo a gritos con un superior y abandonó su puesto en plena labor. Iba envenenado por la furia, rumorando venganzas, mientras atravesaba la interminable explanada donde se alineaban las unidades en reposo y el sol ablandaba la capa de grasa que cubría la tierra. Tres días más tarde regresó, tratando de reparar en algo su error, pero se encontró con que no solo había perdido la colocación sino el derecho a la indemnización legal. Para colmo,

se expresó en términos violentos frente al representante sindical, que pretendía intervenir en su favor.

—...¿Cuándo he necesitado yo de sindicatos? Me basta y me sobra con ser un trabajador honrado y responsable y ya estoy muy viejo para caer en todas esas patrañas de política. No lo hice cuando joven y mucho menos lo voy a hacer ahora. Para reclamar lo mío, me basto yo solo. Comprende eso, Luis. Es bueno que lo sepas, para el futuro...

Él, entre tanto, pretendía recuperar el trozo buceando en la taza con el tenedor, aunque ya la pasta se había deshecho y las puntas apenas acarreaban a la superficie una masilla gris. El furor de hacía un rato se había ido asentando progresivamente y convirtiéndose en una sensación vaga de disgusto, especialmente por las caras que tendría que ver al levantar la vista. No valía la pena hablarle ahora de Matilde. Cerca del mediodía debía encontrarse con Emilio en el billar. Antes, daría una vuelta por ahí.

Finalmente, Francisco declaró que estaba desesperado y no sabía qué hacer. Todo lo que ahora les esperaba era la miseria absoluta, el desamparo.

Inesperadamente, Engracia se atrevió a insinuar con voz débil:

—¿Por qué no vas a ver a tu compadre?

Y Francisco estalló en uno de sus gritos poderosos que recordaban en él al hombre de otros tiempos:

—¿Tú crees que mi compadre es Dios?

—Papá —gritó Matilde, saltando en la silla.

Luis intervino, incorporándose en actitud de ataque:

—¿Qué fue? ¿Qué te pasa a ti?

—Dije papá: no es contigo.

Francisco puso los codos en la mesa y se cubrió la cara.

Todos volvieron a guardar silencio.

Un vuelo de carillones se extendió sobre el barrio.

—¿Vamos a misa, mamá? —interrogó Matilde, levantándose.

—Anda a vestirme y tú también, Aurelia. Ya nos vamos.

—Beatas —gruñó Luis, arrastrando la silla al pararse. Se limpió ásperamente los labios en un extremo del mantel y desapareció hacia su cuarto. Desde allí aún podía escuchar los ruidos y las voces de la mesa. De un puntapié cerró la puerta y echó en seguida la aldaba.

Los pesados campanazos se extinguieron y Engracia recogió cuidadosamente el mantel. Cuando ya iba a cruzar hacia la cocina, dio media vuelta con el mantel apuñado en los brazos y preguntó:

—¿Tú quieres que vaya yo misma a ver al compadre?

—¿Tú?

—Sí; ¿qué importa? Yo puedo hablarle en nombre tuyo. ¿Qué importa?

—Bueno, bueno...

—Entonces, después de misa voy a ir.

Pero Francisco había respondido muy vagamente, pues, al parecer, se encontraba abstraído en algún pensamiento.

7

Esa mañana, en el mercado, se había encontrado, en la forma más inesperada, con su antiguo amigo Modesto Infante, uno de los hombres de la otra época, veterano como él de la carretera negra.

Se habían conocido en La Rosa tirando los dados y, aunque hacía de eso muchos años, al verlo recordó claramente cuando se lo presentaron en el trasfondo de un bar donde se jugaba fuerte y solo tenían acceso los hombres de confianza. Volteó de un golpe el ala renegrida de su sombrero de cogollo y le tendió una manaza que parecía rellena de plomo:

—Modesto Infante, mucho gusto.

—¿No nos habíamos visto antes, amigo?

Puede ser, puede ser..., —y abrió su risa fácil, de dientes menudos y uniformes, clavados en unas encías lustrosas color de hígado fresco.

—¿En Puerto Cabello, tal vez?

—Pues sí, pues sí...; yo trabajé en la estiba hace tiempo.

Pero no habían vuelto a verse desde los días en que él abandonó la zona.

Su camión era uno de los más viejos en el flete. Le había hecho pintar un letrero rojo sobre el parabrisas: “El Tronador”, y lo conocía todo el mundo en aquella ruta tan larga que se extendía desde los Andes hasta la Goajira y a veces, también, hacia los estados del centro, buscando Caracas. El caso era que siempre había que pasar por Agua Viva y fue allí, precisamente, donde empezó a sentirle la falla al camioncito.

En segunda, con el motor recalentado por el sol terrible de la carretera, despidiendo un vapor lechoso por la tapa del radiador, el vehículo de diez toneladas, que era un buen carro para esa época, dobló por la vía derecha de la encrucijada y empezó a tomar velocidad.

Mientras subía la cuesta, iba dejando atrás la agitación y el rugido de motores de la única calle manchada de aceite, repleta a ambos lados de ventorrillos y posadas construidas de zinc y de madera. Al paso del puente, con el palmoreo de los tablones flojos, entraba a la cabina el viento fresco de las orillas cargadas de bambúes y bijaos. Aquel rumor de la arboleda del río, oloroso a raíces y a tierra mojada, ocultaba el ronquido del motor y acariciaba la cara y los brazos. Pero en seguida volvía aquel denso calor, cargado de vaho de petróleo fresco y el aire detenido que no parecía llegar a los pulmones, la carga crujía y se bamboleaba al compás de las ruedas en el piso.

Por la única calle de la ranchería cruzaban los arreos de burros polvorientos y secos; las carretas fangosas, atestadas de plátanos y caña

dulce y los perros siempre merodeando en hilera por entre desperdicios y latas vacías.

Hombres en franela, pasajeros y gente del lugar, tapizaban los mostradores entre el tufo de frituras y ropas sucias. En la calle olía fuerte a lona de encerados y asfalto derretido y también a restos de pescado y piñas podridas. Frente a las fachadas de madera pintorreteadas y cubiertas de anuncios de vermífugos y antipalúdicos, se agrupaba la gente de paso: viejos, niños y mujeres de aspecto desgastado, desteñidos y como desgastados por el sol, junto a sus baúles de lata. Allí pasaban el tiempo, arracimados, tristes, mirando con expresión vacía los autobuses que llegaban gimientes a estacionarse en la bomba de gasolina de la Caribbean o frente a las posadas. Toda clase de vehículos maniobraba en el pequeño espacio y sobre todo los autobusitos destartados y enjutos, contruidos a fuerza de parches y remiendos; las carrocerías, de madera o de lata, descalabradas y pintadas de verde o amarillo y unos letreros contrahechos coronando el vacío de los parabrisas: “Carora-La Ceiba-Bobure”, “Bachaquero-Cabimas-Palmarejo”.

Él tenía amigos en todas partes.

—¡Adiós Catire!

—¡Adiós, pues!

—¿Por qué no sales ya de ese camión, Catire? Un día te va a dejar en la carretera.

—¿Y dónde voy a conseguir, hoy día, una máquina como esta?

Y cuando se apagó aquel bullicio y volvió a establecerse el silencio de la carretera y el paisaje estéril, plano, donde comenzaban a aflorar los techos de palma, percibió de nuevo el ruidito constante como el de una lima sobre piedra.

Acercó el oído al tablero y dijo:

—Es una rolinera.

Al encontrarse, los dos gritaron a distancia:

—¡Catire!

—¡Caray, Modesto Infante!

—El Catire López, ¡El Catire!

¿Hacía cuánto tiempo que no se oía llamar de esa manera, como en la buena época? Por el apodo de Catire, lo conocieron muchos en toda la zona petrolera, a lo largo de la carretera negra. A Francisco le pareció que un sabor metálico de brandy se le metía debajo de la lengua, junto al olor grueso de aceite quemado y humo de mechurrios.

—Modesto Infante, ¡caramba! ¿Quién lo iba a pensar?

—¡El Catire López!

Le tendió los brazos cortos y redondos, cubiertos de espesa pelambre y, poniéndole ambas manos en los hombros, se echó hacia atrás para mirarlo de pies a cabeza desde su enorme estatura. Modesto estaba igual. Era la misma franela de rayas azules, el pecho abultado, el vientre amplio y prominente, como la comba de una tinaja, pugnando siempre por hacer estallar la botonadura de los pantalones; el sombrero de cogollo de alas sucias y aquella faja de suela cobriza, claveteada y con dos faltriqueras gordas, a la usanza de la otra época. Pero su rasgo más predominante era una cabecita redonda, oscura, pequeña, que parecía enterrada a presión como una aceituna en la hinchada carnosidad de los hombros. Nunca se había visto una cabeza tan pequeña surgiendo de un cuerpo de tales dimensiones ni una vocecita tan delgada y chillona en un hombre como él. Rieron los dos como si celebraran una estúpida broma.

—Estás entero, Modesto.

—Y tú muy viejo, ¿no? ¿Dónde estás ahora; qué haces?

Vinieron las lamentaciones.

—Yo estoy retirado de todo; no puedo manejar, tengo los riñones deshechos. —A Modesto, en cambio, todo le iba bien. Puso a chillar su vocecita para explicar, entre risas, cómo trabajaba para la Mene Grande, manejando un camión-tanque, el buen sueldo y las prestaciones sindicales..., —pero nunca será como aquella época: lo nuestro. ¿Te acuerdas, Catire?

...Y ese fue, pues, el último viaje del Roncador. De paso por Cabimas, en el taller de Bruno, cambiaron la rolinera que estaba fundida. —No sé cómo pude llegar... —El cojinete era ya una masa de metal fundido. El viejo Bruno, un italiano alto y encorvado, de brazos largos y colgantes y unas interminables piernas enfundadas en duros pantalones cargados de grasa y pintura, se rascaba las hilachas de cabellos amarillos, mientras el ayudante, un muchacho de piel negra, desnudo de la cintura arriba arrancaba a golpes de cincel la masa de metal fundido.

—Tienes que salir del camioncito, Catire. Yo te lo aconsejo —repetía atontado el italiano, oscilando sobre sus largas piernas. El sudor le corría por entre los cabellos, le bañaba la cara, se le empozaba en la hendidura profunda del mentón y parecía que todo el cráneo se le derritiera como un queso, mientras, a grandes tragos, remataba una botella de cerveza. En el piso grasoso abundaban las botellas vacías, tapizadas de barro seco, por entre herramientas y restos dispersos de motores.

De vuelta a la carretera, el motor siguió recalentando.

—Lo vendí, no tuve más remedio. Lo vendí por cualquier cosa, en Maracaibo... y así empecé. Todo se fue acabando, no sé cómo, y aquello también iba cambiando de aspecto, ¿verdad?

—Aquello ya no es lo mismo, qué va. Es otra cosa todo.

La mano enorme de Modesto lo obligaba a doblegar el hombro, martirizado ya por el peso de la bolsa, mientras iban abriéndose paso por

entre la densa multitud. El patio del mercado libre estaba abarrotado de olores que se hacían sentir a cada paso y cada uno con toda su fuerza, sin que llegaran a confundirse entre sí, pues todos disponían de un territorio aparte alrededor de cada puesto. Olía a tierra abonada y agua corriente al pasar cerca de los cajones de lechugas y los pretilos de zanahorias y repollos y después parecía que abrieran de golpe una alacena y brotara el tufo recargado de los quesos y los embutidos y en seguida se pasaba a otro aire, contaminado por las frutas corrompidas y el olor a mortuorio de las flores, y otro, agrio y fuerte, como el que expelen las jaulas del zoológico y el de los huesos amontonados y sangrantes y la carne fibrosa, recién cortada.

—¿Quién iba a creer que nos íbamos a encontrar aquí después de tanto tiempo, Modesto?

—Así es la vida, ¿no? Este mundo es muy chiquito. Yo sí me acuerdo de aquel camioncito, Catire, qué carros más fieles. ¿Cómo harían estos carros de hoy en aquellos caminos?

Le empezaban a doler los riñones: era la eterna sensación de una estaca atravesada en lo bajo de la espalda. El cuerpo pesado y bamboleante de Modesto lo tropezaba a ratos, haciéndole perder el equilibrio.

“Doblo”, “topo y tranca”, “resto”..., los dados rodando sobre la cobija. Brazos apoyados en las rodillas, botas manchadas de petróleo y muchos pies desnudos, pies aplastados y costrosos. El dado corría con buena o mala suerte y las pilas de fuertes, de morocotas a veces, o de bambas de a cuatro crecían o menguaban frente a los jugadores. También las libras esterlinas pasaban de una mano a otra e iban a engordar las faltriqueras de cuero. Y siempre había un calor violento encima de la piel, un sabor fuerte en la garganta, una presión sorda y constante que atravesaba las sienas como una barra. En esos momentos bastaba rozar apenas el brazo

de un hombre para verlo saltar y llamearle los ojos, como si una energía sofocante lo quemara por dentro. —¡Esta ronda es mía, Paulino!

—¿Te acuerdas de Paulino, Modesto?

—¿De quién?

—De Paulino. El mabilito de la vieja Elvira.

Modesto mostró una expresión de extrañeza.

—¿Elvira? —y se rascó la pelambre ensortijada que parecía de alambres oxidados.

—¿Tú dices la nueva Margarita?

—No chico; eso es mucha más acá. ¿No te vas a acordar de Elvira?

—¡Ah, sí!— admitió y, sin embargo, el gesto seguía repitiendo que no se acordaba de nada. —Aquello está todo muy cambiado —aclaró para justificarse.

Paulino, con su cara marchita y huesuda de enfermo, macerada por los insomnios, caminaba sin levantar los pies y siempre llevaba la bragueta desabrochada y los puños de la blusa mugrientos y raídos; una melena sucia y lacia le ocultaba la nuca y las orejas.

El entraba gritando: —¿Qué hubo, Elvira?

—¡Adiós, caray; si es el Catire!

Desde que se pasaban las primeras cabrias del lago, comenzaban a aparecer, a ambos lados de la carretera, las casas de dos aguas, adornadas con ristras de focos de colores y un anuncio que sobresalía de la fachada: “Vaya y Vuelva”, “El Placer”, “Mi Cariño”. Colonias de mosquitos acosaban los potentes bombillos o las lámparas de gasolina que esparcían su claridad parda en las cunetas. De noche, con buena luna, se perfilaban las cabrias negras contra las aguas endurecidas del lago y también el cabeceo maniático de los balancines. Las aguas espesas chocaban contra

el borde mismo de la carretera, en los panadizos de raíces negras de los cocoteros y los mechurrios se aparecían de pronto, batiendo como trapos y alumbrando al paso manglares y almendrones. Entonces, después de tantas horas de calor, la brisa refrescante, cargada de olor de materia, componía el ánimo. Se pensaba en la muda de ropa blanca, en el bullicio de los bares, la espuma derramándose en los vasos; pasar el brazo por un talle, encontrarse con viejos conocidos. Uno se sienta sobre el cobertor floreado y la ve desnudarse en la penumbra, poco a poco; quitarse todo, junto a la luz roja de la pantalla. —Voy a hacer una parada corta donde Elvira.

—A la que más recuerdo de todas es a Teresa.

Hablaban cobijados bajo un amplio alero, donde una multitud de mujeres y muchachos aguardaban junto a sus compras. —¿Tú la conociste, Modesto? Era una andina bajita, de buenas carnes, limpia y olorosa a colonia. Un tipo de mujer que se ve poco aquí. Debes haberla visto allá muchas veces. Por fin, me la llevé un tiempo a Maracaibo y vivimos juntos...

Un cuarto, en la calle del Malecón, encima de La Nueva Holanda, que era una gran tienda abarrotada de telas y quincallería, en cuyas puertas se arremolinaban las indias. De aquel Nasín, el pequeño turco con cara de ratón, solo se oían los gritos agudísimos o se veía flotar un momento su cabeza, cubierta con una boina, por encima de los parapetos azules de piezas de telas. Ellos dormían en una hamaca tendida frente a la ventana y por ella asomaban, cabeceando, las puntas de los mástiles. Mientras descansaban desnudos, fumando en la oscuridad, con las piernas entrelazadas, podían oír la música de las vitrolas y los ruidos confusos que el viento arrastraba desde los bares de Las Playitas, abiertos siempre hasta la madrugada. Los despertaba el ardor del sol en los pies, los gritos de los pregoneros, el canto como el golpe de una

campana de los que contaban las cargas de plátanos de los cayucos. En el aire venía un olor a pescado fresco y a frituras y mugían en calma las sirenas de los tanqueros.

—...La tuve algún tiempo conmigo y no te miento si ahora te digo que no sé cómo acabó aquello. Uno se va olvidando de ciertas cosas con los años y las preocupaciones y también con el cambio de vida. Después uno se casa y es distinto; todo cambia y ya uno no vuelve a pensar en aquello, ¿verdad?

No se veía adelante más que la claridad de los faros, prolongando una amplia veta gris en el asfalto y podía creerse que la cabina estuviera inmóvil, suspendida en la oscuridad, si no fuera por una vibración interior que corría por debajo del asiento y las paredes de la carrocería y estaba viva en todo lo que se tocaba, o también por las luces estrelladas que brotaban desde el fondo negro, llenaban de estrías el parabrisas e iban creciendo y difundiéndose por los flancos de la carretera, entre manchas pardas de vegetación, hasta que se descubría, primero, la cabina y su media luna de focos rojos; luego, la mole estremecida del encerado y, en un golpe de viento, el bulto desaparecía por un costado y se restablecía lo negro. A veces, asoma una figura vacilante en la cuneta que desaparece despedida por el borde del parafango. Mujeres de brazos desnudos saludan recostadas a las puertas. Otra vez los bombillos de colores. En un patio, el lucerío vertiginoso de los aparatos mecánicos y la multitud apretada alrededor de los mesones donde se juega ruleta o lotería. Un grupo de hombres se mueve entre guitarras y botellas.

—Dile a Teresa que aquí estoy yo, Elvira. —Y Elvira, forrada en su vestido de lamé, se desplazaba trabajosamente, buscando apoyo en los espaldares de las sillas. Sus nalgas, ceñidas por los reflejos de la tela, se movían de lado y lado como gruesos tubérculos.

—Mi amor, por fin llegaste. —El cigarrillo tiembla en los labios gordos de Teresa, agrietados bajo un parche de pintura.

—No bebas tanto, chica.

— ¡Ah, carajo! Uno tiene que hacer de todo en este mundo. ¿Estás de paso, Catire?

Se le colgaba del cuello con ambos brazos, mientras bailaban, sin soltar la botella de cerveza. El sentía aquel cuerpo áspero y caliente frotándose contra su ropa y el frío húmedo de la botella en la espalda. Al rato, todo comenzaba a dar vueltas como en un carrusel. Giraban las caras, las botellas, las bambalinas del techo, los charcos de las mesas, los faroles y las ristras de guiraldas amarillas y rojas, y por sobre la carne gruesa del hombro, pasaba y pasaba el letrero negro del rincón: urinario, urinario, urinario; las letras, anchas y aplastadas, sobre la estrecha puertecita, repitiéndose a cada vuelta. El humo del cigarrillo de ella se le metía entre los cabellos. Los tirantes sucios del fondo de la parte jugosa donde él apoyaba la barba, los muslos macizos tropezándolo, la humedad de la espalda, el pelo...

Los que se reúnen en el mostrador accionan y mueven las bocas sin que se oiga otra cosa que un ruido confuso mezclado con la música. Otros se levantan y van a los cuartos abrazando a las mujeres por el talle. La vitrola grita sin parar por su garganta seca de lata vieja; unos ojos estrábicos parecen clavados en las vueltas del disco. Alguien está cantando afuera desde hace rato. Esa voz, lamentosa y quebrada, fallece o se levanta prolongada en un grito inseguro.

—No seas malo, Catire —vuelve ella con el mismo cuento—. Sácame de aquí. Si me pones un cuarto yo te guardo consideración. Tú sabes cómo soy yo, chico.

—Duérmete, pues.

El sueño lo enrarece. El camión ha quedado estacionado a un lado de la casa, bajo los cujíes. Saldrá mañana, bien temprano, para alcanzar el primer ferry. Se aparta del contacto pegajoso del cuerpo. La ropa de ella, un trozo de encaje negro sobre un zapato, un sostén que cuelga de una silla, está regada por todas partes en la oscuridad. Ya no se oye la música de la vitrola...

Se encontró hundido en medio del ruido y la confusión de la acera del mercado. Apenas si podía escuchar la vocecita metálica de Modesto, ahogada entre los gritos de los vendedores. Un muro de camiones ocultaba la calle y las frutas brotaban comprimidas por los enrejados.

Ellos continuaban hablando desordenadamente de la venta del camión, de los malos tiempos, del año en que Francisco desapareció de la zona y nadie volvió a verlo ni a saber de él.

—Allá decíamos: ¿dónde habrá ido a parar el Catire López? Toda la gente preguntaba por ti y nadie sabía dar razón.

—Bueno, me fui a Puerto Cabello. Yo soy de allá y estaba cansado de aquello, no sé... ¿Qué te puedo decir ahora? Tú sabes: uno empieza a obstinarse de las cosas y no encuentra acomodo. Vendí el camión y dije: Me voy para Puerto Cabello, mi tierra, a ver qué encuentro por allá. Tenía amigos, gente buena, y yo estaba buscando tranquilidad. Un acomodo, cualquier cosa. Afortunadamente, el viejo Alfredo Ruthman se acordó bien de mí. Claro, yo empecé de ayudante de camión en su almacén, siendo un muchacho; aprendí a manejar en los primeros carros pesados que llegaron al puerto, hace años. “Pero si tú eres Francisco López; ¿cómo estás chico?”, arrastrando esas eres, como siempre. Me lo encontré andando entre los camiones, en mangas de camisa como siempre y los dedos enganchados en las elásticas. Igual, igual siempre. El mismo hombre. Hasta me echó el brazo y me llevó a su oficina...

—No podía dejar de masticar continuamente sus pastillas de orozuz que lo obligaban a escupir una saliva espesa y marrón. Su oficina era un compartimiento de tabiques de madera situado en el centro mismo del gran almacén. Un ventilador de aspas negras zumbaba todo el día. En el gran escritorio ya no había lugar para contener tantas muestras de productos importados y toda clase de figuritas de pasta y de madera con inscripciones en alemán; barrilitos y cajas de tabaco, botellas de licor en miniatura, plumeros y cortapapeles. A su vez, las paredes se veían tapizadas de almanaques y afiches en relieve, varias fotografías enormes de barcos y estaciones de tren y en todo el centro de aquel muestrario colgante, una vista interior del almacén donde figuraban los empleados, todos de cuello duro y corbata de lazo, en pie, detrás de sus escritorios, y el propio don Alfredo presidiendo el grupo desde una butaca de mimbre. Dos niñas, tías y asustadas, se pegaban a los flancos del sillón. Una de ellas era Engracia. “Pues cómo no, Francisco, tú puedes trabajar aquí, chico. Tú eres un hombre honrado y de provecho y ya es tiempo de que sientes cabeza”.

—Tú sí que has dado tumbos, Catire. Tú has sabido vivir la vida. ¿De modo que paraste casándote con esa muchacha? ¿La misma hijastra del viejo Ruthman?

—Sí señor. Tú conociste al viejo, ¿verdad?

—Cómo no; ¿acaso no trabajé en Puerto Cabello? Aquel era un gran almacén. ¿Y cómo fue la cosa?

—En tres meses de amores. Casi no nos habíamos hablado palabra cuando nos casamos.

—Caramba... y el viejo, ¿qué decía?

—El viejo murió un poco antes y los dejó en la ruina. Remataron todo. Engracia todavía llevaba luto al casarnos y lo siguió usando un tiempo, hasta que nos vinimos a vivir en Caracas. Yo compré una casita por aquí...

Mientras se dejaban conducir por el empuje lento de la multitud, le habló del matrimonio, los hijos, la casa. Casi llegó a invitarlo para encontrarse al mediodía y tomar unas cervezas en el botiquín, frente a la plaza; llevarlo después a la casa y hacerle conocer a los muchachos y que ellos lo oyeran hablar. Pero al mismo tiempo pensó, desalentado por completo, que la cerveza, como siempre, lo volvería hablador e impertinente. Adivinó el gesto paciente de Engracia, seca, muda, en el mecedor, como si nada la tocara; Luis, indiferente a todo, áspero y despreciativo.

Llegaron hasta la esquina de la plaza y allí, en un claro de la multitud, pararon para despedirse.

—¿Tú estás viviendo por aquí, Modesto?

—Bueno, no. Yo estoy en el interior, pero tengo una mujercita aquí, hace poco, por los lados de La Laguna. Vengo a veces, los domingos sobre todo. Ahora estoy pasando unos días.

Cuando Francisco le dio su dirección prometió irlo a visitar un día de esos.

—Es aquí mismo, chico; a cuatro cuadras. No dejes de venir.

Se despidieron rápidamente y Francisco siguió hacia su casa. Al bajar los escalones de la esquina, vaciló. Tenía el brazo agarrotado por el peso de la bolsa. Se dio vuelta y, metiendo el hombro, empujó los batientes de la puerta del botiquín.

—¿Qué hay, Eugenio?

—¿Cómo está, don Francisco? ¿Qué desea?

Eugenio apartó con sus manos negras, cubiertas de un pellejo blando, el periódico que mantenía abierto sobre el mostrador. Francisco pidió varias cervezas.

—Son para llevar.

—Cómo no.

Al levantarse del taburete, la figura negra y desgarrada del botiquinero creció sobre el nivel del mostrador.

Raúl estaba allí, estirado en uno de los bancos giratorios, silbando un anuncio de radio.

—Vagos —gruñó sensiblemente Francisco, mientras el negro le ponía delante las botellas húmedas...

Raúl hizo girar el asiento despaciosamente, saltó hacia adelante y fue arrastrándose sobre pasos de baile hasta la puerta más cercana. Los batientes chirriaron y durante un momento siguieron cruzándose entre sí, mientras Raúl se alejaba cantando ahora en alta voz.

—Usted tiene razón, don Francisco —razonó Eugenio con un quejoso falsete en la voz—. Todos son una partida de vagos, sin oficio. Lástima que su hijo ande tan mal reunido.

—¡Mi hijo reunido con esos sinvergüenzas! —Francisco dio un puñetazo en la mesa y se encontró de nuevo en el comedor, solo.

—¡Luis! —gritó con todas sus fuerzas y Engracia apareció en seguida en la puerta del cuarto.

—Salió hace un rato; ¿para qué lo quieres?

Él ni siquiera sabía exactamente por qué lo había llamado, de modo que no respondió. Entró al cuarto cuando todas se encontraban reunidas en el recibo, listas para salir. Matilde gritaba, protestando por la pérdida de un cinturón rojo. Lentamente, se dejó caer en la cama. Poco después, oyó sonar la hoja del anteportón.

8

El Güero y otros dos subieron ágilmente la escalinata. Traían puestos uniformes de béisbol, cachuchas y mascotas de lona. Arriba estaba

Raúl, que rondaba por la cuadra desde temprano. Acodado al pretil, veía pasar, desde hacía un rato, las boinas blancas de las niñas, las andaluzas y las cabezas masculinas, recién peinadas, bruñidas por la grasa. El carillón de la capilla seguía soltando sus sonidos blandos que imitaban la estrofa de un himno.

Perdona a tu pueblo, Señor

Perdona a tu pueblo, Señor

En las noches en que había procesión en el barrio ese himno lo cantaban a coro las mujeres, mientras la multitud oscura iba pasando semejante a una mancha que flotara lentamente como empujada a pulso por su propio ruido. El santo se balanceaba bajo un palio de púrpura, entre cirios y ramajes oscilantes y se veían pasar las caras, apenas contorneadas por el resplandor de las velas metidas en pantallas de papel. Por un altoparlante, la voz gangosa y ceceante del cura español entonaba la estrofa y todo el coro iba a rastras, alargando las vocales:

Perdona a tu pueblo, Señor...

Una forma acojinada se apoyó en su hombro. Ladeó la cabeza para mirar al Güero cuyo uniforme despedía un olor rancio y le sonrió con las comisuras.

—¿Qué hubo?

Raúl levantó los hombros sin responder. Los otros dos siguieron adelante. Unos pasos más allá, el que llevaba un bate al hombro volvió la cara, una cara afilada, roja, amasada de barro frescos y coronada de cabellos revueltos. Silbó ásperamente.

—¿No has visto a nadie, vale?

—No, hombre.

—¿Y Emilio?

—No lo he visto tampoco.

—El Gato y los demás deben estar esperándonos allá.

Vamos.

—No, hombre.

Había vuelto la mirada hacia abajo. Una mujer gorda y rozagante, envuelta en un vestido de lunares verdes, cruzaba en ese momento la calle, rodeada de figuras multicolores. La carne tensa y morena del busto le temblaba al andar como un plato de natilla. En seguida, desfiló una calva perfecta, reluciente y sinuosa que parecía amasada en cera. La luz resbalaba por sus flancos arrancándole un reflejo rosado sanguíneo. Raúl la apuntó con el pulgar y el índice, la siguió un trecho entrecerrando un ojo como para afinar la puntería y, finalmente, descargó la uña en el aire. El Güero rio de la ocurrencia y gritó a media voz: —¡Cabeza'e bola! El grito hizo volver la cara al hombre que tenía aspecto de español, achaparrado y magro, con los labios hundidos y el mentón saliente. Les lanzó una mirada de desprecio y siguió su camino.

—Vamos al terraplén; juega segunda, si quieres. Raúl negó frunciendo la nariz.

—¿Chore, entonces?

—No voy a jugar, vale.

—Vamos —acentuó El Güero.

—No, chico. No puedo. Mira cómo estoy. —Y se irguió, mostrándose de pies a cabeza. Sin duda, se sentía orgulloso de su vestimenta llena de contrastes: un suéter azul, abierto en V y sujeto abajo por solo dos botones; una camisa a cuadros y los pantalones negros, de tela liviana, embetunados por el paso de la plancha y bien ceñidos a la cintura por un sistema de broches y correíllas. Caminaron despacio detrás de los otros, que ya se habían adelantado bastante. Ambos eran flacos y

huesudos. Los uniformes se les adherían a las nalgas fruncidas y a las varas de las piernas, arqueadas y secas.

—Estos son amigos míos —explicó El Güero—. Trabajamos juntos en la embotelladora. Son buenos tercios, palabra.

Él era el único entre ellos que no estudiaba y tenía otras amistades. Con frecuencia se aparecía en Las Tres Potencias acompañado por alguno de sus conocidos, que casi siempre usaban reloj y chaquetas de cuero o andaban en motocicleta. Él mismo hablaba sin reservas de mujeres de la vida, de paseos nocturnos a la playa entre mujeres, guitarras y botellas de brandy. Sin embargo, casi todo su tiempo libre lo pasaba entre ellos, en el barrio, a veces jugando billar o simplemente rondando por las calles cercanas en plan de conversar, dar gritos y molestar a las mujeres del servicio que encontraban asomadas a las puertas. A veces, llegaban hasta La Laguna, un barrio de burdeles cuyo aspecto no difería en gran cosa de las otras calles familiares apretadas también de casitas angostas y bajas. Las putas vagaban por allí desde temprano frente a los automóviles estacionados; salían y entraban a las casas o formaban pequeños grupos en las esquinas en medio de la estridencia de los radios y el humo de los puestos de parrilla. Algunas hundían medio cuerpo por las ventanillas de los vehículos, proyectando sus traseros ceñidos. Las puertas, entreabiertas, permitían divisar unos espacios angostos y bajos, como los de cualquier casa, invadidos de butacas rojas y cruzados de guirnaldas y faroles de papel polvorientos. Pero ellos se limitaban a recorrer la calle principal y a asomarse, de paso, a algún bar por entre la cortina de lágrimas. Casi todas las mujeres vestían con amplias faldas de jovencita, rellenas de armadores y caminaban empinadas sobre tacones puntiaguados; unas se teñían el pelo de rubio o caoba rojizo o usaban turbantes, medias cortas y suéteres ceñidos al busto. Sin embargo, aquellas prendas alegres lucían en sus cuerpos demasiado ceñidas o arrugadas y daba la impresión de que las hubieran tomado al azar de una pila común y que

al ponérselas rellenaron las partes holgadas con montones de paja o de trapos. Las había también gordas y satisfechas: mujeres maduras, que daban la impresión de estar hinchadas y usaban unos trajes enterizos que se cubrían de arrugas como papel de plomo.

Justo los llevó una noche a una calle sin luz, oculta tras una hilera de galpones triangulares que formaban un solo muro de bloques de cemento desnudos. Por allí vagaba una mujer joven, incansable, llamada Damasia. Poseía un cuerpo bien formado, limpio, siempre caliente como si su piel hubiera recibido el sol durante muchas horas. Su pelo lacio, teñido de rubio pajizo, se agitaba continuamente sobre la cara demacrada, de huesos salientes. Miraba con unos ojos brotados, húmedos y vivos. Grupos de muchachos vagaban por allí y le hablaban a gritos de una acera a la otra. Ellos compraron un cuarto de anís y Justo mismo, que aseguraba haberse acostado dos veces con ella, se lo ofreció a distancia, alargando un brazo, como si temiera un ataque repentino, pues ella ostentaba en su cuerpo y su actitud un impulso de frenada ferocidad. Se apoderó del frasco y lo bebió casi todo, recostada al muro y dejándose rodear por ellos. Hablaba a gritos y toleraba, insensible, los zarpazos que a cada momento le estrujaban senos y muslos. Así pasaba en aquella calle las primeras horas de la noche, hasta las nueve o las diez, andando de un lado para otro, sin parar, fumando continuamente, hablando o cantando trozos de canciones. Rechazaba la proximidad de los muchachos, manteniéndolos siempre a cierta distancia detrás de ella, pero cuando alguno se apartaba con la intención manifiesta de irse, lo llamaba:

—Catirito, dame un cigarrito. —Y se acercaba a hablarle. En esos momentos hacía una buena figura su silueta bien torneada, su cabello brillante y su manera de pararse al sesgo y de piernas abiertas, revelando la curva sólida de un muslo.

Caminando despacio alcanzaron la esquina. Los otros dos iban derechos hacia el cerro.

—Entonces, ¿no vienes, vale?

—No. No puedo.

—Si ves a Emilio, dile que lo esperamos en el terraplén. Oye, tenemos que parar un número bueno para esta tarde. Vamos a hacer algo; hoy es día de fiesta, ¿no crees?

—Claro. Nos vemos esta tarde.

Regresó a su sitio en el pretil. Otra vez pasaron las boinas blancas, las andaluzas, las cabezas grasosas. La calle, que bajaba en declive pronunciado hacia la capilla, seguía llenándose de gente que se deslizaba como empujada por el viento.

En ese momento aparecieron las López cruzando la esquina. Doña Engracia y las dos muchachas. Al verlas, Raúl se enderezó sobre el pretil y metió las manos en los bolsillos. Matilde lucía alegre y juvenil con su falda flotante que se mecía al compás de las caderas. Sus ondas castañas reflejaban el sol. Cambiaron una sola mirada que en ella estaba cargada de advertencias y Raúl las siguió despaciosamente y a buena distancia, caminando con abandono.

Sus relaciones comenzaron unos dos meses atrás de manera violenta. En una sola tarde, en el Liceo y casi sin mediar palabra, la besó en la boca, le acarició los muslos hasta la mitad por debajo del uniforme e intentó desabrocharle la blusa. Desde entonces, continuaron haciendo lo mismo cada día y en los mismos lugares: las aulas solas del segundo piso o en la biblioteca. En cambio, los sábados por la tarde y los domingos se veían solos en la casa de él; entraban a su cuarto mientras el viejo dormía o se quejaba en la habitación de al lado, semiinconsciente, como de costumbre, y se acostaban en la cama. Aun entonces hablaban muy poco; apenas se encontraban solos volvían a lo mismo: a acariciarse

y a luchar, sin otro ruido que el de las respiraciones cortadas por algún quejido o un murmullo de protesta y así continuaban, hasta que la piel, maltratada por el roce de la ropa, les ardía y quedaban por un rato fatigados, ensordecidos y confusos. Se separaban y no volvían a verse sino hasta por la noche, cuando ella, como si no existiese intimidad alguna entre los dos, pasaba varias veces cerca de él, en medio de un grupo de amigas y apenas cambiaban una mirada o se detenían el tiempo necesario para comunicarse dos frases a media voz. Últimamente habían hablado de casarse, aunque solamente en forma muy vaga. Tendrían que casarse algún día, en cualquier forma. Tendrían un cuarto para ellos solos, a sabiendas de todo el mundo y una cama, por supuesto. Raúl pensaba en esto y veía su propia cama, su cuarto. Los dos se desnudaban frente a frente. Él desabrochándose los pantalones y ella sacándose el vestido por sobre la cabeza. Pero ambos empezaban a quitarse la ropa y nunca terminaban: al aproximarse a lo último, recomenzaban en otra postura, con otros preámbulos. Ya estaban casados y, no obstante, todo seguía ocurriendo como siempre: se encontraba a sí mismo haciendo las cosas de costumbre: ir al Liceo, pasearse solo, entrar al cine. No ignoraba que el hecho de casarse significaba tener una casa aparte, vivir juntos como los esposos normales y él... Al llegar a ese punto sus pensamientos retrocedían y se encontraba otra vez en el cuarto, desvestiéndose delante de ella.

Después de mucho sofocarse y batallar, cuando empezaban a quedar rendidos, él insistía tocándole la oreja con los labios:

—Cuando nos casemos sí, ¿verdad? Contéstame, —y lo repetía mientras ella iba poniéndose más y más rígida; ya no se afanaba en defenderse ni rechazarle el brazo, de modo que él podía, libremente, levantarle el vestido hasta el vientre, deshacerle la blusa, deslizar el brazo por entre los muslos que permanecían rojos y calientes, pero la dureza y el abandono de aquel cuerpo empezaban a ser peores que un rechazo y

entonces se arrodillaba a su lado, pisando los vestidos en desorden y la sacudía por los hombros: —¿Verdad que sí? ¡Contéstame! ¡Di que sí!

Hasta que conseguía que ella admitiera con la cabeza. —Entonces júramelo. ¡Júramelo!

—Te lo juro.

Esa tarde a las cinco, debían verse en la casa, como de costumbre.

El carillón enmudeció de golpe. Ellas desaparecían mezcladas al grupo frente a la capilla. La fachada en triángulo, pintada de un amarillo viejo, se alzaba contra el cielo sin nubes. Una bandada de palomas case-ras voló en triángulo perfecto sobre las planchas de asbesto color salmón y al cambiar sorpresivamente de rumbo, se oyó un breve aleteo y los cuerpos centellaron en el aire.

Emilio salió de entre el grupo de mujeres y vino a su encuentro.

—Te están esperando en el terraplén los otros.

—Sí, hombre. ¿No has visto a Luis?

Lo miró de frente, esperando su reacción, pero Raúl no contestó ni se inmutó. Parecía mirar, a través de él, a la multitud congregada en el pequeño atrio.

—Hasta luego; nos vemos —dijo secamente y echó a andar.

9

La misa ya había comenzado cuando Engracia y sus dos hijas ocuparon uno de los pocos bancos vacíos debajo del público.

La única nave seguía llenándose de feligreses. Las mujeres entraban apresuradamente, santiguándose con el agua bendita y moviendo los labios en un rezo mecánico que se condensaba en un solo murmullo bajo y ondulante.

Los hombres ocupaban varias filas de bancos cerca del cancel de la entrada; unos de pie, cruzados de brazos o cubriéndose el vientre con los sombreros y otros de rodillas en el suelo, vueltos hacia las imágenes de bulto adosadas a las paredes: figuras retocadas muchas veces, envueltas en sus pliegues extáticos, desencajadas y boquiabiertas.

En el pequeño altar, cargado de ánforas con espigas doradas, el sacerdote se movía como desorientado en medio del murmullo de las oraciones y el estruendo de los bancos tropezados a cada momento. Un bocinazo, un grito en la calle se incrustaban en aquella atmósfera resonante, sensible como una cuerda tensa. El cura era un hombre pequeño, muy blanco, de carnes tersas y saludables. El rosado infantil de sus manos y sus mejillas, destacándose en la albura de los hábitos, aparecía bruñido y como artificial al encontrarse con las llamas de los cirios.

Hasta ese momento, la misa parecía precedida por un ensayo frío y poco minucioso.

Engracia hojeó su devocionario tratando de seguir los pasos del sacerdote. Su viejo libro, forrado en tela negra repujada, despedía al abrirlo un olor especial adherido al óxido que cubría las hojas. Las viñetas eran grises y tersas, ribeteadas de polvo de plata... Y allí también las manos del sacerdote despedían un resplandor seráfico, parecido al aura de las velas.

Leyó algunas jaculatorias y, finalmente, se encontró distraída mirando al altar.

—Voy a rezar una Salve por el alma de don Alfredo: Dios te Salve, Reina y Madre, Madre de Misericordia... La voz clara y metálica de doña Hildegardis, su madrina, iba cincelandando las palabras, una por una, con la misma rigidez altiva de su porte: el busto erguido, firme y abullonado como una pechuga de paloma; el cuello levantado, su cuello alto y ligeramente curvo, donde el polvo rosado dibujaba las finas arrugas de la piel; el perfil preciso, como el de una imagen.

Así había sido desde mucho tiempo atrás; en vida de Ludmila, mucho antes de la muerte de don Alfredo, cuando las dos eran niñas y ella se atropellaba en las frases de la Salve. El antepecho del reclinatorio le daba a la barbilla y no dejaba de mirar la figura de la virgen, empequeñecida entre los ramos de vid, los candelabros y las flores de papel.

Siguió rezando maquinalmente, hasta que un aroma de incienso le inundó el pecho. A un costado del altar, un monaguillo mecía airadamente el brasero.

—Virgen santísima, concédeles tu gracia; sácalos del Purgatorio; ten piedad de sus almas, Señor...

La fe la enervó hasta sofocarla. Abrió los ojos aturdida.

El sacerdote leía el Evangelio, presentando las palmas de las manos.

“...un rosario por la curación de tu hermana Ludmila. Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo...”.

Ludmila, con su pelo amarillo, muerto sobre la almohada. Toda ella dura bajo los pliegues de la sábana, como si sus carnes se hubieran secado por dentro. Narcisa la cuidaba todo el día, en la poltrona de esterilla, al lado de la cama. Narcisa también cambió mucho con ella, después... Si no hubieran pasado aquellas cosas...

Ahora es una niña y juega con Ludmila, un poco menor que ella, en el agua espesa del estanque del jardín, donde flotan frutillas de alhelí. Después está aprendiendo a bordar, sentada en el diván de terciopelo rojo del corredor, a media tarde. Doña Hildegardis observa con aire severo cada puntada. Ya tiene quince años la cara salpicada de granos y el cabello muy largo, suelto a la espalda. Don Alfredo está en el almacén y, sin embargo, parece sentirse muy cerca el olor picante del orozuz. Los venados corren eternamente en el gran cuadro colgado en la pared. El mayor de aquellos animales largos y elásticos, de mirada despavorida,

cruza de un salto las piedras de un arroyo; los conejos huyen entre las zarzas y, al fondo, deformadas por una niebla de día tormentoso, se insinúan las sombras de los cazadores.

La catedral era inmensa. Mareaba mirar las cúpulas con sus cielos azul pálido por donde vagaban tantos angelitos rollizos; las columnas jaspeadas, los arcos continuos, las capillas laterales y sus frescos empalidecidos y cuarteados; el púlpito, coronado por un solio de madera negra lleno de púas. Por momentos el soplido poderoso del órgano se hinchaba arrastrando los murmullos, las toses y los grandes ruidos desmenuzados en las naves. Los monaguillos cruzan impiadosos frente a los altares; corren afanados, saltando escalones con sus sobrepellices blancas y sus zapatos empolvados. Alguno, que lleva un misal o un candelabro desaparece por una puertecita oscura... Doña Hildegardis, una persona tan severa, tan digna como ella. Ni siquiera pudo volver a visitarla al cementerio de Puerto Cabello. La única vez que fueron todos, la casa estaba cerrada; sin embargo, pudieron ver, desde el malecón, la terraza vacía, los uveros secos del patio posterior. Francisco dijo después que habían puesto allí un hotel y que la gente se reunía a beber cerveza y a jugar dominó en esa terraza que daba al mar. ¡¡Lo que hubiera dicho don Alfredo!!... Su perfil de piedra porosa, toscamente tallado; la frente alta y recta, la nariz corva, pronunciada, cayendo en arco sobre el hundimiento de los labios y la gran quijada saliente. Es tan alto, que las rodillas tropiezan casi al borde de la baranda. El mar a los pies, lamiendo las piedras verdosas con crujidos de madera seca: un mar verde botella, espeso, quieto. Se quedaban en la terraza durante la puesta de sol hasta que oscurecía y entretanto, ella, pegada la frente al barandal, veía crecer los barcos que entraban a puerto. Llegaban a pasar muy de cerca y el filo de los cascos embreados hendían el agua densa con roce silencioso y unos hombrecitos se deslizaban por entre los cordajes, las planchas y las paredes blancas, apareciendo por agujeros y escalerillas.

Cuando todo se iba poniendo oscuro y el agua quedaba gruesa como aceite, los muchachos dejaban de jugar entre las piedras de la orilla y se perdían corriendo, emparamados, por el barrio de casitas de palma y de madera. Al mismo tiempo, empezaba a ocultarse la torre puntiaguda del edificio de la aduana; los galpones del muelle con sus techumbres grises, interminables... Ya el comedor estaba iluminado. Las guirnaldas doradas y los cromos azules del fondo de los platos resplandecían. Olía fuerte a mostaza y a repollo agrio. Cuando daban las siete en el reloj de pie del comedor, todas se reunían a rezar el rosario en la galería principal, frente al patio. El alhelí se mecía tontamente como un muñeco, en la oscuridad que ya era total. Entonces, Narcisa traía a la niña Carmelita en su sillón de ruedas y junto con el chirrido de grillos de los ejes, se oía también el golpe rítmico de las sandalias que sonaban como palmaditas en el agua. La veían amontonada como una borona bañada de harina, toda confundida entre sus batas blancas de encaje que le tapaban pies y manos. Su vocecita de niña apenas podía articular las oraciones. Al mediodía, la sacaban al sol y ellas no se apartaban de su lado. Narcisa le metía puñados de confites en la boca y podían verle entonces las encías desnudas, el paladar blanco, la lengua diminuta y seca como una hoja. Ella se entretenía largamente saboreándolos y su boca desaparecía y brotaba de nuevo semejante a una bola de caucho reblandecida. Entretanto por las arrugas de su bata trajinaban, confiadas, las hormigas. Fue parálitica toda su vida y durante el día; la guardaban en un pequeño cuarto, al final de la galería, donde ellas nunca entraban. Apenas se acordaba de su muerte, ya que debía estar muy pequeña para entonces. Fueron varias veces al cementerio a visitarla. El panteón de la familia era de mármol negro, guardado por gruesas cadenas de cobre. Alzado sobre una columna había un ángel achocolatado, todo vestido de pliegues y volutas como si fuera de humo petrificado. Allí también reposaba una hermana de don Alfredo que no conocieron. Narcisa las empujaba por

las espaldas cuando se retrasaban mirando los túmulos. Antes de ir a dormir, pasaban un rato en la sala. Las dos ventanas a la calle quedaban abiertas y doña Hildegardis se sentaba al piano. Tocaba con ahínco, sacudiendo sus manos largas y huesudas, una pieza tras otra, hasta que sonaban las campanadas de las nueve y media y don Alfredo volvía de la calle. Mientras todas rezaban en la galería, él se iba al bar de la plaza a tomar brandy y a conversar con otros señores como él. Allí se leía la prensa extranjera y se conocían las noticias de todo el mundo. Lo más curioso era la señora francesa que atendía el bar. Era muy bajita y nada más que el busto asomaba detrás del mostrador, pero esto era suficiente para adivinar cómo era el resto de su cuerpo. Una cara lisa, redonda, donde la boca era diminuta y fruncida como un capullo y los ojos, en cambio, grandes y muy abiertos bajo unas cuantas pestañas arqueadas. El cuello, breve o casi inexistente, hombros carnosos y los senos enormes que se desbordaban por el escote. Los domingos, al ir a misa, ella no dejaba de asomarse por alguna puerta entreabierta. En la oscuridad aparecían unas profundas poltronas de cuero, un soberbio espejo de marco labrado y numerosos cuadros de forma alargada donde, aparecían figuras de mujeres vestidas con larguísimas túnicas blancas flotando en un fondo de humo. Un muchacho de piel amarilla, que a veces veían en el mercado aturdido entre la gente, pasaba el lampazo a los mosaicos. El aire que llegaba a la puerta estaba tan contaminado que adentro, seguramente, no se podría estar. Don Alfredo volvía siempre de buen humor; la mirada viva y el semblante despejado y bermejo. Las besaba en la mejilla, rozándolas con su bigote húmedo y sedoso. Al sentarse, cruzaba las piernas, cubría una rodilla con ambas manos y se abstraía escuchando alguna fantasía de ópera que llenaba la sala de vibraciones. En los pasamanos de la silla se sentía correr la música como un fluido. Después, daban las nueve y media y Narcisa venía a buscarlas.

Cuando don Alfredo murió, ella estaba convertida en una mujer. Una noche la despertaron golpes de sandalias en el piso y unas voces extrañas, como estranguladas. Al salir, se encontró a Narcisa que corría batiendo las enaguas, espantada y sin respiración. Había una gran luna amarilla, deforme, flotando en la mitad del patio. Entró al cuarto. El cuerpo ocupaba todo el largo de la cama. La cara parecía de barro seco, rígida, sobresaliendo de la almohada. Doña Hildegardis estaba arrodillada en el suelo, al lado de una vela encendida. Toda esa noche y todo el día siguiente se oyeron los gritos de Ludmila. Todo cambió desde esa noche. Le pareció que había despertado de pronto en aquella casa enorme, llena de cuartos desocupados y galerías altísimas y sus sentidos estaban en tensión. Allí, todo comenzaba a desplomarse, en silencio casi, como las voces roncas y el ruido de suelas en la sala, mientras malletines y sombreros se amontonaban en la mesa del recibo. Los hombres hablaban sin parar en medio de un continuo hojear de papeles y doña Hildegardis firmaba las hojas que ellos iban poniéndole delante. El ceño de rigor que había en su cara se acentuaba aún más al calzarse los anteojos de carey, que únicamente usaba en las mañanas al hacer la lista de compras para Narcisa o cuando don Alfredo, de sorpresa, abría sobre el atril una nueva pieza de música y decía: "A ver, a ver..., toca eso, toca" y se quedaba detrás del taburete, sonreído, meciendo los brazos que colgaban de los tirantes por ambos pulgares, mientras ella empezaba a tocar un poco tensa e inclinada.

Por aquellos días Ludmila empezó a enfermar. Las últimas noches del novenario estuvo muda y pareció que sobre su cara, que fue siempre un poco inexpresiva, hubiera caído un baño de cera. Empezó por pegarse a las sillas horas y horas y, finalmente, una mañana, no hizo nada por levantarse de la cama y se quedó así, tendida para siempre. La hacían tomar algo a la fuerza. Narcisa no se movía de la cabecera, mientras ella se sentía más ahogada y extraña. Parecía que algo la halara hacia afuera. En esos

mismos días conoció a Francisco. Ludmila seguía postrada en la cama y los médicos ignoraban hasta el nombre de su enfermedad; el proceso de la quiebra continuaba y era inminente la liquidación del almacén. Entonces, doña Hildegardis la llevó con ella a presenciar el inventario final. Llevaban sombreros, guantes, velos, medias, todo negro. Los abogados ya estaban allí esperándolas. Unos hombres jóvenes, vestidos de blanco, se paseaban, portando libretas y lápices, por entre los bultos de mercancías. Anotaban cosas y se transmitían órdenes en alta voz. Los empleados ocupaban sus sitios de costumbre y parecían indiferentes a cuanto ocurría a su alrededor. Algunos saludaron a doña Hildegardis con breves movimientos de cabeza, pero ninguno se adelantó a recibirla. Un anciano de figura encorvada, mentón y cráneo puntiagudos, se movía a todos lados, en medio del grupo de los abogados; a cada momento cerraba los ojos y sacudía enérgicamente la cabeza, como si quisiera librarse de una mosca. Era el hombre que llevaba los libros en el almacén. Volvieron a rodearla los señores vestidos de azul marino, obsequiosos y siempre apresurados. Lo tenían todo dispuesto para el caso, de modo que ella solo tuvo que ponerse los anteojos y firmar varias hojas de papel sellado, en medio de la multitud de figuritas de madera y carey, los plumeros y los cortapapeles. Engracia se mantuvo, entretanto, rezagada mirando siempre al suelo. En aquellos señores, lo que había visto con mayor frecuencia eran los pies: zapatos charolados, moviéndose de aquí para allá. Cuando aquello llegó a su fin, todos acompañaron en círculo a doña Hildegardis hasta la salida. Ella iba detrás, siguiendo una muralla de espaldas que despedía olor a tabaco y agua de colonia. Miraba el interior de un sombrero de copa, sujeto por unos dedos regordetes; un letrero dorado desteñido y una mancha de grasa en el forro. El golpe del sol la obligó a pestañear aturdida. Un sol blanco y caliente que se expandía de inmediato por toda la piel. Alguien la tropezó en un hombro: era un caballero bien vestido que se adelantaba a abrir la puerta del automóvil. Toda la cuadra estaba

abarrotada de camiones y carretas y el piso regado de envoltorios y restos de cajones. Los cargadores, tipos musculosos, semidesnudos, pues apenas usaban un trozo de pantalón hasta la rodilla, tenían la piel rojiza, en unos manchada de harina y en otros del polvo y el negro humo de los cajones. Todos miraban la escena arrimados a los vehículos. Ella volvió un poco la cara y detalló a un grupo de hombres reunidos cerca de la puerta. El del cabello amarillo era Francisco. Una voz gruesa y carrasposa, de persona asmática, dijo: “Esa es la criadita de los Ruthman. La tienen desde que era chiquita”. Quien había hablado se destacaba especialmente del grupo: un tipo de contextura apoplética, corto de cuello, cara amoratada. Su chaqueta, de casimir a cuadros, abierta sobre la gran curva del vientre, contrastaba con los pantalones sucios y las ajadas camisas de los otros. Los oyó reír a sus espaldas y, al agacharse para entrar al automóvil, volvió otra vez la cara y detalló perfectamente a Francisco que ahora tenía las manos en los bolsillos y se balanceaba sobre los tacones con la cara bañada en risa. Doña Hildegardis la haló por el vestido.

Un domingo, en misa, volvió a verlo de cerca. Estuvo de pie, debajo del coro, en el grupo de los hombres, y la miró todo el tiempo. Ella volvió la cara varias veces. A la salida, cuando fue a tomar el agua bendita él se le puso delante y le deslizó un papel en la mano. Era un papelito de hilo, muy fino, cuidadosamente doblado. En letra galante y espigada había escrito una cuarteta que era una declaración de amor. Al fin, todo llegó a saberse y vinieron entonces los días peores. Ella ya no se cuidaba de disimular su continua inquietud. Oía sonar la corneta del camión y corría a la ventana, toda palpitante, dominada por una fiebre que le reseca los labios. Habitualmente, a la hora de la siesta, él aparecía en la esquina por el lado de la sombra, vestido de blanco. Se comunicaban por señas, hasta que él se desprendía de su lugar y avanzaba resueltamente hacia la ventana. Entonces Engracia escapaba corriendo y no paraba hasta sentirse segura en su cuarto. La sangre le

latía por todo el cuerpo. A veces llegaba a pensar que estaba como envenenada. Todo lo odiaba. Caía en un llanto sin motivo, mordiendo la almohada y después, con el escozor de las lágrimas secas, dejaba pasar un largo tiempo donde no existía otra cosa sino aquel hormigueo de su cara que no se atrevía a interrumpir. Narcisa le decía cosas tremendas cuando estaban solas en la cocina y ella le ayudaba a pelar las verduras o a escoger los granos: “¿Qué le ha visto usted a ese hombre?, ¡santo Dios! No es más que un camionero de su padrino don Alfredo, que en paz descanse. Después de todos los sacrificios que hizo por usted... Ahora que la niña Ludmila está enferma y doña Hildegardis la necesita en la casa... Yo no voy a durar toda la vida”. Pudiera haber abandonado la cocina y dejar de oír aquel regaño monótono e interminable, acompañado por el campaneó del peltre y el chocar de la loza en el fregadero y, sin embargo, una dura terquedad la obligaba a quedarse, sin protestar, sin justificarse. Doña Hildegardis dijo un día en el comedor, como si ya no fuera a pronunciar una palabra más en el resto de su vida: “Esta casa es lo único que nos queda. Aquí nos vamos a morir”. Hasta que un día Francisco apareció en el anteportón. Quería hablar con la señora. “Que pase”, dijo doña Hildegardis.

La campanilla repicó con furia. Engracia abrió los ojos y, a través de las lágrimas, el altar quedó traspasado de rayos. Los cuerpos se precipitaron sobre los bancos produciendo un ruido de derrumbe.

Aurelia la haló por la manga.

—Híncate, mamá.

Se arrodilló como todos y apartó los coágulos de sus pestañas.

Al aclararse la imagen del altar vio la forma blanca que parecía iluminarse entre los dedos del sacerdote.

—Cuida de mis hijos, Señor; no nos abandones... Mete tu mano por Francisco. Ten piedad de nosotros, Señor.

10

La casa está en silencio desde hace un buen rato. Engracia reposa en la cama de matrimonio sin haberse quitado aún el vestido que usó para ir a misa. Tiene las manos enlazadas sobre el vientre, la expresión inmóvil. Luis, por supuesto, no está en casa y Aurelia se ha echado también en su cama y habla sola. En realidad, las palabras que emite en voz muy baja y apagada no siguen el curso de sus pensamientos, que es fluido y continuo. Son palabras aisladas o frases sueltas; a veces un breve comentario que queda en el aire y que puede no tener relación con lo que piensa en ese instante. Por momentos se oyen las pisadas de Francisco recorriendo la casa de un punto a otro o bien evolucionando entre los muebles del recibí. Tampoco Matilde está en la casa; al salir de misa se reunió con otras y dijo que iba al vecindario.

...Y esta era yo cuando tenía cinco años. Luis está aquí de pantalones cortos y una gorra de marinero. Papá usa la moda de antes: unos pantalones estrechos y un saco blanco muy angosto. Lleva el sombrero de pajilla cruzado sobre el pecho como si quisiera tapar alguna rotura o una mancha. Esta debía ser su ropa de salir y, sin embargo, parece que le viniera mal. Además, la fotografía se ha puesto amarilla y todos parecemos demacrados como si acabáramos de salir de una enfermedad. Aquí, en esta orilla, está mamá con Matilde en los brazos. Salió cortada por la mitad del cuerpo. Me dijo que la foto la tomaron en la plaza un domingo; por eso se ve este paisaje con una columna partida y un lago en el fondo que está casi borrado. Era una tela pintada y aquí parece natural. Ahora estamos todos recostados a la reja de afuera. Estoy más grande, como de doce años. Esto debió ser después de la enfermedad. Fíjate que usaba la falda larga y estrecha y unas medias que me llegaban a las rodillas y allí las anudaba con un rodete. Era mucho más delgada que ahora. Tenía bozo y el busto plano como el de un muchacho. Decían que nunca me iba a desarrollar, pero todo me vino a la edad, es

decir, a los trece años, igual que a Matilde. Cuando vi las gotas de sangre en la sábana, por la mañana, las tapé con la almohada y salí corriendo para el baño. Quise lavarme, pero entonces vi que toda la mano se pintaba de sangre y los papeles se ponían rojos. Pasé todo el día acostada, sin hablar, y mamá me ponía los trapos, seria, como indicándome que no preguntara nada. Lo único que dijo fue: “Estás en el desarrollo; menos mal”. Luis desnudo, pequeñito, agarrado a una silla. Con cualquier cosa lo hacíamos reír. ¡Mira a mamá y papá abrazados! De esto sí hará mucho tiempo. La moda de mamá es de talle altísimo, bata larga, lisa, casi hasta los tobillos. Un sombrero, de fieltro con una pluma. Un carriel de cuentas en la mano. La fotografía la tomaron allí mismo, en el recibo. Este jarrón, encima de la mesa, ya no está; pero el cuadro que se ve detrás apenas, es el mismo que está ahí, en la pared: el pescado, las dos botellas, la cortina de terciopelo detrás y el gato con cara de susto, listo para saltar. Ahora a nadie le llama la atención, pero antes mamá nos explicaba que una persona había abierto la puerta en ese momento y el animal, asustado, saltaba. Yo era una tonta que no entendía cómo podía saber ella lo que estaba pasando fuera del cuadro y me quedaba observándolo un rato y me parecía ver a una señora de crinejas y camisón largo hasta los pies que abría una puerta muy alta, de dos hojas y cortinas oscuras a ambos lados; la cara se le encendía de furia al ver al gato y yo salía corriendo para la cocina donde estaba mamá. Ella me sentía temblar agarrada a su vestido y entonces halaba por donde primero ponía la mano y me arrancaba de ahí. Yo no decía nada, pero sabía que la señora estaba allá todavía, abriendo la puerta y ahí estaba cada vez que pasaba cerca del cuadro y miraba. Siempre he sido miedosa. Aquí está el camión de papá, parado enfrente. Eso fue antes de que él trabajara en los autobuses. El hombre que se ve aquí no es nadie: uno que pasaba y salió. Por aquí debe estar la foto de Fritz bebiendo cerveza con papá en el botiquín de la plaza. Ese Fritz era un alemancito muy

simpático que tocaba en la banda, amigo de papá desde hacía muchos años. Según él decía, se conocieron en Maracaibo, donde Fritz también tocaba en una banda. Lo recuerdo muy bien, como si lo estuviera viendo porque, además, nos estuvo visitando hasta hace poco tiempo. Una vez se fue por un tiempo al interior; no lo vimos hasta por dos años, pero un día se apareció de pronto. Sus días de venir eran los domingos después del mediodía. Traía el uniforme y el bombardino. La verdad era que alegraba la casa y nunca lo vimos bravo, ni triste, ni enfermo. Después que había bebido bastante con papá en el botiquín, volvía tambaleándose un poco y parecía cansado. Con el instrumento bajo el brazo lo veíamos irse por la acera, meciéndose como si se lo llevara el viento. Su figura era cómica: la piel amarilla, color cera y manchada de cositas negras como un papel de cazar moscas; sin embargo, era muy derecho y muy ágil y sus movimientos eran rapidísimos. De pronto nos cazaba, agarrándonos por el talle para hacernos cosquillas o soplarnos en el oído. Su víctima preferida era Luis, porque cuando él empezaba a escarbarle las costillas, él se tiraba al suelo chillando y riendo y empezaba a patalear y a soltar vientos. Todos nos reíamos y hasta mamá se reía, poniéndose colorada y tapándose la boca con el revés de la mano, como siempre. Fritz usaba unos bigotes amarillos, largos y muy separados de la cara y lo curioso de ver era que empezaba a hacer muecas para divertirnos y las puntas, que eran tiesas como alambres, bajaban o subían o se quedaban inclinadas, hasta que él las volvía a su lugar con los dedos, como si aquellos bigotes, en lugar de estar pegados a la piel, estuvieran sujetos por una tira de goma amarrada a la nuca, tal como un muñeco. Las cejas le sobresalían como un pretil y daban tanta sombra a los ojos que nunca se los pudimos ver. Siempre traía cosas distintas para nosotros, como chocolates, mazapanes y frutas brillantadas, cosas que él solamente nos podía traer porque era una persona distinta a las demás: era alemán y mamá lo quería mucho por eso, porque era alemán. Papá

y él bebían cerveza un rato en el recibo y la espuma les crecía por los bigotes sin que se molestaran en limpiarla. Después salían y él dejaba el bombardino encima de la mesita del recibo. Mientras ese instrumento raro estaba ahí, parecía que algo en la casa se transformara, y hasta que no volvía y se lo llevaba, uno no podía estar tranquilo del todo. Era como si un hombre desconocido estuviera allí esperando algo y nadie se atreviera a atenderlo. Creo que todos sentíamos más o menos lo mismo con respecto a eso, a pesar de que no decíamos nada. Apenas si Luis se atrevía a pararse un momento delante y moviendo los hombros a compás, hacía como si tocara un acompañamiento ronco, botando aire y saliva por la boca cerrada po, popopo, po, po... Pero al momento dejaba aquello y salía corriendo para la calle. Hoy me pasa que veo una silla de repente y me parece que ahí está el bombardino, boca abajo; pero esto es muy raras veces. Fritz no volvió más. No sé. Después de un tiempo se nos olvidó y ni lo mencionábamos. ¡Matilde me está mirando!

Aurelia está sentada en mitad de la cama. En una caja de zapatos, sobre la almohada, hay todavía muchas fotografías, recortes, cuentas, objetos menudos. Otros están esparcidos al alcance de su mano. Matilde, que de seguro ha entrado hace un momento, se desnuda frente al espejo del escaparate. El traje con que ha ido a misa está tirado sobre el tocador; los armadores reposan aplastados en el piso. Cuando Aurelia advierte su presencia, es porque ella se ha vuelto hacia la cama y sonríe para sí misma, plegando apenas las comisuras de los labios. Recuerda que hace un momento la vio entrar y que desde entonces ha mantenido los labios bien unidos para evitar que algo de su conversación se le escape. Pero quizás estuvo hablando; es posible.

Matilde ha terminado de ponerse un vestido y así, con el talle apretado y la falda muy amplia, desplegada al vuelo sobre las rodillas, parece menos gordita y rechoncha de lo que es realmente. Desnuda, su cintura es ancha, dura y sus nalgas, algo aplanadas, apenas se destacan de las

redondeces de la espalda. De frente luce más juvenil: tiene senos redondos y tensos, bien separados; sus carnes son tiernas y sus muslos lisos y muy juntos, dan la impresión de estar siempre calientes.

—¿Qué estás haciendo, tú? —pregunta, con los brazos en jarras.

Aurelia finge que mira las fotografías al vuelo, como si buscara algo en especial.

—¿No ves? —contesta.

—¿Hasta cuándo ves eso, todos los días; no te cansas?

Ahora vuelca todo el contenido de la caja entre sus muslos y rebusca ávidamente.

—Tú eres una tonta —remata Matilde, y vuelve al tocador. Cuando ha terminado de pintarse los labios y empieza a peinarse, algo la detiene y se ladea agresiva.

—¿No serías tú la que fue a meterle el cuento a Luis?

—¿Yo, por qué?

—Tú eres muy capaz.

—¡Mentiras!

—Claro, tú eres una santa, ¿no?

—Yo, no.

—Pues para que lo sepas: no me importa, ¿oíste? ¡No me importa! A lo mejor que voy con él. ¡Díselo a papá! Párate y díselo. ¡Anda!

—Yo no sé.

—¡Tú nunca sabes nada, pendeja!

Arroja el peine y, tras una última mirada general al espejo, sale taconeo. Al cruzar la puerta comienza a cantar en falsete.

Engracia grita desde lejos:

—¡Matilde!

—Sí, hombre, mamá. Ya vengo.

Se oye chillar la reja de afuera; de la pared que divide los cuartos sale un grito áspero de Francisco:

—¿Qué pasa?

—Ya van a empezar —piensa Aurelia. Oye el crujido de la cama y las pantuflas que se arrastran un trecho. Después todo queda en silencio. Aurelia vuelve repentinamente la cabeza hacia el lado de la puerta. Allí está el cromo del Arcángel: la imagen se recorta inofensiva en el marco manchado de esperma. También las formas de los muebles se mantienen pesadas y tranquilas, como de costumbre, pero cuando desvía la mirada, los puntos negros comienzan a brillar acaloradamente. Ahora, tampoco Matilde se ha ido: su figura permanece al lado de la puerta, es decir, fuera del borde de sus ojos, en una niebla donde se insinúa la línea velada de la nariz, los labios y unos hilos de cabellos gruesos y esfumados: allí debe estar Matilde con los brazos en jarras; no vuelta del todo hacia ella sino un poco al sesgo, la cara tropezando en el hombro, a punto de dar un paso y desaparecer. Un grito: Aurelia, le llena completamente el oído y salta como tocada por un dedo en el costado. La niebla se disipa y aparece el lado de la puerta que, por supuesto, está vacío y en paz. Le ha quedado sobre la piel una sensación de quebranto, pero está segura de que no volverá a asustarse. Recoge sin prisa los objetos de la colcha, los devuelve a la caja. Luego, se deja caer de costado, alarga un brazo y tantea en el cajón de la mesa de noche. Sus dedos tropiezan entre trapos, cepillos y trozos de papel y, finalmente, consiguen acarrear hasta el borde un libro grueso que apenas puede abarcar en una mano. En un impulso rápido del brazo, el libro cae sobre la cama. Cuando las tapas se abren desfallecidas, pues la encuadernación está a punto de deshacerse, brota un olor fermentado, producto de los muchos recortes que han sido fijados con cola en las páginas. Ello hace, además, que el

libro aparezca hinchado y deforme. Todo está poblado de figuras: un escenario de comedia, piernas desnudas de coristas, sombreros de copa. Un interior pequeño, tapizado de rojo, lleno de formas acorazonadas. En la terraza de un tranvía se ven flotar sombrillas como flores y cabezas calvas como hongos. El panorama de una campiña: árboles en la distancia, un camino de ovejas... y también la nieve en los portales, los faroles rojos, los parques sepultados bajo el blanco: árboles, cercas, bancos, todo... y la playa: unas casetas listadas; hombres y mujeres forrados en trajes de baño largos y ridículos. La cabina de un funicular; sombreros tirolenses; un San Bernardo de barrilito con cara de viejo...

—...Este libro, que es un catálogo de maquinarias y las revistas de donde saqué todas estas cosas y otras que me faltan por pegar, eran de mamá y me costó trabajo conseguir que me las diera porque las guardaba en el escaparate, abajo, como recuerdo de la familia de Puerto Cabello, donde vivió antes de casarse con papá. Pasé muchas noches recortando figuras y pegándolas. Papá me decía que eso era perder el tiempo y una tontería, pero cuando se acercaba al libro y pasaba algunas páginas, decía que era como ver a don Alfredo, porque olía a lo mismo que el almacén y como todas sus cosas. Todavía anda por ahí una fotografía de don Alfredo y de la gente de aquella casa. Se ve que era una casa rica. Al fin lo dejé sin terminar. Hubiera podido seguir porque me gusta sentarme sola, de noche, en el comedor, estudiando o haciendo cualquier cosa: dibujando o revisando cosas viejas. Hay una calma en todo, estoy como aturdida y parece que esa noche y ese momento fueran iguales a otros, a todos, desde hace mucho tiempo: siempre lo mismo. Cuando estoy así, me dejo llevar por los pensamientos o a veces no pienso en nada: estoy distraída nada más y siento una gran quietud que me llena. Sin embargo, oigo ruidos que pasan al vuelo o se levantan un momento y después se apagan; oigo las músicas distintas de los radios o los actores de las comedias que discuten y lloran; a veces un tren pasa,

suenan el pito y desaparece o viene un tropel de caballos por un campo. También se oyen pasar voces por la acera o una mujer canta algo. Ya toda la gente debe haber terminado de comer y me imagino las cocinas vacías, ordenadas y todo el peltre y la loza recién lavados, descansando. En las rejas se van formando grupos de la gente que sale de las casas a coger fresco y de los que pasan por la calle y se paran a conversar. Los hombres salen de las casas con el pelo brillante y desaparecen por la esquina, abrochándose las chaquetas. Papá, algunas veces, está recostado a la reja en mangas de camisa, callado y pensativo, y mamá se sienta desde temprano en el mecedor del recibo. Acaba de bañarse y tiene la piel blanca y fresca. Si uno pasa muy cerca de ella, la oye cantar sin abrir los labios, tan bajito que más bien parece quejarse, pero la expresión de su cara no es de tristeza propiamente. Me recuerda los retratos de personas muertas que se ven en las salas de las casas. Mamá debió ser muy bonita en su juventud. De pronto entra Matilde, toda sofocada, corriendo. Oigo cómo su vestido tropieza entre los muebles; después la oigo cantar dentro del cuarto. Me acerco cuando me llama; ella cierra la puerta, me hala por el brazo y me habla en secreto con los ojos brillantes y toda la cara encendida. Quiere que la acompañe a caminar por la acera. Ella está enamorada de Raúl, pero yo no digo nada. No me importa. Si ella supiera cómo veo a Raúl...

Advierte, sin sobresalto, que su mamá está allí mismo, de espaldas a la cama, un poco inclinada sobre el tocador, registrando en el fondo de la gaveta. Está allí desde hace un buen rato, vistiéndose, pero no le ha hablado ni reparado en ella. Por otra parte, se siente segura de que esta vez no ha dejado escapar una sola palabra. También ha estado escuchando, a intervalos frecuentes, la voz de Francisco que debió venir hablando detrás de ella y que, por supuesto, no entró. Era muy raro verlo allí, y cuando casualmente cruzaba la puerta se le veía como aturdido y fuera de lugar y no tardaba en salir cabizbajo.

—Yo lo que digo es que vas a perder el tiempo miserablemente en casa del compadre —decía—. Yo soy quien tengo que hablar con él, no tú. Las mujeres no deben meterse en esas cosas. Además, no quiero que vaya a parecer como si yo te mandara. El compadre me lo va a reclamar después. Yo lo conozco: —¿Por qué no vino usted mismo, compadre; qué le pasó? Tú no lo conoces...

Ella encontró, al fin, en la gaveta un prendedor de fantasía formado por tres perlitas rosadas sobre una hoja de parra y se enderezó ante el espejo a fin de ponérselo en el cuello. Se había puesto un vestido muy simple de algodón blanco, regado de lunares azules y mangas estrechas, ceñidas al codo. La tela despedía a distancia, el olor disecado de polvo de armario.

—Si tú quieres, vas, vas, pero yo no estoy de acuerdo; no me parece conveniente, ya lo sabes... —En un instante apenas apareció por el filo de la hoja entreabierta. La voz subió de intensidad y pobló el cuarto. — Mis cosas son como son, como deben ser, ¿entiendes? ¿Qué puedes tú hablar con el compadre, vamos a ver? Suponte que le pintas la situación tal como es..., esto y lo otro; pero eso no remedia nada. No es que quiera pedirle una limosna y sobre todo estando ahí su mujer; tú no sabes quién es. Se casó con él por la plata y nunca nos hemos mirado bien. No sabe la clase de amigos que fuimos en un tiempo y siempre se imagina que uno va a pedir algo. Tiene razón; uno va a pedir; uno ha llegado a eso, ¡a lo que nunca había hecho! Tú crees que yo soy un hombre para pedir limosna o qué? Yendo yo es distinto. Puedo proponerle un negocio, ¿entiendes? Siempre nos hemos entendido en ese particular, en otros tiempos, cuando uno era alguien. Y después de todo, bueno; esta casa es mía aunque la tenga hipotecada. Todo lo que tuve lo he invertido aquí. Eso vale algo, ¿no?...

Engracia terminó de ponerse el prendedor, puso un poco de polvo en sus mejillas y dio una última mirada observadora al espejo.

—Entonces, ¿preferes que no vaya?

Como Francisco tardaba en responder, ella insinuó, mientras alisaba los pliegues del regazo:

—¿Por qué no le escribes un papel explicándole?

—No sería malo. ¿Dónde está Luis?

—No cuentes con Luis. Tú sabes que anda por la calle.

—Pues yo no voy a escribir papeles ahora. ¿Por qué te empeñaste en tener que molestar al compadre?

—Hace días estás diciendo que tienes que hablar con él; por eso te lo recordé esta mañana, antes de misa.

—Bueno, eso es cosa mía. Yo sé lo que tengo que hacer.

—Pero tú me dijiste que me vistiera para salir.

—¡Yo qué sé! ¡Haz lo que quieras, pues! ¿No se puede tener tranquilidad un momento? Cuando no es una cosa es otra. Aquí todo el mundo hace lo que quiere. ¿Dónde está Matilde?

Siguió hablando, alterado, desde el vano de la puerta y Aurelia miraba las figuras del libro que ya no parecían las mismas de hacía un rato: secas, arrugadas por la cola, marchitas.

Engracia se dispuso a salir.

—¿A dónde vas, Mamá?

—A casa del compadre de tu papá, a una diligencia. Dile a Matilde, cuando vuelva, que se quede en la casa, que no salga más. Yo vuelvo temprano.

Aurelia se tendió de espaldas a través de la cama, al lado del libro abierto; su cabeza tropezaba en la pared. Un silencio plácido, lleno de alivio, fue apoderándose del cuarto.

Crujieron las hojas del anteportón; las sandalias de Francisco lamieron el piso y, por último, los alambres del jergón se estremecieron bajo

el peso del cuerpo, y la calma indolente del día de fiesta se expandió libremente.

11

La punta del taco dio una tacada firme; la bola salió despedida en línea recta y fue a golpear al otro extremo de la banda. En seguida regresó con ímpetu al lugar donde las otras dos parecían aguardarla. Luis observaba el recorrido, cerrando un ojo y proyectando la vista a lo largo del taco. El codo derecho se afirmaba en la banda, tenía una pierna al aire y el borde de la mesa incrustado en el vientre. En esa posición oyó el golpe seco en la primera bola y otro más débil, casi imperceptible. Las tres se paralizaron formando un triángulo alargado.

Sin mover la vista de la jugada, volvió a quedar sobre sus pies, dio un paso atrás muy lento y así calculó atentamente el nuevo tiro. Luego, para colocarse en el ángulo previsto, giró en torno a la mesa, llevando el taco recostado al hombro a modo de una lanza.

El taco se alzaba ahora en punta, casi vertical. Se produjo un sonido metálico y distorsionado, seguido por un golpe sordo en la pana. La bola dio un primer salto nervioso y corrió hipando al centro de la mesa. Las otras permanecieron inmóviles.

Luis estiró de un manotazo el pelo, liso y abundante, que se desprendía sobre las sienes en forma de cuernos. Repasó varias veces los labios con la punta de la lengua y los sintió duros y resquebrajados, como si se hallaran cubiertos por un fino papel engomado. Hacía calor; un calor seco y espinoso que le escarbaba debajo de los brazos y por entre las piernas. El filo de sol que cruzaba la puerta creaba una línea divisoria entre la sombra grasienta del cemento por el lado interior y el brillo de la acera. Adentro, el aire era humoso y salobre. Las paredes eran vetas costrosas de pintura al óleo, sobada y desgastada, y a todo lo largo del

zócalo se extendía una ancha peladura que dejaba entrever el ladrillo. Era allí donde apoyaban los pies quienes acostumbraban presenciar los partidos horas enteras, sin intervenir: una fila de hombres en camisa, silenciosos, con vasos de cerveza en las manos. Ahora solo se oía el grito metálico de la sinfonola y unas voces agrias y disparejas de varios hombres que discutían a gritos en el botiquín.

Luis intentó de nuevo. Pegó la cara al taco y calculó serenamente el golpe. La vara avanzaba y retrocedía por entre los dedos. Ahora, Emilio no había venido, como se lo prometió. Convinieron en encontrarse allí, al mediodía, para hablar y, desde hacía una hora o más, esperaba inútilmente. ¿Hasta cuándo? No valía la pena jugar solo. Bueno, la última. Afirmándose mejor en la mesa, corrió hacia atrás la pierna hasta tropezar en la pared del fondo y en ese momento las hojas chirriaron abriéndose de par en par. Dos hombres irrumpieron al salón hablando en voz alta. Uno llevaba chaqueta de cuero color ladrillo, abierta de arriba a abajo; su perfil, duro y deteriorado, parecía acabado de cortar en un pedazo de hierro carcomido. El otro, que le seguía los pasos, era enjuto, con cara de moneda vieja y hombros secos y desgonzados. Rápidamente desaparecieron hacia el urinario, cuya puerta, pintada de un verde macilento, se entreabría en el rincón del fondo. Luis realizó una carambola perfecta. Tomó posición para la próxima y, por dos veces seguidas, las bolas tropezaron entre sí alegremente. Oyó que los hombres salían y uno de ellos hablaba y reía, repartiendo entre las palabras trozos de una carcajada gruesa. En el momento en que cruzaron hacia el botiquín, todavía abrochándose los pantalones, lanzó el taco y falló. Sin embargo, apenas si uno de los dos, el pequeño que iba delante, retardó el paso y quizás miró de reojo la jugada. El otro lo empujó por la espalda y desaparecieron. Arrojó el taco y, hundidas las manos en los bolsillos, cruzó los batientes. El golpe de las hojas lo obligó a saltar el escalón, cayendo bruscamente a la acera, a pleno sol. La luz corrosiva le abrasó los ojos.

Tuvo que llevarse una mano a la frente. La calle continuaba sola, inmóvil. Desde aquella altura se dominaba un panorama amplio de azoteas carcomidas, patios interiores desnudos y muchos espacios, comprimidos entre paredes bajas, donde se amontonan objetos en ruinas, restos de muebles y colchones podridos. Abajo, la luz no cesaba de mover focos incandescentes en los techos de varios automóviles estacionados en fila, junto a la acera opuesta.

Emilio, de seguro, debía estar ahora en el terraplén jugando con los otros. Él no había querido entrar a la partida, imaginando que Raúl estaría allí aunque era posible que tampoco él hubiera ido por el mismo motivo.

—Nos estamos sacando el cuerpo los dos... Emilio podía tener razón en aconsejarle que no se enredara en un pleito con Raúl. No valía la pena. En fin de cuentas, la verdadera culpa debía ser de Matilde. Interiormente se oyó decir: es mi hermana... y le pareció que todo era estéril, interminable. Tenía que hacer algo, después de todo. Ir al terraplén.

No era, tampoco, la primera vez que ella andaba en asuntos con muchachos; pero casi siempre fue cosa de extraños que se aparecían en la esquina, casi siempre los lunes por la noche, cuidadosamente peinados, oliendo a Yardley, planchados y pulidos como si acabaran de salir enteros de la tintorería. Llegaban a recostarse a la reja y allí pasaban horas hablando y susurrando. Matilde los conocía en las fiestas de cumpleaños y en los matrimonios, donde la invitaban sus amigas del barrio o del liceo. ¡Tener que fijarse precisamente en Raúl! Ya no pensaba en él, alterado por la rabia sorda de esa mañana. En realidad se encontraba descorazonado y sin ánimo para nada. Emilio le dijo que se entendían desde hacía tiempo y que se veían solos dentro de la casa, aprovechándose de que el viejo está enfermo y no se da cuenta de nada y la hermana sale a trabajar y no regresa hasta por la noche. Toda esa gente es rara y de mal proceder. La hermana, Irene, toda flaca y huesuda, usa unos

vestidos ceñidos y ridículos que le pronuncian las formas, además secas y fruncidas. Tiene una cara hombruna, velluda y se pinta en exceso. Todo el mundo tiene que hablar mal de ella porque llega siempre tarde, en automóvil, y por largo tiempo se recuesta en la puerta, hundido medio cuerpo dentro y habla con el hombre que la trajo. El padre es un enfermo crónico, un hombre grandísimo y pesado que aparece raras veces en la puerta, siempre con los pantalones desabrochados y la camisa abierta, que enseña la carne blanda del pecho. Tiene una cara blanca y pelada que parece rociada de cal sobre la carne viva y unas manchas entre negro y rojo extendidas alrededor de las orejas. Nadie más vive en la casa. Ellos deben estar jugando en el terraplén...

Las calles se suceden paralizadas y las casas aparentan estar vacías o bien llenas de gente aletargada, sin mucho ánimo para moverse o para hablar. Solo se escucha, a trechos, la música y las voces de los radios que están encendidos desde la mañana. Por alguna puerta asoman ángulos de butacas de colores vivos o sillones de paja raídos por los espaldares; algún paño bordado, un jarrón en forma de pescado, flores de cera y figuritas de vidrio en las repisas. En un zaguán aparece un cromo del Señor, rutilante, que muestra el corazón al aire, traspasado de aristas de plata y una mano alzada en posición de bendecir: "Dios bendiga este hogar". Un niño sucio, semidesnudo, se revuelca con lentitud en el cemento.

A medida que la acera se empina, obligándolo a asirse a la baranda de hierro, van apareciendo y multiplicándose los techos de grandes depósitos cercados; más allá, el interior de un garaje. Algunos automóviles tienen los capots al aire; hay piezas de motores regadas en el piso y cuatro hombres fornidos, con sus bragas grasientas, beben cerveza acomodados en un asiento del camión. Un pequeño aparato de radio, que está en el suelo, entre las piernas de los hombres, difunde, por unos instantes, una música agria y chillona. Por los huecos de las ventanas pasan

los techos de los escaparates cargados de objetos polvorientos. El torso de una mujer a medio vestir se oculta como un trazo blanco, repentino.

Luis se detiene al llegar al nivel de la calle. Dos cuadras más allá termina el macadam y una vereda sinuosa, cargada de ranchos, trepa angostándose hacia el cerro. Más arriba se extiende el terraplén: una ancha plaza polvorienta donde el viento levanta remolinos que envuelven papeles y trapos y los dispersa en un vuelo frenético sobre las planchas de zinc. El cerro se propaga, robusto y desigual, cubierto por la escama de los ranchos y, por último, contra el cielo blanco, envueltas en una niebla ardiente, las moles de los bloques nuevos se pronuncian altas y ligeras, con sus cuadros de colores vivos.

Camina sin apresurarse hasta la última esquina. Allí hay un pequeño botiquín que está rodeado de un aire agrio y picante, mezcla de cerveza y orines, y por la música desproporcionada de una sinfonola. Vacila, pensando si va a continuar hasta el terraplén o regresar. Podría ir a la plaza o acercarse hasta la puerta del cine a esperar la salida del vermut o jugar un rato en la maquinita de la cafetería de los italianos, en la avenida. Estando allí ve venir a Isidra por la acera opuesta. La loca avanza pegada a las fachadas, un poco inclinada de costado. Lleva puestos sus harapos de colores pardos, cargados de mugre y un largo trapo floreado que pende de un hombro y cuyos extremos cuelgan hasta tocar el suelo. El pelo, acordonado, se le viene todo a la cara. De repente, como si su cuerpo hubiera recibido una brusca carga de energía, se tuerce en una pirueta forzada hasta casi tocar el piso con la frente; salta, encogida en sus trapos y, aprovechando el mismo impulso, se precipita hacia atrás desplegando los brazos a tiempo que patalea furiosamente, todo esto en silencio. El contacto cesa en un instante y la loca reanuda su paso menudo y ligero, inclinándose ahora hacia adelante. Diez metros más allá, seguramente, volverá a saltar y a retorcerse. Sopló un poco de aire caliente del cerro que vino rozando el pavimento y agitando levemente

el polvo y los papeles y alcanzó a Luis a media altura. El olor podrido de Isdra se le metió por las narices provocándole una vaharada de asco.

Por hacer algo, se asomó al botiquín. En el brusco cambio de luz, pasaron delante de sus ojos globos y anillos tornasolados que se disiparon en la niebla. El dueño, un hombre graso, bajo, de cabeza plana, semi-rrapada y cara cobriza y mofletuda, lo miró ávidamente desde detrás del mostrador donde desplegaba los brazos. Apareció también una mujercita pequeña y maciza, recostada de espaldas al mostrador. Detalló el delantal de hule, una cota de pintas rojas ceñida estrechamente a las axilas y al busto amplio y pesado y luego el corte aindiado de la cara y la piel terrosa con el color de un tiesto de barro cocido. Sus ojos, serenos y redondos, parecían más vivos que todo el conjunto de sus rasgos. Luis le guiñó un ojo maquinalmente y ella desvió la mirada hacia el rincón de la sinfonola. Como al desgano, tarareó el aire de mariachis que brotaba del aparato.

Luis se apartó secamente de la puerta y, casi sin darse cuenta, llegó al terraplén. Sudaba y la respiración le bañaba los labios entreabiertos. Los muchachos jugaban en aquella seca explanada. La partida parecía inmobilizada; aislados, distraídos y como en penitencia, los muchachos componían el cuadro. Él se detuvo a cierta distancia, observando con los ojos entrecerrados y la cara contraída por una mueca. Reconoció a Justo en la primera base. Emilio calentaba aparte, combinándose la pelota con otros dos. Al verlo, se acercó balanceando sus brazos largos y tostados.

—Te estuve esperando en el billar hasta ahorita. No había nadie.

—Verdad. No fui.

—¿Qué hacemos?

—Nada. Yo no voy a entrar al juego; ¿y tú?

—Yo tampoco. Raúl, ¿no está aquí?

—No. —Emilio se arrimó más a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Lo andas buscando?

—No —dijo Luis simplemente, alzando los hombros.

—Yo te lo dije: no vale la pena.

—Si lo encuentro, le parto la cara.

Lo dijo sin aparente irritación, pero dando a entender que no iba a ser posible hacerlo cambiar de opinión.

Comenzaron a andar cerro arriba. Luis pateaba las macollas de monte que aparecían en la tierra reseca. Sobre un lecho de pantano negro, bordeando la fila de ranchos, un agua corrompida resbalaba represándose entre latas vacías y trozos de madera podrida.

Luis había perdido todo interés en hablarle a Emilio, como lo había deseado desde la mañana. Aunque se viera forzado a hacerlo, no sabría qué decir ni por dónde empezar.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Ven para presentarte a un tipo raro. Ya verás.

—¿Quién?

—Un mejicano; un tipo raro. Ya verás.

Luis detuvo el paso, recelando.

—Vamos, chico. Déjate de cosas. ¡Ya verás! —Y lo arrastró por un brazo.

El hombre parecía esperarles a la puerta de un rancho recién construido, de apariencia sólida y limpia.

—Aquel es —dijo Emilio.

Caminaban todavía muy abajo por la vereda y aún no pudieron distinguir del todo la fisonomía del individuo, a través del reflejo corrosivo del sol. Vieron que tenía puesta una camisa roja abierta hasta la mitad del pecho y unos pantalones azules que serían de pana muy gruesa. Su estatura era más bien baja, achatada, corpulenta. Parecía descalzo.

—Ya lo vas a conocer —dijo Emilio, que empezaba a respirar por la boca entreabierta y tenía la cara empavesada de un sudor aceitoso y brillante. El sol demarcaba con precisión las líneas rectas, los pequeños cuadros horadados de los ranchos más lejanos, que parecían colocados en desorden, sin sujeción alguna, en la superficie del cerro. Las láminas de zinc refulgían por todas partes como trozos de espejo.

—¿Tú lo conoces?

—Que sí, chico. ¡Vamos! —Le descargó la palma de la mano en los riñones y a saltos recorrió los escalones de tierra apisonada que subían hacia aquella fila de ranchos. Luis lo siguió a distancia, desanimado, mientras paseaba la mirada sobre los techos frágiles del caserío que se precipitaba despedazado hacia la explanada. Abajo, los jugadores diminutos seguían paralizados en sus posiciones. Acababa de crearse un nuevo remolino y los papeles y las latas vacías volaban alocados y rabiosos.

Al fin tuvo al hombre delante. Vio su cara ancha, cuadrada casi; su risa de dientes perfectos, sólidos, blanquísimos y de labios gordos y salientes de un tinte crudo, amoratado, que se iba haciendo más oscuro y rugoso hacia las comisuras.

—¿Qui' ubo, cuates? —cantó el individuo, abriendo aún más su franja de risa. Les tendió una mano cargada de sortijas. Sobre el índice le crecía una calavera de marfil en cuyas órbitas brillaban dos piedrecitas verdes. Al apretar aquella mano, Luis experimentó el roce seco y escamoso de la piel que parecía de cuero no curtido. Sus pantalones eran, en efecto, de pana azul muy gruesa y la camisa roja de una tela espejante y sedosa. No estaba descalzo: unas sandalias de cuero enrejadas le cubrían a medias los pies. Luis observó particularmente unos agujeros abiertos en los lóbulos de sus orejas, tan visibles que el sol pasaba a través de ellos semejando dos pequeños brillantes. Su pelo, negrísimo y cerdoso, era abundante y largo, extendido hasta la base de la nuca.

—Entren, no más —les dijo, al tiempo que empujaba la hoja de la puerta. Todos penetraron a la única habitación oscura, poblada por una fuerte emanación a carpa de circo. Había una gran cama de hierro ocupando un rincón y casi la mitad del espacio: un objeto extraño y ruidoso, provisto de altos copetes blancos rellenos de espirales y arabescos. La cubría una colcha de colores vivos en cuyo centro aparecía un águila en vuelo bordada en la mitad de un sol. Aquel ángulo del cuarto se veía tapizado hasta más allá de la altura de un hombre por toda clase de recortes de revistas, fotos y tarjetas postales.

—Mira esto —dijo Emilio, y señaló un punto de aquel caprichoso embaldosado. Fue directamente hacia él, demostrando su familiaridad con el lugar. Luis se aproximó sin abandonar su actitud cautelosa, como si instintivamente se cubriera la retirada. Era una fotografía auténtica de mujer desnuda.

—Es de verdad, vale; mírala —afirmó Luis en un tonito jactancioso.

La imagen blanquecina, corroída en el vientre y las rodillas como si hubiera sufrido la acción del agua, aparecía sentada al borde de una silla de esterilla con las piernas separadas. La masa del cuerpo, toscamente moldeada, sostenía un rostro duro e inexpresivo que parecía ausente de la situación y una cabellera extra ordinariamente larga que remataba sobre la cintura. Otra foto, más grande y mejor conservada, mostraba al individuo del rancho en un acto de ilusionismo callejero. Allí se mostraba más alto y corpulento de lo que era en realidad, quizás a causa de una abultada vestimenta que consistía en pantalones vaqueros sobrecargados de flecos y bordados, un sombrero negro de amplias alas y dos pistolas nacaradas colgadas al cinto. Echada la cabeza hacia atrás trataba de introducirse un largo objeto en la boca.

Es un cuchillo —aclaró Emilio—. Él lo hace. ¡Auténtico!

Detrás de ellos, el mejicano reía de buena gana.

—Siéntense, no más —dijo, trayendo dos fuertes taburetes de suela y colocándolos frente a la cama. Él se sentó sobre la colcha bordada y los muchachos ocuparon ambos asientos.

—Luis es amigo mío. Puedes hablar en confianza —propuso Emilio. El hombre no cesaba de mostrar su recia dentadura en una mueca de risa silenciosa. Al sentarse quedó inclinado hacia adelante con los brazos reclinados en los muslos y las manos, enormes, colgando desde las rodillas.

—Pues menos mal que vinieron, cuates. Tengo un negocio padre para ustedes. No más lo que platicamos el otro día, Emilio; ¿te acuerdas?

—Luis también es candidato.

—¿Para qué?

—Ya vas a ver. Es un asunto para conseguir plata.

—Pues yo lo tengo todo listo. Es cosa de empezar, no más. Si ustedes quieren participar...

—Te dije que queríamos trabajar en cualquier cosa.

—Lo que yo estoy necesitando son dos changos resueltos, como ustedes. Además, es harto fácil.

Luis estuvo observando los dos grandes baúles de lata que descansaban, uno sobre otro, en el rincón del fondo, todos cubiertos de etiquetas de colores y la mesa, a un lado, cargada de objetos igualmente extraños y envejecidos con aspecto de haber rodado mucho: un cubo, paños rojos, pelotas y una gran caja laqueada con inscripciones chinas. De un clavo colgaban las mismas prendas vaqueras que se veían en la fotografía, los pantalones, el sombrero y las pistolas de juguete en sus fundas repujadas, bordeadas de flequillos y cascabeles. Emilio lo golpeó en una rodilla pidiéndole atención. El hombre estaba explicando animadamente su proyecto, el cual consistía en una red de vendedores ambulantes, distribuidos en los sitios más animados del centro de la

ciudad y aleccionados y controlados por él, mediante las prácticas de un sistema especial de ventas. El público empieza a congregarse alrededor de la mesita donde se exhibe la mercancía y allí estará él pregonando. Sin duda, no era nada nuevo. Seis objetos finísimos por solo dos bolívares: una costosa pluma fuente de punta mágica, intercambiable y doble carga de tinta, demostrada ante los ojos del cliente... —Se llama al caballero: siempre hay uno que se arranca primero. Eso se nota en el movimiento, en el gesto. Vea, vea usted, caballero, puede probarla, si gusta. Que el cliente sepa lo que compra, que le reconozca el valor a la mercancía. Un yesquero doble-garantizado, de encendido instantáneo y cuatro artículos más a escoger.

—¿Y cómo haces para no perder?

—¿Cómo perder?

—Con la mercancía, pues. Si vendes todo eso por dos bolívares, pierdes.

—No hay pérdida, manitos. Nosotros somos una red internacional; estamos en todas partes. Esta es una cosa que va dando vueltas, ¿entienden? La ganancia es buena y el público sale favorecido.

El mejicano permanecía de pie en el centro de la habitación. Hablaba con prisa mecánica a tiempo que manipulaba pequeños objetos invisibles y delicados por medio de ademanes precisos y resueltos. Fue cobrando ánimo hasta que se soltó a perorar emitiendo una voz potente y dilatada, tal como si estuviera en la calle rodeado de gente.

—Este caballero, aquí, acaba de depositar dos bolívares y, por lo tanto, recibe inmediatamente la costosa pluma-fuente-propaganda-Parker de punta mágica, cuyo valor es veinte veces mayor. Vean ustedes con qué facilidad escribe esta maravillosa pluma fuente, ideal para todo hombre de negocios en la oficina o en la calle. Enseguida, nuestro segundo obsequio especial para el caballero que consiste en este fino yesquero barnizado

en plata legítima, con doble garantía y encendido instantáneo en todas las temperaturas... —Con anterioridad era necesario elegir convenientemente el sitio, instalarse y atraer al público mediante un breve espectáculo de ilusionismo fácil de realizar y algunos chistes. De ahí los cubos, los paños rojos y la fotografía en traje de vaquero tragando el cuchillo.

—En Méjico somos una organización muy poderosa y ahora queremos establecernos aquí. Yo tengo toda la mercancía y el equipo. Tengo todo listo para comenzar, no más ustedes se resuelvan. ¡Ándenle! —recalcó, sobándose las manos. —¡Vamos a echarnos un tequilazo! Trajo de la mesa del fondo una botella de ron a medio terminar, se la aplicó a los labios y vació un trago largo que formó burbujas en el líquido. Al terminar, su cara se cubrió de una sombra morada y por los labios entreabiertos dejó escapar un ¡Aaaaaa! pastoso y áspero como un gargarismo.

—¡Ándenle!

Emilio lo imitó, empinando bruscamente la botella. Las burbujas brotaron en el líquido y dos hilos turbios corrieron por las comisuras agrandándose hacia abajo. Soportó un momento con el cuello palpitante y las manos aferradas al vientre de la botella, hasta que una bocanada impetuosa le bañó los labios. Dominando un acceso de tos, alargó la botella hacia Luis. Luis bebió con parquedad dos breves tragos y el licor se extendió gratamente por toda su piel. Su cabeza empezó a despejarse como si algo duro se derritiera dentro. En un momento, el cuarto adquirió una claridad ansiosa y los objetos se revelaron a sus ojos tan precisos como en un nítido relieve.

—Hay que vivir —pensó Luis y se levantó del banco deseando pasear por el cuarto y registrar todas aquellas cosas extrañas.

El cubo, los paños rojos, la caja barnizada con los dibujos chinos, despedía el olor grueso, inconfundible de un armario cerrado durante mucho tiempo. Estuvo registrándolo todo, palpando y removiendo lo que tenía a

la mano. La caja abría por varios lados a la vez y estaba llena de compartimientos. Abundaban los frascos de todos tamaños: una pomada verde para el pelo, un líquido gris, bay rum, inciensos. Encontró un rimerito de libros y tomó el primero en cuya portada aparecía una mujer desnuda saliendo ilesa de las llamas de una hoguera, los brazos en alto y la cabeza echada hacia atrás. El dibujo, de colores pálidos, ponía empeño en revelar unos senos cargados, ojos saltones enmarcados en agudas pestañas y cabellos ensortijados que también podían representar serpientes. Las llamarradas envolvían las carnes, lamiendo detenidamente la depresión del vientre y las salientes costillas, pero tal suplicio, a juzgar por la expresión arrebatada de la cara, debía producirle un violento placer, “Esclavas del Deseo” decían las letras superiores conformadas por eslabones encadenados. Seguían otros libros igualmente secos y manoseados: “Cristo el Anarquista”, “El Libro Supremo de Todas las Magias”, “Confesiones de un Vividor” y otras mujeres desnudas iban apareciendo en las tapas y las ilustraciones interiores, algunas tendidas de espaldas, entre cojines, elevando las nalgas redondas y lustrosas. Ninguna se mostraba totalmente de frente.

Luis bebió nuevamente cuando Emilio le pasó la botella por encima del hombro y los dos quedaron leyendo al azar en las páginas de “Confesiones de un Vividor”. Encontraron un trozo deslumbrante que Luis leyó en voz alta: “Narda sintió que una enloquecedora sensación de placer —una sensación que jamás antes, en su vida de niña, había experimentado—, se derramó a través de su cuerpo como un vino ardiente... y se aferró con más fuerza a la espalda musculosa de Roberto gritando: ¡¡Me matas!!... ¡¡Me matas!!... ¡¡Más fuerte!!... ¡¡Más!!...”.

Emilio le pasó el brazo por los hombros.

—¡Mira esto, vale!

“Sus muslos se abrieron de pronto como carnosos pétalos sedientos y el capullo, ¡al fin!, se mostró a sus ojos, rojo y palpitante...”.

—El capullo —cuchicheó Emilio—. ¿Entiendes?

—¡Claro!

¡Nunca cuentan la cosa como es, ¿no?

—¿Y qué quieres tú? ¿Que digan todo? Eso no lo van a contar.

—Yo tenía un libro en que sí. Contaba todo, poco a poco, ¡palabra!

—Todo no puede ser; mentiras.

En otra página decía: “Edmundo se arrojó, jadeante y sudoroso, sobre aquel cuerpo nacarado que se abría en holocausto y ambos bebieron hasta la última gota el néctar delicioso...”.

—¡Puras pendejadas!

Luis, solo, siguió hojeando el libro. Escuchó voces extrañas en la pieza, pero, por el momento, nada podía hacerlo cambiar la mirada. Entretanto, se sucedían páginas y páginas de cerrada lectura. Las descripciones minuciosas alteraban con diálogos continuos. “¡Maldita! te odiaré para toda mi vida”. “Olvídala... Olvídala, clamaba su cerebro atormentado”. Estuvo buscando tenazmente algún trozo que lo satisficiera, pero solo encontraba, entre una y otra página, referencias tardías y sin calor. Llegó un momento en que las letras saltaron delante de sus ojos. Hacia abajo, las líneas desniveladas parecieron desleírse en una nata turbia. Por último, abandonó el libro y afirmándose al borde puntiagudo de la mesa, lo hizo resbalar varias veces en el abultamiento de sus pantalones con una presión suave.

Bruscamente se separó de la mesa y se dio vuelta. El cuarto estaba lleno de gente.

—¡Ándale, hombre! ¡No te hagas! —cantaba el mejicano y Emilio, en mitad de la pieza, hacía inútiles esfuerzos por contener sus accesos de risa e imitar el tono del discurso del vendedor:

—Señoras y señores: Mediante este moderno sistema de ventas, empleado en las grandes capitales del mundo... ¿Voy bien?

La risa se le escapaba por entre las palabras como espuma y el mejicano insistía, sonriente, armado de paciencia.

—¡Ándale, pues!

—¡No seas bolsa, vale! —le gritó Luis y al momento sintió el impulso de arrastrarlo de allí por la fuerza y sacarlo de la casa, pero él continuaba haciendo gestos rígidos con ambos brazos y perorando en tono falso y aflautado. Lo hacía a conciencia. Los demás no parecían reparar en la escena. Un desconocido tenía la botella, de la que apenas quedaba un fondo turbio. Luis se la arrebató de las manos y bebió hasta casi agotar el líquido. Sus miembros se aligeraron. En realidad, todo estaba empezando ahora. De repente gritó, empujando a Emilio:

—Deja, vale. ¡Tú no sirves para esto! —Solo miraba al mejicano, que sonreía, igual que siempre, desde la cama.

—¡Hazlo tú, pues!

—Arráncate —dijo la risa inmóvil.

—Acérquense, caballeros, acérquense todos... por solo dos miserables bolívares usted recibirá la mejor pluma fuente del mundo, el mejor yesquero del mundo; sí señor..., acérquense..., dos bolívares piches nada más..., acérquense, pues: —Emilio se había sentado junto al mejicano que se palmeaba las rodillas complacido. Le dijo algo al oído y este, obedeciendo, fue a descolgar el sombrero y las pistolas. Luis se dejó hacer mientras Emilio se enroscaba de risa en la cama.

—¡Acérquense todos! ¡La ganga del año! Dos bolívares solamente..., aproveche esta oferta única... Dos bolívares cagados. Un “cadillac” por dos bolívares. Aquí le damos lo que usted quiera, caballero. Sí, señor ¡Un culo por dos bolívares! ¿Quién quiere un culo por dos bolívares? ¡Acérquense todos!

Empuñó las pistolas y se lanzó a disparar a diestra y siniestra.

Alguien lo rechazó de un empujón.

—¡Ay, coño! —gritaba Emilio, torcido por las carcajadas.

—Tú estás bien cuete, chango. Échate otro.

—Poco a poco, vale.

—¡No jodas!

Se escuchaba la música estrangulada de un radio de bolsillo. Muchas figuras se movían por la pieza. Un muchacho de chaqueta de cuero; otro de piel oscura, cargado de músculos y desnudo hasta la cintura. Luis lo vio pasar delante de él, caminando cabeza abajo sobre las palmas de las manos.

La mano gruesa del mejicano le revolvió los cabellos. Otra, le acercó a los labios una botella casi llena. Bebió ávidamente. Un licor dulce, espeso. Por entre los dedos una carita alegre de mujer le sonrió abriendo dos ojitos brillantes y vivos. “La Giralda. Anís Superior”. El sudor le pegaba la camisa al pecho. Las caras dispersas de los desconocidos le parecieron agresivas y desagradables. Emilio estaba hablando con uno de ellos, sentado en la cama. Un lado de la colcha roja se había rodado hasta el suelo y se veía cubierta por las huellas polvorientas de los zapatos.

Caminó desorientado hasta el centro de la pieza, dos, tres pasos. Todo había cambiado de orientación: la cama debía estar del lado opuesto, la puerta a su derecha. Alguien lo golpeó en la espalda. Era el sin camisa que no dejaba un momento de moverse y ahora giraba alrededor de él, ciegamente, dando saltos sobre las puntas de los pies y cruzando los puños en el aire. Esquivándolo, se aproximó a la cama. Intentó en vano levantar a Emilio que lo rechazaba a manotazos sin prestarle atención.

—Tengo que hablar contigo —insistía tontamente.

—Oye esto, vale. Siéntate.

Le obedeció, pero sin tratar de escuchar lo que el otro contaba. El sudor de su cuerpo se había enfriado y la náusea le subía a la boca. En el

huevo de la puerta el sol resplandecía. Allí había aire puro, un sitio para vomitar sin ser visto. Como empujado suavemente por la espalda, atravesó el cuarto, esquivando juiciosamente cada obstáculo y salió a la luz.

Al caer de lleno sobre cada escalón el golpe repercutía sordamente en la nuca.

—¡Estoy bien borracho, coño! —se quejó, dejándose caer de espaldas en el cangilón. Abandonó la cabeza entre los hombros. Oía el sonido en espiral que se precipitaba allá dentro y que parecía también arrastrarlo. Después, se dio cuenta de que había tenido los ojos cerrados quién sabe cuánto tiempo. Al abrirlos, el aire era de un tinte amarillo ceroso. Otra vez tuvo náuseas. Se arqueó, apoyado en el cerro con ambas manos y vomitó sin esfuerzo varias bocanadas de líquido amargo que se extendió, formando un ancho lamparón sobre el muro de tierra. No hizo empeño alguno por incorporarse. Con la boca entreabierta y los ojos duros, veía alargarse y pender, indolentes, los hilos de baba que tardaban mucho en desprenderse y caer.

Cuando, finalmente se enderezó, vio venir a Emilio, cerro abajo, saltando escalones.

—¡Luis, Luis! —lo llamó varias veces, agitando un brazo en el aire. Luis apuró el paso cuanto pudo, pero la distancia parecía multiplicarse por la flojedad de sus piernas y los latidos continuos del cerebro, donde se había alojado una forma dura y movediza. Marchaba a ciegas, observando con fijeza maniática las puntas empolvadas de los zapatos y la tierra que desaparecía velozmente. Al llegar a la calle, Emilio lo atajó halándole por la camisa.

—¿Qué fue, vale?

El también traía la cara enrojecida, los rasgos duros y brazo en el aire. Luis apuró el paso cuanto pudo, pero se mantenía ágil y derecho. De pronto, Luis se revolvió embravecido, gimiendo. De un salto esquivó el

golpe que acababa de lanzarle a la cara. Retrocedió, aturdido, quitándose los manotazos que cruzaban delante de sus ojos.

—Cuidado, vale. ¿Qué te pasa? ¿Qué fue? —Un puñetazo le rozó la mandíbula; otro le dio de lleno en el pecho. Entonces se le enredaron las piernas y cayó de espaldas en medio de la calle.

Luis gemía enronquecido sin decir palabras; las lágrimas le hinchaban los ojos. Emilio, entonces, cayó de un salto sobre él y lo inmovilizó con un abrazo. No tenía intención de hacerle daño, solo de contenerlo y obligarlo a reaccionar debidamente. Lo apretaba con fuerza, hincándole la barbilla en el hombro hasta que se dio cuenta de que Luis no se defendía y que continuaba llorando roncamente. Lo soltó y quedó observándolo sin saber qué hacer. Las lágrimas sucias corrían libremente por sus mejillas. Finalmente, cuando el acceso fue debilitándose, los dos se sentaron en silencio al borde de la acera. El sol se les pegaba a las espaldas como una lámina caliente.

12

Apenas se entreabrió la puerta, una exclamación rebotó como un globo dentro de Engracia.

—¡Un alhelí!

Por encima de los hombros de la sirvienta, forrados en la tela rígida del uniforme, se veía una franja luminosa del jardín: el cielo inmóvil y las ramas largas y desnudas de un alhelí cuyos extremos, doblados sobre el borde orinoso de la platabanda, estaban cargados de frutillas.

Todo el jardín, ordenado y extático como un escenario artificial, apareció de golpe cuando la menuda sirvienta se apartó para darle paso. En el centro, donde convergían en un círculo de arena blanca varias avenidas de mosaicos, había una pileta de mármol de la cual brotaba un cupido rollizo, todo chorreado de verdín. El pequeño estanque circular,

al pie de la pileta, debía estar casi siempre vacío, como lo indicaban unas manchas azulosas que se desprendían del brocal así como las hojas y los tallos podridos que se adherían al fondo. Entre una multitud de capachos cuyas flores resplandecían al sol, se alzaban dos gruesos pinos tallados en forma de copas.

Engracia esperó un momento sola en el corredor. La mujercita frágil y puntiaguda había desaparecido de su vista deslizándose silenciosa sobre los mosaicos. Ella, desde el primer momento, no apartó la mirada del patio y especialmente de las ramas del alhelí. ¡Hacía tanto tiempo que no veía una mata como aquella! La que había en la casa de Puerto Cabello era mucho más alta y, sin duda, más vieja. Estaba plantada junto al estanque y aun desde lejos se oían caer las pepitas en el agua espesa. Aquel era un gran jardín y el estanque, a pesar de ser muy alto, casi desaparecía entre las hojas y las ramas. Sobre el brocal, donde la humedad había convertido en boronas la capa de cemento, estuvo siempre una tinaja ventruda donde doña Hildegardis recogía el agua de lluvia para el cabello. Era necesario hundirse hasta la cintura entre los helechos y las palmas reales para poder asomarse a aquel brocal y parecía que con solo meter la mano podría tocarse el fondo verde, grueso como de pana. El cemento, junto a la superficie del agua, era una capa fría y babosa donde medraban caracoles y gusanos peludos. Venían los riega-pozos a vibrar sobre el agua. Por la tarde era cuando, de verdad, empezaban a brotar los perfumes: se abrían los jazmines de España, los lirios, los malabares y la dama de noche. El aire se volvía pesado y doña Hildegardis decía que tanto perfume era pecado.

La voz oxidada de la mujercita se aproximó diciendo:

—Dice el señor que le espere un momento en la sala; siéntese.

Engracia se hundió con recelo en una de las anchas butacas de cuero que se hallaban distribuidas en círculo. Desde aquel lugar, aun inclinándose

bastante, no conseguía ver más que un trozo pequeño del jardín. Sin embargo, no se decidió a cambiar de sitio. Realmente la empequeñecía el mueble enorme y abombado. Una gran lámpara antigua pendía del techo y allí, casi al alcance de su mano, sobre una mesita de mármol ovalada, un tigre de peluche, alargado en posición de salto, parecía observarla con los dos trozos de vidrio verde que lucían incrustados bajo la frente.

Entre los muchos objetos sólidos y brillantes distribuidos en todo el contorno de la sala, a Engracia le llamó especialmente la atención un paño bordado en relieves de hilo de oro que cubría la mesa, adosada a la pared del fondo bajo un cuadro gigantesco. El plumaje estrellado de un pavo real se expandía por toda aquella tersa superficie. Esto le recordó al momento los dibujos del cielo raso en la casa de Puerto Cabello. Vio la sala, aún más amplia y más alta que esta, siempre recogida en su olor a polilla y terciopelo. El compadre apareció en el marco de la puerta y ella se levantó nerviosamente. En ese instante olvidó todo lo que tenía que decir, mientras el hombre proseguía en el mismo sitio, apenas conmovido por una mínima oscilación de su cuerpo. Quizás, a causa de la penumbra de la sala, no conseguía ver nada delante de él y su cara estaba contraída en una mueca que le ocultaba totalmente los ojos. Así, fue desplazándose con suma lentitud sobre las plantas de los pies hasta situarse muy cerca de ella y observarla guiñando un ojo y torciendo todo un lado de la cara.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo le va? —dijo, sin alterar la expresión y como si aún no la hubiera reconocido.

—Vengo de parte de Francisco, su compadre.

—¡Ajá, ajá!... y ¿cómo está el compadre? ¿Cómo está el Catire? ¿Cómo está?

No esperó respuesta y, reanudando su paso tardío y bamboleante, cruzó por detrás de una butaca dando la espalda a Engracia, hasta que, insensiblemente, se detuvo. Ella lo veía casi de perfil, rechoncho,

pequeñito, cargado de espaldas y el rostro semejando un cascarón vacío. El cráneo despoblado estaba cubierto de mapas grises.

—Ese Francisco López, sí señor. Cómo pasa el tiempo... Usted es su esposa, ¿verdad? Él me dijo que se había casado. Bueno, hace tiempo, ¿no? —Su voz se arrastraba en un timbre rugoso y los finales de algunas palabras parecían asfixiarse en algo blando. Engracia experimentó un gran alivio al no tener que hablar. ¿Para qué, después de todo, había venido? Concretamente, ¿qué tenía que decir? —¡El Catire! Aquellos caminos, ¡ay, mi madre! Usted no sabe cómo era aquello, señora; ¿quién va a saber? Ahora nadie sabe nada. Tres días varados en Puente Torres y el invierno enterito. ¡Agua y agua! Unos cielos negros día y noche y las cabras emparamadas, rucias, con las barrigas reventando, locas por parir... y el barro hasta la rodilla. ¡Aquellos sí eran hombres! Fue mucha la carga mía que llevó El Catire por esos caminos de antes. ¿Carga? —Rió brevemente—. *Whisky* y ginebra de la buena. Las botellas, acomodadas como muchachitos, debajo de los cajones de velas y los bultos de papelón. ¡Ay, mi madre! Y a cualquiera le perforaban la ingle de una cuchillada. Zuás... y listo. Así era, cómo no. ¿Usted sabe?

Pareció que sacaba el brazo por la ventanilla y agitaba una mano contra el viento.

—¡Adiós, Catire! Y... ¡ay! —gritó con voz lejana, fina, llevada por el viento, borrada por el ruido del motor y, en seguida, agachó la cabeza y sus hombros se sacudieron en un corto espasmo.

Recogida en la punta del sillón, Engracia lo escuchaba sin comprender. Parecía que las palabras manaran de él libres de todo esfuerzo, que continuara una conversación anterior o que hablara para otros interlocutores que estuviesen al tanto del asunto.

Ahora se había colocado de frente al cuadro grande que dominaba la pared del fondo. Era un óleo ornamentado por un marco de yeso de

pesadas molduras. Se entreveía la perspectiva de alguna calle, desleída bajo capas chorreantes de color. Numerosas figuras borrosas, mutiladas, flotaban sobre las aceras. Los muros, corroídos, parecían derretirse, como fundiéndose en la humedad del aire.

—Los cuadros, mire usted: esto, los cuadros, los floreros, los muebles. Todo cuesta dinero. Aquí hay un capital, sí, señor. Y ahora es distinto, muy distinto. Cambiaron los tiempos y los hombres. La vida tiene muchas exigencias y uno tiene que condescender. Cuando uno contaba las morocotas en los dedos; cuando se hacían negocios de verdad... ¡Ah!... Bueno, también era asunto de saber jugarse la vida. La vida es lo que vale, ¿sabe? La vida es todo. Aunque uno está aquí, por fin, y tiene algo. Tiene lo que ha trabajado y se ha ganado y eso es lo que queda. Uno se va, se va. Uno no es nada. Esto queda.

Giró sobre sí mismo y pareció dedicado a observar atentamente a Engracia.

—¿Cómo está el compadre? ¿Qué es del Catire? ¿Y los muchachos? ¡Tengo tiempo sin verlo! El año pasado... ¿El qué? ¡Cómo no! Él estaba trabajando, no recuerdo... viejo, eso sí. ¡Caramba! Se ha puesto viejo ese hombre. Andaba en un apuro y yo lo ayudé. Le tendí la mano, como siempre. No somos compadres de sacramento, pero es como si lo fuéramos; igual. ¡Qué buen amigo!

Reflexionó con un aire cansado, cabizbajo.

—Llevan mucho tiempo de casados, ¿verdad? —Engracia no supo qué responder—. Le ha dado mala vida, ¿verdad? el Catire es así, como es. Yo se lo dije: tú no eres hombre para casarte, Catire. Sigue tu vida. Mire, una vez en Maicao perdió hasta el modo de andar. ¿Usted sabe? —Aquí lanzó una risita gangosa—. El Catire tiene muchas historias de antes de casarse... porque aquellos hombres, todos, ¡eran unos diablos!

—Continuó, sin quitar la sonrisa de la boca—. Bueno, esa vez yo le salvé el camión, pregúnteselo. Yo fui el único que salió por él. Empezaron a jugar un día miércoles con gente que había venido de Sinamaica. Después se empezó a agregar gente y gente de todas partes. Aquel botiquín repleto a toda hora y el brandy que corría por las mesas como agua y ellos jugando adentro, sin parar. Mire, aquello fue grande: por fuera andaba la indiada aquella, revoloteando. Había una peste de muerto con tanto ulceroso sentado en la acera y tanto ciego y manco aquerenciado ahí, día y noche. Era domingo y el Catire allá adentro, sereno, pegado a la cobija, limpiándose y llenándose de una hora para otra. Así estuvieron una semana y ¡nada! Hasta que un día, cuando yo casi salía para Maracaibo, se me apareció, amarillo, temblando, con las manos en la cabeza: ¡me rucharon, compadre! Empeñé el camión, la carga; ¡ay, mi madre! ¡Cómo le parece? Ese era el Catire, sí señor. Así era todo allá y no por culpa de la gente, ¿sabe? Yo lo decía: era el olor del mene. ¡Caramba! —Aspiró lenta, profundamente, saturándose de aquel olor caliente y resinoso del petróleo crudo y pareció contener largo rato el aliento, aunque en realidad lo expulsaba por la boca entreabierta. Al terminar, su cara se dilató en todos sentidos como una tela elástica y, por primera vez, se hicieron visibles sus ojos de un color verdoso revuelto. —¡Ese olor! —repitió—. Algunos pudimos y otros no. Esa es la historia y más nada.

Finalmente, recorrió a tientas el diván más cercano y dejó caer en él todo su peso.

Desde ese momento, pareció más dispuesto a escuchar. Bien explyado en el asiento, las piernas, tan cortas que apenas si las puntas de las pantuflas tocaban la alfombra y las manos entrelazadas sobre el vientre, daba la impresión de haber abandonado finalmente su papel. Pero aún Engracia no sabía por dónde empezar. Pensaba en el papel que Francisco no había querido escribir. Tal vez... su mano estrujaba un pañuelito.

—Bueno, señora —dijo el nuevo hombre, abriendo y enlazando por dos veces las manos—. Vamos a ver, ¿en qué puedo servirla?

El tono y la inflexión de su voz sonaron diferentes. Parecía estar iniciando una conversación impersonal que no debía prolongarse demasiado.

Engracia musitó con voz seca y menuda:

—Me da mucha pena venir a molestarlo.

—¿Cómo dice? ¿Por qué no vino el compadre con usted? ¿Está enfermo?

—Usted sabe que él tiene perdida la salud. Todo. Está sin trabajo.

—Sí, sí, claro. La vida que se daba. Bueno, ya estamos viejos. Todos viejos. Hay que ver cómo uno se va acabando poco a poco. ¿Y los muchachos?

—Bien, muchas gracias.

—Así es la cosa, ¿no?... Así es la cosa.

Un silencio duro se estableció de lleno en la sala. El movía en el vientre las manos enlazadas que formaban un ángulo con los meñiques. Enterró la barbilla y estuvo emitiendo un ronroneo bajo y cansado. Después, pareció quedarse dormido en esa posición.

Engracia miraba el paño que cubría la mesa. Las plumas irisadas del pavo real, los bordados de hilo de oro...

Una voz de acento masculino la sacudió de golpe.

—Señora...

Por entre las lágrimas vio a la esposa del compadre inclinada junto a ella. Uno de sus brazos redondos y blancos se afirmaba en el pasamanos del sillón.

—No se ponga así señora; no se mortifique. Todas las cosas tienen remedio.

La dura carnosidad del pecho se inflaba y desinflaba contenida por el borde del vestido.

—Dígale al compadre, si tiene un apuro, que venga por aquí cuando pueda —dijo la voz rugosa del viejo. A Engracia le pareció, en su aturdimiento, que era otra persona quien le hablaba: un extraño que acabara de entrar y sentarse delante de ella. La cara, carcomida, estaba recubierta por una capa de impermeable severidad.

Ella, al levantarse, se enjugó nerviosamente las lágrimas. El vestido se le había poblado de arrugas.

—¿Ya ve? Dígale a su esposo que venga.

La mujer que se alzaba frente a ella, parecía excesivamente grande y robusta. El busto le inflaba todo el pecho, replegándose en círculos blancos sobre el nacimiento de los brazos. Acaso la respiración dificultosa que le inflaba las aletas de la nariz y el aspecto húmedo de su piel le infundía el aire ansioso y desapacible que la envolvía, como si a duras penas contuviera un disgusto. No obstante, le hablaba con tono manso y cariñoso.

—¿Ya se va, misia? Espérese. Tómese algo para que se reponga. Mi esposo me llamó creyendo que le había dado algún vahído ¿Cómo se siente?

—Bien, muchas gracias. No se moleste. No es nada. Los muchachos están solos en la casa. Tengo que atender el almuerzo.

—Su esposo está enfermo, ¿verdad?

—Sí, señora.

La mujer suspiró, compadecida. En ese momento, un estruendo quebró la tranquilidad de la casa. Se oyó caer un mueble; gritos y carreras de niños resonaron en el corredor. La voz agudísima de la sirvienta vibró con marcado acento español:

—Señora, ¡venga usted, venga usted!

—Estos muchachos, ¡santo Dios! ¡¡Niños!! Agitó los fornidos brazos y abandonó corriendo la sala.

El compadre no se movía aún, clavado en el asiento, seco y mudo como un objeto de piedra.

Entonces ella aprovechó el momento para salir al corredor sin decir palabra.

Comenzaba a soplar una brisa caliente. El cielo del jardín, atacado por una niebla corrosiva, se diluía en los ojos y las ramas flojas del alhelí chocaban entre sí como dedos.

Asfixiada, pálida, la mujer acudió a su encuentro trotando desde el fondo del corredor. Las aletas de su nariz temblaban convulsivamente. La acompañó hasta la salida, sin dejar de hablar en un solo tono compungido.

Al momento de cruzar la puerta, en una rápida mirada, Engracia distinguió, por última vez, la figura chata del compadre, parado a la entrada de la sala, oscilante, moviendo las manos como si hablara solo.

13

El autobús rodaba perezosamente por el amplio declive de la avenida. El chofer, con su gorra de lona ladeada, parecía dormitar recostado el aro del volante. Engracia llevaba el codo apoyado al filo de la ventanilla y su mirada resbalaba sobre el paisaje silencioso y nítido que parecía expuesto sobre papel de fotografía. La extensión del valle se difundía entre colinas y breves planicies cubiertas de un verde monótono y espeso, donde cada detalle se recortaba con exactitud. Solo en la distancia, hacia las serranías desnudas o escamadas de ranchos, un polvillo brumoso empezaba a esfumar los contornos. Ella mantenía la mirada ociosa al

paso de la acera, regada con flores de acacia. Ante la lentitud del vehículo desfilaban cercas despedazadas, carteles arrasados por la intemperie y columnas de cabillas orinosas saliendo del monte. Eran solares ociosos, divididos entre sí por unos pretiles de ladrillos que se habían cubierto de agujeros y desgarrones y donde alguna que otra construcción había sido abandonada apenas levantados los cimientos. Una caparazón podrida de automóvil apareció, levantada sobre rimeros de ladrillos, en medio de un reguero de latas de Mobiloil aplastadas.

Después pareció que el autobús entrara bajo un toldo interminable porque el aire interior se volvió opaco y quebrantado como un cielo lluvioso, acentuando el vacío de los espaldares. Solo la espalda rolliza de una negra y su ancha cabeza rizada cubrían uno de los asientos delanteros. Ahora el sol se aparecía a intervalos, distribuido en franjas amarillas sobre unos muros erizados de casquetes de vidrio o bien se expandía libremente bañando los jardines de las grandes quintas. Techos inclinados, torrecillas, fachadas cargadas de balcones y salientes, resbalaban al fondo con iguales tonos grises o descoloridos y a veces intensamente blancos como el mármol o el encalado de las columnas y las escaleras de caracol.

Gruñendo suavemente, el autobús atravesaba la nueva avenida. Todo estaba tan solo y tan tranquilo en aquel momento que Engracia se puso a imaginar, vagamente, a la manera de quien recuerda cosas soñadas o leídas hace largo tiempo, que todos aquellos caserones estaban vacíos, pero no precisamente desocupados y en ruinas sino más bien abandonados un momento por sus ocupantes o, mejor todavía, como si estos, señores, niños y sirvientes, se hubiesen borrado de las habitaciones y las galerías y todo lo demás permaneciera intacto, limpio y en orden como debía estarlo en cualquier momento. Únicamente habrían desaparecido los pies calzados que pisaban las alfombras y los tramos de las escaleras,

las manos que descansaban un momento en los sillones y las mesas o se movían para descorrer una cortina o apretar el pomo de una puerta. Entonces ella, que ya se había visto atravesando la avenida de un jardín, empuja una de aquellas puertas provistas de cristales ahumados y, después de oír el chasquido del hierro detrás de ella, pasa sobre la alfombra de un vestíbulo que exhala un olor a lustre y a maderas, va corriendo la mano por sobre los respaldos ondulados de unos sillones color vino que la alcanzan a la mitad del brazo y después comienza a subir la escalera con toda calma. Nadie podrá sorprenderla mientras se pasea por las habitaciones del piso superior y encuentra los escaparates abiertos y hunde todo el brazo en el frío de la seda; palpa también los edredones y el peluche fresco de los asientos, el encaje de la ropa de dormir; abre un cofre o entra a una sala de baño tibia y llena de espejos. Por cierto, todas las cosas que ve le son familiares a la memoria; le recuerdan la casa de Puerto Cabello: formas ovaladas, relieves, superficies oscuras bruñidas por el uso y hasta percibe la emanación de lo oxidado y de las molduras rellenas de aserrín y paja...

Engracia advirtió que el vehículo acababa de detenerse con una muelle sacudida. La mujer de pesadas espaldas y vestido floreado atravesó, cimbreando el grueso talle, por entre los asientos y bajó dificultosamente. Engracia, sin pensarlo, se levantó a su vez; apuró el paso porque ya toda la carrocería vibraba impaciente y cayó también a la acera, desconcertada. Las ventanillas y los espaldares vacíos se deslizaron frente a sus ojos; en seguida, el aire se llenó del vapor tibio de la gasolina, una nube azul, gelatinosa, que al desaparecer aclaró el panorama cercano de los árboles: caobos y eucaliptos cuyas raíces emergían fracturando la capa de cemento de la acera; más atrás una verja de ladrillos rojos, los redondeles de una fuente apagada y, por último, una terraza toda blanca y solitaria bañada por las colgaduras del follaje. La mujer atravesaba la

avenida bamboleándose sobre unos diminutos tacones. El autobús comenzó a empequeñecerse en la profunda arcada vegetal.

Ahora, su único recurso sería esperar el próximo autobús, que podría tardar mucho en llegar en ese día de fiesta, o caminar un poco.

Aisladas entre sí por extensos jardines bien cultivados y por altas vallas de mampostería, las casas eran todas hermosas y ricas aunque algunas lucían, a la vista, francamente ruinosas, roídas por un abandono que parecía avanzar desde adentro, como ocurre con la encuadernación de un libro viejo. De las rejas se desprendía el aroma áspero de las enredaderas y el musgo; llegaban también vapores del abono fresco amontonado en los plantíos, de agua estancada en las piletas, de pintura vieja y de cal. Sobre las aguas y las líneas inclinadas de los tejados, el cielo ostentaba un azul degradado, polvoriento, diluido por el ardor de la luz. Tardaría en regresar a casa. Algo podía pasar. Francisco estaría bebiendo cerveza en el corredor y no se ocuparía del almuerzo. Matilde iría al vermut con sus amigos y se quedaría después en el vecindario. Aurelia, encerrada en el cuarto; ella misma iría a la cocina y prepararía algo para almorzar. Quizás, como habían desayunado tarde... Me porté como una tonta. Francisco tenía razón..., apartó de un golpe el recuerdo de la visita al compadre. ¿Por qué había bajado allí? ¿Para qué?... Nadie iba a verla, después de todo, en aquella barriada de casas ricas y lejanas, donde la gente estaba oculta, totalmente aislada en grandes espacios silenciosos. Las plantas de los pies empezaron a arderle furiosamente como si caminara sobre brasas. Tuvo que detenerse pasos más allá y buscar apoyo en el tronco de un árbol. En realidad, no se había alejado más allá de una cuadra del lugar donde bajó del autobús, pero los pies le dolían hasta el suplicio cada vez que usaba aquellos zapatos duros y resecos que guardaba para salir; el pie le ardía, reblandecido y acribillado por una multitud de aguijones. Recostada al árbol, liberó un pie de la presión. Lo sostuvo un momento, suspendido sobre el zapato vacío, agitando los dedos en

la envoltura de la media y el aire libre acarició los flancos maltratados y enfrió las carnes. Luego fue asentando la planta en el cemento y cuando, gradualmente, pudo reposar en él todo el peso del cuerpo, liberó el otro pie e hizo lo mismo. Así, más aliviada, pudo calzarse nuevamente.

La avenida se estrechaba solitaria hasta el final. Quizás no pasaría otro autobús en mucho tiempo. Delante de sus ojos se alzaba una puerta de hierro forjado, en una arcada de molduras grises que imitaba la piedra; la valla del mismo artificio se extendía a lo largo de la cuadra, soportando filas de barrotes terminados en lanzas. A través de ellos, la vista se extraviaba en un jardín que era todo un parque con sus prados de grama, sus ondulaciones y sus vericuetos trazados entre pretilos de crotos y pinos enanos; la mansión, asentada sobre una eminencia bordeada de sauces, era un palacete complicado, todo blanco, guarnecido por altas galerías laterales y perspectivas de columnas y ventanales. Engracia se aproximó a aquella puerta, empujó con un toque los barrotes y esta cedió emitiendo un quejido. Una avenida, tapizada de piedras blancas desmenuzadas, se extendió ante ella. De lado y lado globos de pinos se multiplicaban hasta empequeñecerse al fondo, donde la avenida alcanzaba las gradas que subían al porche.

El corazón empezó a latirle desacompasado. Pasó el umbral y en seguida oyó el crujido menudo de las piedras. Ahora, casi a la mitad del sendero blanco, podía detallar el gran porche cuadrado tras la fila de sauces finos y arqueados como plumas. Era tan grande como toda una casa y en el piso de mármol blanco, donde reposaban los anchos muebles de ratán, la luz solar reverberaba formando la ilusión de un charco luminoso. Dobló por un sendero lateral entre vallas de crotos cortados al rasero. En aquel jardín todo parecía podado y rasurado; nada crecía a su antojo sino que era doblegado y reducido a un espacio y el piso era un pastel labrado en círculos y corazones. El trabajo de varios hombres se

requería, sin duda, para mantener todo aquello tan cuidado y tan pulcro; sin embargo, en aquel día de fiesta los jardineros debían estar fuera.

Engracia se dejó conducir por el camino hasta llegar a un claro circular. Allí había un escaño de madera algo deteriorado y se sentó a reposar, liberando nuevamente los pies. ¿Adónde había venido a dar? Su mirada recorrió el espacio, pasando sobre un saco de estiércol, una carretilla virada, una pala cargada de barro. Se hallaba en el lugar menos cuidado del jardín. Un costado de la casa se alzaba allí mismo, a pocos pasos. El ala del servicio, sin duda. Una galería descubierta, paredes descalabradas y sucias y muchos objetos feos, amontonados, como en todas las casas. En aquella galería, Engracia vio aparecer una figura de mujer, alta, cargada de huesos y fibras. Su piel era de un negro ceniciento y los cabellos también negros, encanecidos; cargando un balde bajó varios escalones de ladrillos, se adentró en el patio que por aquel lado no era más que un solar inculto y vació el contenido del balde, un agua gruesa como un guiso, en medio del follaje de unos arbustos. Aurelia se inmovilizó en el banco; cerró los ojos y se sintió bañada por el ruido del agua y la hojarasca. Volvió a abrirlos, pero solo un momento. La mujer ya había desaparecido. ¡Qué lugar tan aislado y solitario! ¡Ni un ruido siquiera! Era tan apacible la oscuridad, el vapor de la tierra abonada, el ronquido lejano de un motor. Quizás el autobús que pasaba...

Una brisa tibia, cargada de polvo seco, vino tropezando entre las hojas produciendo un ruido menudo y siseante y le bañó el regazo, los brazos, la cara. Pareció como si alguien, en una habitación, hubiera cerrado de golpe la cortina porque, bajo sus párpados, la oscuridad se hizo más densa. El viento se agitó en el borde de su vestido. Todo se había transfigurado en un instante. Las hojas temblaban en el viento. Aurelia se levantó sobresaltada y echó a andar por el sendero, en el que había caído un velo gris, amenazante. Cuando alcanzó la avenida principal, vio que en el porche había un perrazo de lustre cobrizo echado sobre sus cuartos

traseros. El animal se enderezó vigilante. No podía ir más rápidamente, a menos que empezara a correr, y tampoco se atrevía a hacerlo. Los zapatos crujían en las piedritas. La reja inmóvil en el fondo. Los globos interminables de los pinos. Una gota la golpeó como un grano en la frente. Va a llover. Por entre las hojas circuló un ruidito seco y veloz, como si las golpearan con las uñas. Empujó los barrotes calientes. La acera comenzaba a evaporar. En seguida, la lluvia se precipitó sobre el follaje.

14

Luis escupía a cada momento por entre sus rodillas y la saliva, clara y espumosa, ardía rápidamente en el polvo reseco sin dejar rastro. No podía dejar de escupir porque el jugo ácido manaba sin parar por debajo de su lengua como si algo se le derritiera en la boca y, además, porque esta era su única distracción desde que se había sentado en aquella acera. Reunía un poco, hasta que la espuma tocaba el paladar y entonces separaba los labios, asomaba la punta de la lengua y así dejaba caer todo el contenido sin esfuerzo. A veces, acertaba a cubrir por completo una mancha aún fresca y observaba cómo se dilataba y hervía o cómo las salpicaduras eran devoradas por el polvo.

Un zumbido constante se había apoderado de su cabeza, donde no había nada claro, ni aun los hechos más recientes. Toda su lucidez se concentraba en el espacio entre sus piernas: el polvo, las líneas del cemento, un papel pisoteado. Emilio tenía en la mano un pedazo de fleje retorcido y con él azotaba el macadam o lo sacudía en el aire produciendo rabiosos bandazos. De repente, lo lanzó al medio de la calle.

—¿Qué hacemos?

El caso es que ya había preguntado lo mismo varias veces y ahora Luis tampoco respondió. Dejó caer otro seco salivazo y lo aplastó con la suela.

Emilio lo sacudió por el hombro.

—¿Qué hacemos, vale?

—No sé. Estoy jodido.

—Vamos al billar. —Esperó un poco—. Bueno, ¿Qué hacemos?

—Déjame aquí.

—¿Para qué? ¿Qué vas a hacer?

—Anda tú; déjame.

—¡Vamos al billar! ¡No seas bolsa! —Se levantó impulsivamente, sacudiéndose los fondillos empolvados. Erró un poco por el contorno y dio un violento puntapié al fleje, haciéndolo chillar en el piso. La cara de Emilio relucía con color de ciruela; su pelo revuelto, desaforado, tenía aspecto salvaje. Desde los bolsillos haló la camisa hasta suprimir la parte abombada sobre la correa. Al fin, se impacientó del todo, agarró a Luis por la axila y lo sacudió varias veces. Luis se meció como un muñeco.

—No te hagas el tonto, vale. Caminando te vas a componer. ¡Anda!

—Yo no estoy borracho —afirmó sorprendidamente, y se puso en pie.

—Oye, me pegaste duro, mira. Te lo perdoné porque estabas así. Parecías un loco.

Luis contestó con una sonrisa blanda. Después de un breve examen, comprobó que sus pantalones no tenían salpicaduras de vómito.

—Vomitó allá.

—¡Cónfiro! Menos mal que nos vinimos, ¿verdad?

Se fueron calle arriba, entrechocando los hombros a cada paso. El cielo se teñía a prisa de gris plomo; unas nubes gaseosas, bajas, cargadas de ceniza.

—Va a llover, ¿no? —advirtió Luis, husmeando el aire.

—Ojalá que llueva y que haya una inundación, ¡coño!

¿Tú has visto una inundación?

—¿Dónde? ¿Que se inunda todo?

—Claro, ¡bolsa! ¡Una inundación! Llueve, ¿no? Se inundan las calles, el agua se mete en las casas, se lleva los muebles, sillas, matas; salen las mujeres en fondo para la calle. ¡Qué va! Hay que echarse al agua. Figúrate, una mujer que esté en el excusado y otros dos que están... —echó hacia atrás los codos como si halara una gaveta—. ¡Tú no sabes lo que es una inundación! Figúrate que andan las neveras por la calle: uno llega, abre y se toma una Coca-Cola. —Emilio hizo todos los ademanes de abrir, destapar la botella y beber—. Otras veces pasan camas y uno se acuesta y uno se encuentra culos buenos por todas partes. Las mujeres andan desnudas...

—¿Las viejas también?

—¡Claro!

La afirmación hizo reír a Emilio. Caminaron un trecho abrazados y riendo de la broma.

—¿Tú crees que pueda haber un incendio y una inundación al mismo tiempo?

—¿Cómo?

—Muy fácil. Por ejemplo... ¿Qué pasaría? ¡Oye! Un incendio es terrible, ahí sí no se salva nadie. Pero si fuera una inundación, uno sale nadando.

Emilio nadaba pausadamente.

Llegando ya a la esquina vieron a Irene, que en ese momento cruzaba la calle.

—¡Anda! —bromeó Emilio y empujó al otro por la espalda. Luis lo rechazó ásperamente, pero ambos detuvieron el paso, observándola mientras subía los escalones moviendo su cuerpo largo, de una sola pieza.

—Es una puta, ¿no?

—Yo qué sé. Me importa un coño esa gente.

—Raúl es bien tranquilo, ¡no joda! ¿Tú crees que le importa la hermana? Si yo tuviera una hermana puta la mataría... o, por lo menos, me iría de la casa.

El cuerpo desapareció al cruzar la esquina. Todo el aire, detrás de ella, quedó saturado de un intenso perfume.

La brisa, con fuerte olor de lluvia, hacía cabecear las banderas y arrasaba papeles. Por las azoteas, las mujeres corrían limpiando las cuerdas de ropa.

No había nadie en el billar. También el bar estaba solo y Eugenio, acodado al mostrador, la cabeza sepultada entre las prominencias de sus hombros, parecía sumido en la lectura de un artículo de fondo del periódico de la mañana. Aunque ni siquiera movía los labios, la expresión de su cara indicaba que aquella lectura interior no era nada fluida sino, por el contrario, penosa y reticente. Muchas veces debía volver al comienzo de un párrafo o regresar a una referencia anterior, mientras su entendimiento se abría paso, a través de las líneas, como por duros y pesados tabiques.

Al oír el sonido habitual de cuerda destemplada que hacían los batientes, despegó la mirada del periódico, achicando los ojos para resistir la violenta marea de luz. Los muchachos, sorteando las mesas, cruzaron hacia el salón de billar.

Eugenio continuó como embebido en el balanceo de las puertas; escuchó el tropezar de los tacos al ser desprendidos del tablero y entonces volvió pesadamente la cabeza al periódico. Ellos habían comenzado a jugar sin mayor entusiasmo. El aire sofocante se imponía como una carga a cada movimiento. Luis parecía estar en peor estado ahora: respiraba por la boca, a intervalos y con exhalaciones; sus facciones lucían

maceradas, verdosas y los ojos sepultados en espesas ojeras, como si acabara de salir de un largo insomnio. Sin embargo, hizo tres rápidas carambolas. Satisfecho, se paró a contemplar la mesa colgado del taco.

—¿Qué hacemos? —preguntó Emilio como si se oyera a sí mismo, y Luis, mediante un imperceptible movimiento de labios y la cara vaciada en un molde, pronunció: —juega.

Esperaron. En el silencio pesaba algo que parecía a punto de precipitarse. Emilio se colocó en posición de juego.

—¿Dónde conociste a ese mejicano?

—En la plaza, hace días. Es un tipo confianzudo. Un buen tercio. Figúrate que estaba haciendo suertes con las cartas en medio de un montón de gente. Me dijo: “Corte” y corté. “Escoja una carta”, “muéstresela al compañero”, “baraje” y yo iba haciendo todo. Después, cortó él varias veces, barajó otra vez y me la mostró. El dos de oro. ¡Auténtico! ¡Yo me quedé frío!

—¿Y tú habías escogido el dos de oro?

—¡Claro!

—Algún truco tiene que tener.

—Él mismo dice que son trucos, pero hay que saberlos, me parece, ¿no? Yo no he querido aprender, pero si quisiera...

—¿Tú?

—¿No? Él se me ha ofrecido a enseñarme. En eso se gana: tú ves que uno jugando no puede perder. Pero yo no quiero. Es un problema después.

—¿Por qué? ¿Qué problema?

—En la casa, tú sabes. Mi papá es muy delicado. Si sabe que ando jugando...

—Bueno, ¡coño! Así es.

—¿Tú sabes lo que él vende por la calle?

—¿El tipo?

—Preservativos.

—¿Condomes?

—Sí, vale. Tenía los bolsillos llenos. Cajitas redondas, doradas, tú sabes. Me dijo que me daba las que yo quisiera para venderlas, con una ganancia para mí.

—Y tú, ¿los vendiste?

—No, chico; ¡ni loco!

—Mira, yo no le tengo confianza a ese individuo. Palabra. Le tengo desconfianza.

—No hombre, ¿por qué?

—¿Pero tú crees que uno sirva para eso que él dice?

Al oírlo, Emilio rompió a reír, tirándose de espaldas contra la pared. Luis comprendió que se reía de él, recordando todo lo que había hecho en casa del mejicano.

—¡Qué rasca tenías, vale! ¡Qué rasca!

—Tú tampoco sabías, ¿no?

—¿Pero tú crees que uno va a poder hacer eso en la calle? ¡Nunca! ¿Vender por ahí? ¡Qué va! Yo le hago creer que sí para oírlo nada más.

—¿Quiénes eran los otros?

—Yo no sé. Tipos de por ahí. El que estaba hablando conmigo cuando tú te fuiste era un buen tercio. ¿Por qué te saliste así, como un loco?

—Estaba mal. Salí a vomitar. Yo te dije que a mí no me gusta ese individuo. Oye...

El ruido de la lluvia. El chubasco se precipitó de repente en gotas gruesas y sonoras, como si hubieran vaciado un saco de granos. Los dos

se asomaron a la calle; agarrados a la puerta, de golpe vieron caer, por fin, la lluvia que amenazaba desde hacía un buen rato; era densa y oscura, como si cayera agua pantanosa. Casi todo el cielo se había teñido de ceniza, salvo en una franja lejana, sobre la montaña, donde aún se acumulaban trozos de nubes blancas. El vapor cálido del polvo tostado cortaba la respiración. Se había borrado totalmente el panorama de los ranchos.

Estuvieron contemplando un rato el agua turbia, alargando, a veces, una mano para sentir las salpicaduras en la cara y el cuello, hasta que el aire, al principio caliente y vaporoso, refrescó y se metió cosquilleante, por entre las camisas.

Luis deshizo toda la botonadura de la suya y sacudió la tela entre los dedos.

—Qué bueno, ¿no?

—¡Báñate, pues! —gritó Emilio, y sin darle tiempo a defenderse, lo empujó hacia la lluvia. Las gotas le dieron en la cara y el pecho desnudo, llenándolo del deseo de empaparse por completo. Ambos forcejearon entre los golpes de los batientes y uno y otro fueron a dar, varias veces, a la acera. Cuando, al fin, se precipitaron al interior sacudidos por una risa nerviosa y anhelante, ya tenían los cabellos pringados y las mejillas húmedas. La cara de Luis se había avivado por completo.

—¿A que no te metes ahí con ropa y todo

—No, vale.

Luis, sin hacerse esperar, saltó a la calle. En un instante la camisa colgante se le adhirió por completo a la piel como una molleja. Daba saltos rígidos sobre las piernas separadas, alzando y bajando los brazos, mientras Emilio se ahogaba de risa. Hacía realmente una figura cómica, pues a tiempo que saltaba abría toda la boca como si le faltara el aire y de su nariz se desprendía un hilo de agua. Cuando, finalmente, se cobijó en el salón, apenas una parte de los pantalones se había librado del

baño. La camisa era un colgajo chorreante. Estaba sin aliento casi y sus músculos temblaban con escalofríos.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—No importa —exhaló. Se arrancó la camisa del cuerpo; los bíceps le vibraban como cuerdas tensas.

Tres italianos entraban en ese momento al bar. Se atropellaron en la puerta, mojados, riendo y parlotando en su idioma. Eugenio no les prestó atención; había dejado de leer y miraba melancólicamente a la calle. Uno de los recién llegados apuntó el brazo hacia el billar. Los demás rieron.

—Vístete, vale.

—¿Qué me importa?

—¡Vístete! ¡Anda!

Entró al urinario y regresó casi al momento, cuidadosamente peinado, la tez seca y reluciente. Se había puesto la camisa ajada como un papel de seda. Aquel baño repentino y el violento ejercicio le despejaron la cabeza. Le parecía no recordar nada.

Emilio era un extraño parado junto a la mesa de billar.

15

La botella tintineó varias veces en el borde del vaso, pero solo un pesado hilo de espuma cayó al fondo.

Aún quedaban dos botellas sin destapar en la nevera, pero tendría que cruzar el pasadizo bañado por la lluvia. Las gotas repicaban con golpecitos alegres en los charcos. Francisco se levantó del mecedor, arrastró los pies hasta el borde del patio y allí permaneció sin decidirse a cruzar, la mirada perdida en el fondo borroso del comedor.

—Aurelia —llamó, primero en voz baja, tanto como si hablara para sí mismo, y luego repitió más fuerte: —¡Aurelia!

La muchacha apareció en la puerta del cuarto. Un fondo delgado, color crema, resbalaba sobre su cuerpo hasta más arriba de las rodillas, y por él brotaban sus piernas afiladas y pálidas.

—Anda a la nevera a traerme una cerveza.

—No puedo mojar me, papá —contestó ella sin moverse.

Francisco agarró la botella vacía y se la ofreció estirando el brazo.

—Toma. Llévate esta y tráeme la otra.

—No puedo.

—¡Anda! ¡Anda a traérmela, te digo!

Ella respondió casi agresivamente y encogiéndose de hombros.

—Anda tú.

La asustó el sonido de su propia voz y entornó los ojos. Oyó caer la botella de costado encima de la mesa y un manotazo en los flancos de los pantalones.

—¡Te digo que vayas, Aurelia! ¡Hazme caso! ¿Por qué me contestas así?

Más aturdida todavía insistió:

—Es que está lloviendo, papá. ¿No ves? No puedo mojar me.

—¿Te vas a mojar? ¿Te vas a mojar porque atraveses ese pedacito, ahí, nada más? ¿Qué te va a pasar? ¿O es que no te da la gana? ¿No te importa? —Ella volvió a sacudir los hombros. —¿Por qué tienes que decir “no” a todo?

Todo se le volvió confuso de pronto. Le pareció que todavía estaba hablando con Matilde en el cuarto.

—¿Vas a hacer caso o no?

—Sí, papá.

Volvió corriendo por el pasadizo. La espuma se derramaba por sus dedos y goteaba en el piso. Dejó la botella en la mesita, sin interrumpir la carrera, y desapareció hacia el cuarto sobándose los cabellos salpicados. Francisco regresó al mecedor. Ladeó el vaso para que el líquido corriera sin formar espuma y se lo llevó a la boca saboreando tres cortos tragos.

—Aurelia.

—¿Qué, papá?

De nuevo apareció en la puerta. La tela lustrosa del fondo colgaba sobre su cuerpo plano, donde apenas se insinuaban los picos flácidos del busto. Francisco bebió un nuevo trago, chasqueó satisfecho y dejó la cabeza inclinada, en silencio. Para algo tenía que haberla llamado. Engracia no regresa.

—¿Tu mamá no te dijo a qué hora regresaba?

—No. Me dijo que volvía temprano.

—Ya son las tres por lo menos y no ha vuelto. ¿Qué hora es?

—No sé, papá. ¿Las tres?

—Sí..., las tres, por lo menos. ¿Qué estás haciendo en ese cuarto?

—Nada, papá.

—Nada..., tú eres así: nada, nada. ¿A que no sabes dónde está Matilde?

—No sé. En el vecindario.

—No sé, no sé. Siempre respondes: nada, no sé. Así eres tú. ¿Por qué será que los muchachos son tan distintos unos de otros? Tú eres lo contrario de Matilde. No te gusta salir, no hablas. Tienes buena índole.

Aurelia encogió otra vez los hombros. Buscó el respaldo del sillón que tenía delante y sus uñas arañaron suavemente el tejido de mimbre.

—¿Por dónde andará Luis desde esta mañana? Ese es otro que no quiere servir para nada. No se parece a mí; no sé. Todo ahora es distinto.

Los muchachos... Uno batalla y se mata por ellos y después resulta que no los entiende. Parece que se criaran lejos de uno, no sé...

Inició una pausa larga y pensativa, al final de la cual su voz brotó como si se escapara del curso de sus pensamientos: —¿Te acuerdas de aquel reloj de mesa, de porcelana, que teníamos ahí, encima del radio? ¿Qué se hizo? ¿Te acuerdas?... Lo quebró Luis, una vez, de un pelotazo. ¿No fue? Tu mamá escondió los pedazos en el escaparate para que yo no me diera cuenta. Pero cuando regresé una vez de un viaje..., entonces yo manejaba un camión de mudanzas para el interior, me iba bien, lo primero que hice fue preguntar: ¿dónde está el reloj, Engracia? Era un reloj fino; yo lo había comprado, una vez, en Valencia a un individuo que entró a venderlo a un botiquín; debió de ser robado, quién sabe. Ella, por tapar la cosa, me dijo que lo había quebrado limpiando y me enseñó los pedazos. ¿Cómo puedes haberlo quebrado así, limpiando? Nada. Mucho después vine a saber que había sido Luis. Así se van acabando las cosas. Cada vez que volvía del interior traía algo para la casa...

Había cambiado la mirada hacia el patio. El ruidito fino de las uñas en el mimbre se unía al salpicar de las gotas en las hojas de palma. Las burbujas nadaban en los charcos y desaparecían en un soplo, dejando breves espirales.

—Ustedes tienen suerte. Yo no tuve padres. Mi mamá murió siendo yo muy pequeño. No me acuerdo. ¿Cómo voy a acordarme? Papá hacía su vida por su cuenta. Siempre fue igual. Era un catirazo tostado, con cada mano así..., algo como esa puerta. Trabajaba en la estiba y yo lo veía raras veces, los sábados, si acaso, en el botiquín al lado de la aduana, jugando dominó con sus amigos, vestido de blanco, como se usaba entonces. Tuve que ganarme la vida desde temprano. Entré de aprendiz, sin sueldo, en un taller de la Alcantarilla. Tendría... doce años... o menos. Ahí había que trabajar duro. Dormía en el taller, dentro de un camión viejo. ¿No ves cómo desde chiquito estoy metido en esos bichos?

¿Te acuerdas de ese lugar en Puerto Cabello, Aurelia? La Alcantarilla. Yo se lo mostré cuando fuimos; debes acordarte. Claro que el taller no existía ya; aquello está modernizado, es otra cosa. Pero eso siempre será lo mismo: un botiquín en cada esquina y los montones de gente ociosa en las aceras. Lo mismo. Bueno, allí llegan los transportes de todas partes, ahí están las oficinas de pasajeros, ahí están las gestorías, los garajes, los terminales de autobuses, todo. Ahí cerca llegaba el tren y la gente. Gente de todas partes. Cómo era de alegre aquel puerto.

Vimos muchas cosas esa vez. Me acuerdo del Hotel la Riviera con su gran patio, todo de mosaico y sus corredores altos, donde los pensionistas se sentaban en los mecedores de esterilla a tejer o a leer revistas... los barcos, tan grandes y tan silenciosos, entrando al muelle como si pasaran por la puerta de una casa. Las piedras negras, carcomidas, donde el agua verde resbalaba formando espuma, sin poder arrastrar del todo la nata que flotaba adherida a ellas como cabellos. Ellos se agarraban a los hierros calientes de la baranda del muelle y el viento los golpeaba en la cara como un trapo grueso. El ruido del agua era como de mil astillas secas que se quiebran, acompañado por los lenguadazos sobre las quillas de las barcas de madera, cargadas de limo. Siempre que recuerda aquellos días se ve entrando con Matilde de la mano al gran comedor, avanzando por un pasadizo de manteles blancos y espaldares de madera con corazones calados. El mesonero acudía trayendo una jarra de agua, tan helada que les adormecía las encías y hacía sudar las copas, y luego colocaba los platos hirvientes, rebosantes de sopa de pescado. Dos ancianos, que eran siempre los primeros en llegar y también los primeros en levantarse. Ocupaban una mesa frente a la de ellos, en la fila del centro. Ella era una figura pequeñita, menuda, nerviosa, que caminaba con pasitos cortos y rápidos y usaba un gran moño desteñido y acribillado de horquillas entorchadas y un pañolón tejido echado a los

hombros, cuyos extremos se alargaban hasta más abajo de las rodillas. Metía los dedos en la comida y masticaba sin parar y a prisa, fijando una mirada absorta en el mantel, minuciosa como una ardilla. Ambas estaban siempre pendientes de ella y cuando tomaba el café con leche la oían, claramente, tragar con un sonido grueso: glup, glup, glup... que ellas querían imitar más tarde, tomando grandes tragos de agua, aunque nunca llegó a sonar igual. Mucho tiempo después aún se ahogaban de risa recordándolo. Él era un viejo blanco, fino, tan delgado, que se le veía el color de los huesos a través de la piel y, sin embargo, cuando estaba sentado ofrecía un porte distinguido de retrato. Su manera de cortar la carne sin esfuerzo aparente, sin inclinarse sobre el plato y sujetando los cubiertos como si fuesen pinzas delicadas, llamaba la atención de todos. A cada momento se tocaba los labios con la servilleta y bebía un sorbo de agua. Pero, al final, ella tenía que llevarlo, poco a poco, del brazo, porque tenía las piernas trabadas, como si fuesen de una sola pieza, y se desplazaba con pasitos entrecortados, sin levantar los pies y balanceándose de lado y lado. Por la tarde estaban sentados en el patio trasero, en sillas de extensión; su cabeza plateada, cenicienta, cubierta con un gorrito a cuadros y las piernas con una manta de lana, mirando el mar, porque el patio de atrás daba al mar, que ya se había puesto verde y duro. Los cuartos se cerraban con puertas de tela metálica. Hacía siempre calor, un calor salado y parecía que el aire untara la piel con algo graso. ¿Fueron cuántas noches? ¿Dos? Tres, a lo sumo. ¡Pasaron tantas cosas en tan poco tiempo! Fueron días espaciosos, compartidos entre mañanas y tardes, donde cabían holgadamente muchas cosas. Tardaba mucho en dormirse en la cama dura que tenía olor de hierro oxidado y despertaba a media noche, asustada, llorando. Le parecía encontrarse sola en un lugar extraño y experimentaba un gran peso por dentro. El mar sonaba siempre oscuro, feo.

—¿Cuándo volvemos a Puerto Cabello, papá?

A Francisco pareció agradarle la pregunta. Afirmó varias veces, sonriendo para sí mismo y las puntas de las pantuflas golpearon rítmicamente el piso.

—¿Te acuerdas de aquello, verdad? Te estabas acordando ahorita. ¡Claro! Yo los llevé allá, una vez, para que vieran lo que es una ciudad bonita, alegre, con el mar allí mismo, el malecón, la gente paseando de tarde. ¿Viste donde quedaba el almacén de los Ruthman y la casa donde vivió tu mamá hasta que nos casamos? Una gran casa. Los Ruthman fueron gente de real. Pues, así y todo, aquello no es lo mismo de antes. ¡Qué va a ser! Aquellos bares, aquellos almacenes..., todo se ha ido acabando solo. El dinero corría. A ustedes les llamaba la atención, chiquitas, ver tantas casas de balcones y esas calles angostas con paredones de lado y lado; esos callejones sesgados cruzándose por todas partes. Ahora es difícil volver... Quién sabe... Alguna vez volveremos...

...El mar. Todos sentados en la arena, descalzos, con las piernas extendidas, ardiéndoles como si tuvieran hormigas. Los pies se les cubrían de espuma salada y la piel quedaba mucho rato blanca y arrugada como nata. Él se puso un traje de baño y quiso obligarlas a entrar en el agua. Ella comenzó a dar gritos. Su figura, toda negra, carbonizada en medio del resplandor de la espuma, aparecía suspendida por las olas; se ocultaba bajo la masa de agua y volvía a aparecer más allá. Ella miraba fijamente con los ojos en ascuas y la piel ardiente, el lugar donde la gente se bañaba amontonada, hasta que el mar, allí, se convertía en un charco plateado, deslumbrante, todo poblado de cabezas negras que flotaban como corchos por todas partes y que de pronto eran envueltas por las olas. Lo veían acercarse, la espuma a las rodillas, el pelo pegado a la cabeza, todo lustroso y chorreando como un tronco sacado del agua...

—Engracia debe estar al llegar. Anda a buscarme la otra cerveza, Aurelia.

16

El viejo dormía semidesnudo y toda una pierna, hasta el nacimiento de la ingle, aparecía fuera de la sábana. Matilde, desde la puerta, miraba fijamente ese trozo de carne gorda y blanquecina desprovista de vello. El pie emergía fuera del borde de la cama: un pie largo, torcido, amaratado, provisto de uñas negras como verrugas. Desde el sitio donde se hallaba no podía descubrirle la cara, que estaba sepultada en las almohadas, sino apenas el corte descarnado de la quijada y la piel tersa del cuello con su mancha color rojo ladrillo. Esperaba desde hacía largo tiempo en el recibo y hasta entonces el viejo no se había movido. Ya no llovía, por suerte. Un sol triste bañaba el patiecito y los charcos comenzaban a secarse formando mapas amarillos sobre los mosaicos. De tanto permanecer sentada en el sillón de paleta, siente adormecida aún la parte baja de los muslos. El aguacero habrá detenido a Raúl. Quizás no vuelva antes de que regrese la hermana. A medida que el aire del cuarto se aclara va descubriendo la esfera blanca de un reloj sobre el escaparate y comprueba que son poco más de las cinco. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Aquella casa es tan semejante a la suya y a casi todas las de la cuadra que, sin duda, debieron ser fabricadas en el mismo tiempo y bajo un solo modelo. Poseen la misma distribución, iguales dimensiones y, no obstante, esta ofrece un aspecto diferente que salta a la vista: tiene, en conjunto, una apariencia de vestido ajado y poco limpio. El aire disemina un solo tono gris, indolente, que pesa sobre las cosas y la aísla entre sí como si no existiese vínculo entre ellas. Sin embargo, el único cuadro que hay en la pared del recibo es bastante nuevo. Irene debió haberlo adquirido, hace poco, en alguna venta ambulante de cromos. Representa a una hermosa mujer, de cuerpo elástico, envuelta en velos, que está tendida al costado de un gran tigre cuya piel embetunada reluce sobre el fondo púrpura. También es nuevo el pequeño receptor blanco con estrías doradas instalado en el rincón sobre una mesita de cuatro patas

alta y raída, y asimismo la cortina que cubre la puerta del cuarto de Irene; la lluvia ha cubierto de salpicaduras negras todo el borde inferior. A pesar de tales adornos, prevalece la desnudez de las paredes, la pintura cuarteada, la soledad de las mesas; aquí, un florero vacío, una grieta en el piso, la tierra tostada del patio, donde apenas medran algunas plantas inútiles y envejecidas.

Ella recuerda cuando vinieron a ocupar la casa no hace más de un año. Había permanecido cerrada algún tiempo y los muchachos la convirtieron en campo de juego: cabalgaban sobre los tubos de la reja, pisoteaban el jardincito, donde solo crecía un monte áspero y rebelde que ya alcanzaba a la ventana y acabaron por asolar la fachada llenándola de desgarrones y fracturas. Un día cayeron allí los albañiles, trabajaron toda una semana y la casa quedó como nueva. Cuando estuvo terminado el trabajo, se apareció el camión y unos hombres de torsos llenos, chorreantes de sudor, empezaron a bajar muebles y trastos y a acumularlos en la acera a todo lo largo de la reja. Allí quedaron, expuestos al sol, un gran colchón enrollado como un pan y cubierto de manchones grises, las camas desmontadas, conos de lámparas y cacharros tapizados de hollín. De una gran caja, por entre puntas de zapatos, telas de colores y objetos de pasta, sobresalía una cabeza de muñeca. Se abrieron puertas y ventanas y quedó al descubierto el interior desnudo, los huecos de las puertas, el piso salpicado de pintura. Los muchachos pudieron entrar por un rato y corrieron, gritando de cuarto en cuarto excitados por las resonancias que despertaban en aquellos espacios vacíos. Más tarde, lavaron todo y el agua negra corrió hacia la calle. Cuando empezaba a oscurecer, estando todos reunidos en la reja, vieron detenerse un automóvil de alquiler. El primero en bajar fue Raúl y detrás de él un hermano suyo que luego apareció varias veces por allí. Era alto y trigüeño, quizás de unos treinta años. Por su manera de vestir aparentaba ser un empleado de oficina bastante modesto. Debía estar casado y vivir aparte

con su familia. Pasado un tiempo no lo volvieron a ver. Entre los dos ayudaron a salir al viejo. Batallaron en la estrecha puerta y, con mucho esfuerzo, sosteniéndolo casi en vilo por las axilas, lo llevaron adentro. Irene bajó de última cargada con un gran lío de ropa. Al otro día apareció Raúl en la cuadra paseándose con su aire desganado y por supuesto llamando la atención de todos gracias a sus chaquetas de corte italiano y sus camisas multicolores. Estudiaban en el mismo liceo y, sin embargo, ella no lo había visto antes. Fue en esos mismos días cuando empezó a verlo confundido entre los muchachos o jugando pelota en el patio. No llegaron a hablarse sino mucho después. ¿Hasta cuándo va a esperar allí? Empuja una puerta. Es el cuarto de Irene. El olor del tocador lo llena todo. Tarros, frascos, rizadoros, pinzas, forman multitud bajo el espejo, donde se reflejan unos paisajes chinos, el edredón, una alfombra gruesa al pie de la cama; el cuerpo de una media cuelga desde el edredón hasta la alfombra, donde también hay un zapato volcado. Es el único detalle que altera el orden escrupuloso, el acomodo como de vitrina de tienda que presenta aquel cuarto. Todo es nuevo, plisado, recamado, blando. Una gran muñeca rubia, vestida a la antigua, sonríe y abre los bracitos asentada en las almohadas.

Ahora, en el cuarto de Raúl hay otro olor. Olor de varón, como el de Luis. Algo desaseado como el de la ropa amontonada antes de lavar. Ella entra, dejando la puerta entreabierta. La camisa de cuadros cuelga de un clavo en el reverso de la hoja. Ha estado otras veces allí y recuerda cada cosa. El suéter rojo está amontonado en una silla, donde mismo ha estado desde la semana pasada. En una mesita se amontonan libros y cuadernos forrados en papel verde. El nombre. Raúl, aparece dibujado en los cantos con tinta china. La cama de hierro es angosta, dura y está siempre forrada en una colcha tensa y descolorida que huele a lana remojada. Allí se sientan los dos, agarrados de las manos, mientras el viejo duerme, como siempre, detrás de la pared. El la empuja por los

hombros, luchan un poco y, al fin, la obliga a tenderse y se le sube encima aplastándola contra los nudos de la colchoneta. La besa en la nuca, en el pelo, en los ojos; la golpea con los huesos de la cara y las rodillas. A veces, lo oyen moverse y rezongar en su camastro y se quedan quietos, aunque sin soltarse del todo, ardiendo de sofocación. Aquella interrupción le permite apartarlo y arreglarse el vestido. Sentados en el filo del jergón hablan un poco en voz baja. Su voz es opaca, como si atravesara una tela gruesa. Le jura que van a casarse, vivirán juntos y entonces sí, todo. El viejo tose del otro lado o se sienta en la cama quejándose.

Otras veces, arrimados a la mesa de los libros, hojean una historieta o una revista de cultura física. Allí la batalla comienza cuando ambos coinciden en pasar una página; cada uno tira por su lado; la hoja se rasga y Raúl la arrebató violentamente y se la arroja al seno. Luchan acerbamente, crispando los dientes y ella retrocede, paso a paso, hacia la cama. Entonces, oyen que el viejo se levanta, tose, carraspea o suelta un viento ruidoso y profundo. Quedan paralizados a mitad del cuarto con los dedos entrelazados. El vaso de noche chilla sobre el cemento; en seguida el chorro campanillea en el metal y se siente crecer la espuma a borbotones. Ella, cubriéndose la boca para ocultar la risa, sale corriendo del cuarto.

Un ruido afuera le advierte que Raúl acaba de entrar. Sus pasos cruzan el recibo. Matilde hace el intento de salir rápidamente, pero es inútil, porque ya Raúl empuja la puerta.

17

Los flecos del toldo continuaban goteando mansamente.

—¿Crees que vengan? —preguntó Irene y oyó el ruido deslizante de unas ruedas sobre la humedad. El automóvil pasó muy cerca de la acera, despidiendo una espiga de lodo por cada rueda.

María respondió encogiéndose de hombros. Su cara estaba envuelta en gasas de humo de cigarrillo. Fumaba demasiado, a cada momento, y unas manchas biliosas le empañaban el índice y el anular. Sin embargo, no aspiraba el humo, como los fumadores, sino que tomaba la bocanada lentamente, sosteniendo el cigarrillo en mitad de los labios, entornando levemente los ojos y luego entreabría y dejaba que el humo se escapara por sí solo en telas y anillos deformes que se desvanecían pesadamente. Irene quiso agregar también: vámonos, pero se contentó con repetir la palabra varias veces, paseándola sobre la lengua, detrás de los labios cerrados, hasta que la diluyó por completo.

A poco salió el sol y la calle comenzó a cubrirse de una tinta amarilla que fue extendiéndose en grandes manchones vivos sobre la humedad. Dondequiera que caía, la mancha salpicaba, propagando reflejos alargados por los frentes de los edificios, en los bordes de metal y aún más intensamente en los cristales. Irene la vio temblar, diluida en el vaso de agua y el cabello pintado de María. Un ópalo que ella tenía en el dedo medio se había llenado también del líquido amarillo. Al fondo de la avenida, los automóviles parecían incendiados y se acercaban lanzando reflejos. Irene distrajo la mirada en las vitrinas de la acera opuesta. Tras el cristal, que parecía derretirse en la luz, se entreveían los maniqués vestidos de etiqueta, en sus acostumbradas poses extáticas. A un lado, la decoración representaba una escena de playa: piernas delgadas, grandes cestos de paja, un gran paraguas listado y, como fondo, la borda de una embarcación rústica por la que sobresalían gestos de brazos afilados y un vuelo de sombreros chatos.

Era aquél el lugar donde convinieron en encontrarse esa tarde. El *Grand Café, Tea Room*. Irene fue la primera en llegar, poco después del mediodía, cuando aún no había nadie en el lugar y el sol bañaba una parte de las mesas vacías. Pidió un té helado. Había aprendido a tomar esa bebida en la época en que trabajó en la Agencia de Viajes, hacía un

año apenas. El gerente y los empleados principales eran europeos y tomaban té helado por las tardes. Se puso a recordar a uno de ellos, un joven alto, casi hasta rozar el dintel de las puertas, manos prodigiosamente largas y amarillas y cabellos también de un amarillo fino y luminoso. No lo oyó hablar nunca y sus ademanes, siempre demorados, se producían como desprendimientos de su cuerpo. María llegó poco después. Pidió un *sundae* de fresa y, desde el primer momento, habló y habló sin detenerse. Había despertado con un grave malestar, producto de la bebida: dolor de cabeza y náuseas. Además, tuvo disgustos en su casa: los acostumbrados pleitos con la madre, que le reprochaba su conducta. Marina, su hija, de cuatro años, estuvo insoportable toda la mañana.

—No pude dormir; estoy muerta —barbotaba, atropellándose en las sílabas. Después, lo que le había confesado Arturo, el hombrecito de la noche anterior. Era casado, por supuesto. Pero se las llevaba mal, como todos. —Me gusta el tipo, no te lo puedo negar; ¿qué se hace? ¿y el otro? Irene se interesó por él. Bueno, era ingeniero, casado también, con dos niñitas; un individuo de mal carácter, con plata. —¿Qué te dijo? —Nada, no le pude sacar una palabra. Es un tipo que no habla; me dio rabia, palabra. Por mí me hubiera ido. ¿Vendrán? —Arturo me llamó esta mañana. Quedamos en vernos aquí, a esta hora. —Pagó todo, ¿verdad? —Claro; Arturo no tenía una locha. Es un vivo.

—No debimos haber bajado ahí, yo estaba mal.

Decían: el Ingeniero, y no podían nombrarlo porque les provocaba risa. Ya reían de solo mirarse a las caras. Irene contaba cualquier cosa, imitaba algún gesto del tipo y al momento la risa se les contagiaba; finalmente las dominó hasta fatigarlas. En eso empezó a llover y los que pasaban por la calle se refugiaron corriendo bajo el toldo. También ellas tuvieron que retirarse a una mesa del fondo.

—Tengo aquí su teléfono; lo voy a llamar.

—No, espera.

—¿Por qué?

—Mejor no.

—¡Si me dio el teléfono!

—Van a creer...

—¡No seas pendeja!

Por el interior de la copa, ya vacía, resbalaba una mezcla densa con estrías rojas. La lluvia azotaba rudamente el toldo.

—No vendrán; mejor ¿Qué haremos ahora?

Empezó a desear que María no pudiera comunicarse y logró su deseo.

—Ese bolsa no está en su casa.

—¿Quién te atendió?

—No sé. Una voz fina, parecía una niña. Me dijo que había salido desde temprano.

—Bueno, y ¿qué hacemos?

—Nada. Quedémonos aquí. Está lloviendo.

Pronto, el ruido de la lluvia se hizo monótono y constante. María se precipitó a contar una de sus historias inagotables, pero ahora el timbre de su voz sonó empañado como si lo apagara el ruido espeso de la lluvia.

—¿Tú sabes que Eduardo me llamó la otra tarde al trabajo? —empezó.

—¿Quién?

—Eduardo, chica, ¿no sabes?

—Claro.

—¿No te lo había contado? —Irene sacudió la cabeza. —¿Qué es lo que se imagina él? Siempre me llama con el mismo cuento: que quiere la niña, que yo no puedo educarla, que me quiere todavía; no sé. Dice que yo llevo una mala vida. ¿Y él? ¿Acaso yo no sé lo que hace? bueno... ¡lo

que siempre ha hecho! Entonces, ¿cómo no me pasa lo necesario para la niña? Yo sé que a él le van a contar cosas. Cualquiera que me ve en alguna parte va y se lo dice. Como si él tuviera algo que hacer conmigo. ¡Yo no puedo sacrificarme, Irene! Él se portó como un sinvergüenza; no supo ser hombre. Primero, quería que yo botara la criatura, pero yo no quería por mamá... y porque no; yo no sirvo para eso. Yo quería tener mi muchacho, tú lo sabes. ¿Cómo me va a pagar él todo lo que he sufrido? ¿Cómo? Tú sabes cómo he sido yo. Y cuando lo conocí todo era muy distinto. No me conocerías ahora si me hubieras visto antes; figúrate que caí como una zoqueta y además estaba enamorada y lo quería, ¡palabra! Es la única vez que he querido a un hombre de verdad; quererlo, tú sabes. Él no podrá decir nunca que yo lo engañé, mientras que él andaba con otras y me hacía sufrir. Aquello era un infierno: le encontraba pañuelos pintados, cabellos, direcciones; ya ni siquiera lo disimulaba. Mamá no hacía más que llorar, tú sabes cómo es ella... ¿Y cuando salí en estado? Si lo hubieras visto cómo se puso el día en que se lo dije. Lo único que se le ocurrió fue decirme que tenía que salir de eso y hasta fuimos los dos a ver una mujer, una enfermera que se ocupa de eso. Yo me quería matar. La mujer pidió trescientos bolívares, y cuando salimos del edificio, en plena calle, tuvimos una discusión: él me culpaba a mí de todo y decía que tendría que robar para conseguir la plata; que para mí todo era muy fácil. Me llamó puta. Yo me iba tirando del carro. ¿Tú sabes lo que es eso? Se me acabó el mundo, chica. Después fue con mamá: me gritó, me pegó, me dijo de todo. ¿Y cuando me tomé las pastillas? Me tomé veinte pastillas de optalidón. El desgraciado iba a verme al puesto de socorro; lloró cuando vio a mamá, y yo hasta creí que había cambiado; hasta me dijo que se iba a casar. ¡No, chica! ¡No se puede creer en los hombres! Yo lo oía hablar y hablar y era como si nada. Una se endurece, chica, ¡qué va! Los golpes enseñan; por eso te he dicho siempre que no tomes en serio a los hombres; óyelos, arráncales lo que puedas, ¡goza la vida! ¡No se puede creer!

Continuaba lloviendo pesadamente. Un mesonero, alto y huesudo, adosado a la vitrina de cristal de los fiambres, miraba hacia la calle con sus pupilas hondas y enrojecidas. Irene saboreó mentalmente el jamón rojo, cortado en lonjas; el gran pescado en gelatina y los pollos que giraban en la rotisería.

María, durante su charla, había derramado unas pocas lágrimas que se secaban en sus ojos. Sus facciones parecían haberse reblandecido ligeramente.

Después de un rato, Irene preguntó:

—¿Tú crees que van a venir?

—¡Que no vengan! ¿Qué importa, pues? Ojalá no vuelvan más y se acabó. ¡Listo! ¿O fue que te enamoraste del Ingeniero?

—¿Yo?

—Dime la verdad. No me vas a negar que el tipo es un paquete. Su ponte que se casara contigo.

—¡No me digas! —Irene soltó una carcajada seca y fingida.

—Bueno, chica. Hay muchas muchachas como tú que se han casado, ¿no? Es cuestión de suerte. Yo tenía una amiga llamada Aurora...

—Sí, tú me contaste.

Y así, hasta que terminó de llover. Irene volvió a preguntar si vendrían. Esperaron un poco mientras iba cayendo la tarde grisácea y se encendieron los anuncios con su primera luz pálida y, al fin, se levantaron.

18

Unas puertas de golpe se abrieron al paso de dos hombres que avanzaron hacia Luis gesticulando. El aire olió a cerveza agria y las piezas de dominó golpearon como martillazos en las mesas.

—Vente —dijo Emilio.

—Permiso —silbó una voz de mujer a su espalda y lo envolvió una oleada de fuerte perfume. Uno de los hombres que en ese instante pasó a su lado agitando los faldones del saco, lo tropezó en el hombro. También la mujer lo rozó con su brazo redondo moteado de pecas grises. Iba untada de un perfume denso y persistente que él había olido otras veces. La hermana de Raúl, por supuesto. Se cruzaron cuando ella entraba a la casa, empujando la reja con la rodilla y él se inmovilizó sobre las puntas de los pies, arqueando el cuerpo para evitar tropezarla. Su olor permanecía adherido a las narices largo rato.

El Gato le puso una mano en la nuca.

—Bueno, ¿qué hacemos?

Ella cruzó rápidamente el jardincito y a la luz del bombillo colgado encima de la puerta, buscó las llaves en su cesto de paja. El cuerpo desgarrado hacía equilibrios sobre unos altos tacones de corcho. Por el largo escote en V de la espalda asomaba la piel de esperma; los huesos flojos de los omóplatos, moviéndose al impulso de los brazos como si se salieran de su sitio.

—Vente —insistió Emilio, halándolo por la manga.

Justo cantaba cerca de su oído. Aunque su voz era flaca y menuda como su cuerpo, poseía un cierto timbre nasal que le permitía modelar la canción con dejos de cantante profesional. A veces lo hacía en serio alguna noche, reunidos en una esquina y encontraba un auditorio atento que le pedía otras canciones y escuchaba sus comentarios sobre las voces de moda. Entendía de discos y de estilos de orquestas.

En el ancho pasadizo formado por arcadas y columnas rugosas, la multitud se movía oscuramente. Justo interrumpió el canto y señaló, proyectando los labios, a un tipo delgado de suéter azul que pasaba en ese momento balanceando en la mano un modelo diminuto de

transistores, embutido en su bolsa de cuero. Por entre el movimiento de brazos y piernas se escurrió la vocecita metálica.

—Voy a comprar uno de esos, tú verás —dijo El Güero, y lo siguió con la mirada. Justo le lanzó una floja trompetilla.

Por encima de las cabezas borrosas se aglomeraban los anuncios de las tiendas: tiendas de vestidos femeninos y artículos de playa; vidrieras con maniqués rosados, muestrarios de camisas y chaquetas y vajillas en nichos de papel crepé.

Ahora los cuatro, se detuvieron frente a un pequeño puesto de revistas reclinado a la entrada de un bar, entre las puertas de golpe y un mostrador de dulces y cigarrillos. El hombrecito del puesto dormitaba en un pequeño taburete, todo encogido en sus harapos, mustio, como si la lluvia lo hubiese sorprendido a la intemperie. Formaron un círculo en medio del pasadizo. El Gato, arrugando su cara picada de viruelas, repetía una especie de chillido acuoso que brotaba de la contracción de sus mandíbulas. Emilio parecía observar el movimiento incansable de los anuncios luminosos por todo el contorno de la gran plaza. Los reflejos teñían el cielo oscuro y bajo con un polvo rosáceo y se incrustaban hasta el fin en el asfalto semejando barras de caramelo. Luis se dejó caer de espaldas contra una columna. Allí lo alcanzaba la luz verdosa de mercurio revelando su cara demacrada, los ojos hundidos y sin brillo y el cabello lacio sobre la frente. Abundaba un olor a cebolla picada y a maní caliente de los muchos puestos estacionados junto a la acera. Los grupos de gente interrumpían el paso mientras comían un perro caliente, hojeaban revistas o cambiaban saludos ruidosos en italiano. Se oían los gritos de los choferes, que no dejaban de pasearse en mangas de camisa, voceando sus itinerarios frente a las puertas abiertas de los automóviles, bañados por dentro de luz blanca. Por la ancha calle de dos vías, dividida por una isleta con árboles raquíticos, los vehículos se deslizaban chirriando en la humedad. También en los capots temblaban distorsionadas las luces de

neón y se advertía, de golpe, el blanco calizo de los rostros, una cabellera rojiza, el brillo del tablero entre las ráfagas de música de los radios y los saltos de un esqueleto de goma en un parabrisas.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Justo.

Después de la partida, en el terraplén, todos se aglomeraron en el billar, donde Emilio y Luis habían estado jugando hasta entonces. Traían los uniformes humedecidos y los zapatos cargados de barro fresco. Estuvieron discutiendo los incidentes de la partida y trajeron cerveza. Era agria y desagradable y a Luis le provocó náusea nuevamente. Después, Emilio lo atajó en la puerta cuando intentó irse al descuido. Estuvieron hablando un momento en la acera, bajo una lánguida llovizna y en eso vieron a Francisco que cruzaba la calle vadeando a saltos los ríos de agua ocre y espesa. Volvieron rápidamente al billar y Luis se retiró al rincón junto al urinario.

—Ya se fue —vino a decirle Emilio con la mirada dura, el labio inferior desgajado y húmedo y un vaso de cerveza en la mano. Fue El Güero quien propuso tomar un autobús e ir al centro, cuando los cuatro caminaban por la avenida tumultuosa, aburridos y un poco mareados. Flotaba el humo de los tubos de escape y el rancio de los cafés de chinos, atestados de gente mal vestida que tenían las bocas relucientes de grasa amarilla. Justo pagó por todos y fueron a sentarse en el último asiento, en los cojines, calientes, estremecidos por la trepidación del motor.

—¿Qué te pasa? —preguntó El Güero, sacudiendo a Luis que cabeceaba en el rincón.

—Me jodí —le respondió entre dientes, soñoliento.

—Déjalo, vale. Se rascó esta tarde con nosotros intervino Emilio.

—Es muy débil.

—¿Dónde estaban ustedes?

—¿Nosotros?... ¿Tú conoces al mejicano?

—¿A quién?

—A ese individuo de paltó verde que vende, que hace suertes.

—¿Uno que estaba la otra noche en la plaza? Me dijeron que era marico.

—Mentiras; yo lo conozco.

Discutieron el caso. El Güero se estiró en el asiento, alargó las piernas y comenzó a mecer el bajo vientre con una pulsación hipante. El autobús avanzaba rugiendo por entre dos filas interminables de automóviles y música de radios. —¿Por qué no nos bajamos aquí? —propuso Justo, y se levantó resueltamente. A ambos lados de la avenida abundaban los pequeños bares oscuros y ruidosos con montones de gente a las puertas. Emilio lo hizo sentarse de nuevo halándole por la camisa. Justo fingió una pirueta exagerada, pataleó al borde del cojín y, finalmente, se dejó caer en el piso. Así, acurrucado entre dos asientos, el cuerpo estremecido por las vibraciones del chasis, dejó escapar un vientecito delgado y silbante que sonó como un ruido de estática. El Güero le lanzó un puñetazo a los fondillos. Mientras Emilio reía a carcajadas, un hombrecito de apariencia endeble, con cara de gajo de limón, les lanzó una mirada furiosa desde el otro extremo del asiento.

—¡Orden, señores; orden!, —reclamó El Güero enarbolando el índice y el hombre apartó la mirada rumiando algo entre dientes. El autobús lanzó dos resoplidos y se precipitó por un claro de la avenida.

Caminaron varias cuadras, colándose por entre las aglomeraciones formadas en las gradas de los cines y los grupos familiares estacionados frente a las vidrieras. Justo se había adelantado, pasando ante un pretil de buhoneros. Los vendedores, con sus camisas chillonas y su rezo insistente, alzaban hasta las caras de los transeúntes manos cargadas de muchos objetos relucientes: jeringuillas, tijeras, máquinas de afeitar. Más adelante se detuvo bajo un letrero de neón amarillo: Mecanición.

Entrada Gratis. Los otros entraron resueltamente y juntos recorrieron de una sola vez la profunda galería, formada de paredes lisas pintadas de blanco y bañadas también de una luz blanca y fija como todo el salón. Unos amplios letreros de molde avanzaban hacia el fondo: Juegue, Apueste, Gane, Diviértase sanamente, La feria del juguete mecánico. El estruendo de timbres, circuitos, campanillas y piezas que chocan, chillan y se repelen, semejaba una multitud de insectos monstruosos frente a un cristal. Los que operan las máquinas apoyan el vientre en los tableros luminosos donde bullen, como en un acuario, escenas parpadeantes de ferias, pistas de carrera y flechas con cola de cometa que señalan hileras de cifras. Más al fondo, en un golfo de humo de cigarrillos, bajo la luz polvorienta de numerosas pantallas circulares que penden del techo, están los billares. Son como terrazas de pana verde, por donde circulaban los torsos de los jugadores moviendo sus tacos. Resuena a cada instante el estampido seco de los rifles de aire.

Pocas mesas estaban desocupadas. Emilio y Luis, que no se separaban, se instalaron ante un futbolín.

—Tú y yo estamos enllavados para todo, mi caballo —le dijo Emilio, echándole un brazo a la espalda.

—Oye, yo no tengo plata.

—No importa, te presto. —Levantó entre el pulgar y el índice un billete de diez bolívares, duro y casi nuevo y lo hizo crujir con un soplo.

—¿Diez? ¿Dónde conseguiste?

—No te ocupes. Juega.

Esta vez sacó una moneda de un real y puso a funcionar el aparato. La pelota daba tumbos entre las filas de muñecos. Allí cerca, Justo extendía los brazos alrededor de otra mesa. A cada contracción de sus brazos el tablero parecía desmoronarse interiormente en medio de chillidos y

campanillazos. Emilio manejaba las palancas con acierto y los muñecos ahilerados se columpiaban rígidos golpeando y devolviendo la pelota.

En ese momento, una mujer que parecía venir del fondo, apareció en la sala. Estallaron risas y silbidos. El rostro ajado, seco, fragmentado por los cosméticos se volvía a derecha e izquierda, paseando una sola expresión entre complacida y estúpida. Su aspecto era realmente risible. En medio del humo y del ruido continuo, las caras más cercanas dibujaban risa. Emilio lanzó una de sus rotundas carcajadas.

— ¡Mira eso, vale!

En una mano sostenía un pequeño ramo de flores; bajo el otro brazo apretaba una cartera de patente, enorme, aplastada y llena de grietas. De repente, un moreno alto y desgarbado, de piel marrón terrosa y unos brazos larguísimos y descoyuntados, se desprendió de una de las mesas, vino corriendo detrás de la mujer, elevando una mano y la descargó en los fondillos, hacia abajo, donde el golpe se ahogó entre trapos. Estalló una lluvia de silbidos. Ella dio apenas un respingo y siguió su camino, indiferente, mientras el hombre, en medio del salón, se agachaba a recoger un sombrerito de paja, color rojo vivo, que había dejado caer en la carrera. La bola correteaba, aturdida entre los muñecos.

Justo acababa de marcar seis millones en medio de un estallido de luces rojas, cuando un empleado joven, de porte atlético, se acercó al Güero que esperaba turno. Se identificaba por las insignias de la casa grabadas en la franela.

—No se admiten menores. ¿Okey? Desocupen la mesa —dijo, dando dos palmadas silenciosas.

El Güero protestó airadamente. Un grupo se acercó a curiosear.

—¿Menores? —gritaba, poniéndose rojo—. Y este, ¿quién es? —Y señalaba a un muchacho delgado, de cara enfermiza, que jugaba en otra máquina. —¿Nosotros no tenemos derecho? ¡Qué va, o!

—O key, o key, desocupen...

Retrocedieron en grupo, lentamente, de mala gana, mientras el individuo daba la espalda y se alejaba hacia los billares moviendo el torso atlético.

A medio camino, Justo lanzó un silbido fortísimo con los dedos en las comisuras y El Güero gritó a todo pulmón: —¡Maricote! Y se atropellaron, corriendo entre la gente.

19

La vía de agua espesa y rugosa corría bajo la acera, arrastrando una pulpa de papeles y cascajos. En mitad de la calle se adherían al macadam trozos de cartón, maderas y ripios negros que la corriente había arrasado desde los cerros.

Francisco atravesó a zancadas la calle. Las botellas chocaron en el fondo de la bolsa de papel. Un olor de frituras que impregnaba el aire, en la otra acera, le inundó el estómago, donde ya fermentaba la cerveza.

En un principio, había pensado entrar a Las Tres Potencias por aquellas cervezas y, sin embargo, siguió resueltamente hasta la plaza. Allí estaba, en el mismo botiquín donde, esa mañana, había pensado en encontrarse con Modesto Infante. ¿Y si él estuviera allí por casualidad? No había nadie en la barra. Puso la bolsa sobre el mostrador y trepó a un taburete. El dependiente se colocó delante y desplegó los brazos en el mostrador aguardando una orden. Voces alteradas y el torbellino de las piezas de dominó pasaban sobre el tabique de madera y vidrios escarchados que dividía el salón. Francisco observó su propia cara en el gran espejo embutido en mitad de las armaduras, entre dos columnas entorchadas. Allí estaba también la espalda y la nuca recién rasurada del dependiente. Se encontró avejentado y marchito, los ojos acuosos y pesados. Pensó en lo que sería encontrarse de nuevo, solo, en el mecedor

del recibo, entumecido por la humedad del aire y lo asaltó el deseo repentino de hacer algo, hablar con alguien, ir a alguna parte. Y Engracia sin regresar todavía... El dependiente tecleó en el mostrador.

—Deme cuatro cervezas para llevar.

Entonces, las portezuelas del tabique se abrieron y apareció un hombre de pelo entrecano y de cara fruncida y picoteada como un garbanzo. Tenía las mangas de la camisa enrolladas por encima del codo.

—¡Epa, pues!, —gritó al ver a Francisco. —¿Cómo estás, Catire López?

Se aproximó dando palmadas en el mostrador y enseñando sus dientes finos y brillantes. Era un amigo del oficio a quien conocía hacía tiempo. Tenía fama de embustero locuaz.

—¿Cómo está la cosa, Catire?

—¿Qué hubo, Trino? Como que están jugando; ¿cuándo no?

—Sí, hombre. Y tú, ¿qué haces?

—Pues nada. Aquí...

—Vente para la mesa, pues. Ahorita se acaba de levantar uno.

—No puedo chico. Voy para casa.

—¡Ah! ¡Caray! Vente. No despaches eso —le gritó al dependiente.

—Vamos, pues.

—¿Quiénes están ahí?

—¿Ahí? Gente buena, hombre. Los de siempre. ¿Tú conoces al mocho Vergara y a Núñez?

—Sí, claro.

—¿Entonces? Vamos a formar la partida. Somos la misma gente.

—No, vale. Hace tiempo que no juego...

—¡Por lo mismo! ¿Qué te habías hecho? ¡No me digas que estás enfermo!

—¿Enfermo yo? ¡Qué va! Lo que pasa es que me he perdido un tiempo.

—Nosotros hemos seguido los mismos, tú sabes. La cuerda de siempre, menos tú, que no has vuelto. ¿Qué te ha pasado?

—Estoy parado, vale. Hace meses que estoy parado.

—¡Coño! Eso no puede ser. ¿Cómo puede estar parado un hombre como tú? Eso es el colmo.

—Envidias, chico. Las intrigas de siempre. Ahora están saliendo de toda la gente de experiencia y empleando novatos. Esa es la técnica de ellos, ¿te das cuenta? Los carros se los dan a cualquiera para poder hacer lo que les da la gana. Esto es una mierda.

—Correcto, correcto; es una mierda. ¡Un chofer como tú, Catire! Eso no se consigue fácilmente. ¿Cómo es posible? ¿Y qué hace el sindicato?

—Tú sabes mejor que yo cómo es ese asunto de los sindicatos.

—Eso sí. Por eso es que siempre he trabajado por mi cuenta. Independiente, vale. Eso es lo mejor. ¿Para qué vamos a hablar? Yo te digo que esto no lo compone nadie. Bueno, ¿qué pasa? Tenemos la partida parada, vente.

Corrió hacia el tabique, hundió medio cuerpo por el hueco de la puerta y gritó: —¡Núñez, Vergara, aquí está el Catire López! —Una voz gruesa contestó desde adentro: —¡Tráetelo, pues!

Francisco se adelantó con el rostro iluminado por una ancha sonrisa.

Sin parar, el doble blanco giraba sobre la cubierta de linóleo y cada vez que empezaba a perder velocidad, Francisco lo impulsaba con un movimiento de torsión. La cara inclinada de Núñez despedía reflejos vidriosos y en sus comisuras asomaban montoncitos de espuma. Vergara continuaba caviloso, absorto en las tres únicas piezas de su juego que escondía en el hueco de la mano; con la otra tapaba el vaso de cerveza.

¡Acuéstate, pues, Catire! ¡Listo!, —gritó Trino a todo pulmón. La piedra cayó como una moneda sorda sobre la mesa. Todos irrumpieron a un mismo tiempo:

—¡Ciento seis; nos fuimos Trino!

—Perdieron, ¿no?

—Por chiva, nada más. Tú has debido ahorcarle ese doble blanco.

—¡Si, o!

—¡Bueno, vamos a darle candela de una vez! Las manos oscuras de Vergara resbalaron sobre el mosaico de pintas blancas, enseñando los dos tersos muñones de los dedos y las grietas rellenas de grasa de motor.

Núñez protestaba por irse: —Yo no juego más.

—¡Aquiétate, vale! Es temprano.

—No puedo.

—¡Ah, carajo! ¡De aquí no se va nadie!

—Ahí vienen las otras; ¿qué pasa, pues?, —gritó Francisco, desplegando los brazos.

Pero Núñez se había levantado sin más y daba pasos tambaleantes hacia la puerta. Las sillas rodaron con estruendo. El dependiente vio pasar la avalancha, inmovilizado con la bandeja cargada de botellas. Todos forcejearon tropezando contra el tabique y los cristales se estremecieron mientras el nudo de espaldas y brazos atravesó la angostura de la puerta.

—¡Tráelas para acá, chico!

Empuñando los vasos, se agruparon en el centro del bar. Vergara hablaba a gritos, agitando su mano incompleta. Era un hombro de piel caoba que parecía tallado en hueso bruto. Trino agarró a Francisco por un brazo y lo llevó a un rincón donde había una balanza tragamonedas.

—Yo sé de un asunto que te conviene, Catire.

—Hablaban abrazados estrechamente. —El otro día me hablaron, pero tú sabes que a mí no me conviene por más que sea. Yo siempre he trabajado por mi cuenta; lo que me gusta es el comercio y tú sabes que soy un tigre para eso. Pero tú estás parado injustamente. Tú eres un padre de familia. ¿Quieres manejarle a un doctor? ¿Quieres empezar mañana mismo?

Francisco se libró del abrazo e hizo ademán de apartarse.

—Yo conozco al tercio —insistió Trino, cerrándole el paso. —El individuo es amigo mío. Yo consigo lo que quiero con él; ¡ah, caramba!

—Yo nunca le he manejado a particulares. Ese no es trabajo para mí; no me gusta.

—Bueno, chico; eso se arregla. Te digo que es un hombre legal; te lo garantizo. ¿Quieres que te lo arregle esta noche? ¿Quieres que vayamos ahora, ya, los dos? A mí me gusta hacer las cosas así; ¿correcto?

—No, chico. Espera. Avísame mañana.

—Correcto, correcto.

Vergara y Núñez salieron sin decir palabra y se encaminaron hacia la plaza. Trino, desde la acera, los estuvo llamando inútilmente.

Al fin se había quitado de encima la charla escandalosa de Trino. Cuando terminó todo, se empeñó en acompañarlo hasta la casa y, de paso, tuvieron que entrar a Las Tres Potencias a tomar una más. Trino contaba a gritos sus historias, manoteando y bebiendo sin parar. Ponía un énfasis desesperado en sus afirmaciones, interrogaba a cada paso, desplegando los ojos como si temiera que no le creyeran. A él todo le iba bien, gracias a Dios. Cargaba su camioneta de mercancías adquiridas al mayor y salía a formar baratillos en los pueblos. El dinero le llovía a las manos. ¿Y las mujeres? ¡Bueno! —¿Quieres que te diga cuántas mujeres tengo, Catire? ¿Casarme yo? ¡No, chico! —Y Francisco repetía como un eco: —¡Ah,

Trino, Trino; siempre el mismo! —Esa es la vida, Catire. La plata no está aquí; esto es puro cuento, tú lo sabes. La plata está en el interior.

—A mí nunca me ha gustado el comercio —intervino Francisco por decir algo.

—¡Pero si eso es lo que da! Mira, yo salgo esta semana con medicinas para los campos. ¿Tú sabes lo que es eso? Cargas un camión con medicinas y sales para Oriente y te llenas. ¡Eso es bárbaro! Vámonos juntos, Catire. Vámonos mañana, si quieres; ¿correcto? A mí me gusta asociarme con hombres como tú.

Aparecieron de improviso dos individuos de piel oscura, vestidos de azul y crema; pulcros, empolvados y con largas corbatas. Trino los presentó en medio de abrazos y chanzas.

—Sentémonos.

La sinfonola giraba a toda potencia y las voces se ahogaban en el ruido. Desde ese momento, Trino se dedicó a los recién llegados; uno de ellos, al parecer, era dueño de una tintorería y Trino lo adulaba espléndidamente. Solo de vez en cuando recurría a Francisco pidiendo aprobación. Cuando este se levantó excusándose para marcharse, no opuso resistencia: —Bueno, Catire; ¡qué lástima, vale! ¿Cuándo te veo?

El aire fresco de la noche le hizo bien; sin embargo, se sentía tan mareado que perdía el equilibrio en cada escalón. Se detuvo; tosió varias veces; hizo empeño en enderezarse. Ahora no debía dar ni un solo traspies hasta llegar a la casa. Allá, en la reja, distinguió la figura borrosa de Engracia.

20

La motocicleta que pasó rugiendo cerca de ellos dio un respingo un poco más allá y se detuvo, lanzando explosiones de humo. El muchacho

que iba encaramado en el cojín trasero desmontó y con ambas manos haló sus pantalones de kaki, ajados y salpicados de barro hasta las rodillas. La chaqueta, de cuero negro, le esponjaba el busto y los brazos como si lo hubieran inflado con aire.

Al verlo, El Güero se apartó del grupo y, sonriendo y agitando el brazo, fue a saludar al de la chaqueta en mitad de la acera. Hablaron animadamente. Era un poco más alto que él, moreno, de cara cincelada y angulosa, armada sobre unos huesos sólidos, cortados al sesgo y cabellos duros y empastados que se extendían hacia atrás a manera de una concha resquebrajada. Por la abertura de su chaqueta, sobre la franela amarilla, se veía un letrero en forma de círculo: Eximport S. A. Skoda-Tatra.

Los otros se arrimaron a la motocicleta y la observaron en silencio, guardando las manos en los bolsillos. El que manejaba se ladeó en el asiento y gritó algo a su compañero. Al despegar los labios brillaron unos dientes gruesos y blancos. La oscuridad le cubría los rasgos, limitados por el casco bronceado con orejeras y unos amplios anteojos oscuros.

Emilio puso una mano en el mango del manubrio y preguntó a media voz: —Muy buena, ¿no? ¿Qué marca es?

—Indian —repuso el otro, moviendo un solo lado de la cara. Aceleró de golpe y la máquina dio un barquinazo hacia adelante, patinó en el asfalto y se inmovilizó más allá, cabeceando como un muñeco. Entonces, Justo se encaramó de un salto en el cojín desocupado y comenzó a brincar sobre las nalgas y a palmearse los muslos como si arreara un caballo. El tipo, sin decir palabra, echó hacia atrás una de sus manos enguantadas, negras de grasa de motor y lo golpeó en la rodilla. Sin duda era mucho mayor que todos ellos y tenía, además, largos brazos y muñecas velludas ceñidas por bandas de cuero. El Gato se apeó rápidamente.

—Aquí unos amigos. Este es Plinio —dijo El Güero, que lo traía asido por un brazo. Las manos se cruzaron y sacudieron a distancia en medio de un cambio de susurros.

Luis no supo al momento si lo de Plinio, que había dicho El Güero, era más bien un seudónimo o qué. De todos modos, sonaba gracioso y le quedaba bien porque era un tipo que inspiraba confianza: reía al hablar, enseñando los dientes y la lengua y a cada momento tiraba de sus pantalones balanceando los hombros. No puede oír el nombre que pronunció entre dientes el de la moto. Hasta entonces, de su cara fundida por la sombra no había podido distinguir más que una nariz larga y delgada, como labrada a punta de navaja y envuelta en el aura lívida de la luz de mercurio: las aletas finas palpitaban, dejando escapar una respiración seca y dificultosa que se oía a varios pasos. Plinio habló con él y tradujo a todos.

—Vamos a seguirlos —dijo El Güero.

La moto arrancó con estruendo, dio una curva audaz, inclinándose hasta casi tocar el piso y se alejó en sentido opuesto por una calle lateral. Ellos tomaron esa misma dirección, pero no en grupo, como lo habían hecho hasta ahora, sino uno detrás de otro, precedidos por El Güero. La calle estaba formada por hileras de viejos edificios de no más de tres pisos, provistos de balcones de hierro, todos panzudos como medias cebollas. Lejos ya, la chaqueta de Plinio se inflaba al viento como una concha de tortuga. Un humo blanco subía hasta los balcones en columnas entorchadas y nubes frágiles. Por todas partes flotaba el olor confortante de carne a la parrilla y el vapor de varios ventorrillos rodantes calentaba el aire.

Angosta y mal iluminada, la calle se prolongaba como un túnel de fachadas negras, de camiones estacionados a ambos lado y postes de luz con sus pantallas plisadas, salpicadas de puntos, en medio de un laberinto de insectos. Contra el cielo terroso crecían los flancos y las

espaldas de altos edificios en los que aparecía alguna que otra ventana iluminada.

Se veían grupos de dos o tres hombres apretados en los huecos de las puertas y alguna figura de mujer fragmentada por la hoja de la puerta; caras adheridas al filo de la madera, cabellos lacios o de un rubio podrido o engrifados y secos, como si los hubiesen acercado al fuego; brazos y hombros desnudos.

Luis se detuvo en el momento en que pasaban bajo el gran viaducto, donde en la oscuridad apenas podía distinguir las sombras de sus compañeros. Con la caminata, el pulso se le había acelerado y le latía sin compás por todo el cuerpo. Comenzaba a oír su propia respiración, gruesa y difícil. Bruscamente sujetó a Emilio por un brazo.

—¿Qué fue, chico?

—Nada. Yo me voy.

Por arriba pasaba el zumbido sordo y continuo de los automóviles que cruzaban el puente. Se desprendía del concreto desnudo un olor pesado de orines y cosas podridas.

—Yo no sigo —insistió—. Vámonos.

—¿Por qué? ¿No andamos juntos?

—Sigán ustedes. Yo me voy para la casa.

Emilio lo sujetó por ambos brazos.

— ¡Tú andas conmigo, vale! ¿Cómo te vas a ir?

Además, es temprano. ¿Qué vas a hacer a tu casa ahora?

—No importa; yo me voy.

El Güero intervino, separándolos y plantándose en medio de los dos.

—¿Qué pasa?, —interrogó, clavando los pulgares en el cinturón.

—Este se quiere ir.

—¿Cómo?

—¡Me voy, vale! sigan ustedes.

—No seas marico, ¿oíste? De aquí vamos donde unas mujeres. Eso fue lo que convinimos todos, ¿no? Nadie puede rajarse ahora.

—Yo no voy. No es obligado, ¿no?

—Tú no tienes nada que hablar aquí. Tú no tienes derecho a hablar. ¿Qué coño te pasa?

Se arrimó a él hasta echarle el aliento en la cara. Luis empezó a ponerse rojo, hasta que Emilio le pasó el brazo y lo arrastró con él.

—Deja; éste y yo andamos juntos. Sigamos.

Luis continuó protestando de allí en adelante, sin que nadie le hiciera caso. Era El Güero quien tomaba las determinaciones. Presidía la fila, hablando sin parar, meciendo pesadamente los brazos y aproximándose con aire provocador a las puertas donde se agazapaban las mujeres.

Cuando localizaron la motocicleta arrimada a la acera —era fácil de reconocer por el profuso adorno de piedras falsas, rojas y amarillas, que cubría el parafraseo trasero y el felpudo verde con borlas de cojín—; los detuvo, abriendo los brazos.

—Un momento. Tengo que arreglar esto primero.

—No tenemos plata, —protestó Luis, por enésima vez.

—¡Tú, cállate!

Plinio asomó el torso por las medias puertas. La luz fatigada de tres focos rojos, polvorientos, fijados en arco sobre el dintel, le cruzaba la mitad de la cara. Al verlos venir, se dejó caer en la acera y los batientes se hundieron varias veces en la sombra y reaparecieron otras tantas atravesando el resplandor. Habló aparte unas palabras con El Güero, moviendo las mangas anilladas de su chaqueta; éste, finalmente, trazó un gesto del brazo llamándolos y todos les siguieron al interior del bar. El aire

en el barcito estaba cargado de emanaciones de cerveza ácida y madera podrida. Un aire noctámbulo, fatigado, se desprendía de las botellas envejecidas en el anaquel y la pintura carcomida de las paredes. Las cuatro mesas de hierro, distribuidas en el angosto espacio estaban vacías aunque en alguna quedaban todavía los círculos de humedad dejados por las botellas y los vasos. Los zapatos se adherían al suelo pegajoso. Luis tuvo otro golpe de náuseas acompañado por una mordedura fría en el estómago. El de atrás le pisó el talón. Recordó el olor cálido de la parrilla y la saliva se le vino a la boca. Una mano lo empujó por la espalda; rozó la hoja de cartón de la puerta que se abría a medias arañando el piso y, en seguida, una luz azul, corrosiva, un olor de cuerpos, una música estridente se apoderó de todo. El saloncito era un estanque turbio donde las figuras, irreconocibles, aparecían entre espirales de humo gris, rojizo, azulado, que se dispersaban hacia el cielo raso. La sinfonola brillaba en un rincón. El piso era de linóleo brillante y las paredes estaban pintadas a cuadros amarillos y negros. Ellos formaron un grupo sin alejarse de la puerta. Dos mujeres gruesas, que permanecían solas junto a una cortina de tela verde, los miraron sin interés. Entonces Plinio, que había estado hablando con alguien en una mesa, los llamó y, al acercarse, vieron que era el individuo de la motocicleta. Sentada a su lado, se hallaba una mujer de hombros rollizos con blancura de nabo, marcados por tres grandes lunares muy negros que atraían las miradas. Oyeron el golpe seco de la respiración. Ahora que se había quitado el casco y los anteojos, mostraba una cara larga y comprimida, de pómulos brotados como quistes y unos ojos rasgados y turbios que se movían con pesadez acuosa. Toda su tez, rojiza, estaba sembrada de marcas circulares y profundas que parecían huellas de clavos desenterrados.

—Si no traen plata se van; ¿comprendido? Yo no quiero estorbos aquí —dijo, mirando derechamente al Güero. La mujer se arrimó más a él,

le rodeó el cuello con el brazo. Luis mantenía los ojos fijos en el más grande de sus lunares, que era redondo y estriado como una mancha de sangre seca.

—Él tiene una Parker nuevecita. Enséñasela, Güero, ¡anda! —la pluma estuvo girando varias veces entre el pulgar y el índice del desconocido y luego desapareció en un bolsillo interior de su chaqueta.

—Te puedo dar veinticinco bolívares. ¿Arreglado? Siéntate.

Acudió un mesonero chato y amorcillado y llenó la mesa de vasos y botellas; entonces, las mujeres que estaban junto a la cortina verde se movieron despaciosamente hacia la mesa.

El humo formaba contorsiones alrededor de las caras y las manos que alzaban los vasos.

—Yo te dije que ibas a salir bien, caballo —dijo Plinio, y recostó el codo en el hombro de Güero. Este fumaba despatarrado en la silla, dejándose acariciar por un aire superior y benévolo. Los cuellos, las caras y los brazos desnudos de las mujeres tenían el color de la leche cortada. La mujer que se había sentado junto a Plinio dejó rodar su vestido hasta la mitad del muslo y enseñaba la carne macerada con venitas rojas y moradas.

—Veinticinco, ¿no? Aquí tienes. —El hombre colocó el dinero en la mesa. —De aquí en adelante, el que pide paga. ¿Está bien?

—¡Eres grande; vale!

Algunos se levantaron a bailar. Justo parecía envarado por una repentina timidez y estaba rígido en su silla. De golpe, la sinfonola dejó de funcionar y, en el silencio, una voz nasal empezó a repetir la canción.

Luis apartó la cortina verde y empujó una pequeña puerta. Un aire fresco y sin olores le bañó la cara pesada de sudor. Se encontró frente a una angosta galería formada por una doble hilera de tabiques de cartón.

Encima de cada puerta brillaba opacamente un bombillo rojo. Arriba una franja de cielo profundo y duro como mármol negro.

Oyó el llanto lejano de una criatura. Afuera, estaban las calles tranquilas, húmedas y brillantes; la gente vagando sin prisa por las aceras..., los autobuses largos y vacíos.

Iba a hacer el empeño de salir ahora sin ser visto.

21

Tocaron a la puerta suavemente y Engracia miró con recelo hacia el cuarto donde reposaba Francisco. Había vuelto la calma desde que, por fin, él dejó de pasearse de un punto a otro de la casa, manotear y hablar sin motivo y optó por tenderse vestido en la cama; ya apenas se le oía rezongar o cantar estrofas inconclusas con una voz desfallecida que se descoyuntaba a cada rato en un falsete o un ronquido breve. Aurelia y Matilde lo dejaron tal como estaba, vestido y calzado; se sentaron en el recibo y enmudecieron por temor a animarlo de nuevo.

—Buenas noches —dijo una voz extraña en la puerta. —Anda, Aurelia.

Ella se levantó y fue a abrir.

—Ven, mamá.

En el zaguán se liaba una mujer delgada, bajita, de cabellos canosos. Su aspecto era, a primera vista, apacible y risueño y en su cara simple el punto más notable eran unos anteojos redondos y frágiles, montados sobre aros y bastoncitos negros. No era ninguna persona conocida del barrio y, por cierto aire especial que le envolvía, parecía venir de puerta en puerta. Aurelia, al ver que portaba un maletín azul, algo estropeado y repleto de cosas seguramente duras y pesadas, pensó que andaría vendiendo cromos o tal vez perfumes o libros. El peso de aquel objeto la forzaba a inclinarse de un lado, aunque ella sonreía imperturbable sin demostrar molestia.

Cuando apareció Engracia, la mujer puso el maletín en el suelo, lo abrió, sonriendo alegremente, como si se dispusiera a mostrar algún objeto curioso, pero inmediatamente sus manos se inmovilizaron, en posición de atril, a la altura del vientre, sosteniendo un libro grueso de tapas verdes. Sin otro preámbulo comenzó a hablar y habló sin detenerse.

—Perdone la molestia, señora. Somos un grupo de amigos cristianos que estamos interesados en hablar con todas las personas. Hay muchos, hoy por hoy, que desconocen la verdad y otros que se niegan a recibirla. Esas almas que viven en la ignorancia serán redimidas y aquellas otras que porfían en el error perecerán y serán devoradas. Nosotros estamos hablando. No podemos ser egoístas con la prédica. ¿Qué es un minuto para salvar un alma? Permítame hacerle una pregunta: ¿usted sabe cómo se llamará la gran guerra que va a desatarse muy pronto sobre el mundo?

Engracia sonrió con una timidez de niña.

—Francamente, no, señora.

Se había creado alrededor de ellas cierta tensión forzada desde el momento en que la mujer comenzó a hablar. Ella pronunciaba con claridad cada palabra, sin precipitarse ni confundirse, ni tampoco como si repitiera una lección aprendida de memoria, sino más bien como si aquel discurso fuera saliendo de su interior produciéndose continuamente y a un mismo ritmo en algún órgano oculto, independiente de su voluntad.

La voz arrancó suavemente:

—No tiene nada de particular, puesto que miles y miles de personas, miles y miles de nuestros semejantes en toda la redondez de la tierra lo ignoran hoy día y por eso yo vengo a ofrecerle este libro, donde aprenderá usted ese nombre y todo lo que él significa para la humanidad que vive en la oscuridad del materialismo. Aquí dice: los poderosos serán humillados. Cuentan la historia del diluvio universal y las siete plagas

de Egipto y todas las calamidades que ha sufrido la tierra y asimismo las profecías que existen sobre el gran conflicto universal. Los pecados del hombre serán castigados. Jehová nos mandó a Cristo-Jesús, su hijo, para enseñarnos la verdad y el camino de la salvación, que es uno solo y que sólo puede ser alcanzado por el bien y la verdad, en el amor de todos los hombres, sin fronteras ni razas... porque las fronteras serán abatidas; ni falsas creencias, porque el error será exterminado como el incendio que devora los bosques. Dios, el ser supremo y ejecutor de todas las cosas, nos creó iguales, hermanos de una misma sangre en el alma universal y Dios dijo: yo soy la verdad y la vida y Cristo nos enseñó la redención por el amor. Pobres y ricos, buenos y malos, justos y pecadores. El reino es uno solo. Debemos estar preparados porque Dios va a desatar la guerra y la contienda con las naciones; la calamidad de nación en nación y de cabo a cabo de la tierra con el fuego que todo lo devora; no como la guerra de los hombres que dejará la tierra borradita con el poder de sus cohetes y sus bombas y todos los inventos del mal, porque esta guerra estará dirigida únicamente contra aquellos desafortunados que son los embajadores del mal y de la destrucción. Ellos dicen: los imperios perecerán y los soberbios serán humillados, pero morirán solamente aquellos que no quieran reconocer a Dios. Esta última generación ha podido alcanzar el conocimiento, la palabra de Dios recorre el orbe por miles de bocas y la verdad está contenida aquí, en este libro que es un compendio de la sabiduría; esta es la puerta de la salvación en el Reino de Jehová, por los siglos de los siglos. Esa guerra se llamará el Armagedón y es la gran calamidad que se aproxima. Armagedón es una palabra hebrea que significa guerra. Cuando usted oiga esa palabra, de ahora en adelante, ya sabe lo que quiere decir y cómo vamos a ser salvados de la ira divina en el Armagedón.

Aquella última palabra se había vuelto pesada, como si al pronunciarla quedara modelada en un material duro y de esa manera se hiciera

visible. Sin embargo, ella dejó salir todo aquello en un tono preciso y uniforme cuyo timbre no parecía ni monótono ni vehemente; hasta el final, su cara siguió reflejando la misma expresión amable y familiar y podía pensarse que estuviera allí simplemente excusándose por haberse equivocado de puerta. Engracia la atajó, agarrando una hoja de la puerta en ademán de despedida.

—Lo siento de veras, señora; no estamos interesados.

—Todos estamos interesados en salvar nuestra alma. El alma es lo más importante en nosotros. Usted se ha hecho esta pregunta: ¿para qué vivimos? Todos nos hemos hecho esa pregunta alguna vez en nuestra vida, pero somos pocos los interesados en conocer la respuesta...

Se detuvo, arrimándose a un lado, porque en ese momento Luis apareció en el zaguán y pasó, deslizándose de costado con la cabeza gacha por entre las hojas y el grupo. —Permiso —musitó entre dientes. Engracia vio pasar la cara flácida, huesuda, reluciente de grasa y sudor y las comisuras de los labios fermentados de saliva espumosa; vio los gajos de pelo amarillento caídos sobre las orejas y el nacimiento arenoso del cuello también rojo y mojado.

—¿Vas o comer?, —preguntó, mientras él cruzaba por entre los muebles y se perdía, sin responder, hacia la penumbra del comedor. El órgano oculto se puso otra vez en movimiento:

—Aquellos que están en posesión de la verdad han dicho: vivimos para alcanzar la salvación. ¿Cómo podemos salvar nuestra alma? Las almas están perdidas en la oscuridad. La verdadera luz no es este sol que nos alumbramos. Ese es el error materialista, que debemos arrancar como la mala yerba. ¿Sembrarás de ortigas tu jardín?, preguntan. El mundo se ha olvidado de Dios y persevera en la oscuridad. Algunos ricos creen tenerlo todo porque poseen riquezas materiales, mientras que aquellos que poseen la verdad en el conocimiento son infinitamente ricos con

una riqueza que nunca se agota. ¿Por qué hay tanta injusticia en el mundo? ¿Por qué hay miseria, hambre, sufrimientos, angustias? ¿Por qué padecemos y luchamos? Lágrimas de sangre han de llorar. Quien desdeña su propia salvación, ese se pierde por su voluntad. El final está cerca. Ellos dicen: oíd, oíd la trompeta del juicio. Ese es el gran día en que unos pocos serán salvados. Oiga este himno. —Se puso a cantar, inmutable, tranquila como siempre; por sus labios entreabiertos salió una voz blanca y opaca que parecía venir acompañada por muchas otras como ella, formando un coro leve; su garganta tensa, porque ella había levantado la cara hacia el dintel, temblaba como un papel de seda y así completó varias estrofas repitiendo:

*Venid a mi huerto.
venid, venid...*

—¿Qué pasa?, —gritó Francisco desde el cuarto.

—Perdone, señora, perdone. —Engracia hizo ademán de cerrar.

—Yo puedo volver, señora. Yo comprendo. Dígame cuando puedo volver. Todos deseamos transmitir la enseñanza. Si no vengo yo, vendrá otro por mí. Usted tiene hijos, piense que ellos vivirán en la ignorancia. ¿Quiere que vuelva por aquí una de estas noches? Puedo dejarle el libro, sin compromiso.

Ya apenas quedaba una rendija abierta por la que se veían sus anteojos, su pelo canoso, y la fila de botones negros a lo largo del busto.

—No, no señora; muchas gracias. Con su permiso.

Antes de que la hoja cerrara del todo ella se despidió rápidamente, sin mostrar desagrado.

—Adiós, adiós; buenas noches.

Aurelia y Engracia permanecieron sin moverse, mudas, mientras se perdía el ruido seco de las pisadas; después, oyeron el murmullo en la puerta de al lado y sonrieron mirándose a las caras.

22

Seis muchachas se hallaban en el cuarto. En el breve espacio libre entre la cama de matrimonio y los otros muebles, se esparcía un revuelo continuo de faldas anchas, de cabellos ondeados o lisos, de brazos forrados en jersey, de tobilleras blancas y rojas y de bocas y manos moviéndose. Una luz viva partía de la lámpara colgada del techo. En sus tres brazos curvos, rematados en corolas de cristal corrugado, asomaban a medias los bombillos con sus coágulos incandescentes. Aquella luz arrancaba reflejos en el edredón carrubio, la madera sepia y jaspeada de la cama y la repisa de cristal, tendida a lo largo de la cabecera y cargada de figuritas de pasta y de vidrio.

La que parecía menor de todas, casi una niña, permanecía arrodillada en mitad de la cama, de piernas abiertas, imprimiéndose un leve balanceo y se oía el chillido continuo de los resortes. Sus cabellos, amarillo pálido, le caían en dos gajos iguales sobre una carita simple y ovalada con las facciones limadas en punta. Otra, estaba tendida en abandono a todo lo ancho, mostraba el nacimiento de sus muslos gordos y tersos en medio de un nido de encajes. El pelo negro crecía en espirales a su antojo sobre el corte pesado de la cara, que semejava un fruto largo y pulposo.

El radio gritaba con toda su fuerza encima de una mesa de noche. Matilde se ocupaba de limarse las uñas en silencio, sentada en el banquito de raso de la peinadora. Este era un mueble improvisado de los que se fabrican en casa uniendo maderas de cajones; lo vestía una tela de mariposas doradas. El espejo redondo tenía peladuras por las orillas y los objetos más apartados: un lado del escaparate, parte de la cama, la ventana, se reflejaban en él haciendo repentinas muecas como si hubieran adquirido una consistencia gelatinosa.

Aunque hacía mucho rato que había salido de la casa de Raúl, seguía dominándola una sensación de quebranto y pereza. En cualquier

momento, se levantaría para irse. Una muchacha, alta y fornida, cayó de rodillas ante ella. El cabello castaño, abundante, le bañó los muslos. Junto a sus dedos y el ruido de la lima se abrieron dos ojos grandes, vivos, de color negruzco, poseídos de una expresión ansiosa.

Hablaban de vestidos. Una hojeaba una revista y cantaba a intervalos. La única entre todas que usaba pantalones, no dejaba de andar de un lado a otro; lucía rolliza, con nalgas abundantes y firmes. Como si entrara en un agua tranquila, se deslizó sobre el lado vacío de la cama y quedó tendida boca abajo, la cara levantada entre las palmas de las manos, los muslos separados y las piernas balanceándose al aire. Se hicieron visibles en el espejo las suelas negras, humedecidas, con algunas escamas de barro prontas a desprenderse.

La muchacha hablaba sin parar, mientras Matilde seguía limándose las uñas. Los ojos brillaban, se movían a todos lados, se dilataban por entre sus dedos.

Otra abrió una hoja de la ventana que daba a la calle y entró el ruido ronco y veloz de un automóvil, un silbido largo, gritos de niños. Impulsada por la brisa húmeda de la calle, una banda de la cortina de tul se infló e hizo ondas lentas como un vestido de baile.

—Rosa —llamó, escondiendo la voz en el dorso de la mano.

Entró un murmullo de pisadas y voces masculinas. La de pantalones saltó de la cama y fue a mirar también. El rumor se alejó rápidamente y ella atravesó el cuarto, corriendo sobre las puntas de los pies. Las carnes le temblaron como una rama sacudida.

—¡Ya vengo!, —gritó, cuando ya había desaparecido del cuarto.

Matilde abandonó la lima. También la muchacha se había apartado de ella y acudía a la ventana. Su cuerpo robusto y enterizo, parecía tallado en madera; solo su cabeza se mecía al compás de los hombros, de lado y lado.

—¿Qué hago? —Ya era tiempo de volver a casa. Un orden minucioso reinaba entre la multitud de objetos que tenía ante sus ojos. Levantó entre dos dedos una figurita china y la contempló de cerca, dándole vueltas. Era liviana, como de corcho o de bambú y parecía que a la menor presión se haría trizas. La carita redonda, dibujada con líneas y puntos negros, sostenía una expresión de risueña picardía. La devolvió a su sitio, al lado de una familia de figuritas de la misma especie y, casi tocándolas con la respiración, observó que el conjunto de rasgos eran diferentes: una tenía los ojos entornados, la otra inclinaba el cuerpecito en una reverencia y una tercera poseía aire soñador. Metió la mano en medio de ellas y fue variándolas de posición; así parecía que hablaran entre sí, ceremoniosamente, y las expresiones se modificaran según miraran de frente o de perfil; entablaban diálogos y alguna avanzaba cubriéndose con su sombrilla de fibra.

En ese momento, todas prestaron atención a algo que ocurría afuera, del lado de la puerta de la calle. Una voz, monótona y continua, recitaba algo sin parar, aunque la distancia no permitía apreciar las palabras. El murmullo empezó a aclararse en el silencio; habían bajado el volumen del radio y algunos trozos de frases entraron al cuarto: todos queremos salvar nuestra alma..., pero hay algunos que viven en el error..., pobres y ricos, justos y pecadores, buenos y malos...

—¿Quién será?

—Chist..., escucha.

Aquello se cortó de repente. Todas quedaron tensas escuchando.

—¡Aquí no nos interesan esas cosas! Haga el favor de salir de aquí inmediatamente! ¡Salga! Y la puerta fue cerrada con violencia. Todas se apiñaron en la ventana y pudieron ver a la mujer atravesando el jardincito. El grupo se disolvió en silencio. Quedaron la muchacha alta y Matilde conversando en voz baja de cualquier cosa. Finalmente. Matilde dijo que era muy tarde; tenía sueño o fastidio y salió.

23

—Así pasa el tiempo —dijo la mujer, recostada a la reja.

Del lado de la calle el hombre viejo, de facciones roídas y perilla terminada en punta, hizo un gesto de asentimiento que parecía tener más de hábito que de afirmación y replicó:

—No es lo mismo. Ahora todas las cosas han cambiado. La forma gruesa de la mujer, metida en la oscuridad del jardincito, se oponía al cuadro de luz rosada de la ventana, donde asomaban el respaldo de un diván rojo, el cono de una lámpara de pie, la boca de un largo florero erizado de calas y todo estaba como empapado en una música tibia y densa que brotaba de un radio. Mecida por esa música, una voz aterciopelada recitó: con tersura de pétalo de rosa, sus labios invitarán al beso. Boca fresca, radiante, incitadora...

—¿Qué podemos hacer? Así es la vida.

Irene volvía sola esa noche. Al cruzar la esquina, un grupo de hombres le abrió paso, aunque no lo suficiente para que ella pudiera avanzar sin temor a tropezar con alguno. Bajando la cabeza, cruzó como pudo en medio de ellos. Los perfiles de sus hombros flacos, brillaron al desnudo en la penumbra que envolvía las rejas.

—¿Pero usted conoce a esa familia?, —preguntó la mujer.

—Usted sabe que a mí me gusta tratar con todo el mundo. Ese es mi sistema.

—Pero ellos, ¿son de aquí?

—No sabría decirle...

Cuando Irene empujó la rejilla, Raúl apareció en la puerta fresco, limpio, acabado de vestir y peinar. En el patiecito ambos se apartaron para cederse el paso, pero no se hablaron. Él, apenas esbozó un movimiento corto del cuello y, al sesgo, le pasó los ojos por la cara. Sus

facciones parecían barnizadas por una sombra difusa que se desprendía del cabello rojizo, del rímel y el color violeta pálido de los labios. Parecía extenuada y sus pupilas estaban cargadas de humedad.

En la acera de enfrente había un taller mecánico. Matilde salió a la acera y siguió en esa dirección. La fachada gris, terminada en punta, presentaba un amplio letrero descalabrado sobre la puerta corrediza. Era el trozo más oscuro de la calle. Cuatro italianos que estaban acucillados, en franela, junto a esa puerta, hablaban en susurros hasta el momento, en que una vespa subió gruñendo por la rampa y paró junto a ellos. Los dos tripulantes de la motoneta animaron la conversación y enseguida el registro agudo de las voces subió hasta el grito. El del cojín trasero bajó manoteando y cedió su puesto a uno del grupo. Todos quedaron de pie agitando los brazos blancos y desnudos. Matilde los esquivó pasando a la otra acera. Ya Raúl iba llegando a la esquina alta y allí se detuvo y la siguió con la mirada, hasta que la figura se borró del todo en la oscuridad del jardincito. Del mismo lado donde los italianos gritaban, y cuando la vespa volvía a acelerar, la mujer cargada con el maletín de tela, se paró al borde de la acera, llena de impulso, pero sin moverse. Solo miró dos veces arriba y abajo, como quien busca orientarse en una calle desconocida.

—¿No se lo dije yo, señora? Eso tenía que pasar.

—Pero ¿usted se lo dijo?

—¿Y acaso no estuve un mes detrás de él, por el mismo asunto? Usted sabe que nosotros trabajamos juntos.

—Yo no hubiera tenido valor para decírselo.

—Yo sé que otro no hubiera tenido valor, pero yo se lo dije.

—¿Y cómo se lo dijo?

—¿Cómo? Pues diciéndoselo, nada más. ¡Diciéndoselo! La mujer soltó el impulso; con sus pasos cortos y ligeros pasó al otro lado y se

aproximó a la reja más cercana. Una cortina tendida en la ventana filtraba la luz amarilla, apacible. Como a través de una pantalla, se hizo visible la silueta de un hombre que al momento desapareció por el borde dejando una culebrilla de humo gris. Luego, una voz femenina se elevó desde el fondo entonando la estrofa de una canción.

Ella vaciló allí, como empujada por fuerzas distintas; dio unos pasos, alejándose y nuevamente se inmovilizó, sin saber ya qué hacer.

—Lo que pasa, en fin de cuentas, es que uno ha vivido mucho, señora. Uno ha aprendido a conocer la gente. A mí nadie me engaña.

—La gente es una cosa muy seria.

—Es que no saben vivir. Fíjese; yo trato con todo el mundo, yo me entiendo con todos y ¿quién puede decir algo de mí?

—Buenas noches —interrumpió la mujer y depositó el maletín en el quicio. La sonrisa se abrió en un rostro que parecía reseco, endurecido.

La vespa arrancó como un bólido, despidiendo explosiones. Los que quedaron frente al taller gritaron y gesticularon con mayor calor y uno de ellos corrió detrás del humo de la máquina, abriendo los brazos.

—Somos un grupo de amigos cristianos que estamos...

24

Matilde desapareció en su cuarto sin decir palabra. Canturreó unos momentos, mientras se desvestía y luego todo quedó en silencio.

A intervalos, débilmente, se escuchaba un ronquido de Francisco.

Aurelia se levantó y dijo:

—Hasta mañana, mamá.

Engracia respondió:

—Hasta mañana.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-055-1

Depósito legal

DC2022000136

Caracas, Venezuela, febrero de 2022

La presente edición de
LOS PEQUEÑOS SERES
y
LOS HABITANTES
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de febrero de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Los pequeños seres / Los habitantes Dos obsesiones confluyen en estas novelas, la primera está vinculada a la deshumanización que imponen la ciudad y el ambiente urbano en el que se desarrolla la existencia del ser humano. Esta inconformidad, en *Los pequeños seres* (1959), se reflejará en los profundos conflictos psicológicos y los fatales determinismos sociales que afligen a Mateo Martán al darle forma al recuerdo hasta adquirir una ardorosa nostalgia. Este ideal de la infancia perdida, en oposición a la ciudad asfixiante y eternamente cambiante, se ve revisitado nuevamente en *Los habitantes* (1961) donde el autor vuelve sobre el tema de la alineación como forma de exploración íntima que posibilita la tentativa redención de los personajes. Es acá donde Garmendia nos advierte del riesgo que supone la pérdida de la conciencia, un extravío que puede irremediablemente llevar a la sensación de fracaso.

Estas dos obras, obsesiones de Garmendia, es el resultado de un nuevo ciclo narrativo que determina una sensibilidad que proyectará nuestra literatura a un contexto mucho más amplio que incluirá dialogar con Latinoamérica. Salvador Garmendia con estas dos obras se convertirá en el gran renovador a partir de la década de 1960.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

